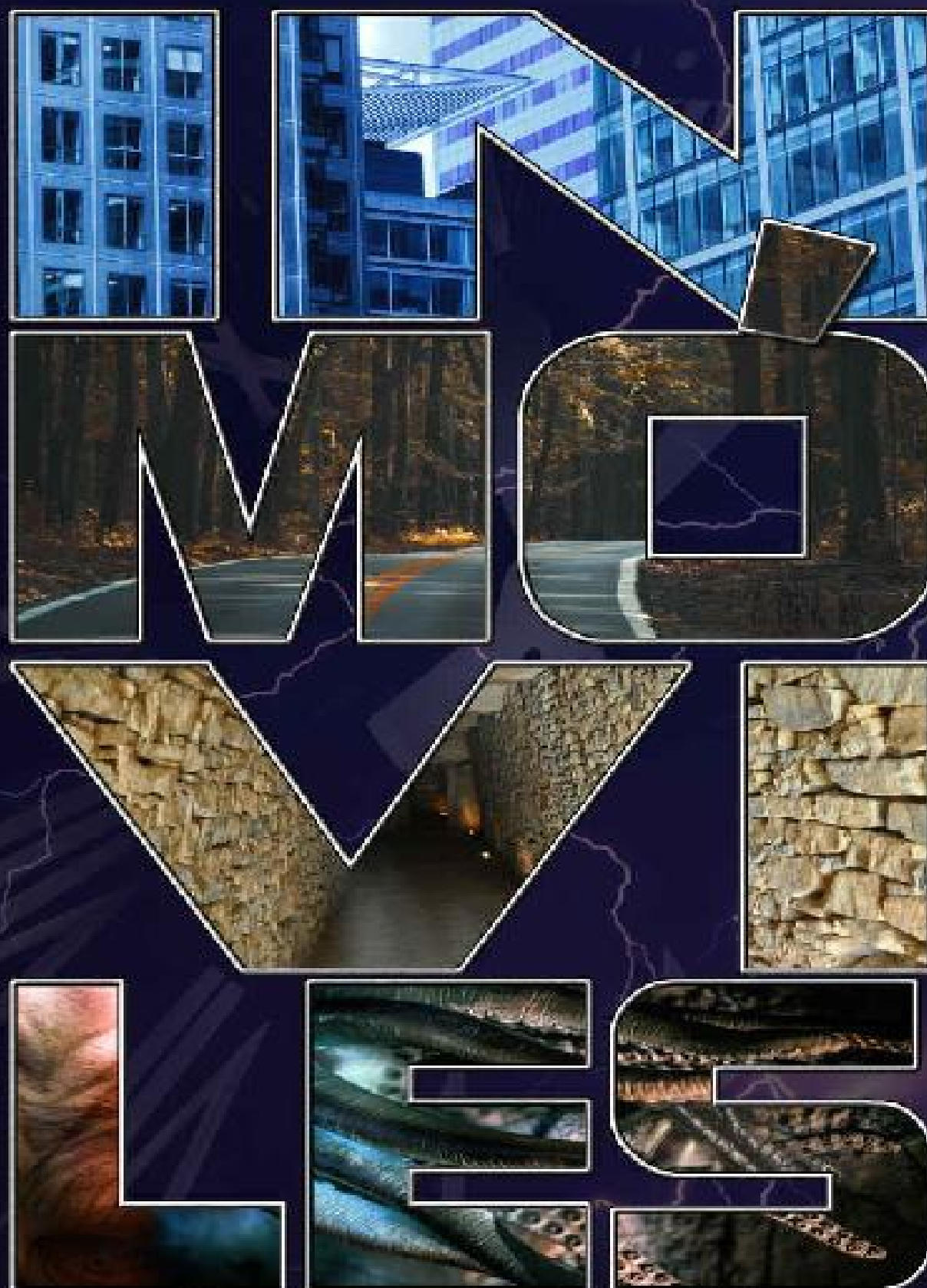


Del finalista de los premios IENOTUS 2019 JUAN JOSÉ DÍAZ TÉLLEZ



¿Qué harías si de repente todo se detuviese a tu alrededor?

*Aunque los escenarios en los que suceden los hechos narrados en este libro son reales y existen en la actualidad, los eventos relatados son totalmente ficticios, al igual que los personajes que los protagonizan y sus nombres. Cualquier parecido con personas o hechos reales, pasados, presentes o futuros no es más que fruto de la casualidad, sin intención alguna por parte del autor.*

# INMÓVILES

©Juan José Díaz Téllez

***Diseño de cubierta y maquetación:***

Juan José Díaz Téllez

***[www.noveladeterror.com](http://www.noveladeterror.com)***

***FB: <http://www.facebook.com/JUANJOESCRITOR>***

***TW: @juanjoescritor***

***email: [info@juanjoescritor.com](mailto:info@juanjoescritor.com)***

*Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.*

*A quienes siempre me han apoyado y lo siguen haciendo día a día.  
A quienes dedican parte de estos tiempos en los que priman Netflix, HBO, la inmediatez  
y las redes sociales a leer lo que escribo.*

*A quienes han reseñado mis libros, los han compartido en redes sociales, los han  
recomendado y han colaborado a que sean conocidos. Gracias.*

*A quienes no les gustan mis libros, pero respetan el trabajo que llevan detrás y las  
incontables horas disueltas entre sus páginas.*

*A Eli, por avisarme de los errores.*

*A María Jesús, Ángel, Amanda y Melinda. Siempre.*

*Moveos.*

# PRÓLOGO

La niña no aparentaba tener más de ocho o nueve años, aunque aquellos ojos inmensos de color miel claro parecieran ocultar siglos de experiencias y sabiduría tras de sí. Estaba cogida de la mano de su madre, quien se encontraba en plena conversación con la vecina del segundo derecha a la que parecía no haber visto desde hacía años, cuando en realidad se cruzaba con ella una docena de veces —si no más— cada uno de los días de la semana. Iban camino del supermercado, en la misma manzana del edificio en el que vivían y aunque apenas acababan de encontrarse, en la escala de tiempo de la niña, tan parecida a la de un adulto como un huevo a una castaña, habían transcurrido siglos.

Cuando la inmensa mariposa de alas irisadas revoloteó por delante de la naricilla respingona de la niña, ésta se soltó de la mano de su madre e intentó llamar su atención con uno de sus *grititos* marca registrada, pero desechó la idea con un gesto de tristeza infinita, sabedora de que no iba a conseguir que se girase y la atendiera ni en un millón de años. La mariposa, como si hubiera podido leer su pensamiento, se dejó admirar una vez más volando a escasos centímetros de su cara, arrancando destellos al sol para devolverlos teñidos de los colores del arcoíris. Tras un último vuelo de exhibición, se desvió de su camino y atravesó la concurrida carretera en dirección a una llamativa flor de color rojo intenso que crecía en un parterre al otro lado de la calle para acabar deteniéndose, tras un par de graciosos aleteos, sobre los acolchados estambres. La niña, sin apartar la vista de ella, y sin pestañear siquiera, se lanzó corriendo a la calzada. Era hora punta, y la carretera estaba tan concurrida que era complicado alcanzar a ver un trozo de asfalto libre entre los neumáticos. Sin embargo, la irrupción de la niña de forma inesperada y a toda velocidad en los dominios del tráfico, contra todo pronóstico, no acabó en la tragedia que era de esperar. No hubo sangre, no hubo una madre lamentándose cada uno de los días de su vida por no haber sido más cuidadosa, no hubo un conductor que necesitase terapia por lo que había ocurrido. Al contrario, la niña atravesó la calzada sin preocuparse lo más

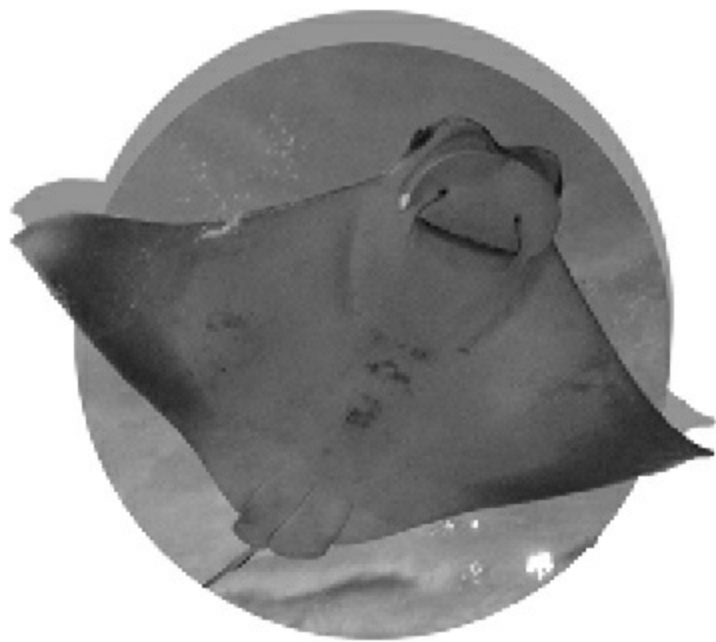
mínimo por los vehículos. De hecho, era un acto repetido tantas veces con anterioridad que había llegado a establecer amistades imaginarias con cada uno de los conductores. Caminó por delante del gigantesco camión, a cuyo conductor había bautizado con el nombre de Edu, que era su mejor amigo en el cole. Sin embargo, el Edu que conducía el camión era bastante más feo, e inmensamente más grande. Además, parecía tener un humor de perros, porque llevaba muchísimo tiempo gritando a Lidia, nombre que la niña le había dado a la muchacha rubia que conducía la motocicleta e impedía al camión girar hacia la izquierda para acercarse a la acera, donde tenía previsto detenerse. La niña admiró el largo cabello rubio que asomaba bajo el casco y se estiraba hacia atrás en paralelo al suelo como efecto de la velocidad, y durante un instante se preguntó cómo sería el rostro de la chica, más allá de lo que la visera permitía vislumbrar. El recuerdo de la mariposa le hizo desviar la atención de la muchacha y correr hacia la otra orilla de la calle, pasando por delante del coche rojo de Alberto, del verde de Julia, y por último bajo la motocicleta de Pedro, el muchacho que tanto se parecía a su hermano mayor —por eso le había dado su nombre— y que estaba congelado en un eterno *caballito*, con la rueda trasera sobre el asfalto y la delantera unos centímetros por encima de la cabeza de la niña. Aunque ni por asomo iba a golpearse al pasar bajo la rueda, se agachó de forma instintiva, como hacía siempre, y caminó bajo la estructura del chasis hasta alcanzar por fin el bordillo del otro lado. Subió a la acera y, sonriente e impaciente a partes iguales, se dirigió a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas en pos de la mariposa, que seguía apoyada sobre el estambre moviendo rítmicamente sus patas como el gato mulle con sus garras el almohadón sobre el que tiene previsto echarse a dormir la siesta. Justo cuando la niña llegaba por fin al lugar en el que la mariposa parecía estar esperándola, la flor se dividió en dos mitades, una superior y otra inferior y, como si se tratase de una escena de dibujos animados, atrapó al lepidóptero entre sus recién creadas fauces vegetales, lo masticó con deleite durante unos instantes y con un acceso de tos regurgitó un ala masticada que planeó hasta el suelo, liviana, donde quedó como único vestigio de la mariposa de la que había formado parte.

La niña apartó la mirada con tristeza. A pesar de que llevaba poco tiempo allí, no había tenido más remedio que aprender, a las malas la mayoría de las veces, que las cosas que crecen sobre las normales se comportan de maneras extrañas y que a veces no son buenas. Había aprendido a diferenciar las bayas

que eran comestibles de las que no, a costa de un buen dolor de tripa. Había aprendido que el agua que tenía siempre encharcado el macetero de la entrada de casa se podía beber a pesar de tener ese color tan raro. Oía dulce y sabía cómo los refrescos que mamá le prohibía tomar, pero de todos modos ella había dejado de vigilarla hacía ya tanto tiempo que le dolía recordarlo. Se había atrevido a explorar los alrededores, sin alejarse demasiado, eso sí, porque entre los parterres de flores que adornaban la avenida a veces se oían moverse animales, como grandes lagartijas que se ocultaban al pasar ella cerca. Pero si había algo que tenía claro era que jamás, bajo ningún concepto, debía acercarse a las zonas en sombra. Mientras hubiese luz no había peligro. Pero en la oscuridad...

Por suerte, nunca se hacía de noche.

Cabizbaja, tomó el camino de vuelta por el mismo sitio por el que había pasado antes en sentido contrario, por debajo de la moto, sin prestarle ninguna atención a Pedro, a Julia, a Edu el camionero, y ni siquiera a Lidia con su eterno pelo rubio ondeando al inexistente viento. Al llegar al otro lado de la acera se agarró de nuevo de la mano de su madre y se echó a llorar. Ésta, congelada en su eterna conversación sin palabras con la vecina del segundo, se mantuvo tan inmóvil como una de las estatuas que la niña estudiaba cuando iba al colegio, cuando las cosas se movían y las personas, entre ellas su madre, le respondían cuando ella reclamaba su atención.



PARTE I

[ ... ]

LA LLEGADA



# CAPÍTULO 1: LA CALMA QUE PRECEDE A LA TEMPESTAD

—Jo mamá... ¿de verdad hace falta ir a comprar ahora?

—¡Depende de si puedes aguantar sin comer el domingo entero hasta el lunes. A mí me viene bien, porque así ahorraremos algo por fin en esta puñetera casa! —gritó Teresa. Había estado intentando tranquilizarse conforme se acercaba al cuarto de Lucas para evitar darle una respuesta desproporcionada a su hijo, pero una vez más sus buenas intenciones se habían disuelto como el humo en un vendaval a las primeras de cambio. Sabía sin el menor atisbo de duda lo que el niño le iba a decir antes de que lo hiciese, porque aquella misma escena la habían representado cientos de veces con anterioridad, una por cada vez que era necesario rellenar la casi exhausta despensa de la casa.

El principal inconveniente era que frente a la incansable capacidad de protestar de su hijo, Teresa tenía cada vez menos ánimo. De hecho, la que otrora fuese su inagotable fuente de la paciencia había comenzado a secarse poco a poco hacía cosa de una semana más o menos, cuando Berto, su siempre cariñoso y atento marido, decidió hacer mutis por el foro y desaparecer sin dejar rastro dejándola a ella a cargo de sus dos hijos: Lucas, el nada-me-viene-bien que tenía delante, que acababa de cumplir la nada desdeñable edad de doce años, y el que se encontraba ahora en la habitación contigua, Tonio, que rozaba la siempre complicada frontera de los dieciséis a los diecisiete, y con el que tendría que enfrentarse en unos minutos. Y todo eso sin contar con la hipoteca que apenas habían empezado a pagar, las letras del coche al que aún le quedaban casi tres años, y el maremágnum de facturas de luz, agua, teléfono, Internet, etc., que sus hijos parecían estar empeñados en engordar sin medida mes tras mes derrochando todas las energías y recursos naturales que tenían a su alcance. Gracias cariño por los favores recibidos, y ojalá te estén dando mucha morcilla allá por la gran puñeta o donde quiera que te encuentres.

En los meses anteriores a la desaparición de su esposo las cosas no iban del todo bien, pero nada —o al menos nada que ella percibiese—, la hizo

sospechar que él tuviera la intención de quitarse de en medio y dejarla colgada de esa manera. Por aquellos entonces seguían viviendo en su cuchitril en Vistafranca, en la zona oeste de Málaga, un habitáculo de apenas cuarenta y pocos metros cuadrados en el que *sobrevivieron* cerca de quince años.

Había sido su hogar desde su boda, un año antes de que Tonio abriese los ojos al mundo por primera vez, y en un principio la casa, aún teniendo muchos más contras que pros, les había parecido lo mejor del mundo. A pesar de su tamaño y de ser un quinto piso sin ascensor, al menos era suyo. El espacio era prácticamente cuadrado, por lo que los escasos metros estaban bastante bien repartidos entre un simulacro de salón, dos dormitorios de un tamaño respetable en comparación con pisos mucho más grandes, un diminuto cuarto de baño en el que era impensable que entrasen dos personas al mismo tiempo, y una cocina de similares características.

Cuando Lucas hizo acto de presencia, tuvieron que poner unas literas en el que pasó de ser el cuarto de Tonio a convertirse en el cuarto de los niños, pero con todo y con eso, seguían sobreviviendo. Aunque las escaleras habían hecho estragos en las rodillas de ambos tras más de diez años de subir y bajar los cinco pisos unas cuantas veces al día, seguían sobreviviendo. Aunque la intimidad era algo que brillase por su ausencia en tan reducido espacio, seguían sobreviviendo. Y lo hacían porque no tenían más remedio, porque los trabajos de ambos no daban para más, porque aunque Berto tarde o temprano iba a dar la campanada con alguno de sus inventos ridículos, aún no lo había hecho. Porque aunque ella iba a ser la nueva *J.K.Rowling*, aún no había aparecido la editorial que se dignase a leer alguno de sus manuscritos. De este modo, cuando Berto trajo aquella publicidad que prometía chalets en Málaga al precio de pisos, decidieron que al menos irían a curiosear.

Villas del Arenal. La zona, contra todo pronóstico, estaba en Málaga capital, no a pocos minutos por la autovía como solían engañar la mayoría de las urbanizaciones que se encontraban a las afueras de la ciudad. De alguna manera pasaba desapercibida entre los polígonos comerciales, pero allí estaba. Preciosos adosados y pareados a precios, sino razonables, al menos no inalcanzables. Cuando los niños vieron el adosado que el vendedor les estaba enseñando, se sintieron en otro mundo. Dos plantas, cuatro dormitorios, tres cuartos de baño. ¡Tres! ¡El fin de las discusiones y los golpes en la puerta! Y el jardín en el patio trasero. Había sitio incluso para montar su propia piscina.

Hicieron números. Todos los del mundo. Y cuatro de cada cinco veces que

calculaban y recalculaban las posibilidades, veían que no era razonable, que difícilmente iban a poder pagar la casa. Pero había una de cada cinco que sí. Y a esa se agarraron. Un banco, cientos de firmas, y ochocientos y pico euros al mes después, estaban organizando la mudanza. En tan sólo dos meses ya estaban instalados en su nueva vivienda, y Vistafranca ya era tan sólo un mal recuerdo.

Y he aquí, oh sorpresa de las sorpresas, que a pesar de que las condiciones en las que habían pasado a vivir se parecían a las que tenían en su anterior domicilio tanto como una cena en el Bulli a otra en el McDonalds, se ve que la presión pudo con Berto, porque no llevaban ni seis meses en la nueva casa, con muchas cosas aún sin colocar en su lugar definitivo, cuando desapareció.

La noche anterior a que aquello ocurriese habían estado discutiendo acerca —por supuesto— de cómo iban a hacer frente a los pagos si las cosas se ponían feas en el trabajo. Tenían una pequeña cantidad aún ahorrada, unos cuantos euros que sobrevivían de mala manera en su cuenta corriente tras el descalabro que les había supuesto pagar la entrada de la nueva casa, pero nada a tener en cuenta como para ir más allá de un par de meses sin sueldo.

Berto le dijo que había posibilidades de que en su trabajo hubiese una reducción de plantilla importante. Como no podía ser de otra manera aquello puso de los nervios a Teresa, pero Berto, el siempre optimista cabeza-llena-de-pájaros trató de pintarle el futuro de color de rosa basándose en una idea que rondaba por su cabeza, un cepillo de dientes revolucionario. Lo malo de los inventos de Berto era que en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones acababan como los del señor Peltzer en los Gremlins, no como estrella de ventas en la teletienda, así que Teresa se lo echó en cara, a lo que él respondió atacando a su Saga del Hechicero diciéndole que era una mala copia de Harry Potter. Siempre que usaban las armas de destrucción masiva en una de sus peleas necesitaban de un par de días o tres para que las aguas volvieran a su cauce, pero en aquella ocasión no dispusieron de ellos.

A la mañana siguiente ambos desayunaron y se asearon como completos desconocidos, intentando no coincidir en la misma habitación más allá de lo imprescindible. Como era martes y los días pares le tocaba a ella llevar a los niños a clase y recogerlos luego, Berto salió de casa en el coche pequeño casi media hora después que ellos, y desapareció de sus vidas. Aquella tarde no regresó a casa, ni a almorzar ni a dormir por la noche. Al día siguiente no fue al trabajo, y Teresa denunció la desaparición a la policía. Un par de días más,

y tuvo que explicarle a los niños lo que había pasado. Las primeras horas fueron lo peor, con el corazón a ritmo de samba cada vez que sonaba el teléfono, y los continuos viajes a comisaría para ver si había alguna novedad. A pesar de que el inspector Ramírez se involucró totalmente en su caso, no había conseguido nada reseñable. Su última conversación, días atrás, le sonó como un carpetazo, un *hasta la vista, baby*, no hay nada más que podemos hacer.

—Lo siento, Teresa —le había dicho el inspector Ramírez, quien se sentía con la confianza necesaria como para dirigirse a ella por su nombre en lugar de por su apellido—. No hay nada nuevo respecto a su marido. Y debo serle sincero: lo normal es que a estas alturasuviésemos alguna pista al menos. A diario desaparecen personas que, simplemente, no quieren ser encontradas. Pero créame, tengo más experiencia de la que quisiera en desapariciones, tanto voluntarias como forzadas. Siempre queda alguna pista, un... —el inspector hizo una pausa, como midiendo lo que quería decirle— bueno, le puede sonar ridículo, pero es una especie de aura, un rastro que, aunque invisible para cualquier persona, a ojos entrenados es tan fácil de detectar como un olor para un perro. En el caso de su marido, no he conseguido detectar dicho rastro. Ni la más mínima señal. Es como si se hubiese volatilizado.

Pero eso era cosa del pasado. Reciente, pero pasado. No había tenido más remedio que hacerse a la idea de que, mientras Berto se decidía a dar señales de vida, tendría que tirar ella sola de la casa, gracias cariño por los favores recibidos. La huida de Berto había tenido, como era lógico, un efecto dominó, obligando a Tonio a crecer de golpe y a ocuparse de su hermano cuando ella no estaba, y a ella a multiplicarse por diez para poder hacer frente a las tareas de casa además de las propias de su trabajo.

Mientras sus esfuerzos como escritora se decidían a dar sus frutos, Teresa se arrastraba como podía por su trabajo de dependienta en El Corte Inglés, en la sección de libros. Al menos, era su pequeña venganza con el destino: después de todo, sí se podía decir que, de alguna manera, vivía de los libros. Como su sueldo era del todo insuficiente, y no tenía ni idea de qué iba a ocurrir si Berto persistía en la rabieta y dejaba su trabajo —no quería ni pensar en esa posibilidad—, puso a funcionar su imaginación para intentar sacar dinero hasta de debajo de las piedras: pensó en escribir cuentos cortos por las noches, mientras el cuerpo aguantase, y ponerlos a la venta en amazon. Si eso

funcionaba, empezaría con el merchandising: peluches hechos a mano, broches para el pelo... y si no funcionaba, haría los mismos artículos pero de personajes famosos: pokemon, la patrulla canina o las princesas Disney. Puede que no fuera legal, pero le daba lo mismo. Mientras no se hiciera demasiado grande como para destacar en el inmenso océano que era internet, podría pasar desapercibida. Y por lo que a ella respectaba, mejor que mejor.

Dejó a Lucas protestando en su cuarto pero arreglándose, que al fin y al cabo era su objetivo inicial, y se dirigió a la primera división: el cuarto de Tonio. Si su hijo pequeño andaba algo rebelde en los últimos días, lo del mayor era de juzgado de guardia. No es que estuviese rebelde, es que habría que inventar una palabra específica o una nueva categoría para describir el estado en que se encontraba su hijo el noventa por ciento del tiempo que estaban juntos. Y ella sabía que no sólo era culpa del cóctel de hormonas que hervía en su interior, sabía perfectamente que la salida por la puerta de atrás de su vida con la que su padre le había obsequiado lo había dejado muy tocado en el plano anímico y emocional. No es que Berto fuese el tipo de padre que deslumbra a sus hijos con su forma de ser ni con sus logros, pero a Tonio le encantaba meterse con él en la habitación que hacía las veces de laboratorio y dejar pasar las horas muertas viéndolo trastear sus inventos imposibles y sus ideas locas. Llevaba poco más de una semana tratando de acostumbrarse a vivir sin su padre, y lo que era peor, sin saber el motivo. Al principio, Teresa lo sorprendió varias veces dentro de la habitación-laboratorio de Berto. Se sentaba allí sin razón aparente y se colocaba los cascos o empezaba a trastear su móvil, usando ese pseudo-lenguaje con el que se comunicaba con sus amigos. Sin embargo, en los últimos días las visitas se habían ido espaciando hasta hacerse casi inexistentes. Últimamente sólo entraba en la habitación ella para quitar el polvo que se acumulaba sobre aquellos extraños artilugios, más como una venganza que porque fuese realmente necesario. Berto se ponía de los nervios cada vez que la veía mover de sitio alguno de aquellos trastos de dudosa utilidad, y ahora ella los cambiaba de lugar sin ningún criterio como si barajase cartas. Aún no se atrevía a dar por cerrado el capítulo, no se atrevía a recoger todos aquellos trastos y guardarlos en cajas. Después de todo, tenían espacio más que suficiente para vivir los tres sin tener que recurrir al de aquella habitación.

Llegó a la habitación de Tonio sin apenas darse cuenta, perdida como estaba en sus pensamientos. Al contrario que la de Lucas, aquella puerta siempre

estaba cerrada. No con cerrojo, porque Teresa los tenía totalmente prohibidos en la casa, exceptuando los de los cuartos de baño, pero sí con los imaginativos carteles de “Prohibido el paso”, “Perro peligroso” y “Trespassers will be shot”, algo así como “Se disparará a los que pasen”, muy del pan nuestro de cada día en los Estados Unidos. Teresa golpeó con los nudillos un par de veces en la puerta, y esperó que su hijo tuviese el arma descargada ese día.

—¿QUÉ? —se oyó una voz nada amigable desde el interior. Teresa pensó en dos opciones: su hijo estaba en medio de una partida a través de Internet de algo que tuviese como objetivo matar zombis, o bien estaba enganchado en la tele de su cuarto a esa serie que ella odiaba, los *Walking Dead*. No entendía esa obsesión de su hijo por las cosas muertas que volvían a la vida, y menos aún ese interés por volverlas a matar.

—¿Puedo pasar? —preguntó Teresa.

—*Jo* mamá... ¿Ahora? —parecía que el “*jo* mamá” en aquella casa era algo así como un código de inicio de frase para hablar con ella. Como el “corto” en una conversación entre radioaficionados, pero para empezar en vez de para terminar.

—No, ahora no. Es que quería hablar contigo esta noche, y he pensado en pedirte audiencia para asegurarme de que tendrías un hueco en tu agenda —contestó ella sarcásticamente—. ¿Puedo pasar?

Silencio al otro lado de la puerta.

—*Vaaale*. Pasa.

Teresa percibió, como casi siempre, dos sensaciones clásicas al abrir la puerta: por un lado, el olor. En algún momento indeterminado en el tiempo, su bebito pequeño que siempre olía a gloria, a una mezcla entre colonia Nenuco y crema hidratante, se había transformado en aquella criatura que olía de una manera bastante similar a la de los zombis que tanto le gustaban. La segunda sensación era la de que iban a tener movida, porque de las dos opciones posibles, su hijo estaba jugando una partida a través de Internet. Si se tratase de un capítulo de la serie, hubiese pulsado el *stop* a regañadientes y le habría prestado atención, pero cuando jugaba, y más aún cuando era *online*, el mundo se tenía que detener hasta que él acabara, porque allí no había pausa posible, o bien lo mataba alguno de los otros jugadores, o algún zombi descarriado con mucha mala leche. Teresa tomó aire, y se preparó para la lucha diaria, capítulo dos.

—Tonio...

—¡Espera Mamá! ¿Cuántas veces te he dicho que no me molestes si estoy en medio de una partida?

La habitación estaba a oscuras, con las persianas bajadas, a pesar de que le había dicho un millón de veces que iba a perder visión a marchas forzadas como si fuera por ese camino. El monitor al que estaba conectada la consola miraba en sentido contrario al de la puerta de la habitación, por lo que lo único que ella veía era la parte trasera del mismo, y la cara de su hijo con la mirada perdida. Lo que Teresa suponía —con toda la razón del mundo— que eran imágenes de una violencia extrema, se superponían a gran velocidad unas con otras generando una cascada de colores que se reflejaban en la cara de su hijo, con predominio de los tonos rojizos.

Rojo sangre para ser más exactos.

—Necesito que me acompañéis al Carrefour a hacer la compra...

—¿Qué? ¿QUÉ? —gritó su hijo sin separar la vista un momento de la pantalla ni detener el frenético golpeteo de los dedos sobre los botones del mando—. ¡Ahora no puedo! ¡Vete tú con el enano! —protestó.

—Voy a comprar cosas que pesan demasiado. Vamos a necesitar músculo— respondió Teresa, con un guiño aprendido en miles de batallas previas, intentando no encenderse, pero sabiendo que era una lucha perdida. En breve le empezarían a arder las tripas e iba a soltar por la boca algo de lo que se arrepentiría con toda probabilidad cuando las aguas volvieran a su cauce—. Si pudiera hacerlo yo sola no pediría vuestra ayuda, puedes estar seguro —afirmó.

—¿Y esta manía de comprarlo todo por toneladas? —protestó Tonio— ¿No puedes comprar unas cuantas botellas de agua y dos o tres litros de leche? ¿Te tienes que traer tres cajas de cada?

Aquello era lo que Teresa estaba temiendo. El exceso de *radiación gamma* en sus venas hizo que *el Increíble Hulk* saliera de golpe arrasándolo todo a su paso. Sintió que el estrés acumulado tomaba el control, y no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar.

—¡Voy a hacer lo que a ti te dé la gana! ¡Voy a estar todo el día camino del supermercado, gastando gasolina! ¡A ver si te enteras de una puñetera vez de que NO TENEMOS DINERO! ¡Y a ver si colaboras en algo EN VEZ DE PASARTE TODO EL PUÑETERO DÍA JUGANDO A GILIPOLLECES!

—¡Vale! ¡VALE! —gritó Tonio y se levantó de golpe, apagando la pantalla y

dejando la consola encendida. Salió del cuarto como un toro sale del chiquero, casi arrastrando a su madre al pasar junto a ella, bajó los escalones de tres en tres y se metió en la parte de atrás del coche, cerrando con un sonoro portazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, asomando desde las profundidades de su cuarto.

—¡Tú al coche YA! —le ordenó Teresa.

—Vale, *vaaale* —respondió el niño, bajando con parsimonia las escaleras. Teresa se quedó apoyada contra la pared mientras el pulso recuperaba su ritmo normal. Sabía que no debía perder los nervios de esa manera, pero tenía muchos frentes abiertos en otras tantas batallas, y la situación la superaba sin remedio por mucho que ella intentara mantener la cabeza por encima de las olas. Sentía que Tonio se le estaba escapando como agua entre los dedos, y temía el momento en que Lucas siguiera sus pasos. Lo peor era que no tenía ni idea de cómo revertir la situación, cómo volver a ser la familia feliz que habían sido, ahora que faltaba uno de sus miembros y ella se veía incapaz de manejar al resto.



## CAPÍTULO 2: INMÓVILES

Como era previsible, el camino al hipermercado fue una tensa y silenciosa espera. Tonio llevaba colocados los auriculares y la gorra de visera encasquetada hasta las cejas, totalmente aislado de los modos *video* y *audio* del resto del mundo. Podía haber sido sustituido por un monigote sin que Teresa se diera cuenta de ello hasta que llegasen a su destino y lo intentara hacer bajar del coche. Lucas, por su parte, miraba con expresión ausente el paisaje que se deslizaba con rapidez por los cristales de su ventanilla. A aquellas horas de la tarde del sábado —acababan de dar las cinco—, la mayoría de las criaturas inteligentes que poblaban aquella parte del planeta se repartían en dos grandes grupos: las que estaban tiradas en el sofá reposando el almuerzo y reponiendo fuerzas para la última noche loca del fin de semana, y los que ya estaban disfrutando del mismo al aire libre. Luego quedaban algunos corpúsculos compuestos por pocos integrantes que, o bien estaban trabajando, o haciendo cosas por obligación. A este último grupo pertenecían Teresa y sus dos hijos. El Dacia Logan plateado propiedad de la familia desde que se mudaron —ya que nos metemos en la hipoteca, aprovechamos y pedimos doce mil euros más y cambiamos de coche, gracias de nuevo cariño —, salió del paso soterrado que daba acceso al Carrefour Los patios bajo la Avenida de Velázquez, la principal arteria de acceso a Málaga capital desde los pueblos de la Costa, léase Torremolinos, Benalmádena, Marbella y demás habituales de programas del corazón en verano. El aparcamiento aparecía casi desierto a pesar de ser uno de los días estrella de la semana para las compras, en parte por la hora, en parte por estar casi a finales de mes, y en parte gracias a la puñetera crisis que arrasaba España, Europa, y buena parte del resto del mundo. Teresa aparcó con la parte del maletero hacia afuera con dos estudiados golpes de volante para hacer más fácil luego el descargar el carrito de plástico azul, abrió la puerta y descendió del vehículo. Lucas hizo lo propio, pero como era de prever, Tonio iba a hacerse de rogar, así que como ella no tenía en absoluto la más mínima intención de librar la segunda batalla de la guerra que se había abierto entre ambos en el Carrefour, abrió la puerta del conductor de nuevo y arrojó la llave del coche al lado de su hijo. No dijo

nada, porque sabía que ninguna voz por fuerte que fuese iba a poder derribar la barrera de sonido que se había construido con los cascos, así que cerró de nuevo la puerta, introdujo una moneda de euro en uno de los carros azules — los rojos eran considerablemente más pequeños, e iban a ser insuficientes para lo que tenía previsto comprar— y se dirigió al interior del almacén con su hijo pequeño. No se había alejado más que unos pasos cuando oyó el familiar portazo y el bip que le indicaba que su hijo mayor había salido del coche y activado la alarma. «Gracias bendita experiencia por los favores recibidos» pensó, y cruzó las puertas automáticas deslizantes seguida a cierta distancia por Tonio.

Unos pasos antes de que el muchacho entrase en el hipermercado una figura apareció entre los coches del aparcamiento, y se interpuso entre él y las puertas automáticas. Teresa y Lucas, ya dentro del centro comercial, no se apercebieron de ello, y durante un instante Tonio, perdido en el estridente mundo privado carente de estímulos externos que le proporcionaban los cascos, no se dio cuenta de que el hombre le estaba hablando a él.

—¿Cómo? —preguntó. El hombre que había movido los labios sin emitir sonido alguno mientras que *Marshmello*, por boca de *Anne Marie*, repetía incesantemente en los oídos de Tonio que los protagonistas de la canción no eran más que amigos, recuperó su voz en cuanto el muchacho se retiró los cascos.

—¿Me *da* un euro?

El propietario de la aguardentosa voz era un anciano desdentado de piel oscura, tostada por incontables horas a la intemperie. Su cabello blanco, ensortijado en pequeños rizos que recordaban a las palomitas de maíz, se repartía de forma irregular por su cráneo, dejando de manera cada vez más notoria zonas desprovistas de pelo en la coronilla y en la frente. Su cuerpo era menudo, y la sensación de pequeñez y fragilidad que transmitía se veía acentuada por su forma de moverse, que en ocasiones recordaba a un hipotético *Gollum* de edad avanzada. Llevaba la ropa sucia hasta el punto de que era casi imposible localizar un centímetro cuadrado de tejido en el que las manchas de distintos tonos y antigüedad no peleasen por obtener la mayor cantidad de espacio posible. A pesar de ello, el hombre no olía mal. De hecho, le llamó la atención el olor que emitía de una forma difícil de describir, pero agradable sin duda. Flores exóticas, o algo similar, se habría atrevido a decir.

—No... no tengo dinero —tartamudeó Tonio y se apresuró a esquivarlo para

acceder al centro comercial, pero el anciano se movió a una velocidad que no le correspondía, y se interpuso de nuevo en su camino.

—Hay *aguheros* —susurró. Su voz era ahora resbalosa como la seda. El muchacho no pudo evitar sentir un escalofrío que hizo que se le erizara el vello de los brazos—. Ten cuidado con los *aguheros*. Yo puedo verlos, tú no. Así de fácil.

—S...sí,sí... Agujeros... —tartamudeó una vez más Tonio—. C...claro, tendré cuidado con ellos —soltó, y lo esquivó, esta vez de forma definitiva, con una finta que hubiese hecho palidecer de envidia al propio Pau Gasol. Apenas se había alejado unos metros del hombre cuando volvió a zambullirse en el aislamiento auditivo facilitado por los cascos. *Alan Walker* había recogido el testigo de *Marshmello* y proclamaba en voz de *Noah Cyrus* algo acerca de drogas y adicciones que el muchacho no llegó a entender del todo, y por ello no oyó las últimas palabras del indigente.

—*Tó* es raro en el otro sitio. Es *iguá* que aquí, pero raro. Las *cosa rara* crecen por encima de las *normale* y se retuercen. *Tó* está *parao*, pero las cosas que crecen se mueven. Hay que tener mucho *cuidao* con los *aguhero*. *Muuuuucho*.

Cuando cruzó las puertas deslizantes, Tonio sintió la necesidad de aligerar el paso y unirse al dúo formado por su madre y su hermano lo antes posible, pero le pareció más importante girarse con la intención de comprobar si el mendigo seguía allí.

Había desaparecido, y no pudo evitar un escalofrío al sentir, de una forma imposible de explicar, que el hombre realmente no se encontraba ni en las afueras del centro comercial ni en ninguna otra parte de este mundo. Tan sólo unos segundos después, el desasosiego que le produjo aquel pensamiento fue sustituido sin mucho esfuerzo por la sensación de fastidio por perder el tiempo en el centro comercial, cuando podía estar pegado al mando de la consola masacrando zombis.

Teresa, por su parte, no tenía intención de pasar mucho tiempo haciendo la compra por dos motivos. El primero de ellos era que disponía del dinero justo para comprar lo esencial, sin pasarse ni un ápice. El segundo, que sabía que la calma reinante era la que precedía a la tempestad, y quería salir de allí con la cabeza lo más alta posible, y sin dar un espectáculo.

Como si de un concurso de televisión se tratase, y siguiendo la lista ordenada que Teresa llevaba en su cabeza, recorrieron los pasillos rellenando

el carro de los alimentos imprescindibles, todos ellos de marca blanca, buscando el máximo ahorro posible. Ya estaban casi enfilando la zona de cajas, cuando sucedió lo que Teresa llevaba temiendo desde que llegaron, una mínima salida del guión que hizo que estallase la bomba.

—¡Mamá, mira! —dijo Lucas, separándose del carro y corriendo en dirección a las cestas metálicas que el centro comercial colocaba de forma estratégica en medio de los pasillos principales con las ofertas de final de stock, o como Teresa las llamaba, las *o lo coges o lo tiramos*. En este caso, lo que había llamado la atención de Lucas era una selección de tebeos de Mortadelo y Filemón que habían rebajado al ridículo precio de cincuenta céntimos por ejemplar.

—Por favor, Lucas, no nos vamos a pasar ahora una hora mirando tebeos —protestó tímidamente Teresa. Lucas absorbía cualquier cosa que tuviese viñetas y que pasara por sus manos, pero era especialmente fan de las ocurrencias de los locos personajes de Ibáñez.

—Sólo un par de ellos, mamá, porfa... ¡Nada más que un euro!

—Está bien —se resignó Teresa. Al menos no le iba a salir demasiado caro —. Pero date prisa —le aconsejó, haciendo un claro gesto hacia su hermano mayor, que los seguía con cara de fastidio.

—¡Vale mamá! —le respondió Lucas mientras corría hacia los tebeos apilados. Su hermano, que había estado siguiendo la escena desde la distancia, aceleró el paso y se acercó a él.

—Eh, enano... ¿no te creerás que te vas a poner ahora a trastear todo ese montón de tebeos, verdad? ¡Vámonos ya, que mis colegas me están esperando!

Como para remarcar lo que acababa de decir, un tintineo le avisó de que acababa de recibir un mensaje en el *whatsApp*.

—¿Ves? —insistió sin mirarlo mientras movía sus dedos a una velocidad endiablada por la pantalla del móvil construyendo una respuesta— ¡Vámonos!

Cogió a su hermano del brazo, y lo arrastró un par de metros hacia la salida.

—¡Eh, déjame! ¡Mamá! —protestó Lucas zafándose de un tirón.

Allí estaba, gestándose delante de sus ojos, la madre de todas las peleas. Si nada lo impedía, estaban a escasos segundos de montar el espectáculo en pleno centro comercial. Lucas corrió de nuevo hacia la cesta llena de tebeos, seguido a pocos centímetros por su hermano. Cuando llegó a su objetivo, cogió un montón con ambas manos y siguió la carrera.

—¡Te he dicho que nos vamos AHORA! —gritó Tonio. La escena estaba

empezando a llamar la atención de la gente que estaba en el interior del hipermercado. Teresa vio a una pareja que cuchicheaba mientras miraba hacia ella.

—¡NIÑOS! ¡YA ESTÁ BIEN! —ordenó, pero como era de esperar, nadie le hizo caso. Su hijo mayor cogió del brazo a su hermano, pero éste se giró, y la propia inercia que llevaba Tonio lo hizo tropezar y caerse de bruces al suelo. La pila de tebeos que llevaba Lucas salió despedida en todas direcciones, como el confeti en una fiesta de fin de año. Tonio cayó sobre su teléfono móvil. Había salido volando desde el bolsillo del pantalón que, como la mayoría de las prendas que adornaban su armario, era casi dos tallas más grande que la que le correspondía. La música dejó de sonar instantáneamente.

—¡Ooooh tío! ¡Estás MUERTO! —masculló entre dientes, mordiéndose los labios por la rabia. Estaba tirado cuan largo era, boca abajo, con la cara casi tocando el suelo del Carrefour. Un suelo que a primeras horas de la mañana estaba reluciente, pero que a esas alturas de la tarde ya presentaba las marcas de cientos de suelas.

Aunque en principio no fue consciente de ello, no era sólo la música de su móvil la que se había detenido. También lo había hecho el hilo musical del supermercado.

Y la gente que lo rodeaba, incluida su familia. Estaba sumido en un silencio absoluto, que hacía que escuchase el fluir de la sangre en sus propios oídos. Se levantó de golpe, con un movimiento casi felino, y se giró con la intención de propinar un buen puñetazo a su hermano.

Fue entonces cuando sintió como si la sangre se hubiera detenido de golpe en el interior de sus venas. Se quedó sin habla, y un sudor frío le recorrió la columna vertebral desde la base, provocando que se le erizara el vello a su paso. Las piernas le fallaron, y cayó sentado al suelo, boquiabierto.

La escena que se desplegaba ante sus ojos no tenía nada de especial: su madre y su hermano, en la posición que tenían antes de que él cayese al suelo. Pero estaban congelados en el tiempo. Como si Dios hubiese cogido su mando a distancia y hubiese dado al botón de pausa mientras iba al cuarto de baño celestial a echar una meadita y no quisiera perderse la pelea entre los hermanos. Teresa estaba con el brazo derecho extendido en dirección a ellos, la mano abierta como suplicando que se detuviesen, mientras con la mano izquierda sujetaba el carro. Al fondo, los clientes que paseaban por el pasillo los miraban, tan congelados como ella misma. A unos metros de distancia, una

muchacha rubia de unos veintitantos años estaba mirando un vestido corto de color rojo. La tela flotaba inmóvil, como si se hubiese metido en almidón. El pelo largo aparecía ligeramente levantado por las puntas, dando la sensación de que la chica estaba girando la cabeza en el momento en el que el tiempo se había detenido.

Pero el premio gordo a la espectacularidad se lo llevaba su hermano Lucas. Tenía la pose típica de un malabarista que estuviese haciendo girar entre sus manos tres bolas de colores brillantes, con ambas manos extendidas hacia delante y las palmas vueltas hacia arriba. Pero en lugar de bolas, había tebeos.

Flotando a su alrededor.

Un par de ellos estaban a poca altura sobre sus manos y aparecían con la cubierta cerrada, perfectamente cuadrados. Un tercero se había abierto y estaba casi rozando el hombro derecho de Lucas. A Tonio le pareció una estrambótica gaviota de papel multicolor levantando el vuelo con sus alas extendidas. A no mucha distancia de éste había un par más. Uno de ellos había quedado con la portada mirando directamente hacia Tonio, que pudo leer el título, *La Máquina del Cambiazo*. Formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados con éste, había uno más, con la contraportada en paralelo hacia el suelo, enseñando todas sus hojas sin ningún pudor. Cuatro ejemplares más habían tomado la delantera en la caída libre. Uno de ellos estaba tocando el suelo con su esquina inferior derecha, y estaba doblado, como a la espera del impacto que se le había negado, tanto a él como a sus colegas de aventura. Los tres restantes estaban dispuestos a una distancia equidistante unos de otros, casi como formando una escalera.

—¿Q..qué mierda es esto? —balbuceó Tonio, aterrorizado— ¿Qué pasa? ¡MAMÁ!

Se acercó a su madre y le tocó el brazo. Estaba frío como el de una estatua, una reproducción perfecta de su madre, privada del calor que producían los procesos metabólicos de las células en su cuerpo. Además, su brazo estaba duro. No, era más aún. Estaba muy duro, como si realmente fuese piedra esculpida. La piel no se hundía al contacto con su mano. No quedaba marca alguna cuando la retiraba. Tonio retrocedió, tragando saliva. Al expulsar el aire, se le escapó un quejido casi inaudible. Se giró rápidamente hacia su hermano. Era como la figura de cera más perfecta que jamás se hubiera modelado. Miró la expresión de sorpresa de Lucas, y observó maravillado como en sus ojos se reflejaban los tebeos que flotaban más cerca de su cara.

Lucas estaba tan frío e inamovible como su madre. Cuando consiguió apartar la vista de su cara, se centró en los tebeos. En el que le había recordado a una gaviota emprendiendo el vuelo. Tocó una de sus hojas abiertas. Fina como una cuchilla de afeitar. Acarició la esquina de la página con la yema del dedo, y una minúscula gota de sangre se dibujó entre los pliegues de su huella dactilar.

—¡Ay! ¡MIERDA! —protestó, llevándose el dedo a la boca. El pinchazo había sido tan diminuto que ni siquiera sintió el característico sabor metálico de la sangre, pero le sirvió como advertencia de que había que tomarse en serio esas hojas rellenas de viñetas de colores de aspecto inofensivo y manejarlas con cuidado. Evitando el filo, cogió la página e intentó voltearla. Nada. Era materialmente imposible mover aquella finísima hoja de ni siquiera medio milímetro de grosor. Se apoyó en la cesta de los tebeos y levantó la pierna izquierda, apoyándola contra la hoja. Se impulsó con la cesta y levantó el cuerpo, arqueando la espalda y dejando toda la fuerza sobre la página impresa, que resistió el empuje como si estuviese hecha de un material de una resistencia inimaginable en lugar de vulgar papel reciclado.

—Joder —susurró. Se acercó a los ejemplares que habían quedado a menor distancia del suelo. Recordando el pinchazo en el dedo, evitó el que había quedado en contacto con el piso, poniendo especial cuidado con las hojas extendidas y colocó el pie sobre el primero de los tres que habían quedado situados como escalones de una estrafalaria escalera flotante. Apoyó todo su peso contra él, y como esperaba, no se movió en absoluto. Poco a poco, subió el otro pie y quedó en equilibrio sobre el tebeo, como *Michael J. Fox* sobre su monopatín en *Regreso al Futuro*. Con cuidado, pasó al siguiente, y luego al siguiente. Todos ellos resistieron perfectamente su peso, como si fuera una pluma.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó en voz alta— ¿Qué ha pasado?

De un salto, se bajó del último tebeo que, como ya suponía, no se movió un ápice, ni con el impulso, ni al verse liberado de su peso.

Aquella situación le superaba por completo. El mundo, a excepción de él mismo, se había detenido. Se alejó unos pasos de su madre y de su hermano, sintiendo que una oleada de terror le nacía en la boca del estómago. Quizás él no fuese la única persona que no había quedado petrificada. Quizás había alguien más.

—¡HOLA! ¿ME ESCUCHA ALGUIEN? —gritó.

Como única respuesta, el silencio.

—¿HOLAAAA? —gritó de nuevo, pero el resultado fue el mismo. Se alejó unos pasos en dirección a la sección de electrónica. Conforme caminaba, el pánico se iba apoderando de él, y casi sin darse cuenta, comenzó a correr, insistiendo en su llamada.

—¿HAY ALGUIEEEEEEEN? —más que una pregunta, era una súplica. Llegó al final del centro comercial, donde tres filas de pantallas de distintos tamaños mostraban idénticas escenas de la película *Avatar*, todas ellas igualmente detenidas en el tiempo.

—*DiosmioDiosmioDiosmio*.... ¿qué hago? —dijo en un murmullo apenas inteligible, sin poder parar de dar saltitos. Necesitaba urgentemente ir al baño. Ya lo necesitaba cuando su hermano decidió convertirse en el fan número uno de Mortadelo y Filemón, pero ahora los nervios del momento habían acelerado el proceso y sentía que si no vaciaba la vejiga a la voz de ya, iba a reventar por dentro. Pensó en ponerse allí mismo, en una esquina. ¿Qué más daba? ¿Quién iba a protestar? ¿El vendedor de electrodomésticos que estaba con una perfecta sonrisa profidén congelada en el tiempo mientras explicaba a una pareja de mediana edad, tan congelada como su propia sonrisa, las bondades de aquel *LG 4K* que tenían por delante? No creía que le importase demasiado. Sin embargo... ¿qué pasaría si de repente el mundo volviese a funcionar? Probablemente que, a los ojos de la pareja y del vendedor, Tonio se materializaría directamente delante de ellos, con su herramienta entre las manos, echando la meada del siglo. Toma, *David Copperfield*, supera esa.

Así las cosas, decidió salir hacia los cuartos de baño. Pasó por delante del guarda de seguridad, al que no le importó en absoluto que no le enseñase si llevaba algo en los bolsillos. Enfiló a toda prisa hacia los servicios, que estaban a unos cincuenta metros a la izquierda de la salida, y corrió dentro. Un hombre de mediana edad estaba usando uno de los aseos de la pared, con la orina describiendo un perfecto arco en el aire, inmóvil como el resto del mundo. A Tonio no le gustaba utilizar aquellos aseos, nunca conseguía concentrarse con un tío a cada lado, así que, por inercia, y a pesar de que con toda seguridad nadie iba a aparecer a interrumpirlo, se dirigió a uno de los tres aseos con taza del váter. Dos de ellos tenían la puerta cerrada, y el último, al fondo de la sala, la tenía entreabierta. Se dirigió a este último, y la empujó. Evidentemente, en un mundo normal, ésta se hubiese abierto permitiendo el paso a Tonio, pero en el *Increíble Mundo de Todo Inamovible* en el que es imposible mover la hoja de un tebeo, tanto más aún lo era la pesada hoja de



madera de una puerta, a pesar de que esa misma mañana el servicio de mantenimiento había engrasado a conciencia las bisagras que chirriaban. Como resultado de la inercia que llevaba Tonio, rebotó contra la puerta y cayó de espaldas cuan largo era, justamente sobre un charco de un sospechoso color amarillento que a todas luces había rebotado de uno de los aseos de la pared.

—¡Mierda, que *ascooooo*! —gritó, y se levantó como impulsado por un resorte. Sacudió las manos, que eran las que habían experimentado el húmedo encuentro en todo su esplendor, esperando salpicarlo todo, pero no fue así. De hecho, las tenía totalmente secas. Se acercó al charco con el que, en una situación normal, debería haberse puesto hecho un asco. Lo pisó con el zapato, y sintió su grosor bajo la suela, como si estuviese congelado. El agua (o lo que quiera que fuese) no era ajena a las nuevas reglas del mundo, y también se mostraba inamovible, como una extraña pista de patinaje.

—¿Pero qué coño...? —empezó a decir, pero se detuvo en seco. Su madre no soportaba oírlo decir tacos, y aunque por regla general aquello se la traía al paio, en esta ocasión se contuvo. Se sorprendió al pensar que era posible que nunca más la volviese a oír regañarle.

Ni a su hermano protestar porque hubiese acaparado la consola durante toda la tarde.

Ni al resto del mundo.

No pudo evitar hincarse de rodillas y arrancar a llorar con desesperación. ¿Qué pasaría si la situación se alargaba en el tiempo? ¿Y si el mundo nunca se ponía en marcha de nuevo?

—Todo se ha ido a la mierda —le dijo al hombre que estaba usando el aseo, y se puso a orinar en el de al lado—. Todo se ha ido a la mierda —le repitió en un susurro desconsolado.

De repente, le pareció oír algo en uno de los cuartos de baño cerrados. Una especie de susurro, como el arrastrar una tela sobre otra.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Como única respuesta, de nuevo el ruido. De nuevo la tela que se desliza sobre otra. No, no era tela. Era seda. Esta vez el ruido fue más intenso, y durante más tiempo. En un momento dado, dejó también de parecerle seda. No podía definir el sonido, pero era algo oscuro. Ominoso. Cientos de gusanos arrastrando sus gelatinosas barrigas contra el suelo. No pudo evitar un ataque de pánico.

—Por favor... ¿Hay alguien?

El ruido se detuvo unos instantes, como si prestase atención a lo que Tonio tenía que decirle. Luego, reanudó su enigmático siseo. Tonio acabó lo que estaba haciendo —o se le cortó, no podría asegurarlo— y se acercó sigilosamente. La puerta no llegaba hasta abajo, así que se agachó un poco y miró. Estaba oscuro. Pero entre la penumbra, podía ver perfectamente la base de la taza del váter y los azulejos del fondo y los laterales, además de una mugrienta papelera de la que rebosaban infinidad de trozos de papel higiénico usados. Pero nada más. Ni zapatos, ni pies, ni las peludas pezuñas del coco. Si dentro de aquel cuartillo había alguien, estaría subido a la taza para evitar que lo viesan. Puede que estuviese tan cagado de miedo como él mismo, la situación no era para menos. Para asegurarse, sólo tenía que clavar una rodilla en el suelo y agacharse, pero tendría que acercarse mucho a la puerta. Demasiado, quizás. Puso la mano sobre la superficie de madera y comenzó a flexionar la rodilla.

—¿Hola...?

De repente, algo golpeó con la puerta con una furia inusitada. Eran golpes rápidos, frenéticos, despiadados. Tonio se alejó rápidamente. Seguía sin verse nada por debajo, pero el ruido era como si un inmenso (perro guardián) animal estuviese custodiando aquel minúsculo habitáculo. Casi lo pudo ver en su imaginación, sus fauces abiertas mostrando los relucientes y afilados colmillos, con los hilachos de baba escapando por las comisuras. Y los ojos. Unos ojos rojos, malvados, como si vinieran de... de...

Un nuevo golpe, aún más violento que los anteriores, retumbó desde dentro del baño. Si no fuese en contra de las reglas de su recién estrenado mundo, hubiera jurado que... la puerta se había movido. Sólo un poco. Pero era su imaginación...

¿Verdad?

Ni se planteó quedarse a comprobarlo. Salió corriendo de allí a toda la velocidad que sus piernas le permitieron.

Comparado con el entorno, se movía a la velocidad de la luz.

## CAPÍTULO 3: INANICIÓN

Cuando llegó junto a su madre y a su hermano, el corazón amenazaba con salirse del pecho. Estaba seguro de que la Cosa, la que estaba encerrada en el cuarto de baño, había descendido de la taza del váter y tras arrastrarse bajo la puerta con su vientre hecho de millones de gusanos, se había lanzado en su persecución para despedazarlo y devorarlo ante los ojos inmóviles del guarda de seguridad. Pero no fue así, sólo que él no lo supo hasta que, agotado y sin respiración, cayó ante los pies de su madre como un torpe jugador de beisbol que intenta llegar a la base y cae de bruces sobre ella.

—Gracias por preocuparte, mamá. Estoy bien —dijo sarcásticamente con el poco aliento que le quedaba, sabiendo que su madre no podría verlo, atrapada en su eterno gesto de mirada hacia el frente con una mano extendida mientras agarraba el carro de la compra con la otra. Le hubiera gustado decirle que no había de qué preocuparse, que podía soltar el carro, que nadie iba a venir a quitárselo. Pero en vez de eso, por segunda vez en pocos minutos, lloró amargamente. Se quedó allí, a los pies de la escultura que esa misma mañana había sido su madre, con la espalda apoyada sobre sus piernas, agarrándose las rodillas. Se mantuvo así un buen rato, reflexionando sobre la situación.

Estaba casi seguro de que no se había vuelto loco, o al menos, si lo estaba, no había sido un proceso gradual. En el segundo treinta estaba tratando de darle un buen puñetazo a su hermano, y en el treinta y uno era el único que se movía en el museo de cera más grande y realista de la historia. Y luego estaba la Cosa. No había podido evitar echar un vistazo cada cierto tiempo hacia la entrada del Carrefour para asegurarse de que allí no había nada en movimiento. Un sonoro rugido lo hizo incorporarse de un salto, con el pulso latiéndole en las sienas. Tardó sólo un segundo en darse cuenta que había sido él mismo quien lo había provocado. Su estómago acababa de obsequiarlo con un estruendo que hubiese hecho que la Cosa del baño huyera con el rabo entre las patas, si es que disponía de ambas cosas en su cuerpo.

—Joder, qué hambre tengo —dijo, y de repente cayó en la cuenta—. *Mierdamierdamierda...*

Corrió hacia la estantería de alimentos que le pillaba más cerca, la que

estaba situada justo a la entrada, al lado de unas impresionantes hortensias de color celeste sobre las que una miríada de minúsculos insectos voladores habían quedado congelados en el aire como los mosquitos prehistóricos de *Parque Jurásico* lo hicieron en el ámbar. Junto a ellas había un expositor con un cartel amarillo que rezaba, en grandes letras mayúsculas:

«SEGUNDA UNIDAD A MITAD DE PRECIO».

Y bajo él, decenas de paquetes de patatas de distintos sabores apiñados unos contra otros para aprovechar hasta el último milímetro de espacio disponible.

Se puso delante de los paquetes, con el corazón desbocado, porque había pasado por alto algo importantísimo. Vital. Estiró la mano hacia las patatas, y tocó uno de ellos. Piedra.

—¡No! —gritó—. ¡NOOOOOO!

De repente había caído en la cuenta. Estaba condenado a morir de hambre. O de sed.

En un hipermercado atiborrado de alimentos, iba a morir de inanición, o deshidratado, como si estuviese en una isla desierta.

Porque absolutamente todo lo que lo rodeaba estaba tan duro como el mármol.

Siempre había oído que el hombre puede resistir días sin comer, pero no sin beber, así que corrió por el pasillo principal hacia el estante del agua, al fondo del hipermercado. Por el camino fue esquivando docenas de estatuas que poco tiempo antes habían sido personas. Cuando llegó, se encontró con un grupo de cinco muchachos a los que *La Pausa* (de repente se le ocurrió que aquel era un nombre que le venía bordado) había sorprendido cargando un pack de doce litros en un carrito. Uno de los chicos había abierto una de las botellas y estaba bebiendo, sosteniéndola a cierta altura sobre su cabeza echada hacia atrás. El chorro de agua que, como si fuese el cristal más puro del mundo, brotaba desde el cuello de la botella hasta su boca y las diminutas gotas que flotaban ingravidas alrededor de éste, le explicaron sin palabras a Tonio todo lo que había temido. En el *País de la Pausa* no existía el agua ni la comida, habían sido sustituidos por el cristal y el mármol.

El pánico le cerró la garganta. Cada nueva inspiración le costaba un esfuerzo titánico. Por un instante temió que sus pulmones también estuviesen empezando a quedar atrapados en *La Pausa*, una forma genial de morir, intentando respirar por medio de dos grandes bolsas de mármol dentro del

pecho. Pero no era así. Intentó recuperar la calma, tomar de nuevo el control de su respiración. Si había alguna forma de salir de aquel embrollo, no era desde luego dejándose atrapar por el pánico. Trató de trazar un plan de actuación, que tendría obligatoriamente que pasar, por supuesto, por encontrar algo de agua que se pudiera beber.

Quizás no todas las botellas estuviesen congeladas, quizás...

Y entonces cayó en la cuenta. No sólo él había escapado de *La Pausa*. También sus ropas. Tonio tenía un estilo de vestir que desesperaba a su madre, pero que, evidentemente, a él le encantaba. Aquel día llevaba su camiseta roja de baloncesto de los *Bulls* sobre la que se había colocado una camisa de vestir del mismo color, pero varios tonos más oscura, abierta. Un pantalón de chándal *NIKE* negro y unas botas de baloncesto completaban el conjunto. Y todos los tejidos seguían teniendo el tacto y el aspecto de lo que eran, tejidos. ¿Quizá estaban así porque habían mantenido el contacto con su cuerpo? ¿Era eso lo que había evitado que entraran en *La Pausa* como todo lo demás?

Entonces se acordó de su móvil. No había estado en contacto directo con él, lo tenía en el bolsillo, y además se le cayó cuando tropezó. Si no estaba petrificado, quizás podía haber alguna cosa más en el centro comercial que, por alguna extraña razón, hubiese escapado también de *La Pausa*.

«*Como la cosa del baño*» dijo una vocecita dentro de su cabeza que él se esforzó en ignorar sin conseguirlo del todo.

Tanteó nerviosamente en el bolsillo en busca del móvil. Lo sintió templado al rozarlo con sus dedos. Eso podía ser una buena señal. Todo lo que había tocado hasta ahora, incluyendo el brazo de su madre, estaba extremadamente frío. Claro que a lo mejor sólo estaba tibio por el calor de su propio cuerpo. Lo extrajo del bolsillo con cuidado, y lo mantuvo en la palma de la mano sin atreverse a mirarlo. Hasta que reunió las fuerzas suficientes para hacerlo.

No tenía ni una puñetera línea de cobertura, pero la pantalla lo saludaba con su personalizado (Qué pasa capullo) mensaje de bienvenida. Nunca en su vida había estado tan contento mirando su móvil sin cobertura.

—¡SÍ! ¡SIIII! —gritó, y se puso manos a la obra a la tarea de mirar todas las estanterías del centro comercial que contuviesen algo que se pudiera comer o beber. Tiró una por una del asa de todas las garrafas de cinco litros, con idéntico resultado. Inamovibles. Luego pasó a los packs de seis botellas de dos litros, incluyendo el que los muchachos habían puesto en su carrito. El mismo resultado. De hecho, incluso estuvo a punto de hacerse un feo corte con

el plástico que había roto, para sacar la botella, el chico que estaba bebiendo. Un plástico que en su mundo original era totalmente inofensivo pero que en el de *La Pausa* era una cuchilla de afeitar. Tardó más de una hora en hacer una minuciosa batida por las dos estanterías más bajas, la del suelo, en la que estaban las garrafas, y la siguiente en altura que contenía los packs con idéntico y desesperanzador resultado. Para acceder al siguiente nivel, en el que se encontraban los packs para niños con botellas de 33 cl o medio litro con dibujos de *Bob Esponja* o *Winnie the Pooh* tuvo que escalar, con el fin de poder llegar a los packs de atrás, ocultos tras la inalterable barrera que formaban los de delante. Más de lo mismo. Casi una hora y media después de haber iniciado su búsqueda, Tonio estaba tirado en el suelo, al lado del chico que parecía reírse en su cara mientras saboreaba el delicioso chorro de agua fresca. Él, por el contrario, sentía la garganta llena de agujas. Miró el reloj de su teléfono. Marcaba las nueve de la noche. Hacía casi cuatro horas que su madre había dejado el coche en el aparcamiento. El reloj digital de pulsera del muchacho que bebía agua marcaba, exactamente, las diecisiete horas, treinta y cinco minutos, dos segundos.

—Qué bien —dijo Tonio en voz alta—, ya tenemos hora oficial de *La Pausa*. Las seis menos veinticinco del sábado. De puta madre, me da tiempo a llegar a casa, cenar, y vestirme para irme de marcha.

Dejó escapar un suspiro, y miró hacia la parte central de las estanterías. Allí había apilados unos palets con botellas individuales de dos litros que ni siquiera se había molestado en comprobar. Aunque alguna de esas botellas estuviese en su estado normal, se encontraría de todos modos atrapada en el finísimo pero irrompible plástico *Pausa*, marca registrada. A pesar de ello, escaló de nuevo y se encaramó a los palets.

Nada. Todo mármol.

—¡Mierda! —gritó desesperado, asestando una fuerte patada con la suela de la bota de baloncesto al paquete de botellas de arriba. Un intenso dolor le subió por el tobillo.

—¡Joder! —volvió a maldecir, sujetándose con ambas manos. Todavía tenía que acostumbrarse a que las cosas allí no eran tan frágiles como su cerebro aún las catalogaba de forma subconsciente. Podía haberse lesionado de gravedad, porque aquellas botellas eran como una puñetera pared de ladrillo.

¿Todas?

Un brillo de esperanza se dibujó en sus ojos. Había una botella, dentro del paquete. Algo se había movido dentro. Estaba seguro.

Se acercó a ella. Estaba totalmente cubierta por el plástico transparente contenedor, pero... ¿la línea que dibujaba el agua bajo el tapón había vibrado con el golpe? Intentó romper el plástico, pero como había previsto, fue inútil. Sin embargo, un agujero del tamaño de una moneda de dos euros provocado seguramente con el transporte, permitía ver la etiqueta lateral de la botella. Con cuidado, con un dedo tembloroso, apretó el cuerpo de plástico. Con un crujido, se movió hacia adentro.

—¡Sí! ¡SÍ! ¡SIHHHHH!

Algo, no sabía qué, había protegido a aquella botella del influjo de *La Pausa*. Igual que le había ocurrido a él. Era imposible sacarla de su cárcel de plástico indestructible, pero quizá no necesitara hacerlo. Sacó el móvil del bolsillo, y extrajo los auriculares del conector. Sostuvo el cable ante sus ojos. Era un *minijack*. Con cuidado y mucha paciencia, intentó pinchar la botella a través del agujero en el envoltorio. Como vio que así no iba a conseguir nada, comenzó a girarlo, como si se tratase de una broca. Necesitó un buen rato, pero tras muchos esfuerzos, una gota le salpicó en la mano, y un segundo después, la gota se convirtió en un chorro. Acercó la boca con ansia, y apenas fue capaz de contener las lágrimas al sentir el frescor del agua disolviendo las espinas que parecían haber crecido en su garganta. Cuando el nivel bajó por debajo del agujero y el chorro se detuvo, había bebido cerca de un litro. Aparte de haber saciado su sed, se sentía más animado. Del mismo modo que aquella botella había escapado de *La Pausa*, seguro que podría encontrar comida, incluso otras personas. Sólo tenía que buscar. Y a juzgar por la luz del sol que entraba por los tragaluces del techo del supermercado a pesar de que según su reloj eran ya casi las diez de la noche, iba a tener muchísimo tiempo para hacerlo.

## CAPÍTULO 4: UN SEGUNDO

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba rebuscando entre las estanterías de comida. Comenzó situándose al fondo del hipermercado, justo después de la sección de limpieza, y sistemáticamente trató de mover cualquier cosa que le pudiera servir de alimento en todas y cada una de las baldas de todos los lineales. Se sentía como el concursante de algún estúpido programa de televisión.

«¡Y Tonio está a punto de conseguir el premio especial acumulado! ¡Si consigues moverla, esa deliciosa barrita de chocolate Mars será suya!»

De fondo, se oían exclamaciones del público, por la impresionante cuantía del premio. Y Tonio buscaba, y buscaba, y buscaba, sin conseguir encontrar nada que hubiese escapado de *La Pausa*...

¿Cuántas veces habría pasado por aquellos lineales sin molestarse siquiera en mirar lo que había expuesto en ellos? Cientos, probablemente miles. Pero nunca se le pasó por la imaginación el que un día iba a tener que recorrerlas palmo a palmo como el reponedor más aplicado de la historia. Y a pesar de ello allí estaba, encaramado a la última balda de la sección de chocolates, rezando porque alguna de aquellas tabletas se moviera, aunque fuese la de chocolate negro al noventa por ciento de pureza. O el de *LINDT* de chocolate negro con guindilla. Estaba empezando a babear cuando oyó el ruido. De nuevo el siseo que había escuchado en el baño. La Cosa había escapado, finalmente se había decidido a abandonar la tranquilidad de la taza del váter para salir a buscar. A buscarlo a él.

¿Tendría olfato? ¿Lo había localizado por su olor? Tenía que escapar de allí, porque estaba seguro de que la Cosa no lo pasaría por alto. En aquel mundo inmóvil él brillaba como un faro en medio de la tormenta. Y la Cosa lo descubriría, y lo miraría a los ojos, y habría muerto de miedo mucho antes de que susafiladísimos colmillos despedazaran su carne sin piedad.

Intentó bajar de la estantería sin hacer ningún ruido. Cuando sus pies tocaron el suelo, la Cosa estaba allí, podía olerla. Podía sentirla en cada poro de su piel. Se alejó poco a poco, de espaldas, mirando hacia la entrada del lineal. La oía arañar el suelo con sus pezuñas (garras) conforme se acercaba y



entonces

despertó.

Se había quedado dormido, agotado, a los pies de la estantería de los dulces. Despertó con el corazón desbocado, casi esperando ver la Cosa allí, babeando, pero sólo había sido una pesadilla. Horrible y demasiado real, pero una pesadilla al fin y al cabo.

Miró su móvil. Eran las cinco de la mañana, y el sol seguía colándose por los tragaluces, desafiante en lo alto del cielo, riéndose de él. Tenía de nuevo la garganta seca, y su estómago protestaba a voz en grito. Pero esta vez tenía provisiones. Hacia las doce de la noche había conseguido encontrar una lata de *Red Bull* y poco antes una chocolatina *Mars* (después de todo, sí que la había ganado) y tenía ambos tesoros guardados para cuando llegaran momentos de gran necesidad. Allí mismo, sentado en el suelo, abrió la lata de refresco. El sonido del gas al escapar de la lata cuando tiró de la anilla le sonó mejor que un coro de ángeles dando un concierto en exclusiva para él. Bebió la lata en pequeños sorbos, saboreando cada uno de ellos como si fuese maná líquido. Cuando la última gota de refresco (y se aseguró bien de que realmente fuera así) salió de la lata, dio buena cuenta del *Mars*, pasando la lengua por el envoltorio al acabar, hasta no dejar ni un miligramo de chocolate pegado. Seguía hambriento, y sabía que el refresco azucarado le daría una sed de muerte antes de que pasara media hora. De hecho, a pesar de haber dado buena cuenta del refresco, no podía desterrar de su mente la imagen de un vaso de agua de anuncio, con un par de cubitos de hielo perfectos en el interior y gotas resbalando por la superficie del cristal debido a la baja temperatura del líquido.

Tenía que ponerse en movimiento. Quedarse en el Carrefour no le iba a solucionar la vida, más teniendo en cuenta que había necesitado casi medio día para localizar una lata de refresco, un litro de agua y una chocolatina. Tenía que salir fuera, y aunque estaba claro que no existía otra opción, la idea le aterrorizaba. Allí dentro, *La Pausa* era una putada, pero sólo había afectado al hipermercado, era como un mal sueño del que iba a despertar, estaba seguro. Pero si salía fuera, y encontraba que el mundo entero estaba congelado en el tiempo (como era bastante evidente que sucedía, a menos que fuese muy normal que a las cinco y pico de la mañana el sol brillara en todo lo alto) no sabía cómo iba a poder resistirlo.

A pesar de ello, se dirigió hacia la salida. Quería evitar a su madre y a su

hermano, evitar la tentación de quedarse allí, a su lado, pero sobre todo quería salir por el lado más alejado posible de los baños.

Atravesó el pasillo de las botellas de agua, sintiendo que cada fibra de su ser deseaba destrozarse uno de esos paquetes, agarrar la botella y exprimirla hasta extraer la última gota. Al pasar junto al chico que bebía de la botella, los ojos se le fueron detrás del chorro cristalino. Tenía sed. Mucha sed. Aceleró el paso, pero no pudo evitar la sensación de que había algo que se le escapaba.

¿Por qué había sentido un escalofrío al pasar junto al chico? Su subconsciente había captado algo que a él se le había pasado por alto. Volvió sobre sus pasos, y se detuvo un instante. Todo estaba como la primera vez que pasó por allí, cuando inspeccionó las botellas una a una. Pasó un dedo por la superficie del arco de agua que acababa en la boca del muchacho. Como esperaba, estaba seca y lisa. Y fría. Y...

Eso era.

Su cerebro lo había registrado sin que él se diera cuenta. El reloj digital en la muñeca del chico. Marcaba las diecisiete horas, treinta y cinco minutos, tres segundos.

Uno más que el día anterior.

No había posibilidad de error. A Tonio se le había quedado grabado porque, justo antes de que se parase el mundo, acababa de descargar en su *Kindle* una novela de terror que le había llamado la atención más que nada porque su autor, de cuyo nombre no se acordaba, era malagueño como él. Se titulaba “*La habitación 352*”. Treinta y cinco minutos, dos segundos.

Dos.

No tres.

Algo había pasado. Mientras él dormía, el mundo se había puesto en marcha de nuevo, durante un segundo, y se había vuelto a detener. No tenía ni idea de qué significaba, ni de cómo había podido pasar o qué lo había provocado.

Pero eso lo llenó de ánimo y renovadas energías.

Ahora sí, se dirigió hacia la salida sin mirar atrás.

## CAPÍTULO 5: FUERA

El Carrefour “Los Patios” tenía tres accesos desde la calle, los tres consistentes en puertas automáticas deslizantes. Uno de ellos —hacia el que se estaba dirigiendo— se encontraba en el extremo más alejado de los baños, frente a la entrada del C&A, un almacén de moda de dos plantas de altura que compartía espacio con el Carrefour como dos hermanos siameses unidos por un lado. Otro de los accesos, el principal, estaba justamente en el centro del hipermercado, y era el único que constaba de una triple puerta deslizante, al contrario que los otros dos que contaban con sólo una hoja, porque era el que mayor afluencia de clientes registraba a lo largo del día. El último acceso estaba situado justo a la salida de los baños, y daba directamente al McDonalds del centro comercial. Ni que decir tiene que éste era el último al que se iba a acercar Tonio, y que por supuesto lo haría sólo en caso de que no tuviese más remedio. Porque tendría que pasar demasiado cerca de La Cosa. Y estaba convencido de que ella lo olería y saldría a cazarlo.

Cuando llegó a la puerta deslizante, comprobó con desesperación que estaba cerrada. Evidentemente, sobre ella se encontraba la célula volumétrica que, en condiciones normales, le hubiera ordenado abrirse en cuanto detectara algún movimiento delante de ella, pero eso era así únicamente en el mundo normal. En el de *La Pausa* estaba tan congelada en el tiempo como todo lo demás. Tonio golpeó el cristal con un puño, pero no consiguió arrancarle siquiera una mínima vibración. Ahuecó las manos, las colocó sobre él para evitar los reflejos, y miró a través. Una pareja de mediana edad se dirigía hacia la puerta. Probablemente, por el gesto de ambos, él estaba contándole algo divertido a ella, como se podía deducir de su sonrisa congelada y de la risa cómplice de ella. Tonio pensó que la mujer se iba a quedar con las ganas de saber cómo terminaba la historia.

Al fondo se veía parte del aparcamiento. Una chica de pelo moreno pasaba por la carretera de acceso al parking subida en una moto, con la melena al viento en paralelo al suelo, como si se hubiese echado dos tarros de fijador. Llevaba el casco enganchado en el codo.

—Parece que *La Pausa* no es marca registrada del Carrefour, también se

vende en otros sitios —pensó en voz alta. Miró hacia el interminable pasillo de acceso que recorría todo el centro comercial de este a oeste. Estaba lleno de gente, bultos de colores atrapados en el tiempo, como una foto en tres dimensiones. Veía el resplandor de la luz de la calle hacia la mitad del pasillo, coincidiendo con el segundo acceso, el principal. Al fondo del todo, a mucha distancia —gracias a Dios—, otro resplandor de menores dimensiones indicaba el último acceso. La luz reflejada sobre el suelo bañaba de forma indirecta la entrada a los aseos, remarcándola, como una franja de luz resaltaba los ojos de la actriz protagonista en una película de cine mudo. Sólo se acercaría por allí si no quedaba otra opción.

Echó a andar hacia el acceso principal, el del centro, el que contaba con tres puertas deslizantes. Simplemente por estadística, tenía más probabilidades de que alguna de las hojas de cristal estuviese abierta. Además, se veía más gente agolpada en aquella zona. Sintió un atisbo de esperanza en el pecho. Quizás pudiese salir de allí. Fuera, lo vería todo menos negro. Antes le daba miedo salir, pero ya no. Estaba seguro. Conforme se acercaba, fue acelerando el paso sin darse cuenta. En un momento dado, comenzó a correr. Cuando le quedaban tan sólo unos metros de distancia para llegar, tropezó con una niña de unos tres años que tenía el pie extendido como en una zancadilla atemporal y cayó de bruces, aterrizando junto a las puertas.

—Joder, ya te vale —le dijo a la niña que sabía que no iba a escucharlo, y que seguía inmóvil como una estatua, con el pie extendido—. Ni siquiera has tenido la vergüenza de esconder el pie..

Casi sin atreverse, miró a la primera de las tres puertas. Estaba abierta una minúscula rendija, como respuesta a un muchacho de unos quince años que se dirigía hacia allí. Apenas cinco centímetros.

—*Mierrrrrda* —protestó con rabia, haciendo que la “r” sonara como una metralleta de dibujos animados. Insertó un par de dedos en la ranura e hizo fuerza intentando abrir las hojas. El resultado fue el que esperaba. Ni un sólo milímetro. Miró hacia la siguiente puerta deslizante. Cerrada. Unos pasos más, y examinó con esperanza la última del grupo de tres, la que sería su pasaporte al exterior, o la que lo condenaría al infierno de tener que acercarse a la de los baños.

Al principio, pensó que era un efecto óptico, que sus ojos lo estaban engañando. Pero no. La puerta estaba abierta unos cuarenta y pocos centímetros, gracias a una inmensa señora con un vestido azul eléctrico que

había salido del centro comercial empujando un carrito de la compra cargado de artículos de bollería industrial, paquetes de patatas fritas y otras fruslerías que sin duda iban a ayudarla a mantener la figura que lucía. Para compensar, el carro también llevaba un pack de cuatro botellas de dos litros de Coca Cola Zero.

Tonio se puso de perfil y salió del Carrefour. Lo primero que hizo fue plantar un beso en el moflete de la señora.

—Gracias, preciosa —le dijo, eufórico.

Lo segundo, fue recrearse en sentir el viento fresco, que le apartó el cabello de la frente, por debajo de la visera de la gorra. Cerró los ojos, sintiendo el frescor, y cayó en la cuenta.

Viento.

Aire en movimiento.

MOVIMIENTO.

El corazón se le puso a cien. Abrió los ojos de una forma casi cómica, y miró en derredor. Todo seguía inmóvil, y sin embargo, había viento. ¿Cómo era posible? Levantó la vista, hacia el cielo. El viento hacía que los faldones de su camisa desabrochada ondearan frenéticamente a su espalda dejando todo el protagonismo de la parte delantera de su cuerpo a su camiseta de los *Bulls*, pero no afectaba a las nubes, que parecían las del papel del decorado de un Belén.

—Esto no es viento. Al menos no es viento normal. Es el viento del mundo de *La Pausa* —dijo en voz alta, y le sonó ridículo.

Corrió hacia el McDonalds. Necesitaba asegurarse de que La Cosa tenía cerrada la puerta que le correspondía. Porque ahora tenía la certeza de que La Cosa existía, que no la había imaginado. Y que pertenecía al mundo de *La Pausa* igual que el viento.

Afortunadamente la puerta estaba cerrada por completo. Se acercó a ella y miró dentro. Desde allí, la entrada a los aseos parecía únicamente eso, un acceso, desprovisto del ambiente terrorífico que la rodeaba cuando la miraba desde dentro del centro comercial.

—Bueno. Investiguemos —dijo en un suspiro, y salió al exterior, bordeando el lateral del McDonalds y pasando junto a la Peluquería Benjamin, en la que una chica estaba tardando bastante más de la cuenta en echarse unas mechas. En un momento dado detectó un movimiento sutil por el rabillo del ojo. En el suelo, pegado a la pared de la peluquería. Allí, exactamente en la unión entre

ambos, una pequeña planta había brotado aprovechando la pequeñísima cantidad de tierra que se acumulaba en las juntas, impulsada por algún tipo de determinación mística. Y ahora se mecía con el viento, riéndose del resto del mundo que asistía impávido al espectáculo.

Tonio se arrodilló junto a la planta, y la observó de cerca, maravillado por el movimiento.

—Hola pequeña —le dijo—. No sabes cómo me alegro de ver como te mueves.

Al acercarse reparó en la belleza de la flor que coronaba la planta, a pesar de ser tan diminuta. No era más grande que una moneda de un euro, pero no se parecía a ninguna que hubiese visto antes. En realidad parecían dos flores en una. La base era de un rojo oscuro, como una especie de girasol aterciopelado en miniatura, que ya de por sí habría sido hermosa, pero en el centro, donde en un girasol corriente estarían las semillas, surgía otra flor en forma de trompeta anaranjada, de un par de centímetros de longitud, coronada por un grupo de estambres de color azulado y rematado cada uno de ellos por una especie de cilindro diminuto de color escarlata.

—Vaya si eres bonita —susurró Tonio a la vez que alargaba la mano para tocarla. La flor reaccionó inesperadamente lanzándole una nube de polvillo escarlata a la cara, y luego la trompeta se replegó sobre sí misma como las antenas de un caracol al tocarlos con los dedos. Luego los pétalos del mini girasol se cerraron sobre ella, quedando como resultado sólo una bola de color rojo oscuro que no hacía sospechar la belleza que contenía en su interior.

—¡Diossss! —exclamó Tonio sorprendido y no pudo evitar caerse de espaldas. La punta de su nariz aparecía cubierta por una fina nube de polvillo rojizo. Se levantó de un salto, limpiándose sin dejar de mirar la flor. Ahora no le cabía la menor duda de que ella también pertenecía al mundo de *La Pausa*.

¿Qué más le tenía reservado ese mundo que parecía haber crecido en la superficie del suyo, aprovechando que éste se había detenido? Tenía que descubrirlo con sus propios ojos.

Y lo hizo tan sólo unos metros más adelante, cuando llegó al parking.

—No... puede...ser —susurró apenas. La parte inferior de la mandíbula colgó laxa, como si se hubieran distendido los músculos y tendones que le ayudaban a mantener la boca cerrada y ahora le quedasen demasiado grandes como para cumplir con su función original.

A su espalda quedaba el Carrefour, con su Cosa encerrada en el baño, sus flores malhumoradas y los artículos que, de forma misteriosa y sin seguir un patrón definido, habían escapado a *La Pausa* (más o menos lo mismo que le había pasado a él)

Delante se mostraba un nuevo mundo, que se movía en la superficie del suyo propio como el aceite sobre el agua, haciéndolo casi irreconocible.

Vio el Feu Vert que se encontraba situado en el aparcamiento del Carrefour, donde tantas veces habían llevado sus padres el antiguo Corsa a reparar antes de comprarse el Dacia. Sobre el tejado, una selva de helechos rosados brillaba a la luz del sol como si estuvieran cubiertos de hilos de plata. Un grupo de cinco palmeras, en la parte izquierda del tejado, se mecían con el viento. Parecían medir cientos de metros de altura. Las copas aparecían cubiertas de unas extrañas hojas de un rojo intenso que acababan en flecos, que al moverse con el viento daban la impresión de ser llamaradas.

Y quizás lo fueran.

A la entrada del garaje, dos coches esperaban su turno, un turno que probablemente nunca llegaría. Al menos no de momento. Las ruedas no se veían, atrapadas en una especie de pantano de agua anaranjada que se extendía por todo el parking del Feu Vert, alcanzaba a la gasolinera del Carrefour y se perdía hasta donde alcanzaba la vista. Tonio apenas era capaz de pestañear, sobrecogido por la panorámica. Oyó un ruido parecido al croar de una rana y un bulto saltó desde la carrocería de uno de los coches hasta el líquido naranja y se hundió en él.

—Oh Dios —dijo en voz baja—. Hay... bichos.

El hecho de que hubiese plantas y animales significaba dos cosas: una, que quizá pudiera encontrar agua —que no pareciese radioactiva como la que tenía delante— y alimentos. Y dos, que quizás él podría convertirse en el alimento de algo. Como subrayando sus pensamientos, un inmenso ser parecido a un pterodáctilo con la piel surcada de trazos multicolores despegó de un edificio que había al fondo, más allá del paso soterrado por el que unas horas antes habían llegado a hacer las compras él y su familia. Unas horas, y un mundo antes. Aunque no podía asegurarlo debido a la distancia, el tamaño de aquel ser alado podría ser perfectamente el de un autobús. De los grandes. Le recordó al *Toruk*, el reptil volador de la película *Avatar* que unas horas antes había quedado congelado en los monitores de pantalla plana del Carrefour. Con unos rápidos aleteos, el animal sobrevoló el centro comercial y

desapareció de la vista. Su sombra recorrió el suelo justo por delante de Tonio. Se había equivocado en su apreciación inicial. Era bastante más grande que un autobús.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó Tonio en voz alta— ¿Me quedo aquí y me muero de hambre o de sed, o salgo a *Jumanji* y espero a ver cuánto tiempo soy capaz de permanecer entero?

Como respondiendo a su pregunta, oyó un extraño sonido a su izquierda. Era algo parecido al ronroneo de un gato, pero mucho más grave. Como si un perro estuviese intentando imitar el sonido de un gato al más puro estilo Carlos Latre en versión canina. A unos treinta metros de distancia, un bicho lo observaba con curiosidad. Era la criatura más extraña que había visto en su vida. El cuerpo era muy parecido al de un perro, una raza similar al pitbull, de patas cortas y poderosas y cuerpo musculoso, pero mucho más grande. Podía medir perfectamente casi dos metros de longitud, y cerca de uno desde el suelo hasta el lomo. La cabeza era indescriptible, entre terrorífica y cómica, como el personaje de un dibujo animado diseñado por un principiante. «Es el puñetero *Jar Jar Binks*, del Episodio Uno, esa mierda que quisieron colocarnos como precuela de *La Guerra de las Galaxias*» pensó sin poderlo evitar. El corazón se lanzó a su propia versión de los cien metros lisos sin frenos mientras intentaba alejarse sin poner nervioso al animal. Primero un paso hacia atrás, lentamente, sin movimientos bruscos y por supuesto sin perderlo de vista. Luego otro, y uno más. El animal lo observaba con una expresión entre curiosa y expectante. En un momento dado bajó la cabeza y con su largo hocico olisqueó el suelo en dirección a Tonio. Enseguida la levantó de nuevo y emitió un gruñido que sonó como una interrogación.

—¿*Growl*?

Luego comenzó a trotar hacia Tonio.

—¡Joder! —gritó él, y echó a correr presa del pánico. El ser, como espoleado al verlo huir, aceleró la carrera. Y era mucho más rápido de lo que se podía pensar teniendo en cuenta su tamaño. Tonio tardó segundos en llegar a la señora del vestido azul eléctrico que, como una señal de tráfico, le indicaba la única puerta abierta del Centro comercial.

La salvación.

Podía sentir el aliento de la extraña bestia a escasos metros detrás suya. Con toda probabilidad si el animal dejase de correr y saltara sobre él, no tendría ninguna oportunidad. Por suerte, la inteligencia no parecía una de las



cualidades que lo adornaban. Tonio sabía que si frenaba un segundo para girar y entrar en el Carrefour el animal lo atraparía, así que extendió los brazos como si quisiera empujar al muro inamovible que una vez fue una señora, y los utilizó como amortiguadores, para así rebotar sobre ella y, haciendo un ángulo de casi noventa grados, colarse entre las puertas deslizantes aún a riesgo de partirse algún hueso, como el láser disparado por *Luke Skywalker* desde el *X-Wing* se coló en el único punto débil de la Estrella de la Muerte.

Entró en plancha por el estrecho hueco entre ambas puertas, dándose un buen golpe en la rodilla. Por cortesía de la adrenalina no sintió dolor en ese momento, aunque probablemente estaría bastante fastidiado después, dando por hecho que ese bicho no cabía por el hueco y había un después.

Como respondiendo a sus pensamientos, *Jar-Jar* chocó estruendosamente contra la señora Azul Eléctrico y quedó sentado sobre sus cuartos traseros, con la cabeza bamboleándose a ambos lados.

Tonio casi esperó ver unos pajaritos amarillos de dibujos animados volando en círculos alrededor de sus orejas de cocker spaniel. Evidentemente no fue así, y el animal se recuperó en unos segundos.

Su hocico alargado, que miraba hacia la señora, se dobló en horizontal un ángulo de casi noventa grados en dirección a Tonio y olisqueó cómicamente. A él le recordó al oso hormiguero que acompañó durante una temporada los dibujos animados de la Pantera Rosa. El bicho giró el cuerpo enfilando el centro comercial, de manera que su hocico perdió el ángulo y volvió a su posición natural, y comenzó a caminar hacia la entrada. Insertó el hocico por la separación entre ambas puertas. Luego lo siguió la cabeza. Y al llegar a los hombros, se quedó allí. No tenía forma de avanzar, de introducir ese enorme cuerpo por el limitado espacio. Tonio pataleó hacia atrás para asegurarse de que no quedaba al alcance del monstruo.

—Una vez que entra la cabeza, entra todo —recitó en voz alta. No sabía dónde lo había escuchado, pero esperaba que no fuera verdad.

*Jar-Jar*, como respondiendo a su frase, abrió la boca. No era como la de un perro, porque el hocico no se separaba en dos mitades, una inferior y otra superior. Su hocico era como un tubo, o mejor dicho una especie de cono, e iba estrechándose conforme se alejaba de la cabeza. Pero no acababa en punta; antes de llegar acababa abruptamente, como si estuviese hecho de plastilina y se le hubiera cortado con un cuchillo la parte afilada del final. En esa parte plana se encontraba la boca, casi redonda. Al abrirla, mostró unos grandes

dientes planos, iguales unos a otros.

«No es carnívoro» pensó Tonio. «No tiene colmillos. O al menos eso creo.»

Una enorme y pesada lengua azulada surgió de entre los dientes y cayó sobre el suelo del Carrefour, dejándolo todo pringoso de una espesa baba de color celeste hasta llegar al tobillo de Tonio, que la sintió húmeda y caliente sobre su piel.

—*Puaj...* ¡Qué asco! —gritó, a la vez que pataleaba para tratar de escapar del húmedo abrazo. La lengua de la criatura se recogió rápidamente hacia la boca como una cinta métrica a la que se suelta el seguro, arrastrando a Tonio con ella hasta chocar con las puertas.

Tras el animal, al otro lado de las puertas deslizantes, sin que Tonio se hubiera percatado de ello hasta ese momento, había aparecido un muchacho de unos dieciocho o diecinueve años, vestido con la camiseta de la temporada más sonada del Málaga Club de Fútbol, con el logotipo de la UNESCO en el pecho y el símbolo de la Champions League en el brazo derecho. Aunque Tonio no era especialmente forofo, aquella temporada había vibrado con el equipo igual que el resto de sus conciudadanos.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no me lo había imaginado! —dijo el muchacho, y apartó al animal tirando de la piel del cuello como el que aparta a su perro de la puerta de casa para dejar entrar a las visitas.

## CAPÍTULO 6: ÁLVARO

—No te preocupes —dijo el muchacho tendiendo la mano desde fuera de la puerta deslizante para ayudarlo a levantarse—. Esa misma cara que tienes puesta, la tenía yo el día que llegué —rió con una sonora carcajada, echando la cabeza hacia atrás, como un malo de Disney.

—¿Q...Quién eres tú? ¿Qué está pasando aquí? ¿Y qué demonios es ese bicho? —preguntó Tonio sin apartar la vista del animal.

El bicho comenzó a saltar detrás del muchacho como un perro esperando a que su amo le lance la pelota. Luego dio tres vueltas alrededor del chico mientras se perseguía la corta cola que acababa en un plumero de color rosado, amenazando con hacerlo caer en cada nuevo giro.

—*Wowowow*... demasiadas preguntas en muy poco tiempo —contestó el muchacho—. Y tenemos más tiempo del que te imaginas para contestarlas —sonrió—. Por lo pronto, no te preocupes por Bicho, es totalmente inofensivo. Ya te acostumbrarás. Los que venimos del otro lado llamamos muchísimo la atención a los de aquí.

«Los del otro lado y los de aquí» pensó Tonio. «Realmente está pasando, no me he vuelto loco. Estoy aquí, en *La Pausa*.»

—Permíteme que entre, porque si no éste no nos va a dejar en paz —dijo, mientras se colaba por la apertura entre las puertas deslizantes. Bicho trató de seguirlo, con el mismo resultado que cuando lo intentó con Tonio. Viendo que no podía entrar, emitió un quejido lastimero y de un salto se encaramó en el carrito de la compra de la señora Azul Eléctrico y se enroscó sobre los paquetes de patatas irrompibles. Apoyó la cabeza sobre la permanente de la señora y se quedó unos segundos así, con ojos suplicantes, mirando hacia dentro del Carrefour. A Tonio le recordó la mirada del Gato con Botas en la película *Shrek*. Toda similitud se desvaneció cuando la lengua azul resbaló por la boca medio abierta y cayó por la espalda de la mujer hasta llegar al suelo. La baba celeste quedó disimulada en el azul del traje.

Un millón de preguntas se agolparon en el cerebro de Tonio pugnando por salir como el agua en las cataratas del Niágara. El muchacho de la camiseta del Málaga CF habló antes de que pudiese formular ninguna.

—Me llamo Álvaro —dijo, tendiéndole la mano. Tonio la apretó con fuerza.

—Yo soy Tonio —se presentó—. ¿Qué...? —comenzó a preguntar, pero el chico lo interrumpió de nuevo.

—Espera. Sé perfectamente cómo te sientes, porque yo he pasado por lo mismo que tú, aunque hace tanto tiempo que tendré que esforzarme por hacer memoria —sonrió—. Creo que es mejor que me dejes hablar, que te cuente lo que sé de forma estructurada, y si te queda alguna pregunta, me la haces cuando acabe... ¿te parece, Tonio?

—Sí, claro... perfecto —asintió. Estaba ansioso por saber lo que estaba pasando. ¿A qué se refería el chico cuando decía que llevaba mucho tiempo aquí? *La Pausa* había tenido lugar el día anterior a las diecisiete y treinta y cinco. ¿Había algo que estaba pasando por alto? Decidió no pensar más, abrir la mente, y dejar que se explicara. Por lo pronto, no tenía más remedio que confiar en él.

—Vamos, sígueme —le dijo Álvaro, y corrió hacia el pasillo de las bebidas. El Bicho levantó la cabeza y emitió un sonido que pareció un interrogante al verlo perderse en el interior del centro comercial. Como no podía hacer nada al respecto, agachó de nuevo la cabeza sobre la permanente que rebosaba de babas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tonio corriendo tras Álvaro.

—Las historias suenan mejor con unas cervezas y unas tapitas —contestó este último.

—No te molestes —respondió Tonio, dándole alcance—. Me he recorrido cada estantería mirando los artículos uno por uno. Sólo he podido conseguir un refresco y una chocolatina, y...

Álvaro levantó una mano pidiéndole silencio. Miró a ambos lados del pasillo, se concentró un instante, y señaló a un punto.

—Ahí —dijo, y se encaramó en las estanterías. Tras manipular unos instantes las latas bajó con una San Miguel 0,0. Luego corrió hacia otro punto a unos metros del primero, y en esta ocasión tuvo que agacharse para rescatar una Shandy de naranja entre todas las del lineal.

—¿C..Cómo...? —tartamudeó Tonio, pero Álvaro no le dio tiempo a acabar. Desapareció entre las estanterías y volvió con una tortilla de patatas precocinada, envuelta en su plástico protector.

—No es magia, ni mucho menos —sonrió—. Las cosas están constantemente saltando hacia aquí. Sólo es cuestión de tiempo y práctica detectarlas. Hala —

añadió, acercándole la tortilla—. Seguro que ahora mi historia te suena mejor.

—Ni te lo imaginas —respondió Tonio con la boca hecha agua. Caminaron en silencio por el pasillo principal, y al pasar junto a su hermano y su madre, Álvaro se dio cuenta de que eran personas importantes para él por la forma en que las miró.

—¿Tu familia? —preguntó.

—Sí —respondió Tonio casi en un susurro—. No lo entiendo. Era una tarde como otra cualquiera, y en tan sólo un instante...

Álvaro había llegado a la zona de muebles de jardín. Colocó ambas cervezas sobre una mesa de madera que tenía una silla a cada lado. Una de ellas estaba un poco más cerca de la mesa de lo que se podía considerar cómodo, pero, evidentemente, en este mundo no era nada fácil retirarla.

—Eso es lo más duro al principio. Ver a la gente que quieres haciendo la estatua —dijo, y se quedó pensativo unos instantes—. ¡Venga, vamos a ver qué tal está esa tortilla! ¿Qué prefieres, cerveza que no es cerveza —dijo, señalando a la 0,0—, o cerveza que no es cerveza con sabor a naranja?

Tonio sonrió, y eligió ésta última. Álvaro colocó la tortilla en la mesa y tuvo que hacer un extraño escorzo para poder sentarse en la silla que estaba demasiado pegada al borde.

—¡Que empiece ya, que el público se va! —canturreó, tirando de la anilla de su cerveza. Tonio lo observó mientras quitaba el plástico a la tortilla, y su estómago se encargó de acompañar cada movimiento con un sonoro rugido. El muchacho tenía la piel muy blanca, como suele ocurrir con las personas pelirrojas. De ese color era la melena que le adornaba la cabeza. Tenía el pelo muy largo, ligeramente rizado y recogido en una cola de caballo. Era delgado, probablemente en la parte baja de los estándares peso-estatura, casi tirando a necesitar unos kilitos extra. Su cara inspiraba confianza, como las de esas personas que parecen estar sonriendo con los ojos aunque estén totalmente serios. Su incipiente barba insinuaba, más que mostrarla exactamente, una pequeña perilla de pelo anaranjado alrededor de sus labios. Cada vez que sonreía mostraba una hilera de dientes blancos y perfectamente alineados, producto sin duda de un aparato de ortodoncia en sus años infantiles.

Tonio cortó un trozo de tortilla con los dedos y la devoró en un instante. Su mirada se desvió hacia la entrada, junto al guardia de seguridad. Estaban demasiado cerca de los baños para su gusto.

—Vaya, no me has dejado ni sacar los cubiertos —bromeó Álvaro. Tonio

sonrió sin mucho ánimo, sin poder quitarse de la cabeza la sensación que sintió cuando oyó a la *Cosa*.

—En el baño... hay algo... En uno de los cuartos cerrados... —soltó sin apenas pensarlo.

—¿Está oscuro? —preguntó Álvaro.

—Sí. Bueno, no totalmente... en penumbra, más bien...

—No te preocupes. Es un *Oscuro*. No puede hacerte nada, confía en mí. Verás... —se apoyó sobre el brazo de la silla, y escudriñó el suelo. En un momento dado se levantó de un salto y cogió algo. Cuando volvió a la mesa, traía en su mano derecha un escarabajo del tamaño de una nuez. El bicho tenía seis patas a cada lado, y su caparazón plateado reflejaba el entorno como un espejo, un camuflaje perfecto que había hecho que pasara desapercibido por completo a ojos de Tonio.

—Dame el plato, por favor —le pidió. Tonio puso la tortilla en la mesa sobre el plástico que la envolvía y se lo acercó. Álvaro colocó el escarabajo sobre la mesa y lo cubrió con la parte hueca del plato. Se oyó un siniestro ruido, muy familiar para Tonio. Un siseo, como dos telas que resbalan una sobre otra. El plato dio un salto. Cuando Álvaro lo retiró, sólo quedaba la mitad del escarabajo. Donde debía estar la otra mitad aparecía un desgarró, como si la hubiesen mordido.

—¡Joder! —gritó Tonio, levantándose de un salto y propinándose un golpe en la rodilla por el escaso espacio que existía entre la mesa y la silla—. ¿Qué mierda ha sido eso?

—Regla número uno —explicó Álvaro, retirando el trozo de escarabajo con el plato, y dejando éste con cuidado en el suelo, con la parte hueca hacia arriba—. Huye de los sitios oscuros. En cualquier hueco en el que no haya luz, por muy pequeño que sea —señaló el plato con un gesto—, aparecerá un Oscuro. Son el equivalente al monstruo del armario o el de debajo de la cama en nuestro mundo. ¡Joder!... ¿Sabes lo que he llegado a pensar? Creo que los de allí son tan reales como estos, sólo que cuando dejamos de ser niños, pierden fuerza... puede que cuando somos pequeños, seamos para ellos el equivalente a la pequeña porción de oscuridad que había debajo del plato... los atraemos, pero no tienen la suficiente fuerza para salir.

Tonio no pudo evitar un escalofrío al recordar sus noches sin dormir por los terrores nocturnos. Después de todo, puede que sí hubiera algo en el armario de su habitación.

—Pero, y estas son las buenas noticias, en cuanto hay luz, el Oscuro desaparece. Así que no te preocupes por tu monstruo del baño, porque no va a recorrer el pasillo iluminado para comerte —sonrió.

Tonio cogió otro trozo de tortilla y lo acompañó de un trago de Shandy de naranja.

—Vale... así que no sólo tengo que digerir que el mundo se quede tieso de buenas a primeras, además tengo que asumir que en la oscuridad hay monstruos reales. De momento acepto lo del Oscuro del baño —no pudo evitar pensar que parecía el título de una película de terror de serie B—, más que nada porque me ha gustado la parte en la que dices que no puede hacerme daño en la luz... ahora, por favor, cuéntame todo lo que sepas. Necesito saber qué ha pasado, y cómo vamos a salir de ésta... Sobre todo, necesito que me digas que hay una forma de escapar de *La Pausa*.

Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse. Sintió que estaba a punto de perder el control sobre sus palabras e iba a sufrir un ataque de nervios. La escena de repente le recordó a un buen puñado de películas de terror en las que, justo en el momento en el que uno de los protagonistas va a contar algo decisivo para el desarrollo de la historia, aparece algo y lo mata. Deseó con todas sus fuerzas que Álvaro pudiese terminar su relato por el bien de ambos.

—Vamos por partes. Lo que te voy a contar son conclusiones que he extraído directamente de mis experiencias aquí. No me pidas que te demuestre nada ni que te diga cómo he llegado a esas conclusiones porque muchas de ellas son sólo sospechas acerca de cómo pasan las cosas a este lado del universo. Pero antes que nada... ¿Qué es eso de *La Pausa*? —soltó a la vez que acompañaba la frase con una amplia sonrisa.

—Bueno —respondió Tonio—, se me ocurrió el nombre sin pensarlo demasiado. Es como si alguien hubiese pulsado el puñetero mando a distancia del mundo dejándolo todo quieto...

—*Meeec*. Error —dijo Álvaro, imitando el sonido de la bocina de un hipotético concurso de televisión—. No existe ninguna pausa.

—¿Ah no? —le cortó Tonio—. Pues con el ritmo que lleva el personal que nos rodea, deben ser el alma de la fiesta.

—Mira, voy a explicarte hasta donde yo he llegado, puede que quieras matizar o puntualizar algo. Lo mismo tú, que acabas de saltar, tienes alguna idea fresca que yo haya pasado por alto. Lo único que te pido es que no me interrumpas: lo que te voy a contar es tan increíble que con toda seguridad te

surgirán mil preguntas. Guárdalas todas para cuando acabe, te contestaré todas las que pueda.

Como para demostrar que estaba de acuerdo, Tonio asintió sin decir palabra.

—Vale, primer punto. NO existe pausa. La gente que nos rodea se está moviendo. Tu madre, tu hermano, y los miles de millones de personas del resto del mundo. Se mueven.

Tonio torció el gesto, pero se mordió la lengua y no dijo nada. Álvaro sonrió y continuó.

—Se mueven, pero a una velocidad infinitamente inferior a la nuestra. O dicho de otro modo, nosotros nos movemos a tal velocidad que para ellos somos invisibles. Nuestra vida puede pasar completamente en lo que para ellos habrían sido imperceptibles milésimas de segundo.

A Tonio le dio un vuelco el corazón. Recordó el segundo de más en el reloj digital del chico que bebía agua en el pasillo. Quizá llevaba milenios detenido en el segundo cincuenta y dos, y había dado la puñetera casualidad de que durante el tiempo en el que Tonio se quedó dormido se produjo el salto al cincuenta y tres. Y quién sabe los años que tendrían que pasar hasta llegar al cincuenta y cuatro. Era un concepto tan enrevesado que el simple hecho de pensar en él le produjo una sensación de vértigo.

—¿Te has fijado alguna vez en esas pequeñas arañas que a veces se mueven por el suelo a tal velocidad que es casi imposible seguir las con la vista? —preguntó Álvaro. Tonio asintió, había visto esos bichos cientos de veces en la tierra del jardín de casa—. ¿Imaginas cómo seremos a vista de esos pequeños seres? Inmensas moles que se mueven tan lentamente que...

—Parecen estáticas como gigantescas estatuas de mármol —acabó la frase Tonio, con una expresión de asombro dibujada en su cara—. Perdón... —susurró al darse cuenta de que había interrumpido la narración de su recién estrenado amigo, aunque éste no le dió la más mínima importancia.

—Ajá. Pues imagina multiplicar esa velocidad por diez elevado a un buen montón de ceros, y tendrás tu *Pausa*... Perdona si me pongo un poco palizas, siempre me ha apasionado la física. Esto que nos está pasando es una putada, pero es apasionante desde el punto de vista científico.

—Pero vamos a ver... nada puede moverse más rápido que la velocidad de la luz... Eso tira por tierra toda tu explicación —soltó Tonio sin poder contenerse. Ese año se había comido en el instituto un buen número de



problemas de física que las teorías de Álvaro ponían patas arriba.

—En teoría así es, pero bienvenido a la práctica. Creo que Einstein no tuvo en cuenta las leyes de *La Pausa*.

—Todo esto que me estás contando me supera... hay ciertos detalles que... por ejemplo, hablas como si llevaras mucho tiempo aquí... —dudó un instante antes de hacerle la siguiente pregunta que tenía en mente porque le aterraba la posible respuesta, pero aún así, necesitaba saberlo, así que se lanzó—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Álvaro?

Como respuesta, el muchacho acercó su reloj digital a los ojos de Tonio, para que pudiese ver la fecha.

Marcaba el 25 de diciembre de 2035.

—Feliz Navidad. En el otro lado, acababa de cumplir veinte años. Aquí tengo cuarenta y dos. Bienvenido a la inmortalidad.

## CAPÍTULO 7: INMORTALES

—No me jodas, tío —soltó Tonio—. *Nomejodas nomejodas nomejodas.*

Se levantó de la mesa y empezó a dar vueltas como si tratara de digerir lo que Álvaro le acababa de contar. De repente, explotó en un grito.

—¡No me tomes por tonto joder, que bastante difícil es ya esto! ¿Qué llevas, veintidós puñeteros años en esta versión de Disneylandia? ¿Y cómo cojones explicas que tu camiseta del Málaga esté como recién comprada? ¿Es que Nike las hace indestructibles? —Tenía los puños apretados con tanta fuerza que parecía que se iban a rasgar por los nudillos.

—Eh, calma —respondió Álvaro, haciendo un gesto de conciliación con las palmas de las manos hacia delante—. Sé que esto es difícil, pero debes entender que yo no voy a ganar nada engañándote. Déjame pintar el cuadro completo, y luego pregúntame por los detalles.

Tonio se lo pensó un momento, relajó los puños, y asintió con expresión huraña.

—Está bien. ESTÁ BIEN. Convénceme —dijo, sentándose de nuevo. Su rostro mostraba cómo la semilla de la duda estaba enraizando en su interior. De momento, seguiría escuchando, pero lo que le contase Álvaro iba a quedar cogido con pinzas.

—Te voy a ir contando los detalles que considero más importantes. Ten en cuenta que no esperaba tener que hacer esto, así que no tengo un guion preparado. Habrá cosas que se me pasen, y que te tenga que contar más adelante, cuando surja. Por lo demás, espero que cuando termine tengas una idea lo más realista posible de en qué estamos metidos hasta el cuello.

Tonio hizo un gesto que Álvaro interpretó como un «Venga, adelante». Y eso hizo.

—Vamos por partes, que decía Jack el Destripador —Tonio obvió el pésimo chiste de un gusto más que dudoso, y lo dejó continuar—. La camiseta. Tiene más de veinte años, los que llevo aquí. Del mismo modo en que parece que los años no pasen por nosotros, ocurre igual con todo lo que nos acompaña en el salto. Todo lo que ha venido con nosotros parece estar fabricado con material indestructible.

—O sea, que estamos en la pesadilla del Primark. Un sitio en el que nada se rompe, y por lo tanto no necesita ser sustituido por otro producto nuevo. De momento, me lo trago. ¿Qué es eso de saltar que me has dicho ya dos o tres veces?

—Creo que lo que nos ha pasado se puede resumir de una forma muy sencilla. ¿Has oído hablar alguna vez de mundos paralelos?

—Sí. Claro. En los cómics, y en Cuarto Milenio.

—Ahí estamos. Imagina que, en vez de dos, cuatro, o un millón de mundos paralelos, hay uno solo, uno base. Pongamos por ejemplo, la Tierra. ¿Me sigues?

—Hasta ahí llego —refunfuñó, e hizo un gesto con la mano como metiéndole prisa.

Álvaro torció la nariz, y continuó.

—Sobre esa base, esa Tierra, nos movemos nosotros. La humanidad, los animales, se generan los ecosistemas... la puñetera vida, en general. Pero — hizo una pausa, como para remarcar la importancia de lo que iba a decir a continuación— imagina que además de nosotros, hay otro mundo compartiendo ese mismo espacio. Otra humanidad. Otras formas de vida. Otros ecosistemas. Compartiendo la base, el suelo, los espacios. Pero moviéndose, vibrando, a una frecuencia distinta, infinitamente superior a la del primero. A tanta velocidad que es completamente invisible a los ojos de éste.

—No sé si acabar de creérmelo, a pesar de que lo estoy viendo con mis propios ojos —contestó Tonio.

—En realidad no es difícil, si lo piensas con la mente abierta. Fíjate — insistió, chasqueando los dedos.

Tonio se le quedó mirando sin saber qué pretendía que comprendiese con lo que acababa de hacer.

—Supón —explicó Álvaro— que alguien se ha sentado a nuestro lado y nos ha estado observando. Pero lo ha hecho moviéndose a tal velocidad que en el tiempo que ha durado el chasquido de mis dedos, para esa persona imaginaria han transcurrido trescientos años.

—Joder —exclamó Tonio entre dientes.

—Todo se centra en la velocidad a la que nos movemos. Para nuestro mundo, ese en el que nos encontrábamos, yo hace veintitantos años, y tú sólo un día, hemos desaparecido. Porque hemos pasado a movernos tan rápido que no pueden vernos. O mejor dicho, no podrán vernos. Todavía ni siquiera se

han dado cuenta de que no estamos. Sus retinas aún no han podido captarlo. A eso me refería cuando hablaba de saltar.

—Pero esto es increíble... murmuró Tonio.

—Increíble, pero cierto. Y no es menos cierto que nos está pasando realmente. Y que explica muchas otras cosas... Todos hemos tenido en alguna ocasión la sensación de no estar solos en una habitación. De que alguien nos seguía, que nos observaban.

—¡Es verdad, tío! —exclamó Tonio con los ojos muy abiertos, recordando mil y una ocasiones en las que había sentido algo parecido.

—O los fantasmas, por ejemplo —añadió Álvaro. Personas de esta esfera vibratoria (mola llamarlo así, ¿eh?) que por alguna razón son captados por el objetivo de una cámara en nuestro mundo, o por un instante saltan a nuestra realidad y aparecen como un ser difuso, antes de volver a esta, que es la que les corresponde.

Tonio se acariciaba la frente; de pronto era como si las Ciencias Ocultas se hubiesen vuelto un poco menos oscuras, como si le hubiesen desvelado la respuesta a los mayores enigmas de la humanidad en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero dejemos a los fantasmas y vamos a algo más terrenal. ¿Qué me dices de esas llaves que desaparecen y nunca vuelves a encontrar? Saltan. De repente dejan de ser inamovibles en este mundo, y las podemos coger. Pasan a nuestra esfera vibratoria.

—Como mi Mars, las cervezas, o la tortilla que nos acabamos de comer.

—Exacto. Acaban de desaparecer del mundo del que venimos.

—Y también de éste —añadió Tonio señalándose la barriga.

Ambos rieron con ganas, hasta casi quedarse sin respiración. Álvaro estaba encantado de haber encontrado a un cómplice, a un muchacho de su edad que no estuviese haciendo la estatua. Para Tonio fue una válvula de escape, un método para soltar la presión generada por la agobiante e increíble situación que estaba viviendo. Cuando fueron capaces de hablar de nuevo, fue su turno.

—Lo siento, tío. Siento el numerito de antes. Es todo tan increíble que aun viéndolo con mis propios ojos no termino de hacerme del todo a la idea.

—Date tiempo. Acabas de llegar...

—Me parece increíble que hayas llegado a estas conclusiones. Creo que no me hubiese imaginado ni la mitad de lo que me has contado si lo hubiese tenido que descubrir por mi cuenta...

—Amigo —le dijo Álvaro dándole unas palmaditas en el hombro—, te

aseguro que veintidós años pensando en lo mismo día tras día, dan para mucho....

Fuera, el bicho que se parecía a *Jar Jar* levantó la cabeza, lo miró, y se echó de nuevo a dormir con su lengua azul colgando hasta el suelo.

## CAPÍTULO 8: LA VIDA DE ESTE LADO

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Tonio con curiosidad.

—Buff... Hace ya tanto... Me tengo que remontar veintidós años, aunque imagino que mi historia se parecerá muchísimo a la tuya. Era sábado, y había quedado con mis colegas temprano, por la mañana. Íbamos a pegarnos una sesión continua de La Guerra de las Galaxias, y nos atrevimos con La amenaza Fantasma y El ataque de los clones. Por la tarde, el Málaga jugaba en la Rosaleda, y teníamos el abono, por lo que nada en el mundo iba a hacer que nos perdiésemos el partido.

—A las ocho contra el Barcelona... —susurró Tonio con expresión de asombro. A pesar de no ser aficionado, llevaba oyendo noticias acerca del partido todo el día. Aún se resistía a creer que Álvaro hubiera saltado poco antes que él y que sin embargo llevase más de veinte años atrapado en *La Pausa*.

—Ajá. A las cinco y media de la tarde, estaba en el centro comercial Rosaleda con mis colegas. Después de la doble sesión de Blu-ray, habíamos almorzado en el Mc Donalds. Fui al cuarto de baño, y me estaba lavando las manos, cuando entró un tipo al aseo. Lo vi por el espejo. En un instante se estaba moviendo, y al siguiente se quedó petrificado. Me asusté, pensé que era un chiflado, así que intenté salir, pero ya imaginarás que el tipo no se apartaba, y que no había forma humana de moverlo. Gracias a Dios, la puerta no había llegado a cerrarse, así que cuando me cansé de gritar a mis amigos pidiendo socorro sin que nadie me hiciera ni puñetero caso, me deslicé por debajo de las piernas del tipo y conseguí salir. Si la puerta hubiese estado cerrada habría muerto de hambre y sed, pero supongo que tuve suerte. El resto debe ser muy parecido a lo que te pasó a ti. Mis colegas estaban haciendo la estatua junto al resto del centro comercial. Me puse nervioso y corrí hacia la salida. ¿Sabes cómo es la entrada principal del Rosaleda?

—Claro —asintió Tonio. Da a los cines y al McDonalds. Un espacio abierto de un buen montón de metros de alto, acabado en una cúpula de cristal. Normalmente suelen instalar camas elásticas para los niños ahí, de estas que vienen con un arnés y unas tiras de goma. Son como tirachinas humanos en los

que, afortunadamente, la “china” no sale despedida

—*Antipuenting* las llamo yo. Es como hacer *puenting* en dirección contraria —dijo Álvaro. Tonio sonrió ante la ocurrencia.

—Pues allí estaban las dichosas camas elásticas —continuó Álvaro—, con una niña de unos cinco años congelada en medio del salto. De lo alto de la cúpula de cristal caía una catarata de agua color oro que rebotaba sobre su cuerpo.

—No fastidies —dijo Tonio.

—Ya te digo. El puñetero Salto del Ángel en versión centro comercial y de color oro. El ruido del agua al romper era ensordecedor. Toda la planta baja estaba inundada de un líquido que parecía oro puro, pero tenía la consistencia del agua. Una neblina dorada flotaba en el ambiente. ¿Y sabes lo que se me ocurrió pensar?

—¿Qué?

—En lo bien que se lo había montado el centro comercial. Que nunca había visto nada tan logrado, y que iban a tener lleno mientras durase el espectáculo.

Tonio sonrió de nuevo. Seguramente él hubiera pensado algo bastante parecido. Aprovechó la pausa para meter baza.

—Entonces, ¿Cuanto tiempo habrá pasado en el mundo real entre tu salto y el mío? Probablemente hayamos saltado casi al mismo tiempo, y sin embargo en *La Pausa* han pasado ¡veintidós años!

—Es imposible saberlo. Tampoco tengo ni puñetera idea de si el desfase entre los tiempos de este mundo y del nuestro es uniforme, o si hay aceleraciones o deceleraciones...

—Te está saliendo la vena física y a mí me está empezando a doler la cabeza... —soltó Tonio moviendo las manos, abrumado por todo lo que aquello implicaba.

—Todo lo que supongamos más allá de lo que hemos hablado hasta ahora es hacernos pajas mentales que no nos van a llevar a ninguna parte. Lo importante es que salí del centro comercial y... bueno, es complicado resumir veintidós años en un rato. A grandes rasgos, y centrándonos en lo importante: lo que vas a ver cuando nos alejemos de aquí es un mundo totalmente nuevo...

—Creo que ya me he hecho una idea inicial —dijo Tonio, señalando hacia el animal de la lengua azul.

—Bicho es el equivalente a un buen perro en nuestro mundo —dijo Álvaro—, pero mejor que no tengas que verlo enfadado.

—Ya me imagino —respondió Tonio mirando el cuerpo del animal. Parecía más un toro que un perro.

—No, no te lo imaginas —sonrió Álvaro—. Bicho fue el primer animal que vi, justo al salir del centro comercial. Lleva conmigo todos estos años. Fue lo que se suele llamar amor a primera vista... por su parte. A mí casi me da un infarto cuando salió corriendo detrás mío. Pero cuando me alcanzó, en vez de devorarme, me llenó de babas celestes a base de lengüetazos.

Tonio dibujó sin problema alguno la escena en su imaginación.

—Te tendrás que acostumbrar a ser el alma de la fiesta. Los del otro lado llamamos enormemente la atención a los de aquí, ya te irás dando cuenta. Habrá veces en las que esto será bueno, y otras en las que nos complicará la vida más de la cuenta. Pero como te digo, ya lo irás descubriendo con el paso del tiempo —hizo una pausa, como para poner en orden sus ideas, y continuó—. Con el método de ensayo y error fui descubriendo qué cosas se pueden comer y beber y cuáles no. Al principio me negaba a separarme del centro comercial, era como el ancla que me permitía mantener la cordura... pensaba que si me alejaba, si salía a ver mundo, rompería ese enlace con mi vida anterior y nunca podría volver, así que pasé semanas con Bicho cazando y bebiendo de un arroyo que brotaba de uno de los aparcamientos del centro comercial, y que era bastante más apetecible que el agua dorada de dentro. Un día me atreví a caminar los metros que separaban el centro comercial del estadio de La Rosaleda. No te puedo decir cuántas veces a lo largo de mi vida había hecho ese camino, sin embargo aquella vez tuve que atravesar un inmenso campo de rosas. Rosas arcoíris. No sabrás lo que es la belleza hasta que veas una de esas flores, te lo aseguro.

—Curioso... ¿crees que es una casualidad que el nombre del estadio sea precisamente La Rosaleda? —preguntó Tonio

—¿Quién sabe? Ya te darás cuenta de que hay muchas coincidencias entre ambos mundos —respondió Álvaro—. Creo que el nuestro es la base, porque de hecho lo podemos ver inamovible sólo con mirar a nuestro alrededor. El mundo en el que nos encontramos ahora es como un papel cebolla que se ha colocado sobre el original y permite dibujar cosas encima. Al menos eso es lo que pienso...

—Creo que es un buen ejemplo —contestó Tonio—. ¿Qué pasó cuando llegaste al estadio?

—Me vas a perdonar, pero eso quiero que lo veas con tus propios ojos. En



este caso, te puedo asegurar que una imagen vale más que un millón de palabras.

Álvaro se levantó y se dirigió a la puerta, haciendo un gesto al chico que se había convertido en su único amigo, o al menos el único con capacidad para moverse, para que lo siguiera. Éste se levantó y, echando un último vistazo a su hermano y a su madre, se dirigió hacia la salida.

Álvaro encogió los hombros y pasó por la apertura entre las puertas deslizantes. Al verlo, Bicho saltó desde lo alto del carrito de la mujer Azul Eléctrico y bailoteó alrededor de él. Tonio aún se mostraba reticente ante la idea de ponerse al alcance del animal, por lo que éste tuvo que introducir su alargado hocico por la apertura y formular la única pregunta que conocía.

—¿*Growl*?

—¡Venga machote! —le animó Álvaro— ¡Tenemos mucho por ver, y todo el tiempo del mundo! ¡Te aseguro que no te va a comer!

Tonio acercó un poco el pie al hocico que parecía el de un oso hormiguero con mucho cuidado, desde detrás de la puerta que, en otro mundo, era deslizante. El corte plano del final del hocico que acababa en una boca de dientes grandes y redondeados se pegó a su pantalón como una ventosa y lo olisqueó de cerca. Luego se retiró un poco y sacó una enorme lengua que se enroscó en su tobillo y, de un tirón, lo sacó fuera, arrastrándolo por la abertura de la puerta.

Tonio gritó con todas sus fuerzas, pero el sonido se apagó cuando el bicho desenroscó la lengua de su tobillo y se la pasó por todo el cuerpo, empezando en el pie que unos segundos antes tenía atrapado y acabando en la cara. La sensación era como si le arrastrasen por encima un inmenso filete crudo caliente y resbaloso.

—¡Puagh! ¡Qué *ascazo*! ¡Quieto ahí! —le ordenó. El animal, increíblemente, obedeció la orden y se clavó en el suelo, dándole sonoros palmetazos con su peluda cola. Tonio se sorprendió, ahora que lo veía de cerca, de que en realidad no se parecía tanto a *Jar Jar*.

—¡Lo más de lo más! —dijo Álvaro muerto de risa—. ¡Has conseguido que te obedezca a la primera! ¡La fuerza es intensa en ti, joven *Luke*!

—Bueno —dijo Tonio, echando a andar hacia el parking del Carrefour—. ¿Vas a terminar de contármelo todo, o qué?

—Espera y verás —respondió Álvaro, y tomó el mismo camino, seguido por Bicho, que parecía estar encantado de haber encontrado un segundo amo.

## CAPÍTULO 9: UN VIAJE ACCIDENTADO

—Estarás bromeando. Ni de coña me voy a subir ahí —dijo Tonio—. ¿Se te ha ido la olla?

Álvaro estaba subido a lomos de un impresionante animal de color malva, parecido a una manta raya marina, que flotaba en el agua naranja del lago que existía sobre el parking del Carrefour. Era del tamaño de un coche familiar, y de hecho tenía un rudimentario asiento de algo parecido a cuero, montado sobre una estructura de madera y sujeto a su cuerpo con un arnés. Álvaro estaba sentado en la parte izquierda del asiento, sujetando unas bridas que iban desde su mano a la boca del animal. Bicho estaba a sus pies, agarrado al asiento de madera con su lengua multiusos.

—Venga, te aseguro que hace ya mucho que me quité la “L” —bromeó Álvaro—. Sube, la opción B es atravesar media Málaga a pie hasta llegar a La Rosaleda. Y te aseguro que no va a ser tan sencillo como coger el autobús.

Tonio valoró la opción durante unos instantes, y al final subió a regañadientes. La superficie del animal, a pesar de lo que pudiera parecer a primera vista con su aspecto húmedo y resbaladizo, ofrecía muy buen agarre, como el de una pista de atletismo.

—Os advierto que me mareo en las barcas del Tívoli —dijo, y se sentó junto a Álvaro ajustándose el cinturón de seguridad—. De todos modos... ¿qué vamos a hacer si no hay salida? ¿Dar vueltas por el lago hasta que nos pongamos cariñosos? Te advierto que no eres mi tipo...

Como respuesta, Álvaro sacudió las bridas, y el animal comenzó a ondear los bordes de su cuerpo y a desplazarse sobre el agua, cada vez a más velocidad.

—Voy a potar, aviso... ve poniendo el intermitente, tío, que nos vamos a comer el Feu Vert —advirtió Tonio, viendo acercarse peligrosamente la pared del establecimiento sobre el que crecían los helechos de hilo de plata y las palmeras flamígeras. Álvaro no pareció darse por aludido, y sacudió una vez más las bridas, con lo que el animal incrementó su velocidad.

—¿Pero qué haces, tío? ¡Que nos la vamos a dar! —gritó Tonio, e intentó quitarse el cinturón para saltar al líquido naranja. En el último momento,

Álvaro tiró de las bridas hacia sí mismo con fuerza. El animal dibujó un ángulo de casi noventa grados y salió disparado hacia el cielo.

Volando.

El grito de Tonio sonó como una sirena de ambulancia, y se fue haciendo menos audible conforme la manta raya se alejaba del suelo. El animal subió en paralelo a las inmensas palmeras que crecían sobre el tejado del almacén de productos para el automóvil y esquivó magistralmente las hojas que, después de todo, sí eran de un fuego rojo que no emitía calor alguno.

—¡Tío! ¡TÍO! —gritó Tonio, con la cara tapada con las manos, mirando por el espacio que quedaba entre sus dedos.

—Señores pasajeros, ya pueden desabrocharse los cinturones —dijo Álvaro, poniendo la voz aguda para imitar a una azafata—. Es broma, ni se te ocurra soltarte —añadió.

Tonio sentía el corazón desbocado. La sensación de volar sobre aquel animal era indescriptible. Tras la velocidad de la subida, se había estabilizado y se deslizaba suavemente en el aire como un patinador sobre hielo. Todo el borde exterior del cuerpo del animal se rizaba y volvía a su posición inicial, como la gente que hace una ola en un estadio de fútbol. Estaban volando a unos cientos de metros de altura. Desde allí, podía ver Málaga en todo su esplendor. Aunque nunca había estado en una posición similar para poder comparar, el aspecto de la ciudad se le antojaba muy distinto al habitual. Desde allí podía ver el Carrefour rodeado del lago naranja que reflejaba los rayos del sol, pero si forzaba un poco la vista, podía ver mucho más. Unos cientos de metros por detrás del centro comercial se encontraban el Palacio de deportes Martín Carpena y el Estadio de Atletismo Ciudad de Málaga. Ambos aparecían cubiertos de una especie de gelatina color burdeos. Era exactamente como si Karlos Arguiñano en versión Godzilla hubiese cocinado un inmenso pastel de gelatina de frutas del bosque y en vez de meter una fruta en el interior, hubiese metido ambos recintos deportivos.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, señalando la gelatinosa masa rojiza.

—Yo los llamo hongos de gelatina —respondió Álvaro—. Por la forma de propagarse. Si pasas cerca y entras en contacto con esa sustancia, se te pega al cuerpo y te cubre por completo en cuestión de segundos. Pero además es que se lanza a por ti, no es que la roces por descuido.

—Asqueroso... ¿es peligrosa?

—Ya te digo. Si te la dejas sobre el cuerpo demasiado tiempo establece

vínculos psíquicos con el portador, y...

—Tío... habla en cristiano —protestó Tonio.

—Te controla. Controla los pensamientos. Si la llevas mucho tiempo encima te convertirás en un zombi de fresa y te usará como portador para propagarse, a la vez que se alimenta de ti y te va consumiendo...

—Qué bien. Siempre he preferido el helado a la gelatina. Esto me da la razón.

—¿*Growl*? —preguntó Bicho, levantando la cabeza.

—Helado —le dijo Álvaro. Ya te lo explicaré con calma.

Tonio miró hacia el frente. Toda la piel de la ciudad explotaba y se retorció en combinaciones de colores vivos y construcciones orgánicas imposibles. Todo con la ciudad original como base. Creciendo sobre ella. Mutándola, pero sin hacerla perder del todo su identidad. Tonio decidió dejar de preguntar. Estaba convencido de que si preguntaba demasiado, le iba a explotar la cabeza en mil pedazos. Al fin y al cabo, Álvaro había tenido más de veinte años para habituarse al entorno, y él no iba a conseguirlo en un único día.

—¿Puedo pilotar? —preguntó.

—¿Pilotar? —sonrió Álvaro—. Yo no lo llamaría exactamente pilotar, es más bien como cabalgar sobre un caballo muy manso. Claro que puedes. Sólo tienes que preocuparte de mantener tensa la brida. Si la agitas corre, si tiras hacia ti sube, y si sueltas, baja. Izquierda o derecha, según tires más de un lado o de otro. Luego, el cambio de marchas está aquí...No, es broma —sonrió—, mejor que no tires de ahí... por lo menos, no en la primera cita —dijo con picardía, y le pasó la brida a Tonio, preocupándose de mantenerla tensa.

Tonio la cogió, y sin querer la dejó un poco suelta. El animal se lanzó instantáneamente hacia abajo en picado, a toda velocidad.

—¡*Tiraaaaaa!* ¡*TIRAAAAAA!* —gritó Álvaro con todas sus fuerzas. Bicho se había despegado del animal con la inercia de la caída, y flotaba junto a él, anclado por su lengua azul al asiento. El suelo se acercaba a toda velocidad, girando de forma descontrolada. Vio el lago naranja y las palmeras del Feu Vert. Luego desaparecieron abruptamente para mostrar el inmenso pastel de gelatina. Y otra vez el lago. Y las palmeras. Y la gelatina. A Tonio le recordó una escena que había vivido cientos de veces en los simuladores de vuelo de su PC.

—¡*TIRA YAAAAA!* —se oyó de nuevo la voz de Álvaro, intentando evitar lo que cada vez parecía más inevitable. Como en un sueño, Tonio se vio a sí

mismo tirando desesperado de la brida hacia su pecho. El animal giró noventa grados como las motos virtuales de Tron y siguió desplazándose en paralelo a unos treinta metros del suelo. Bicho dio un sonoro barrigazo contra la manta raya al recuperar la posición.

—¡Joder tío! —protestó Álvaro agarrándose la cabeza con ambas manos. Mejor que me des la bri... ¡Cuidado!

Álvaro pegó un tironazo hacia la izquierda y el animal basculó hacia un lado antes de enderezar el ritmo.

—¿Qué? —protestó Tonio. Álvaro señaló hacia atrás. Una bandada de palomas del mundo original flotaba ingrávida a escasos metros de donde acababan de pasar. Tonio imaginó el devastador efecto que hubiese tenido chocar contra ellas a la velocidad que llevaban. Las imaginó atravesando la piel de la manta raya como pequeñas balas de cañón, y a ellos destrozados contra el asfalto segundos después. Con manos temblorosas, le devolvió el control a Álvaro.

—Mejor que la lleves tú —le dijo. Bicho le dedicó un gruñido por lo bajo.

—Cuando me recupere del susto te contesto —le respondió Álvaro en un susurro. Con una maestría que ya quisiera Tonio para sí mismo, ordenó al animal que ascendiera y éste obedeció. Luego, con dos movimientos de muñeca lo enfiló hacia La Rosaleda.

La sombra de la manta raya se dibujaba sobre el asfalto y los edificios conforme los iban sobrevolando. Tonio reconoció su antigua barriada. Al pasar por encima de la que fue su casa durante toda su infancia, vio como todos los bloques de viviendas de alrededor, incluyendo el suyo, habían sido engullidos por la gelatina color burdeos que había visto sobre el palacio de deportes y el pabellón de baloncesto. En las calles en las que había jugado de niño se veían pequeños animales peludos de color amarillo que se movían nerviosamente de un lado a otro, como moscas sobre un cristal buscando la salida. De pronto, una sombra mucho más grande que la que proyectaba la manta raya la engulló, primero en el suelo de la calle, y luego sobre el animal y ellos mismos. Dejaron de sentir el calor del sol que los había acompañado sin pausa hasta entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó Tonio, pero Álvaro parecía tan sorprendido como él mismo. Miraba hacia arriba, en busca de lo que quiera que fuese lo que causaba la sombra que los estaba cubriendo. Bicho hacía lo propio, gruñendo y enseñando sus dientes planos desde detrás de la “O” perfecta que había

dibujado con su boca.

Y entonces la vieron. La forma que se recortaba sobre el cielo cubriendo el sol por completo.

El inmenso animal miró hacia abajo y chilló. Un grito agudo y estridente que se les clavó en el cerebro y les dañó los tímpanos. Y luego se lanzó a por ellos, con las garras extendidas y las uñas como puñales negros apuntando hacia adelante.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Álvaro a la vez que agitaba frenéticamente la brida para obligar a la manta raya a volar a la máxima velocidad de la que era capaz. Tonio reconoció inmediatamente la piel surcada por trazos coloridos que le había recordado a la película Avatar la primera vez que salió al exterior del Carrefour.

—¡Joder! ¿No lo sabes? Esa criatura estuvo sobrevolando el centro comercial poco antes de que aparecierais vosotros. ¡Dime que no es peligrosa!

—¡Ni puñetera idea! ¡Es la primera vez que veo un bicho así en todos los años que llevo aquí!

—¡Pues qué buen momento para presentaciones! —gritó Tonio. La velocidad de aquella versión *hippy* de un pterodáctilo se incrementó. El extraño animal se acercaba a pasos agigantados. Las garras se veían afiladas hasta lo imposible. De algunas de las grietas que había en la gruesa piel de sus patas surgían gusanos blancos con aspecto gelatinoso que desaparecían rápidamente en las grietas de alrededor. Tonio las miraba hipnotizado, pensando en si estaba demasiado cerca como para ver los gusanos, o si estaba aún lejos y los estos tenían el tamaño de su antebrazo. Como respondiendo a la pregunta que se había hecho mentalmente, el pterodáctilo se abalanzó sobre ellos. Álvaro tiró de la brida hacia sí mismo con toda su alma y en el instante siguiente repitió, pero hacia la izquierda.

La manta raya frenó en seco primero y luego giró en la dirección que le habían indicado de manera nada delicada. La magistral maniobra les salvó la vida porque el gigantesco animal les pasó a centímetros por delante, estrellándose estrepitosamente contra un grupo de los animales que Tonio había visto en los alrededores de su antigua casa y que desde arriba parecían pequeños piojos amarillos. Los animales se convirtieron en decorativas manchas color limón sobre el asfalto de forma instantánea. El bicho que parecía un pterodáctilo quedó hecho un ovillo en plena Avenida de Velázquez. Los coches, que en un mundo normal habrían sido arrasados y destruidos por

la fuerza del impacto, al igual que los semáforos, farolas y el resto del mobiliario urbano quedaron impassibles, cubiertos de restos de piel del animal conforme se había ido golpeando contra ellos en su caída. La escena parecía sacada de una súper producción de Hollywood, en Real 3D en los mejores cines. Una señora mayor salía de lo que antes era el Bingo El Torcal, toda una institución en la zona, que desde el principio de los tiempos ocupaba una importantísima cantidad de metros cuadrados a escasos metros de donde el pterodáctilo se había estrellado, y que ahora se había convertido en un bazar chino como buena parte de la zona de la Avenida de Velázquez. Una de las uñas que habían formado parte de las garras del animal se había hecho astillas contra ella, sin ser capaz de arrebatarse la bolsa que agarraba con sus frágiles pero inamovibles manos. Aunque parecía absurdo que ante tan apocalíptica escena se fijase en un detalle tan nimio, precisamente era eso lo que daba veracidad a todo lo que estaba pasando.

No era una pesadilla.

Estaba pasando en realidad.

El grito del animal lo sacó de sus pensamientos. Aunque herido y desollado en buena parte de su cuerpo, aquello no había hecho más que enfurecerlo. Iba a ir a por ellos, y esta vez no sería tan fácil engañarlo.

Álvaro lo leyó en su mirada enloquecida.

—¡Viene otra *veeeez!* —gritó Tonio. El pterodáctilo se había incorporado sobre sus poderosas patas y se disponía a emprender el vuelo de nuevo. Si permitían que despegase, estaban perdidos.

—¡Bichooo! —gritó Álvaro—. ¡ATACA!

Como un resorte, Bicho se incorporó y desenrolló su lengua azul del asiento desde el que Álvaro dirigía a la manta raya. Acto seguido, se soltó y cayó en picado hacia el pterodáctilo.

—¿Estás loco? ¡Se va a matar! ¡Y si la caída no acaba con él, ese monstruo se lo va a merendar de un bocado!

Álvaro le hizo gestos de que mirase. Bicho caía como un peso muerto hacia la cabeza del pterodáctilo que, viéndolo venir, abrió la boca para engullirlo de un sólo bocado. Unos instantes antes de que ambos animales chocasen, se produjo la transformación. Fue como cuando el *Doctor Banner* se transforma en el *Increíble Hulk*, sólo que no hubo un proceso. Bicho pasó de ser un pitbull sobrealimentado con cara de personaje de La Guerra de las Galaxias a convertirse en una inmensa y musculosa mole del tamaño de un edificio de

cuatro pisos. El impacto contra el animal volador fue terrible. Incluso desde la altura a la que Álvaro y Tonio estaban planeando sobre la manta raya se oyó el crujido de los huesos rotos. El pterodáctilo aulló de dolor y se lanzó con las fauces abiertas hacia el cuello del animal que sólo un instante antes era el simpático Bicho. Con un movimiento que parecía extraído directamente de una película de artes marciales, el Nuevo Bicho usó su brazo izquierdo para repeler el ataque. Ahora se erguía sobre sus patas traseras como un simio, y su cabeza ya no se parecía ni remotamente a Jar Jar. Ahora era como una especie de gorila con hocico de lobo. Y en su hocico, los dientes no eran en absoluto planos, como antes. Los afilados colmillos se cerraron sobre la garganta del pterodáctilo y allí, en la misma puerta del bingo transformado en bazar, el Nuevo Bicho despedazó y devoró buena parte del ser volador.

Arriba, Tonio no daba crédito a lo que acababa de ver.

—Te dije que no te gustaría verlo enfadado —dijo Álvaro para romper el silencio que se había establecido entre ambos—. Tendremos que esperar un poco a que termine de comer y se calme. Ahora es peligroso acercarse a él. Cuando se calme volverá a ser el Bicho inofensivo de antes.

—No te preocupes, no me apetece en absoluto acercarme a él ahora mismo... y luego, ya me lo pensaré...

—A ver si acaba antes de que se nos haga de noche —bromeó Álvaro, sabiendo que la noche podía tardar en caer, afortunadamente, unos cuantos miles de años todavía.

Unos minutos después, el inofensivo Bicho de dientes planos y lengua azul subía a la manta raya y los amigos retomaban el viaje hacia La Rosaleda. Abajo, los pocos restos que aún quedaban del pterodáctilo eran mordisqueados con avidez por los pequeños animales amarillos que habían conseguido escapar al aplastamiento, como si un acto de justicia divina le estuviera permitiendo vengar a sus compañeros caídos.



## CAPÍTULO 10: EL PUEBLO DE DENTRO DEL ESTADIO

Tras la pelea entre *Godzilla* y *King Ghidorah*, o dicho de otro modo, entre la versión sobrealimentada de Bicho y el pterodáctilo, el resto del vuelo fue bastante tranquilo, y en apenas unos minutos estaban sobrevolando el estadio de fútbol de La Rosaleda.

La vista era espectacular. En la parte exterior el cemento gris claro había sido sustituido por una frondosa hiedra que lo rodeaba por completo, convirtiéndolo en algo parecido a un volcán verde. Como Álvaro le había relatado, alrededor del estadio el viento mecía un impresionante campo de rosas cuyos pétalos refulgían con los colores del arcoíris. En el interior, Tonio esperaba ver su graderío blanquiazul y sus escaleras amarillas, pero la vegetación era tan exuberante que las había cubierto por completo. A lomos del animal que parecía una manta raya, sobrevolaron cataratas de hojas anchas como mesas de comedor que rebosaban hacia el césped como si hubiesen volcado un cubo gigante repleto de ellas desde la parte alta de los graderíos. Como si de confeti se tratase, una multitud de frutos y flores multicolores de distintos tamaños salpicaban las hojas dando un espectacular colorido a la pared verde. Desde el marcador de fondo brotaba un arroyo que rebotaba sobre la vegetación de encima de los graderíos y acababa muriendo en el césped donde se convertía en riachuelo, atravesando por completo el campo en sentido longitudinal para acabar formando un bonito lago tras la portería de la grada de gol. El césped aparecía cubierto de construcciones parecidas a cabañas, pero sin techados que creasen zonas de sombra donde se pudieran generar Oscuros, las criaturas que Tonio había tenido el dudoso honor de conocer en el baño.

Álvaro hizo un par de pasadas a baja altura, y Bicho aprovechó para emitir un sonido parecido remotamente a un ladrido. Respondiendo al sonido empezó a aparecer gente desde el interior de las cabañas. Tonio no daba crédito a sus ojos.

—¡Gente! ¡Está saliendo gente! —dijo boquiabierto.

—*Sorpreeeeesa* —canturreó Álvaro. Con tres movimientos de la brida

aprendidos a base de haberlos repetido hasta la saciedad, la manta raya descendió suavemente y se posó sobre el terreno que, en un mundo que estaba a la vez allí y a la vez a infinita distancia, se usaba para jugar al fútbol.

Álvaro descendió del animal de un salto, seguido por Bicho. Tonio iba a hacer lo propio, pero Álvaro lo detuvo con un grito.

—¡Por ahí no, cuidado!

Tonio se quedó inmóvil y miró a Álvaro con extrañeza, sin comprender lo que sucedía.

—El césped —aclaró éste último— es del otro lado. Aspecto de césped, pero tacto de agujas afiladas. Has estado a punto de clavarte las zapatillas a la planta del pie de por vida. Pisa sólo en las zonas en las que el verde está más oscuro.

Tonio miró hacia el suelo y comprobó que la mayoría de la superficie estaba cubierta de una especie de musgo que crecía sobre el césped original. Pisó con cautela, pero no era necesario porque éste formaba una malla parecida a la cota que se ponían los caballeros medievales en las zonas que quedaban desprotegidas por la armadura, solo que aquí era orgánica en lugar de metálica. Por lo demás, era endemoniadamente resistente, a la vez que mullida. En algunas partes diseminadas de forma al parecer bastante aleatoria, había calvas que mostraban el césped original, y en una de estas calvas era donde él había estado a punto de meterse de lleno. No quiso pararse a pensar en las consecuencias que hubiera tenido un pisotón descuidado sobre aquella cama de clavos camuflada como césped.

Tonio observó en silencio a los habitantes de la Rosaleda. Poco a poco el grupo inicial se había ido incrementando, y ahora calculó, a ojo, que podía haber cerca de un centenar de personas ante ellos. Hombres, mujeres y niños.

Le llamó poderosamente la atención su forma de vestir. Tanto que algo vibró por debajo de su piel, un sistema de alerta, quizás, que en nuestro mundo yace olvidado en algún punto del sistema nervioso pero que allí, en *La Pausa*, estaba totalmente activo y en perfecto estado de revista.

Sus ropas eran una burda imitación de lo que se podía llamar un estilo casual. Los ojos de Tonio saltaron de una a otra por las personas que lo estaban observando. Vio como algunas de las mujeres llevaban una especie de pantalón vaquero, cosido con un cordel grueso que parecía hecho de cáñamo. Pero lo que más enervó a Tonio fue ver varios niños vestidos con unos pantalones cortos, del mismo tipo de tejido y cosidos de la misma forma. En la

parte de delante de la pernera tenían dibujado un logotipo de Adidas hecho a mano. Los niños llevaban unas camisetas con un dibujo de Mickey Mouse con un casco, haciendo un half pipe sobre un monopatín. El dibujo estaba bastante logrado, pero le erizaba el vello como si estuviese cargado de electricidad estática. Lo había visto antes, estaba seguro, pero no conseguía situar el momento. Entonces, un hombre se acercó a Álvaro con expresión de sorpresa. Llevaba un simulacro de camisa de cuadros. Las líneas habían sido escrupulosamente dibujadas sobre el tejido, y no eran del todo paralelas entre sí. Otro motivo para incrementar la molesta sensación de que algo no encajaba. La camisa también le resultaba familiar, como si toda aquella absurda situación fuese un déjà vu, algo ya vivido previamente.

—¡Lo has encontrado! —le dijo el hombre a Álvaro, mirando hacia Tonio

—Hola Carlos —respondió Álvaro—. Pues sí, .

—Gracias al cielo, amigo —añadió el hombre al que Álvaro se había referido como Carlos. Tonio se empezaba a sentir un poco incómodo de que hablasen de él como si no estuviera presente. Y el misterio se iba incrementando. Parece ser que había habido otras veces en las que Álvaro salió a buscar gente que había saltado, sin conseguir encontrar a nadie. Pero... ¿por qué? Decían que él había sido el primero. Entonces... ¿dónde estaban los otros? ¿Y de dónde habían salido todas aquellas personas con pinta de extras en una peli de Pocahontas y vestuario remotamente parecido al de la gente del mundo normal? Álvaro lo sacó de sus pensamientos al presentarle al hombre que hablaba con él.

—Tonio, éste es Carlos. Aquí no usamos palabras como jefe o alcalde, pero podríamos decir que Carlos ejerce funciones muy parecidas a las que podría tener cualquiera de ellos.

—Es todo un honor para mí conocerte. Nuestro hogar es tu hogar —dijo Carlos, haciendo una reverencia. Resultaba curioso observar la cuidada retórica de sus frases, envuelta en un acento andaluz más que evidente.

—Ehh... lo mismo digo —respondió Tonio, acostumbrado más a saludos del tipo “Qué dice el tío” o el más moderno “Ola k ase”

—¿Qué os parece si le damos la bienvenida delante de un buen trozo de asado y un zumo frío? —preguntó Álvaro, muerto de risa con la situación. Las palabras zumo y asado en la misma frase hicieron que el estómago de Tonio se saltara todas las reglas de protocolo habidas y por haber, y emitiera un estruendoso quejido. Ya hacia buen rato que había acabado la digestión de la

media tortilla, y más allá de eso, sólo había comido la chocolatina que pudo recuperar del expositor.

Un buen rato después, los tres se encontraban en el interior de una de las cabañas sin tejado, sentados delante de una comida que parecía salida del pincel de un pintor surrealista. Exóticas frutas de extrañas formas y colores vivos se arremolinaban sobre la mesa de madera alrededor del plato estrella, un inmenso animal parecido a un pollo asado, pero al menos seis o siete veces superior al pollo más grande que Tonio había visto en su vida. Estaba cubierto de una apetecible salsa de un color acaramelado. El conjunto le trajo a la memoria uno de los jabalíes que devoraban cada tres o cuatro páginas los protagonistas de las aventuras de *Asterix y Obelix*. Una gigantesca jarra situada junto al asado contenía un no menos apetecible líquido de color rosado. La superficie de la jarra estaba surcada por gotas que demostraban que su contenido estaba muy frío en comparación con la temperatura ambiente.

Durante el rato que había tardado en prepararse aquel delicioso manjar, Carlos y Álvaro lo habían presentado públicamente a las gentes del pueblo. Uno a uno, aquellos hombres y mujeres de tez cobriza habían desfilado ante él y le fueron estrechando las manos efusivamente.

Una chica, sin embargo, pareció dubitativa a la hora de acercarse a él. De hecho, lo hizo sentirse como si lo estuviera examinando. No pudo prestar demasiada atención a aquella sensación puesto que apenas pasaba unos segundos hablando con cada uno de ellos antes de que pasara el siguiente. Se entretuvo en contarlos conforme se presentaban diciendo sus nombres al estrecharle la mano, y descubrió que su percepción inicial no había ido muy descaminada, sobrepasaban por no demasiado el centenar, y le llamó la atención el que ninguno de ellos tenía aspecto de haber pasado los treinta. Por lo que fuese, los mayores se habían saltado el “acto protocolario” así que no pudo saber cuántos de ellos había.

—*Bon appetit* —dijo Álvaro, sacándolo de sus pensamientos. Le estaba ofreciendo un plato con un enorme muslo del animal desconocido que se parecía al pollo. No sabía el sabor que tendría, pero desde luego el olor era inmejorable, así como el aspecto, cubierto por aquella apetitosa salsa de color caramelo.

—¿Qué es? —preguntó Tonio, sabiendo que a menos que le dijese que era humano, lo iba a devorar con ansia. No recordaba haber estado tan hambriento en su vida.

—Aquí lo llamamos *McBicho* —contestó Álvaro.

—No jodas —dijo Tonio, mirándolo con expresión de asombro.

—No, pero tendrías que haberte visto la cara —respondió muerto de risa—. ¡Es que aquí nadie entiende la broma! —añadió sin poder contenerse.

—Ja, ja. En serio, ¿qué es?

—Se llama saltaflor. Es un pájaro bobo, muy grande, que no sabe volar, pero que da unos saltos impresionantes. No es difícil de capturar si se maneja bien el lazo —intervino Carlos, sirviéndole zumo en el vaso—. Pruébalo, está delicioso.

Y efectivamente, así era. Nunca había probado nada tan sabroso como aquel muslo de saltaflor. Y el zumo no se quedaba atrás. De una dulzura extraordinaria, tenía toques de algo ácido parecido a fresa mezclada con naranja, y sin embargo al dar un trago quedaba en la boca un regusto dulzón, como de melón maduro. Tonio pensó en el éxito que tendría aquello en el mundo normal.

—¿Cómo mantenéis el zumo tan frío?

—No tiene ningún secreto especial. El agua del arroyo brota helada de entre las hojas. Sólo hay que introducir un contenedor bien cerrado y en cuestión de segundos se pone así —le respondió Carlos.

—Genial. Está buenísimo —asintió, y estuvo a punto de atragantarse con un gran bocado de carne.

—Prueba esto —le dijo Álvaro, acercándole un trozo de algo que parecía el tallo de una planta de grandes dimensiones. Era un cilindro, como una caña de bambú, de un color verde oscuro. Mirándolo de plano podía tener la superficie aproximada de un DVD, y una longitud de entre quince y veinte centímetros. En los extremos mostraba un nada apetitoso color marrón sucio y estaba cubierto de hongos.

—*Estooo...* ¿Cómo se come esto? ¿Puedo pasar?

Carlos le acercó un cuchillo que parecía hecho con el hueso de algún animal. O con algo similar al marfil. La empuñadura estaba tallada con bellas e intrincadas filigranas. Todo un trabajo de artesanía que en el mundo que se movía podría costar muchos miles de euros.

—Corta uno de los extremos. El cuchillo está muy afilado, pero aun así tendrás que ejercer un poco de fuerza.

Tonio obedeció y cortó uno de los extremos. Al contrario que la superficie que acababa de retirar, el interior mostraba un color crema y una textura

esponjosa.

—Coge un pellizco con los dedos y tira. Y luego mójalo en la salsa.

Al hacerlo, Tonio arrancó un buen pedazo de algo parecido a miga. Así que aquello era el pan *Bimbo* al estilo de *La Pausa*. Lo mojó en la salsa y descubrió que, como todo lo que había probado desde que se sentó en aquella mesa, estaba delicioso. Decidió que, aunque las preguntas bullían en su cerebro como en una olla a presión, pondría todos sus sentidos en disfrutar de aquellos manjares. Ya habría tiempo para conversaciones, preguntas y respuestas.

Al fin y al cabo, allí el tiempo apenas pasaba para él.

## CAPÍTULO 11: UNA VIDA POR DELANTE

La muchacha estaba sentada delante de la televisión, tal y como hacía el noventa por ciento de su tiempo. El diez por ciento restante lo dedicaba a dormir, o al menos a intentarlo, tumbada en su habitación, en una cama que era demasiado grande para una sola persona, atiborrada de su ración diaria de pastillas de todos los colores y tamaños. Su cuarto siempre tenía la persiana bajada casi al tope, sólo a falta de un pequeño tirón para sumirla en la total oscuridad. El sol, que a esas horas de la tarde entraba por las pequeñas rendijas de la persiana, dibujaba lunares de luz en los montones de ropa que en vez de estar ocupando su lugar en el armario, formaban extraños paisajes montañosos multicolores a la ribera de su colchón.

Pero eso a ella le importaba un pimiento.

Porque estaba totalmente concentrada en la imagen que ofrecía el programa de cotilleo.

*Justin Bieber*. ¿Había estado ella también con aquel tío? Le parecía recordar que sí, pero no podía asegurarlo. Puede que hubiera sido en uno de sus sueños, o en uno de esos momentos en los que se quedaba en blanco, mirando las esquinas o el suelo. Pero estaba casi segura de que sí.

Los montones de ropa no eran lo único que servía como decoración del suelo de su cuarto. También había bolsas. Y restos de comida, de las veces que había decidido desayunar o cenar en la cama. Y papel higiénico de cuando había estado resfriada y lo había usado para sonarse la nariz. Y de otras muchas cosas, todas igualmente repugnantes.

El programa de por la tarde dejó de hablar del cantante para pasar a ese actor. *Mario Casas*, decían que se llamaba. Y ella también había estado con él. Casi seguro.

El resto de la casa compartía el mismo tipo de decoración que el cuarto. Vivía en un piso que, como casi todo en esta vida, se le había quedado grande desde que él se fue con aquella fulana.

Lo hizo sin previo aviso, porque nunca hablaba con ella. Últimamente, nunca hacía nada con ella. Una lágrima rodó indolente por su mejilla. En la tele, en unas imágenes de archivo *Brad Pitt* saludaba a los fotógrafos mientras

abrazaba por la cintura a la que por aquellos entonces era su mujer. También había estado con ellos. Con los dos, de eso sí que no había ninguna duda. Lo recordaba como si hubiera sido ayer mismo.

Desvió la vista hacia un lado de la habitación, y dejó la mirada perdida en la silla que descansaba pegada a la pared. ¿Qué era lo que tenía en lo alto? Unas bragas de color rosa. ¿Había puesto una lavadora? Recordaba habérselo propuesto a sí misma, pero no estaba segura de haberlo hecho. Quizás aquellas bragas estaban sucias, después de todo. Continuó revisando la habitación. Prácticamente toda la luz provenía de la pantalla del pequeño televisor que hacía más soportables sus solitarias noches. Bendita televisión que la mantenía a salvo de su vida, una vida de mierda en la que el deporte favorito de su chico, además de irse de putas, consistía en darle un buen repaso de vez en cuando hasta acabar con los nudillos magullados. Una vida de mierda en la que, a pesar de todo, lo echaba de menos por haberse ido definitivamente y dejarla allí tirada.

Iba a ponerse a limpiar. Cuando estuviese más animada lo haría. Seguro. Ahora tenía que ver la televisión.

¿Pero había algo más? ¿Tenía algo más que hacer?

Le dolía el estómago. Creía que no había almorzado. Y puede que tampoco hubiese desayunado. A lo mejor por eso se sentía tan cansada. Ya limpiaría mañana. Se levantó de la cama y caminó descalza sobre los papeles y los desperdicios que cubrían el suelo como nieve recién caída hasta llegar al sillón del salón. Estaba cubierto de ropa sucia mezclada con otra limpia. O casi. La arrastró por el asiento del sillón y la dejó caer al suelo. Luego se tiró en el sofá con un hastiado sonido de desaliento. El azar había decidido que el mando a distancia se encontrase allí mismo, sobre el brazo del sillón, así que no tuvo que cortar apenas su mágica conexión con el programa que estaba viendo desde la cama. La voz de la presentadora se oyó extrañamente viva al sonar desde dos televisores al mismo tiempo. Había dejado el de la habitación encendido.

—¿Mamá?

¿Qué había sido eso? Era una voz que venía de uno de los cuartos. Una voz de niño. No. Una niña. Claro, ahora lo recordaba. Estaba segura de que tenía una niña. Una niña suya y de aquél cabrón que la había dejado abandonada a su suerte. Estaba segura.

¿Cómo se llamaba?



Navidad. No. Navidad no, Natividad. Eso era, Nat. Su hija. Claro que sí.  
¿Pero dónde estaba? Si ella no había comido... ¿Había comido la niña?

No podía recordarlo. No podía recordar siquiera su carita. Y lo peor era que no le importaba demasiado.

—¿Mamá?

Allí estaba. Delante de ella. Entre ella y la tele. Cortando su conexión con ese mundo mágico que le recordaba que su vida no era la inmundicia en la que estaba hundida hasta el cuello, sino otra.

Otra que iba recordando al ritmo que marcaba el paso de un reportaje a otro, de un famoso a otro, de un cotilleo a otro.

—¡Quítate de en medio! —gritó, lanzándole algo que tenía en la mano. Podía ser un zapato, o quizá el mando a distancia. Fuera lo que fuese, falló por mucho. Su puntería ya no era la de antes.

La niña tenía unos seis años. Su pelo era largo, de un dorado desvaído, sin brillo, y de haberlo tenido limpio habría caído en bucles sobre su cuello. En lugar de eso se mostraba enmarañado y sucio, pegado a su cráneo como si le hubiesen untado aceite de oliva como loción capilar. Llevaba puesto un pijama que parecía haber sido recogido directamente del vertedero de basuras. Las manchas tenían distintas tonalidades según el tiempo que había pasado entre ellas. Chocolate, refrescos... casi se podría sacar el menú del que la niña se había alimentado los últimos días a simple vista. Y no era desde luego lo que se podía llamar una alimentación sana, ni mucho menos.

—Mamá, ya no hay comida. En ningún sitio. Tenemos que salir a comprar.

—Déjame.

—Pero nos vamos a morir de hambre, mamá. La despensa está vacía. La nevera igual. Sólo queda algo de pan en el horno, y está poniéndose verde.

—¡Quiero ver la *TELEEEEEEE*!

—Pero...pero...

La niña no pudo seguir. Los ojos se le inundaron de lágrimas y la cara se convirtió en una mueca previa al puchero.

—¡NO LLORES!

La orden fue el detonante que hizo que se abriera la reserva de lágrimas. La niña salió corriendo hacia su cuarto (que presentaba un aspecto tan deprimente como el resto de la casa) llorando con todas sus fuerzas.

—*Nononononono Nolloresnononollores...* —su cabeza latía con fuerza, y cada sollozo era como una nueva bocanada de aire insuflada dentro de un

globo a punto de explotar. Se agarró las rodillas con los brazos y comenzó a mecerse rítmicamente. No sabía cuánto tiempo iba a poder soportar aquella tortura sin que le reventara la cabeza.

—¡Vale! ¡VALE! ¡Vamos a comprar! ¡Vístete YA!

Decidió salir al centro comercial. El Carrefour Rosaleda estaba a dos calles de distancia, así que iba a comprar cuatro cosas para salir del paso, y mañana sería otro día.

Y ya de paso, quizá pudiera buscar una solución para la niña.

Quizá pudiera conseguir que dejara de molestarla.

Porque sin la niña, ya no habría horarios ni obligaciones, sólo televisión. Y pastillas.

Y silencio.

Se levantó y rebuscó entre los cajones. Encontró el fajo de billetes de cincuenta, el que había conseguido ahorrar a espaldas de él, cuando las cosas les iban bien a ambos. Lo había ido engordando a base de trabajos ocasionales al principio, del dinero que él le pasaba para la manutención cuando todo se fue al traste, y de lo que sacó las pocas veces que tuvo que ir al polígono a ejercer el trabajo más antiguo del mundo.

Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Desde entonces, el fajo sólo había ido adelgazando poco a poco. Algún día se iba a acabar, pero no iba a ser hoy. Ya se preocuparía en su momento.

Quince minutos después, madre e hija se dirigían hacia el centro comercial Rosaleda. Los que se cruzaban con ellas las miraban con desconfianza. Ella se había echado una mugrienta bata sobre el pijama y se puso los zapatos deportivos que mucho tiempo atrás habían sido blancos. La niña eligió un vestido de flores y lo había conjuntado con un par de calcetines de distinto color, uno rosa y otro verde, porque le resultó totalmente imposible encontrar dos iguales entre las montañas de ropa. Había completado el conjunto con unos zapatos que su madre le compró en una liquidación tres números mayor que el suyo, para guardarlos y usarlos en su momento. Y el momento parecía haber llegado, pero al menos un par de años antes de tiempo.

La muchacha la tenía cogida de la mano y prácticamente la llevaba arrastrando. Aunque su cuerpo estaba allí, su mente se encontraba en el cuchitril que llamaba casa, sentada delante del televisor, recordando que con Fernando Alonso también había estado, y que por eso se separó de su mujer. Y apretaba el paso, porque quería que su cuerpo acompañase a su mente lo antes

posible. Y de paso, sin darse cuenta, apretaba la muñeca a la pequeña, que había empezado a sollozar, incapaz de seguirle el ritmo.

La niña.

Siempre era la niña.

La niña esto, la niña aquello.

De nuevo era una molestia, la niña le impedía ir a buen ritmo. Tardaría más de la cuenta en regresar.

Se detuvo en seco, al borde de la carretera que las separaba de la Rosaleda. El tráfico era fluido, y los coches circulaban a más velocidad de la permitida.

Otro retraso. El semáforo estaba en rojo. Vio venir el Toyota verde a toda velocidad y se le ocurrió una gran idea, que la libraría de repente de lo que la impedía disfrutar de su vida.

Justo cuando el coche pasaba a su altura, empujó a la niña.

Eran las diecisiete horas, treinta y cinco minutos, tres segundos, del sábado quince de Julio.

## CAPÍTULO 12: EL HECHICERO

El reloj de Tonio marcaba la una de la tarde cuando acabaron de dar buena cuenta de los manjares que poco antes adornaban la mesa. Se sentía desorientado, privado de la cadencia natural entre el día y la noche que, en el mundo del que habían sido arrancados él y Álvaro, regía el ciclo diario de buena parte de los seres vivos. A pesar de apenas haber dormido nada, más allá del sueño plagado de pesadillas que descabezó en el suelo del Carrefour, no sentía la necesidad de dormir. Pensó en cómo sería vivir en un día eterno, y no creyó que fuese capaz de soportarlo.

«*Peor aún hubiera sido una noche eterna*», se deslizó una voz entre sus pensamientos, y un escalofrío le recorrió la espalda.

Carlos se había retirado y los dejó a ambos conversando. Ahora estaban los dos sentados sobre unos grandes cojines hechos con la piel de algún animal de La Pausa, sedosa y de tonos pastel, reposando la comida. El resto del poblado había seguido lo que Tonio supuso que sería su vida normal. Había visto hombres y mujeres ir y venir, algunos muy atareados cargando cosas de un lado a otro. Un grupo había estado recolectando frutos de lo que en otro mundo eran las gradas del estadio. Otra pareja salió con una de las mantas raya y regresó poco después con dos grandes animales parecidos a la gallina Caponata de Barrio Sésamo. Tonio supuso que eran un par de saltaflores. Había otro grupo de personas que trabajaba en la cabaña contigua cortando y cosiendo ropa. Un poco más al fondo, otras personas usaban extrañas herramientas para tallar madera y hueso para hacer cuencos, vasos y objetos decorativos que iban colocando en una estantería conforme los acababan.

—Estaba todo delicioso —dijo Tonio, que había comido y bebido hasta no poder más—. Creo que ahora sería un buen momento para que termines de contarme tu historia ¿no te parece?

—Tan bueno como cualquier otro —respondió Álvaro, recostado sobre su cojín. Había tenido que desabrocharse el botón del pantalón, y jugueteaba con algo parecido a un palillo de dientes entre sus labios. Retomó el relato que había dejado a medias cuando se encontraban en el Carrefour.

—Bueno, esto es lo que quería que vieres con tus propios ojos antes de

seguir con mi historia. Gente. Cuando llegué a La Rosaleda con Bicho los descubrí a ellos... personas que pertenecen a *La Pausa*, como tú la llamas. Al principio mi presencia los sorprendió, pero no tardaron en aceptarme como uno más de ellos. Desde entonces he vivido aquí; me encargo de la vigilancia del poblado e intento mantener a raya a cualquier ser que pueda hacernos daño... ya has visto que Bicho es un arma de destrucción masiva, y que puede dar mucho juego en según qué situaciones...

—Ya, ya... lo he visto, aunque preferiría olvidarlo, si eso fuera posible... Pero volviendo al meollo de la cuestión... Ellos... ¿De dónde proceden? ¿No son de nuestro mundo? —entrecomilló la palabra con los dedos.

—No lo creo... en todo este tiempo no he conseguido sacarles ni una sola palabra acerca de su pasado, de su historia previa a que yo apareciese... pero fijate en su aspecto... No invita a suponer que pertenezcan a sitios distintos y que hayan saltado aquí de la misma manera que lo hemos hecho nosotros... Todos comparten la misma piel cobriza, parecen ser nativos de un mismo lugar.

—¿De *La Pausa*? Es difícil de creer... Y luego está lo del acento andaluz... misterio sobre misterio —insistió Tonio, resistiéndose a dar la conversación por zanjada—. ¿Y su ropa? Hay algo en ella que... no sé, siento una sensación extraña cada vez que miro su ropa... parece que el uniforme oficial del poblado sea una copia de los chinos de la de nuestro mundo...

—Hay ciertas cosas que no vas a tener más remedio que aceptar sin darles más vueltas. Mira... ¿ves aquella cabaña del fondo?

Álvaro señaló una construcción que estaba separada del resto, al otro extremo de la cascada.

—*Sip* —respondió. Justo en ese momento, como si hubiera estado esperando a que los ojos de Tonio se posaran en ella, se abrió la puerta y del interior salió una chica que él reconoció al instante: era la que se le había quedado mirando fijamente durante las presentaciones. Llevaba de la mano a un hombre mayor, de una estatura muy inferior a la de ella, con el rostro cubierto con una máscara que, vista desde la distancia, daba la impresión de moverse. Desde lejos, ambos parecían una madre llevando al colegio a su hijo vestido de carnaval.

—¡Ja! —rió Álvaro. Este hombre siempre igual... parece que tiene duendes que le avisan cuando tiene que aparecer. Él es el equivalente al hechicero de la tribu de las películas de Tarzán... aquí hace las veces de médico, de

psicólogo, de brujo... La gente lo obedece a pies juntillas, es todo un personaje.

Aún tuvieron que aguardar un buen rato a que la extraña pareja recorriese todo el campo de La Rosaleda al ritmo del anciano. A Tonio le dio tiempo a pensar en un par de detalles a los que, de forma inconsciente, trató de restar importancia: primero, que seguía sin ver a personas mayores. Y segundo... ¿por qué Álvaro no le había hablado antes del hechicero? Quiso suponer que no había sido más que casualidad, o un olvido sin la menor importancia.

La duda quedó flotando sin respuesta en las profundidades de su mente y se diluyó conforme la curiosa pareja se iba acercando cada vez más a ellos. Sin que Tonio pudiese evitarlo, y a pesar del extraño aspecto del hechicero y de los intrincados diseños de su máscara que causaban un efecto casi hipnótico, sus ojos se desviaron hacia la figura de la chica. Se sorprendió pensando en que le parecía de una belleza tan radiante que eclipsaría cualquier cosa que ocurriese alrededor, por muy impactante que fuese. Su largo pelo negro flotaba acariciando sus hombros mecido por la suave brisa, sinuoso, casi a cámara lenta, como si se tratase de una escena submarina. Antes de que su mente siguiese viajando por el cuerpo de la chica, Álvaro lo sacó del trance.

—¡La caja! ¡Trae la caja!

—¿Qué? —respondió Tonio con un tono de voz parecido al de una persona que acaba de ser arrancada del sueño de mala manera.

—¡Eso que lleva el hechicero en las manos! —insistió Álvaro, dándole toda la importancia que pudo a la frase con la entonación, pero sin llegar a alzar la voz debido a la cercanía de la pareja. Parecía un niño pequeño que tuviese su regalo más deseado al alcance de su mano. Durante un instante, a Tonio le dio la impresión de que iba a ponerse a dar saltitos señalando el objeto que provocaba su nerviosismo.

La caja que el anciano sujetaba entre sus manos nudosas tenía un tamaño similar a la de unos zapatos de adulto, quizá un poco más grande, y era toda una obra de arte en el más amplio sentido de la palabra. Aún a media distancia, se podía apreciar el intrincado trabajo artesanal de tallado, a nivel casi microscópico, que adornaba cada una de sus caras. La madera oscurecida por la grasa de innumerables manos de probablemente otros tantos custodios, mostraba heridas producidas a lo largo de los años por eventos que ya quedarían perdidos para siempre porque no quedaba nadie con vida para relatarlos.

—¿Qué pasa con esa caja? ¿Qué tiene dentro? —susurró Tonio. Aún los separaban un buen número de metros.

—Nadie lo sabe —respondió Álvaro dando todo el énfasis a la primera palabra—. Jamás la había sacado de la cabaña... es lo más parecido a algo sagrado que vas a encontrar por aquí. No tengo ni idea de qué va todo esto...

El tiempo que duró la breve conversación entre ambos muchachos fue suficiente para que el hechicero y la chica acabarán por alcanzar la cabaña en la que reposaban la comida.

—¿A qué debemos este honor? —preguntó Álvaro levantándose de un salto y haciendo una ridícula reverencia. Los ojos de la chica, inmensos y oscuros, se cruzaron con los de Tonio durante un infinito segundo y una corriente eléctrica lo atravesó sin que pudiera evitarlo. Ella se acercó al oído del anciano y le susurró algo, y Tonio sintió que hubiera sido capaz de dar media vida por estar en el lugar del hechicero.

El hombre respondió a la muchacha de la misma manera, y una inquietante idea anidó en el cerebro de Tonio sin que pudiera hacer nada por evitarlo: no tenía una máscara, aquél era su verdadero rostro; una piel de sinuosos remolinos móviles como los que se forman al arrojar pintura sobre la superficie de un recipiente que contiene una mezcla de agua y aceite, líneas que resbalaban unas sobre otras como viscosas serpientes atrapadas en un cubo. Apartó la idea de su mente justo al tiempo que la chica alzaba la voz, una voz tan dulce y atrayente como ella misma.

—Creemos que es él —dijo, señalando a Tonio. Como si esa hubiera sido la frase que daba paso al siguiente acto en una obra de teatro ensayada hasta la saciedad, hasta que cada acto encajara con la precisión de la maquinaria de un reloj suizo, el hechicero giró la caja hacia ellos y levantó la tapa ligeramente.

Una onda de energía invisible golpeó a Álvaro y Tonio haciéndolos rodar por el suelo de la cabaña.

## CAPÍTULO 13: CAMINOS CONVERGENTES

—¿Q... qué demonios ha sido eso? —tartamudeó Tonio desde el suelo, sujetándose la frente para tratar de detener el movimiento del mundo, que se negaba a recuperar su estabilidad. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, tan sólo les había afectado a ellos dos—. ¿Q... qué contiene la caja? ¿*Kryptonita*?

El hechicero cerró la tapa rápidamente sin que nadie hubiese llegado a vislumbrar ni un ápice de lo que guardaba en su interior.

—N... no ha sido la caja —explicó Álvaro incorporándose con la misma seguridad que un potrillo recién nacido—. Es... lo mismo que sentí cuando tú llegaste. Alguien más acaba de saltar desde el otro lado. ¡Vamos, ha sido muy cerca!

Mientras corría tras Álvaro en busca de una manta raya, hizo la intención de preguntarle cómo iban a localizar a la persona que había saltado, pero se dió cuenta de que no era necesario, de que cada una de las células de su cuerpo se comportaba como un microscópico imán que apuntaba casi con ansia hacia el sitio en el que se acababa de producir el salto, como la aguja de la brújula apunta hacia el norte. También cayó en la cuenta de que no necesitaba pensar dónde podía pisar y dónde no: sus pies esquivaban con maestría las agujas de césped que podían herirlo y se posaban en las que estaban cubiertas por la malla protectora de la hierba de *La Pausa* sin necesidad de mirarlas siquiera, como si se moviese por el mapa de un videojuego que hubiese estudiado hasta la saciedad. A pesar de que aquello fuese beneficioso para él, de que lo protegiese de accidentes inesperados, no se sintió cómodo en absoluto con el hecho de estar tan en sintonía con *La Pausa* en tan poco tiempo.

—Así que esto es lo que siente Peter —masculló entre dientes.

—¿Perdona? —preguntó Álvaro sin detenerse, encaramándose de un salto en la manta raya y ajustándose el arnés. Tonio lo imitó nada más subir.

—El sentido arácnido —soltó. Si Álvaro lo entendió, o si le respondió algo, quedó apagado por el escándalo que organizó Bicho al convertirse en el tercer pasajero. La chica y el hechicero los siguieron con la mirada mientras se perdían más allá de los muros de La Rosaleda, a muchos metros por encima



del suelo. Apenas habían recorrido una mínima distancia cuando la sensación de que la persona que acababa de llegar estaba allí mismo se hizo casi insoportable.

—*Buff...* casi... cuesta... respirar —se quejó Tonio refiriéndose a la extraña sensación que le atenazaba el pecho desde que la onda de energía los atravesó a ambos.

—No te preocupes... me ocurrió igual contigo... pasará en cuanto demos con él.

Tonio cerró los párpados y se esforzó por concentrarse en encontrar el lugar desde el que manaba aquella insoportable fuente de atracción, más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver. Entre el carmesí que proporcionaba la luz del sol filtrada por sus párpados cerrados vio un punto brillante, como la señal captada por el radar en la pantalla de un viejo submarino.

—C... creo que lo estoy viendo... o algo así... ¡Está allí! —señaló, abriendo los ojos. Álvaro reaccionó al instante tirando de las bridas con maestría y la manta raya se desplazó con suavidad y firmeza a un tiempo hacia el punto que Tonio señalaba. El animal quedó flotando silencioso a unos centímetros del suelo, con el perímetro de su cuerpo ondulando como una bandera al viento. Los dos chicos se desabrocharon el arnés y saltaron al suelo. Bicho hizo la intención de seguirlos, pero se encontró con una negativa tajante por parte de su amigo Álvaro.

—No —le ordenó casi en un susurro—. Recuerda el susto que se llevó Tonio al verte. Vamos a ser más cuidadosos esta vez, quédate aquí, pero está atento por si te necesitamos.

El animal pareció entenderle a la perfección porque obedeció sin rechistar, aunque le dedicó una irresistible mueca a medias entre la pena y la súplica que era su manera de decir que por favor, que prometía portarse bien, pero no surtió ningún efecto. Con un suspiro de desánimo se tumbó, bajó la cabeza y la dejó descansar sobre sus patas, pero eso sí, sin perder de vista a los muchachos que se alejaban de él con paso dubitativo.

—Está aquí mismo... ¿lo sientes? —preguntó Álvaro en voz baja.

—Fuerte y claro —respondió Tonio de igual forma. La calle estaba casi desierta, a excepción de algunos maniqués que se dirigían a sus respectivos destinos en otra realidad, unos solitarios, otros en pequeños grupos, todos igualmente inmóviles. La carretera estaba salpicada de coches de distintas marcas, modelos y colores, tan congelados como sus ocupantes. De repente,

algo rompió la hasta ese instante inquebrantable quietud: un ruido seco, furtivo, como el de una lagartija escondiéndose entre hojas caídas

—¿Hola? —dijo Tonio dirigiéndose hacia el lugar del que provenía el sonido. Alguien —o algo— se movió tras un parterre parcialmente oculto por un contenedor de basura, cuyo aspecto invitaba a pensar que en el mundo real desprendía un hedor insoportable; allí, sin embargo, hasta las invisibles partículas que transportaban el olor parecían haberse detenido. Tonio avanzó unos pasos más y alcanzó a ver los pies de la persona que se ocultaba tras el parterre. Estaba sentada en el suelo, tumbada quizás. Los pies eran pequeños, uno de ellos estaba enfundado en una zapatilla deportiva blanca; el otro, descalzo. En un momento dado ambos pies comenzaron a moverse frenéticamente, como si su propietario estuviese siendo víctima de un ataque epiléptico.

—¡Algo va mal! —gritó Tonio y se apresuró en recorrer los escasos metros que los separaban. La escena que encontró tras el parterre era dantesca a la vez que increíble; algo sacado de la febril imaginación de un demente: en el suelo, una muchacha trataba de defenderse con las manos desnudas. Sobre ella, algo parecido a un gigantesco oso de peluche se retorció

—¡Eh! —gritó Tonio, más por una mezcla de sorpresa y miedo que por la intención de llamar la atención de lo que quiera que fuese aquello que estaba a horcajadas sobre la chica. El ser respondió al sonido, se incorporó y se giró, sin apartarse de ella. Su pelaje, de color marrón oscuro, estaba sucio, apelotonado en mechones que parecían untados de algo similar a la mermelada. Era muy grande, al menos dos metros, calculó Tonio a simple vista. Sus ojos eran redondos, planos, y a pesar de estar inyectados en sangre, se mostraban sin vida, como si sus pupilas fuesen en realidad un dibujo sobre un botón de nácar. Su boca era de unas dimensiones anormalmente grandes, y Tonio no pudo evitar que le trajese a la memoria la sonrisa del gato de Alicia, pero vista a través de un velo de pesadilla, con decenas de colmillos apiñados de manera incongruente y aterradora en las encías. Bajo el labio inferior, el pelo de la barbilla brillaba, empapado a medias por la baba que la boca era incapaz de contener, y a medias por la sangre que brotaba de las heridas que los propios colmillos le provocaban al clavarse en sus labios.

—D... Dios mío —balbuceó Tonio al ver que la horrible criatura perdía todo el interés en la chica, y se dirigía hacia él. La imagen era perturbadora, porque incluso la forma en que se movía sin flexionar las rodillas recordaba a

un juguete, un adorable osito de peluche, aunque al mirarle a la cara no quedaba ninguna duda de que aquel ser había escapado de las profundidades del mismísimo infierno.

Sin previo aviso, la criatura saltó hacia él, con la boca abierta como un pozo sin fondo flanqueado por afilados e infectos cristales. Tonio no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos, levantar el brazo y protegerse de manera instintiva, aún sabiendo que eso no le iba a servir de nada. Cayó hacia atrás a la vez que oía un sonido sibilante, como el de una cuerda cortando el aire a toda velocidad, y abrió los ojos a tiempo de ver la cabeza de la criatura rodando por el suelo. El cuerpo decapitado cayó junto a él, y pudo observar como del cuello surgían unas finas hebras blancas, el típico relleno de los osos de peluche.

Álvaro estaba a poco más de un metro, empuñando una espada que parecía una pobre imitación, el trabajo realizado por un niño de preescolar que trataba de crear un sable pirata de empuñadura gruesa y se había quedado en un arma de dibujos animados cuya hoja brillaba con tonos irisados bajo la luz del sol.

El chico hizo el gesto de enfundar el arma en un imaginario cinto, y ésta desapareció como un espejismo.

—G... gracias —dijo Tonio en un susurro—. ¿Q... qué demonios era ese bicho, y cómo has hecho eso?

—Hay cosas que aún es demasiado pronto para que sepas, compañero —le respondió, ayudándole a levantarse. La cabeza cortada del oso contemplaba la escena con indiferencia desde sus ojos muertos.

—Era un puñetero oso de peluche, tío —dijo Tonio dando una patada a la cabeza del ser, lo que provocó que un montón de hebras blancas salieran del interior y volasen arrastradas por el viento. La chica, mientras tanto, se había deslizado tras el parterre y permanecía en silencio, sentada, abrazándose las rodillas y con la cabeza gacha, como intentando protegerse de todo lo que la rodeaba. Se movía hacia atrás y hacia adelante de manera casi compulsiva, meciéndose en una imaginaria butaca.

—Tranquila, no tienes nada que temer —le dijo Tonio tratando de hablarle en un tono lo más relajado posible, aunque en realidad sí que tenía cosas que temer, y muchas. Cualquier puñetera cosa que perteneciera a *La Pausa* le demostraba un segundo tras otro que todo allí era peligroso, desde el más insignificante insecto hasta un oso de peluche gigantesco con complejo de *Anabelle*. Le puso una mano en el hombro, y ella levantó la cabeza y lo miró.

Al descubrir su mirada extraviada, Tonio reparó en lo estrambótico de su vestuario: la bata abierta sobre el pijama lleno de manchas, y las zapatillas deportivas blancas que sin duda habían conocido tiempos mejores.

—Quiero mis pastillas —dijo la muchacha con la voz rota.

—Vaya regalito nos envían desde el otro lado —respondió Álvaro mesándose el cabello.

—Déjame ayudarte —se ofreció Tonio, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. La chica se quedó mirándola unos instantes, como estudiando la conveniencia de aceptarla o no. Finalmente la agarró y se incorporó con torpeza. En el preciso instante en que ambas manos entraron en contacto, la sensación que los chicos experimentaban desde la llegada de la muchacha desapareció. Ya nada apuntaba a ella, ya no sentían la necesidad de encontrarla, ya no eran una brújula y ella el norte. Tonio pensó con un escalofrío que al tocarla la había condenado a quedarse allí con ellos, a no volver jamás al mundo que se mueve.

—¿Me vas a dar mis pastillas ahora? —preguntó de nuevo. La chica no sabía dónde estaba, pero el cuerpo entero le temblaba aún al recordar el tacto de la piel sintética del oso sobre la suya. Llevaba tanto tiempo sin pensar en el oso que creía haber logrado sepultarlo para siempre en la memoria, que las pastillas habían conseguido que lo olvidara, pero ahora estaba allí de nuevo. No pasaba nada, lo olvidaría otra vez, siempre que tuviera sus pastillas. Ese era su objetivo ahora, y aquél muchacho había dicho que iba a ayudarlo. Seguro que él podría conseguirlas, ya se encargaría ella de hacer lo que fuera necesario para convencerlo.

Antes de ir tras él, se giró y durante un breve instante miró hacia la niña que, muchos metros atrás, flotaba en el aire, atrapada en su inexorable camino al encuentro con la dura carrocería del coche que, en otro mundo, circulaba a gran velocidad.

Al verla, por un breve instante, apenas una milésima de segundo, algo se removió en su interior.

¿Por qué no conseguía recordar su nombre?

## CAPÍTULO 14: EL SECRETO DE LA CAJA

El viaje de vuelta, a pesar de su brevedad, fue una auténtica pesadilla. Habían sido incapaces de obtener dos palabras seguidas con un mínimo sentido de boca de la chica, quien se había limitado a insistir en que quería sus pastillas al principio para luego, una vez sospechó que no iba a conseguirlas, dedicarse a defenderse a patadas e insultarlos con lo más granado del diccionario de la calle. Curiosamente, el momento de subirla por la fuerza en la manta raya y salir volando no tuvo el efecto que era de esperar, de hecho ni siquiera afectó a la letanía casi ininteligible de insultos e improperios encadenados que soltaba casi sin respirar. Tonio no pudo evitar que anidara en su mente la certeza de que en su vida diaria la chica estaría volando, en el sentido figurado de la palabra, casi el cien por cien de su tiempo.

Dejaron como tarea imposible el conseguir que les dijera su nombre, así que, salvo cambio de actitud por su parte, seguiría siendo “la chica” hasta nueva orden. Tonio tuvo que hacer uso de toda su fuerza para tratar de mantenerla a salvo, sentada sobre sus rodillas y sujeta al arnés mientras la manta raya sobrevolaba las gradas de La Rosaleda para, finalmente, posarse sobre el campo. En cuanto se sintió libre del arnés, la chica se zafó con un tirón inesperado y saltó hacia el césped. La casualidad quiso que sus pies se posaran sobre las briznas de *La Pausa*, y que éstas actuaran como una mullida barrera, una cota de malla vegetal que evitó que las plantas de sus pies acabasen ensartadas en las cuchillas inamovibles que conformaban el césped real de La Rosaleda. Pero la suerte no es eterna, y las probabilidades de que el siguiente paso se convirtiera en una escena sacada de una película gore eran altísimas. Tonio hizo la intención de saltar sobre ella, de hacerle un placaje, pero su recién estrenado sentido arácnido le avisó de que ambos acabarían rodando sobre el césped, por la zona desprotegida. La sensación de que no se podía hacer nada, de que el desastre era inevitable, duró tan sólo unos instantes, tan sólo el tiempo que el hechicero tardó en entrar en escena. Iba, como siempre, acompañado de la chica, y de nuevo Tonio tuvo que hacer un importante esfuerzo para evitar que el mundo se colapsara a su alrededor para dejarla sólo a ella, como un agujero negro que absorbe todo lo que se atreve a

aproximarse a su radio de acción. La presencia del hechicero, en un primer momento, pareció no causar efecto alguno en la recién llegada, pero fue cosa de tan sólo unos instantes, porque en cuanto su mirada se posó en la máscara, en sus líneas hipnóticas que parecían desplazarse sinuosas por la superficie, se detuvo con los brazos laxos y los hombros caídos, como un muñeco al que se le agotan las pilas.

—...*roo mmis pastiiiillas* —susurró, y cerró los ojos. A partir de ahí, se dejó guiar sin causar el más mínimo problema. La muchacha que acompañaba siempre al hechicero le posó la mano en el hombro y los tres se alejaron en dirección a la cabaña. Habían caminado apenas unos pasos cuando ella se giró levemente y miró a Tonio. Sus ojos se cruzaron unos segundos antes de que la chica volviese a mirar hacia delante, pero fue suficiente para que el corazón de Tonio se pusiera a ritmo de Rock and Roll.

—Eh, ahí hay *feeling*, ¿eh? —soltó Álvaro con una risita socarrona tras verlos desaparecer en las enigmáticas penumbras del interior de la cabaña.

—Calla ya, listo —se defendió Tonio, y sintió un calor repentino subir desde el cuello hacia las mejillas. Se dio la vuelta y se puso a trajinar con el cinturón del arnés sin hacer nada en realidad, esperando simplemente a que pasara el momento.

—¡*Jaaaaa*, te has puesto rojo como un tomate! ¡Que te gusta de verdad!

—¡Calla capullo! ¡Que ya vuelven!

Y así era. Lo que quiera que hubiesen hecho con la chica había tenido un efecto espectacular, hasta el punto de conseguir mantenerla en calma en un lugar sin vigilancia aparente. Del trío que se había alejado de ellos hacía unos minutos sólo regresaban el hechicero y su acompañante. Cuando llegaron a donde estaban los dos muchachos, ella habló. Las manos del hechicero sujetaban de nuevo la caja misteriosa, y Álvaro volvió a reaccionar con la misma mezcla de curiosidad e impaciencia.

—La recién llegada descansa ahora. El hechicero necesitará un tiempo para liberarla del mal que la aqueja, el que viene pegado a su interior desde el otro lado.

—...lo que viene siendo el *mono* de toda la vida, vamos —completó Álvaro en un susurro al oído de Tonio. Éste no le prestó mucha atención, mecido por la dulzura de la voz de la chica. El hechicero acercó la cara —la máscara que era su cara— a la de ella y ésta asintió.

—Eres tú —dijo ella, dirigiéndose a Tonio—. Queremos que nos cuentes

más de él, necesitamos saber.

Y entonces el hechicero abrió la caja. Álvaro sintió una necesidad irrefrenable de acercarse y rebuscar en su interior, desvelar sus secretos, pero algo dentro de su cabeza le susurraba que no era posible, que debía permanecer donde estaba, y esperar. Desde la distancia alcanzó a ver que contenía varios objetos, pero no pudo identificar ninguno de ellos.

Entonces la chica introdujo su mano dentro y extrajo un rectángulo de papel. Era recio, porque lo sujetó por una de sus esquinas y no se dobló sobre sí mismo. Se lo ofreció a Tonio, y éste reconoció al momento el reverso de una fotografía, con la marca de agua papel Kodak repetida formando un mosaico por toda su superficie.

Al cogerla reparó en cómo le estaban temblando las manos, algo de lo que no había sido consciente hasta ese momento. Aquel papel satinado contenía algo que iba a cambiarle la vida, y aunque él no pudiera saberlo en aquel momento, de algún modo lo presentía.

*Eres tú. Queremos que nos cuentes más de él, necesitamos saber.*

Dio la vuelta a la fotografía y entonces todo encajó, de repente, como un fogonazo cegador, como la pieza del puzzle que completa la imagen. Supo por qué la forma de vestir de la gente del poblado, aunque fuese una tosca imitación, le resultaba familiar.

Desde la imagen congelada en el tiempo y capturada sobre el papel, sus propios ojos lo observaban. Vio la camiseta que llevaba su hermano con el dibujo de Mickey Mouse sobre el monopatín. La camisa a cuadros de su padre, cuya imitación llevaba puesta Carlos, el alcalde, con aquellas líneas dibujadas de manera artesanal sobre el tejido que apenas conseguían mantenerse paralelas entre sí unos pocos centímetros. Los vaqueros de su madre, la camisa malva. Incluso el color de su propia camiseta, que por esas casualidades de la vida el día que se hizo la foto era lisa, celeste y sin estampaciones, había sido copiada y la llevaban varios chicos de la tribu. Había visto esa foto cientos de veces, era de hacía cosa de un par de años, y la veía cada vez que su padre le daba dinero para salir con sus amigos, porque la llevaba en la cartera...

Y entonces, una nueva revelación. Esta vez violenta, como un puñetazo inesperado a la boca del estómago. Su padre no se había ido. No los había abandonado.

Estaba allí, en *La Pausa*.

## CAPÍTULO 15: EN EL CUBIL DEL HECHICERO

Laura.

Se llamaba Laura.

Habían pasado tantas cosas en los últimos minutos que le parecía excesivo incluso para el tiempo sin fin de *La Pausa*.

El impacto de la revelación, del saber que su padre no se había ido sin más, que quizás ni siquiera se había ido, fue demasiado para él, lo puso al límite, casi al extremo de llegar a perder el conocimiento. Durante un suspiro el mundo se movió a su alrededor para luego teñirse de negro. Quizá fue el miedo a esa negrura, a las cosas que se mueven en la oscuridad, el que lo hizo recuperarse antes de desvanecerse del todo. Se incorporó de un salto y quiso correr hacia la manta raya, suplicarle a Álvaro que le acompañase a casa, que su padre estaba en su laboratorio, que estaba seguro, que no podía ser de otra manera, y entonces

*el hechicero*

puso un dedo sobre su frente y la tensión se tornó en una calma plácida, inmensa, indescriptible. Quería seguir hablando, pero sus labios se negaban a hacerlo, y al segundo siguiente dejó de sentir la necesidad de hablar. A lo lejos, oyó a Álvaro pidiendo acompañarlos, y también oyó la negativa tajante que el hechicero puso en la voz de Laura. Aunque no sentía que se estuviera moviendo, sus párpados casi cerrados le permitieron ver lo bastante como para ser consciente de que se dirigían hacia la cabaña. Entonces ella le habló al oído, le dijo su nombre y que no se preocupase, que todo estaba bien. Le dijo que tenían que hablar de cosas en privado, sin que nada ni nadie pudiera interferir. Le habló con una voz tan dulce que inundó hasta el último recoveco de su alma.

Cuando traspasaron el umbral de la puerta de la cabaña, la penumbra se pegó a su piel como la fina película de plástico que se adhiere a una pieza delicada para protegerla de arañazos. El corazón comenzó a latirle con fuerza. El interior de la cabaña era un caldo de cultivo para las cosas que se mueven en la oscuridad, con recovecos mal iluminados, sombras, luces tenues... demasiado tenues. Laura pareció darse cuenta de su preocupación y volvió a



hablarle de nuevo, de esa forma en la que nunca antes nadie lo había hecho.

—Ellos no pueden venir aquí, no te preocupes. Con él estamos a salvo.

Quiso volverse hacia Laura para tratar de replicarle, quería hablarle del monstruo tras la puerta de los baños en el Carrefour, del escarabajo que parecía un espejo al que le desapareció un trozo cuando Álvaro lo cubrió con la parte hueca de un plato, pero sólo fue capaz de emitir un débil balbuceo. La chica lo dirigió hacia un punto en el que había una mesa y unas sillas, y lo sentó. Tonio decidió que mientras estuviese en aquella situación lo mejor sería ver, observar, y callar; tratar de entender al misterioso hechicero, y el porqué de que todo el mundo le respetase de aquella manera. O quizás la palabra correcta fuera temor, más que respeto.

Laura desapareció por una de las puertas que rodeaban el interior de la cabaña y Tonio aprovechó para estudiar lo que tenía a su alrededor. Se encontraba en una estancia circular, amplia. Conforme su vista se iba acostumbrando a la oscuridad, comenzaba a apreciar detalles que antes no había sido capaz de detectar. Frente a él, algo parecido a un cruce entre una cama y una hamaca fabricada con una especie de bambú oscuro, casi color caoba, servía como lugar de reposo para la chica que acababan de recoger. No tenía ni idea de lo que le había hecho el hechicero, pero ahora parecía descansar plácidamente, lejos de la histeria que la atenazaba tan sólo unos minutos antes. Junto a ella, un armario fabricado con el mismo material oscuro mostraba sus puertas cerradas. Por todas las paredes se agolpaban decenas de estanterías, todas hechas con el bambú color caoba, que servían de apoyo a extraños objetos cuya utilidad era incapaz de imaginar siquiera. No pudo evitar pensar que los muebles fabricados a partir del bambú oscuro serían algo así como el IKEA allí en *La Pausa*.

Y luego estaban las puertas. ¿Quién necesita tantas puertas? Y esa lo llevaba a otra pregunta: ¿por qué la cabaña parecía muchísimo más grande vista desde el interior? No era una apreciación personal, era una realidad absoluta.

Desde dentro, la cabaña era inmensa.

La luz que se filtraba a través de los innumerables huecos en la paja del techo delineaba rayos de sol, franjas que dibujaban curiosas formas sobre el suelo y los muebles. De cuando en cuando alguna pequeña partícula de polvo cruzaba su trayectoria y durante un efímero instante brillaba como una bengala en la noche para luego volver a hacerse invisible.

*Ellos no pueden venir aquí, no te preocupes.*

*Con él estamos a salvo.*

Eso había dicho Laura. Quería creer con todas sus fuerzas que el hechicero era capaz de impedir el paso a las cosas que se mueven en la oscuridad, pero...

Un leve roce a su izquierda le hizo girar la cabeza. El movimiento, que en condiciones normales hubiera sido un acto reflejo de apenas unas décimas de segundo, más aún encontrándose en una situación tan tensa e impredecible como aquella, pareció durar una eternidad. Por el rabillo del ojo captó el movimiento sinuoso de los remolinos en la máscara del hechicero antes de poder centrar su vista en él. Su corazón, que parecía ser la única parte de su cuerpo que no se movía a cámara lenta, se lanzó cuesta abajo sin frenos. El hechicero, moviéndose con parsimonia, se sentó frente a él al otro lado de la mesa, dándole la espalda a la chica recién llegada del mundo en movimiento que seguía dormida, ajena a cuanto ocurría a su alrededor.

Luego, no hizo nada más.

Simplemente se quedó quieto frente a él. Desde fuera era imposible saber si lo estaba mirando fijamente, aunque desde luego esa era la impresión que daba: un desigual concurso de aguantar las miradas en el que uno de los participantes se ocultaba tras una máscara hecha de remolinos móviles de pintura sobre agua con aceite. Tonio sintió que se mareaba, y durante un horrible instante tuvo la certeza de que se debía a que la máscara estaba removiendo algo dentro de su cerebro, cambiando la información de sitio, buscando lo que le interesaba. Por suerte la sensación duró poco, tan sólo lo que tardó Laura en aparecer y sentarse junto a ambos. Llevaba una vez más la misteriosa caja en las manos. El hechicero y ella se miraron, y a Tonio no le cupo la menor duda, después de lo que había sentido, de que se estaban comunicando por medio de algo muy similar a la telepatía.

Laura levantó una vez más la tapa de la caja y sacó de ella la fotografía, que colocó sobre la mesa. Tonio sintió que las lágrimas le anegaban los ojos sin poder evitarlo al ver de nuevo la imagen de su padre, al ver ese momento congelado en el tiempo al que daría cualquier cosa por poder volver, dejando atrás para siempre el mundo inmóvil en el que se encontraba ahora atrapado como un insecto en un papel atrapamoscas. La chica volvió a introducir la mano en la caja y extrajo lo que en principio le pareció un libro de bolsillo, del tamaño aproximado de una cuartilla y con el grosor de unas trescientas o cuatrocientas páginas. De entre ellas asomaban de forma aleatoria las esquinas

dobladas de hojitas de *post-it* de diversos colores. Amarillas. Rosas. Celestes.

El corazón volvió a darle un vuelco. Esa era la inconfundible costumbre de su padre. Lo hacía en todos sus blocs de notas, los que contenían los pasos iniciales, los desarrollos y las conclusiones de cada uno de sus locos inventos, y cada uno de los colores de los *post-it* tenían un significado especial que sólo él conocía. Se maldijo a sí mismo por no haberle preguntado nunca, por no haberse interesado más en ese hobby, en ese trabajo que tanto tiempo le ocupaba. Laura puso el libro sobre la mesa y lo arrastró suavemente hasta dejarlo a su alcance. Tonio deseó cogerlo más que ninguna otra cosa en el mundo, pero sus extremidades parecían encontrarse aún en el otro extremo de la galaxia en lugar de estar pegadas a su tronco. Con todo el esfuerzo del mundo consiguió realizar un leve movimiento que para nada respondía a su intención real de levantar el brazo, colocarlo sobre la mesa y agarrar el libro. El hechicero se dio cuenta y, una vez más, le tocó la frente con la yema de los dedos. Como si su frente hubiese sido el lector de un teléfono móvil orgánico que respondiese a las huellas digitales de su propietario, las fuerzas regresaron a su cuerpo y todos los sistemas volvieron a su funcionamiento normal.

—Jo...joder —balbuceó, y necesitó unos segundos para moverse como lo hacía antes de que el hechicero lo *sedara*. Con manos temblorosas cogió el libro y lo sujetó como si la portada fuera de hielo y temiese que se convirtiera en agua entre sus dedos. La encuadernación era de piel, de un color marrón claro.

«Saltaflor», pensó sin poderlo evitar.

Levantó la tapa y leyó mentalmente la palabra escrita en letras grandes en el centro de la primera página.

«DIARIO».

El diario de su padre. El relato de lo que le había ocurrido desde sus primeros momentos en *La Pausa* hasta... hasta *lo que quiera que fuese*, la incógnita, lo que había hecho que no estuviese ahora allí, a su lado. Necesitaba leerlo, necesitaba saber... pero no creía que el hechicero fuese a permitirlo. No iba a dejarlo sacar el libro de la cabaña. No iba a ser tan fácil como ir a la biblioteca y presentar un carné. Levantó la vista de la primera página, y preguntó con tono suplicante:

—¿Puedo...?

Laura lo miró con un brillo en los ojos que él no supo identificar al principio, pero que de alguna forma le recordó al que tenía siempre su hermano pequeño la noche de Reyes.

—¿Eres capaz de comprender sus conocimientos? —le preguntó ilusionada. A Tonio le descolocó la cuestión y necesitó un par de segundos para comprender a qué se refería exactamente.

—¿Quieres decir que si sé leer?

No esperó a obtener una respuesta. Le había quedado bastante claro que la caligrafía garabateada en el papel con la letra casi ilegible de su padre era tan desentrañable para aquella gente como los secretos del universo. Carraspeó un par de veces y, con voz clara, empezó a leer:

*«Hoy comienzo este diario con la esperanza de que pueda servir de ayuda a futuros visitantes del otro lado. No sé el tiempo que llevo aquí, en Parada, porque la ausencia del ritmo día-noche acaba haciendo que el paso del tiempo deje de tener sentido. Con la de veces que Tonio se metió conmigo por tener un reloj analógico en vez de uno digital, y al final tengo que darle la razón... Al menos el digital me habría servido para saber en qué día me encuentro. El cuadradito que hay junto a las agujas en la esfera de mi reloj me marca un cinco. Día cinco de un mes desconocido, de un año desconocido...»*

Tonio levantó la vista de las páginas con los ojos empañados. Su padre no podía imaginarse cuando escribió aquellas palabras que la persona a la que iba a servir de ayuda el diario era su propio hijo. Por otra parte, leer su nombre en las primeras frases le había provocado un nudo en la garganta que apenas le permitía tragar saliva. El efecto que las palabras habían provocado en Laura era aún más emotivo si cabía. Tenía su mano sobre el brazo del hechicero y las lágrimas habían dibujado sendas carreteras de plata que brillaban con la tenue luz sobre sus mejillas. Asintió y, con la voz entrecortada, se dirigió a Tonio.

—Te hemos esperado mucho tiempo. Debes convertir todo el conocimiento en palabras para nosotros. Él —continuó, señalando al hechicero con la mano extendida, en un gesto que a Tonio le pareció una mezcla entre admiración y respeto— quiere que yo sea la elegida para entender y memorizar lo que extraigas del libro.

Ella y el hechicero se quedaron mirándolo —si es que el hechicero, tras su máscara de remolinos móviles, tenía ojos—, como esperando su aprobación.

No tenían la menor sospecha de cuánto ansiaba él las dos cosas que le estaban ofreciendo de una tacada: leer el diario de su padre y pasar tiempo a solas con Laura.



PARTE II

[...]

LA BÚSQUEDA

## CAPÍTULO 16: EL DIARIO

Los días —un concepto que a duras penas mantenía su significado sin sus correspondientes noches para darles consistencia—, fueron pasando lentamente y el móvil de Tonio era el único que seguía empeinado en seguir midiéndolos, en seguir fragmentándolos en unidades de sesenta minutos. Una vez su organismo dejó de estar atado a los ritmos circadianos del día y la noche, no tuvo más remedio que adaptarse a la vida en la aldea en lo referente al descanso, y fue algo que al principio le costó muchísimo. En el mundo real, el del movimiento, ese del que cada vez se apartaba un poco más, la noche era sinónimo de silencio, de sueño. En *La Pausa* la gente descansaba cuando se lo pedía el cuerpo, y dormía en intervalos muy cortos; el concepto era más parecido a una siesta que a un sueño reparador. Al fin y al cabo no tenía ningún sentido dormir ocho horas en un lugar en el que el propio significado de hora ya era difícil de explicar.

Tonio leía el diario cada vez que se lo permitían. Laura era la encargada de custodiarlo cuando se encontraba fuera de la cabaña, y lo devolvía a ella tras las sesiones de lectura, que eran mucho más breves de lo que a él le hubiese gustado, pero la chica insistía en memorizar cada página, cada pasaje, de manera casi enfermiza. Muchas veces le preguntaba el significado de una u otra palabra, y no pocas los esfuerzos de Tonio por explicarle conceptos que difícilmente tenían traducción en el mundo de *La Pausa* provocaban la risa de Laura, una risa que a él se le iba metiendo cada vez más dentro.

Durante esos ratos de lectura Álvaro pasaba a un segundo plano. Sólo dos personas podían conocer lo que estaba escrito en el diario, eso al menos había dicho el hechicero valiéndose de las palabras de Laura. Había sido condición indispensable para poder sacar el diario fuera. Tonio sospechaba que Álvaro se sentía desplazado —aunque eso no lo confesaría ni bajo tortura—, y quizás algo celoso por los ratos que dejaba de compartir con él. Al fin y al cabo ellos dos, junto a la chica sin nombre eran los únicos visitantes del otro mundo.

Dios los cría y ellos se juntan, ¿no?

En las páginas que llevaba leídas Tonio se había encontrado con su padre cuando ya llevaba mucho tiempo en *La Pausa* —Parada, como él la llamaba,

hasta en eso habían llegado casi a coincidir padre e hijo—, y aunque el concepto del transcurrir del tiempo se escapaba allí como el agua entre los dedos, podía leer entre líneas la desesperación, la nostalgia del que lleva mucho separado de los suyos.

Tras las primeras frases introductorias enseguida quedaba claro que aquellas hojas no conformaban un diario al uso, se trataba más bien de un manual de supervivencia en el que había encontrado información muy interesante acerca de la vida en *La Pausa*, desde fichas detalladas de los insectos que se movían entre la vegetación, incluyendo dibujos, nivel de peligrosidad de las picaduras y formas de contrarrestarlas en caso de que fuera necesario —con mención especial a una horrorosa araña de tonalidades verdes y amarillas llamada quitavidas, que podía pasar desapercibida entre cualquier brizna de hierba, y cuyo nivel de peligrosidad estaba marcado en 10 sobre 10—, hasta animales más grandes —y gracias a Dios inofensivos— como el saltaflor, y de ahí en adelante una interminable lista de seres con nombres tan exóticos como el *gadragón* y de plantas como la *comemariposas*. Tonio pensó en las posibilidades que tendría aquella guía si cayese en manos de una editorial y no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa al pensar en el diario de su padre convertido en una especie de *Bestiario de Tolkien*.

Laura y él pasaban mucho tiempo perdidos en esas páginas, y ella dedicaba la mayoría del mismo a memorizar términos, ilustraciones y conceptos. Tonio detectó que los dibujos se podían clasificar en dos grandes grupos: la mayor parte eran reconocibles por la chica; aquellos a los que apenas prestaba atención, de la misma forma en que la representación gráfica de una mosca en las páginas de una enciclopedia no despertaría especial curiosidad en una persona del otro mundo.

Sin embargo, otros eran examinados de manera exhaustiva: se detenía en el dibujo y contemplaba boquiabierta los colores, pasaba los dedos con delicadeza sobre los trazos, y se encerraba en sí misma cuando Tonio comenzaba la lectura en voz alta, haciéndole repetir en tres o hasta cuatro ocasiones el texto cuando no estaba convencida de haberlo absorbido todo.

Una de las veces en la que aquellos dibujos fueron mayoría sobre el resto, una idea terrible germinó en la mente de Tonio, la sombra de una duda que poco a poco fue expandiéndose hasta ocupar todo su pensamiento: Laura no conocía aquellos animales porque se habían extinguido. Cuando su padre los dibujó existían, pero el paso del tiempo había acabado con aquellos que no



habían sabido adaptarse.

Evolución.

Y la evolución no ocurría de un día para otro. No creía que ocurriese siquiera de un siglo para otro. Suponía que debían pasar milenios, quizás decenas de ellos. Pensó que nunca había echado tanto de menos poder acceder a Google, y un pensamiento llevó a otro, a uno que había estado tratando de evitar desde que llegó a *La Pausa*: la noche.

Su padre había pasado allí miles de años, y buena parte de ellos lo había hecho en la noche.

En la oscuridad.

Con las cosas que devoran trozos de escarabajos hechos de espejos o se encaraman en la taza del baño del Carrefour para que no se las pueda ver.

¿Qué posibilidades tenía de haber sobrevivido a todo aquello?

Quizás había emprendido el viaje con destino a la parte iluminada del globo terráqueo, aunque para ello hubiera tenido que cruzar el océano. Si el mar seguía las normas de *La Pausa*, no era descabellado pensar que se pudiese caminar sobre él, un enorme desierto de ámbar azul que escondía los secretos de sus profundidades bajo una superficie inquebrantable.

Pero entonces, si su padre había huido en busca de la luz, ¿cómo había llegado el diario a las manos del hechicero?

Suposiciones que llevaban a preguntas, y respuestas que no eran más que otras suposiciones.

Eran tantas las preguntas, tantas las cuestiones, que resultaba abrumador. Y por cada una de ellas surgían varias nuevas, y de éstas otras tantas, en un ritmo exponencial, agotador, que lo llevaba a desesperarse.

Y de mar de fondo, un temor que no se atrevía a verbalizar, ni siquiera a dejarlo pasar a la parte consciente de su cerebro...

¿Seguiría su padre siendo *su padre* en caso de que finalmente lograrse dar con él?

¿O habría evolucionado como las criaturas que dibujaba?

Una evolución mental, no física, que lo llevase a un estado superior en que las emociones hubiesen dejado de jugar un papel fundamental. Una especie de señor *Spock* que ya no recordase la importancia de los sentimientos, de la familia... la importancia de su propio hijo. Al fin y al cabo podía llevar miles de años sin hablar con él.

¿Habría dejado de ir a verlos? ¿Se había cansado de ver a unas estatuas,

reproducciones exactas de sus seres queridos en cuyas venas la sangre no corría, se limitaba a estar quieta, parada, detenida como todo lo demás que conocía?

Quizás aguantó unos años, puede que unas décadas, o incluso unos siglos, pero al final se fue. Acabó por abandonarlos. Pasaron a ser el vestigio de una vida que apenas recordaba, de unos años que ya no significaban nada en comparación con la eternidad que llevaba viviendo en *La Pausa*.

Fuera como fuese, tenía que buscarlo. Aunque para su padre hubieran transcurrido un millón de vidas, para su familia no hacía más que un par de semanas que había desaparecido. Necesitaba hablar con él, necesitaba abrazarlo, necesitaba decirle que todos querían que volviese, que lo querían, que no podían seguir sin él. No ahora que sabía que no los había abandonado.

Tenía que encontrarlo.

## CAPÍTULO 17: REVELACIONES

Tonio estaba a la sombra de un árbol de gigantescas proporciones que crecía en el círculo central del campo de fútbol. La penumbra no era lo suficientemente densa como para permitir el paso de los que se movían en la oscuridad, pero a pesar de ello se mantenía alerta. El sol brillaba como de costumbre, y la brisa que le despeinaba el flequillo apenas enmascaraba el intenso calor reinante.

La mayoría de las gentes del pueblo estaban enfrascadas en sus quehaceres totalmente ajenas al hecho de que él las estuviera observando. Otros, sin embargo, descansaban sobre sacos de plumas de saltaflor en las zonas más alejadas del bullicio. A Tonio no dejaba de sorprenderle la capacidad de los aldeanos para echarse a dormir en cualquier parte sin importarles el ajetreo, el ruido ni la incomodidad del lugar. Supuso que era una necesidad fisiológica como cualquier otra, y que cuando el sueño les rendía se echaban a dormir con la misma naturalidad con la que cuando necesitaban orinar iban al baño. A él, sin embargo, le costaba un mundo conciliar el sueño a plena luz del día, y sólo conseguía dormir cuando estaba extenuado.

—Eh.

Tonio se giró y se encontró de frente con Álvaro.

—¿Qué pasa, tío?

Se saludaron con uno de esos personalizados que sólo quedan bien después de ensayarlos un millar de veces. Choque de palmas, puños cerrados, palmas de nuevo, tres giros de muñeca y media vuelta para acabar con un palmetazo.

—¿Cómo llevas lo del libro?

—Bueno, ya no queda demasiado... Por una parte estoy deseando acabarlo, por saber si mi padre dejó alguna pista que me indique por dónde buscarlo, por otra... —se quedó pensativo y dejó sin acabar la frase. Porque por otra le gustaría no acabar nunca, no sólo porque mientras leía las páginas le parecía estar más cerca que nunca de su padre, si no porque al hacerlo Laura se encontraba a su lado. ¿Lo hacía por obligación, o se sentía bien con él? ¿Seguiría viéndola con tanta asiduidad una vez que la lectura concluyese? Eran preguntas para las que sólo obtendría respuesta una vez terminase el diario.

—Y Laura qué, ¿eh? —soltó con sorna a la vez que le propinaba un codazo.

—Ya estamos con la cantinela de siempre —respondió Tonio con indignación fingida—. ¿Qué pasa, que estás celoso?

—Eh, mira, no sabía que las relaciones estaban tan adelantadas —le cortó señalando hacia la cabaña del hechicero, y se le dibujó en la cara una sonrisa de oreja a oreja. Laura se dirigía hacia ellos sujetando el libro con un brazo contra su pecho. En la otra mano llevaba agarrada a una niña de unos siete u ocho años de edad que los examinaba con desconfianza desde la distancia.

—¿Y esa niña? —preguntó Tonio en voz baja a pesar de que aún se encontraban a bastantes metros como para que ello no fuera necesario.

—Vamos, no te hagas el tonto, a ver si te voy a tener que hacer el análisis de ADN para confirmar tu paternidad.

—Capullo —se defendió—. Anda y desaparece, luego nos vemos.

—¿Luego cuándo? ¿En un par de horas por nuestros móviles o en un rojo completo y dos verdes?

Tonio le sacó la lengua en un gesto infantil mientras Álvaro se retiraba andando de espaldas, sin abandonar la sonrisa estúpida que mantenía desde el inicio de la conversación.

El sistema de colores para medir el tiempo consistía en una ingeniosa combinación de norias con cubos de distintos colores y tamaños, que giraban con la corriente conforme se iban llenando con el agua del manantial que abastecía al poblado. Un rojo y dos verdes equivalían con una precisión bastante razonable a unas dos horas y media. Un sistema en el que Tonio veía sin lugar a dudas la inventiva de su padre.

—Azul arriba —dijo Laura al llegar junto a él—. Tan puntual como de costumbre.

—No tengo demasiado que hacer en el poblado, al menos nada que me interese más que el libro.

—Vaya, qué decepción... pensaba que también te apetecía mi compañía...

Tonio sintió que enrojecía hasta las cejas. En el tiempo que llevaba allí era la primera vez que ella hacía algún gesto que pudiera interpretarse como un intento de ir más allá de una relación meramente *profesional*, por llamarlo de alguna manera. Se produjo un silencio incómodo durante el que no fue capaz de reaccionar, hasta que por fin se decidió a retomar la conversación

—C...claro que me gusta tu compañía... ¿Y esta señorita? —preguntó, señalando a la pequeña.

—Es Noelia. Saluda, a ver dónde has dejado tu educación.

La niña se soltó de la mano de Laura y saludó moviendo la suya frenéticamente delante de su cara. Con la otra, mientras tanto, enroscaba un largo rizo de pelo negro en su dedo índice.

—Es guapo —le susurró desde lejos a la chica sin apartar la vista de él, como si al hacerlo así Tonio no pudiera oírlo.

—Es tu... —comenzó a decir él, temiendo que la frase acabara en la palabra hija.

—Soy su responsable. Me encargo de cuidarla y educarla hasta que sea lo bastante mayor como para encargarse de sí misma.

—Cuidarme, educarme y quererme —puntualizó la pequeña.

—Eso no hace falta ni decirlo —le respondió Laura plantándole un sonoro beso en la mejilla —¿Dónde vamos a aprender hoy?

Tonio tardó unos instantes en responder. Estaba pensando en lo poco que conocía las costumbres de la gente del poblado. Había dado por hecho que existían las unidades familiares con padres e hijos, pero eso de la "responsable" lo acababa de dejar un poco descolocado.

—Iba a proponerte que subiéramos hasta el nacimiento del arroyo, pero no sé si será peligroso para ella.

—Eh, que yo soy muy *valiente*.

—Valiente —le corrigió Laura—. Demasiado, me temo... subimos sólo si me prometes solemnemente que no vas a hacer tonterías que te pongan en peligro. No quiero que ruedes pendiente abajo.

Tonio apartó la mirada de la niña y echó un vistazo a su alrededor. Desde el centro del campo, parecía mentira que bajo aquella capa de frondosa vegetación se encontrasen las gradas del estadio de fútbol en las que tantas horas había pasado junto a su padre. Para cualquier observador que no conociese su secreto no serían más que las laderas de un montículo.

—Lo prometo som... son... *somnemente* —soltó la pequeña sacándolo de sus pensamientos y provocándole una carcajada.

—¡Eh! ¿Qué te parece tan gracioso? —protestó arrugando la nariz.

—Tú, pequeñaja. Eres lo más divertido que me he echado a la cara desde que llegué aquí —contestó con una sonrisa de oreja a oreja. Los mofletes de la niña enrojecieron de una forma exagerada.

—Creo que te la has ganado —sentenció Laura y emprendieron la marcha hacia el nacimiento del arroyo. Para acceder desde el campo a la parte más

baja de las gradas se habían construido unas rampas de madera sobre las que había que moverse con cierta precaución. A partir del momento en que se dejaban atrás las rampas, el camino era un ascenso que había que completar agarrándose siempre a las fuertes lianas de las que brotaba la vegetación. Tonio quiso asegurarse de que la niña no sufría ningún percance subiéndola a hombros, algo que ella celebró con gran alegría.

El ascenso, que en la vida real habría sido cuestión de unos pocos segundos, se extendió durante un buen rato. Al llegar arriba, gruesos goterones de sudor descendían desde el flequillo de Tonio recorriéndole la frente.

—*Buf*, vaya paliza. No contaba con el peso extra —bromeó mientras bajaba a la niña de sus hombros, a lo que ésta respondió con una risita—. Ten cuidado ahora, un resbalón puede ser muy peligroso.

Mirando desde arriba, las gradas se mostraban como una empinada pendiente esmeralda que acababa en el césped, muchos metros más abajo. Tonio casi se arrepintió de haber sugerido la excursión, aunque las vistas del poblado desde allá arriba eran impresionantes.

—Ya. Lo he prometido, ¿recuerdas? No hace falta que lo estés repitiendo todo el tiempo —contestó la niña sin molestarse en mirarlo, enfrascada en su pasatiempo favorito: la búsqueda y captura de unas mariquitas de colores que parecían crecer a cientos en el envés de las grandes hojas.

—¿No será peligroso? —le preguntó a Laura en voz baja señalando a la niña sin poder evitar el recordar a la temible araña quitavidas sobre la que había leído en el diario. Ella pareció leerle la mente y lo tranquilizó.

—No te preocupes, hace muchos cubos que no se ven las quitavidas por aquí. No les gusta el movimiento, se esconden en lugares más tranquilos, no las vas a ver en los alrededores del nacimiento del manantial.

Tonio asintió a la vez que admiraba el potente chorro de agua que parecía emerger de ninguna parte entre la espesísima vegetación de la zona más alta de las gradas de La Rosaleda. Daba la impresión de que un enorme camión de bomberos hubiera escondido la boca de una gigantesca manguera entre las hojas para después abrirla a toda presión. El agua marcaba un arco contra el cielo despejado y caía con estruendo varios metros más abajo, desde donde descendía hasta la zona en la que se encontraban los cubos medidores de tiempo, ya en el césped. Luego recorría a lo ancho el campo acabando en el extremo contrario, y allí formaba un pequeño lago de aguas cristalinas en el que solían chapotear a menudo los más pequeños del poblado.

—¿Cómo sigue la chica? —preguntó Tonio.

—Aún no está preparada para salir al mundo. El hechicero está trabajando muchísimo para recuperarla, pero le está costando un esfuerzo considerable.

—Espero que lo consiga —añadió en un tono de voz más bajo de lo normal. Al pensar en ella le había vuelto el recuerdo del oso de peluche demoníaco, y con él el de la extraña espada con la que Álvaro le separó la cabeza del cuerpo. En aquél momento no le quiso explicar nada, y desde entonces había intentado sacar el tema de conversación en varias ocasiones pero él siempre le respondía con evasivas.

—Bueno... ¿empezamos con la sesión de hoy? —preguntó Laura ofreciéndole el libro a Tonio. Se preparó para cerrar los ojos como hacía cada vez que éste *traducía* los conocimientos desde el papel —así era como ella llamaba a la acción de leer—, pero antes se aseguró de que la niña no estaba ni en peligro ni en proceso de cometer alguna travesura. Una vez lo hizo, cerró los ojos y se relajó. Tonio, como siempre, aprovechó el momento para mirarla de una manera en la que no se atrevía cuando ella tenía los ojos abiertos. Debió detenerse más de lo normal en la nube de pecas que orbitaban alrededor de su nariz respingona, porque ella dejó escapar un suspiro que él interpretó como de impaciencia. Abrió el diario y lo hojeó con delicadeza hasta llegar a la página que estaba marcada con el inmenso pétalo de una flor seca que no crecía en el mundo en movimiento.

Según el tiempo real, el que marcaba su móvil, Tonio dedicó cerca de hora y media —no se molestó en hacer el cálculo de cuántos cubos ni de qué colores era eso en la unidad de medida del tiempo de *La Pausa*—, en ir desgranando una tras otra las páginas que aún quedaban sin leer. Laura permanecía con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, y sólo los abría cuando él le avisaba de que había una ilustración que admirar.

Mientras, la niña seguía inmersa en la tarea de recolectar cuantas mariquitas le fuera posible. Una a una las iba almacenando en un cubo de madera del que les hubiera sido muy fácil escapar, si no fuese porque en cuanto se sentían en peligro optaban por quedarse completamente quietas, haciéndose las muertas. Según el color de su caparazón, tardaban más o menos tiempo en volver a la vida: las de color rosa eran las más osadas y recuperaban el movimiento en un periodo de tiempo relativamente corto; las azules y las verdes tardaban un poco más, pero si tenían la intención de ver como las blancas o las violetas recuperaban la movilidad, debías armarte de paciencia, porque podían estar

varios cubos totalmente congeladas.

Varios cubos de los pesados, de los que tardaban una eternidad en dar la vuelta completa con la noria antes de volver a estar arriba.

Poco a poco las hojas fueron pasando sin que Laura hiciese la intención de detener la lectura. Tonio estaba encantado, porque no habían sido pocas las ocasiones en las que ella lo había detenido al poco tiempo de comenzar, sin embargo aquella vez parecía que iba a ser distinto. Al menos hasta que llegó al apartado en el que se hablaba de los ancianos de la aldea.

—¿Puedes repetir esa palabra?

—¿Qué palabra? —respondió a su vez él formulando otra pregunta.

—La que acabas de nombrar...

—*Eeeh...* ¿ancianos? —titubeó.

—Esa.

—¿Qué pasa, que te gusta como la pronuncio? —bromeó. Noelia ya había acabado con todas las mariquitas de los alrededores y estaba haciendo la intención de internarse entre las plantas más altas, por lo que Tonio no le quitaba ojo de encima.

—No entiendo lo que dices —replicó Laura abriendo los ojos poco a poco, como si estuviese despertando de la siesta. Al ver las intenciones de la niña le llamó la atención, obteniendo a cambio una retahíla de quejas y súplicas ante las que se mostró inflexible.

—Ancianos —insistió él, asumiendo que ella no lo había entendido bien, o que no había llegado a oírlo correctamente.

—¿Es algo del otro mundo?

Tonio dejó escapar un bufido sarcástico por lo bajo que sonó como las últimas reservas de aire al escapar de una olla a presión, obteniendo a cambio una mirada mezcla de reprobación y desconcierto. Entonces pensó que quizás allí se les llamase de otra manera, después de todo no todas las palabras de un mundo tenían su equivalente en el otro.

—Anciano, viejo, abuelete —bromeó, tirando de todos los sinónimos que se le vinieron a la cabeza. Laura seguía con la misma expresión de extrañeza, lo que provocó que él comenzara a sentir una creciente sensación de desasosiego —. No... ¿no sabes de qué te hablo? ¿Una persona mayor?

—Yo soy mayor —le respondió ella—. ¿Soy yo anciano?

—No... —hizo una pausa, intentando poner en orden sus ideas. Definir qué era un anciano sin usar los términos relacionados con el paso del tiempo a los



que estaba acostumbrado hacía que todo fuese cuesta arriba—. Una persona que ha vivido cientos y cientos de cubos... con el pelo blanco y arrugas en la piel...

Laura se levantó de un salto. Aunque él no podía captar el ritmo de los latidos de su corazón, su respiración agitada era seña inequívoca de que sus palabras, aunque fuese difícil de creer, habían acelerado sus latidos hasta límites que no eran sanos en absoluto.

—E... eso no puede ser... ¿por qué va a cambiar el pelo de color?... ¿P... por qué va a arrugarse la piel? ¡Eso es asqueroso!

Nadie.

No había nadie mayor en la aldea.

El porqué era algo que escapaba de su imaginación. Sin embargo, la gente no estaba estancada en la juventud para siempre. Había niños, de hecho Noelia estaba a sólo unos pasos de él mismo. Eso implicaba madurez, una pareja que los engendre, e inevitablemente el madurar, ir cumpliendo años y, por supuesto, envejecer. Y sin embargo...

—¿Quiénes son tus padres? —le preguntó a Laura tal como le vino a la cabeza.

—¿Padres?

—Tus...tu responsable —aclaró él, recordando el término con el que la chica se había referido a la niña al presentársela tan solo un rato antes. La persona que hubiese educado a Laura debería tener una edad entre los cuarenta y los cincuenta, tomando como referencia, aunque fuese a ojo de buen cubero, la diferencia de edad entre ella y la niña.

—Lucía —respondió, y un velo de algo que él interpretó como tristeza le empañó la mirada—. Ella pasó al otro lado hace ya muchos cubos, cuando yo comencé a ser responsable por mí misma. Yo también lo haré cuando Noelia lo sea, aunque aún faltan muchísimos cubos para eso —concluyó, mirando cómo la niña ponía todo su empeño en deslizarse fuera de su ángulo de visión para internarse entre las plantas y seguir cogiendo mariquitas más allá de la zona en que ellos velaban por su seguridad.

A Tonio se le encogió el corazón. Pasar al otro lado le parecía un eufemismo más que razonable para referirse a la muerte. No quería ni pensar en que aquél idílico lugar se librara de sus habitantes en cuanto llegaran a la edad adulta, como en aquella película que tanto le gustaba a su padre a pesar de la pésima calidad de la imagen y los efectos especiales que daban pena.

Por más que lo intentaba, no conseguía recordar el título.

—Q... ¿Qué quiere decir eso de pasar al otro lado? ¿A qué te refieres? ¿Qué hay al otro lado? —tartamudeó. Ella lo miró extrañada. Casi daba la impresión de creer que Tonio le estaba tomando el pelo.

—Pero eso nadie lo sabe —sonrió, como si se tratase de algo más que evidente—. Se van a ayudar a otro sitio, a que alguien sea responsable de ellos hasta que aprendan cómo desenvolverse en la nueva vida...—añadió, con la misma naturalidad con la que un creyente hablaría de la vida después de la muerte—. Quiero saber más de esos ancianos, por favor —pidió, estirando el cuello para poder ver la página del libro que Tonio marcaba con su dedo índice para no perderla.

—*La fuga de Logan* —dijo éste en voz alta.

—¿Qué?

—Nada, nada... una pelícu... una tontería —cortó, para evitar nuevas preguntas. No se veía con fuerzas para explicarle a Laura el concepto de película, y mucho menos aún de qué trataba *La fuga de Logan*. Sin embargo, necesitaba saber algo más acerca de aquél proceso, de cómo se efectuaba ese paso al otro lado.

—Estás pensando algo... quiero saberlo —insistió ella.

—No... bueno, sí... cómo... —trató de buscar las palabras correctas sin llegar a conseguirlo, así que se decidió a lanzarse a la piscina— ¿Cómo es eso de pasar al otro lado? ¿Quién decide cuándo debe hacerse? ¿Qué... qué es lo que se hace, realmente?

Una vez abierta la lata de preguntas, no parecía haber manera de cerrarla. Quería saber todo lo que fuera posible, pero sobre todas las cosas quería evitar que Laura pasara al otro lado, sin importarle cuál fuera el significado que aquellas palabras escondiesen.

—Es... es algo que se sabe, simplemente —respondió Laura, con una expresión en la cara que Tonio no supo interpretar. Supuso que la conversación le debía resultar incómoda. Aquello era lo más parecido a una confesión, a una conversación entre dos personas que han llegado a tal grado de intimidad que van dejando atrás el concepto de amistad para ir metiéndose en terreno inexplorado.

Y eso era precisamente lo que estaba haciendo Noelia. Aprovechando que los dos *responsables* parecían haberse olvidado de ella, se escabulló entre las plantas y llegó a una zona en la que no había estado nunca antes. Las plantas

eran allí casi tan altas como ella, y las hojas, parecidas a las de la costilla de Adán, eran inmensas. Se arrodilló y, aún arañándose las rodillas, se introdujo bajo la capa de hojas. La luz del sol llegaba aquí filtrada, teñida de verde al atravesar las finas láminas vegetales. Pero lo peor era la penumbra. Sintió un escalofrío y durante un breve momento estuvo tentada de darse la vuelta y salir del agujero que formaba la vegetación, pero en cuanto vió la mariquita la prudencia pasó a ser la más baja de sus prioridades.

Era un poco más grande que las que vivían a pleno sol, pero además brillaba con reflejos metálicos irisados. Sin pensarlo, se arrastró tras de ella y la cogió, sin poder evitar una exclamación de sorpresa al ver que, unos centímetros más adelante había otra, y un poco más allá, otra más. Y había más aún, y cada vez de colores más extraños y atrayentes conforme se iba adentrando en la zona en que la vegetación se hacía más espesa, donde la luz del sol apenas llegaba. Tardó menos de un cubo celeste en decidirse a ir a por todas, y se internó en la oscuridad.

## CAPÍTULO 18: NOELIA

—¿Por qué te llama tanto la atención? ¿Es que en tu mundo no tenéis responsables? ¿No pasáis al otro lado?

—Padres. Los llamamos padres. Un padre, y una madre, para ser más exactos... hombre y mujer, por lo de la semillita, ya sabes... —apenas había acabado de hacer la broma cuando ya estaba arrepentido de sus palabras. La pregunta no se hizo esperar.

—¿Qué semillita? ¿Tenéis dos responsables porque además deben cuidar una planta?

—Ehhh... luego te lo cuento —cortó Tonio tratando de salir airoso del jardín en el que se había metido—. Ahora quisiera, si es posible, que me cuentes algo más acerca del paso al otro lado. Es muy importante.

Y en realidad lo era. Muy importante para él, porque no se veía capaz de afrontar la idea de verla marcharse. Faltase el tiempo que faltase, ahora él disponía de todo el del mundo. En su mente llevaba rondando desde el inicio de la conversación la imagen de una especie de sacrificio ritual en honor de cualquiera de los dioses que esa gente venerase, fueran los que fuesen.

«*En honor del hechicero*», resonó una vocecita en el interior de su cabeza.

—En realidad no sabemos mucho acerca del paso... ni nada en absoluto de lo que hay más allá —dijo, comenzando a sentirse incómoda, más que por el tema de la conversación, por una extraña percepción de que algo no iba bien. De forma casi instintiva buscó a Noelia con la mirada mientras seguía hablando—. De todos modos, creo que Álvaro podría darte más información que yo. Es el único que nos acompaña en ese momento, el único al que se le permite presenciar el paso...

—¿Cómo? —exclamó Tonio, y por primera vez desde el inicio de la conversación le faltaron las palabras. Un millón de preguntas se agolparon en su mente, pero no tuvieron la más mínima posibilidad de ser formuladas ante el giro que tomaron los acontecimientos.

—¡Noelia! —gritó Laura poniéndose en pie. Esperó un instante antes de volver a llamarla de nuevo, y esta vez no pudo evitar que el nombre de la niña se manchase con un tinte de angustia. Era la primera vez desde que ella era su

responsable en que había tenido que llamarla dos veces.

No hubo una tercera.

Salió corriendo en dirección al lugar en el que estaba la última vez que la vio, y Tonio la siguió dejando atrás preguntas y respuestas que generaban nuevas preguntas. Tuvo que sujetarla con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, tratando de evitar que se lanzase al agujero oscuro que formaba la sombra proyectada por la bóveda de inmensas hojas. Justo a la entrada, las mariquitas rosadas escapaban del cubo que su dueña jamás habría abandonado por su propia voluntad.

—¡Escúchame, Laura! —gritó, y tuvo que cogerle la cara con una mano para obligarla a mirarle a los ojos, mientras con la otra trataba de evitar que se zafara del abrazo que la impedía correr tras su protegida—. ¡No está! ¡YA NO ESTÁ!

Laura, con el rostro desencajado, trataba desesperadamente de volver la vista hacia el hueco en el que reinaban las tinieblas. Se lo había advertido un millón de veces, todos los niños del poblado sabían que no hay que acercarse a la oscuridad, es algo que tenían tan interiorizado como el hecho de que para vivir es necesario respirar, pero ella es —*era*— su responsable, y no tenía que haberla perdido de vista ni un instante, porque los niños son niños y hay veces que ignoran el peligro, y ella no tenía que haberse despistado por estar tonteando con el chico del otro mundo, porque eso es lo que estaba haciendo, porque aunque sabía que eran de mundos distintos no podía evitar sentirse atraída por él, y ahora eso le había costado muy caro a Noelia y ya nunca podría volver a mirarle a los ojos, porque ella no iba a volver, ella...

—¡MÍRAME! ¡Seguro que podemos hacer algo! —mintió, recordando al escarabajo de espejos bajo el plato oscuro, y trató de evitar que en su mente se formase la imagen de la niña sustituyendo al bicho, con las señales de los mordiscos en el lugar que debía ocupar la mayor parte de su cuerpo—. ¡Pero sea lo que sea, hay que hacerlo desde aquí, desde la luz! ¡Si te metes en la oscuridad, se acabó!

Laura dejó de forcejear. Sólo había una persona con poder para sacar a la niña de allí. Alguien con el poder suficiente para impedir el paso a las cosas que se mueven en la oscuridad.

—¡El hechicero! ¡Él sabrá qué hacer! —gritó, dejando pasar un leve brillo de esperanza entre las tinieblas. Tonio aflojó su abrazo, y ella aprovechó para soltarse y salir corriendo hacia el poblado. La precaución con la que habían

ascendido esta vez brilló por su ausencia, y sólo el destino quiso que no acabasen rodando pendiente abajo para terminar convertidos en un amasijo de huesos rotos, ensartados en las inamovibles hojas, finas como cuchillas de afeitar, del césped del mundo real.

Laura fue la primera en llegar; quizá por haber nacido en *La Pausa* se movía con más naturalidad que Tonio, que siempre parecía ir esquivando algo, como si tuviera miedo de chocar contra algún obstáculo invisible. A pesar de ello, apenas los separaban cinco o seis pasos en el momento en que llegaron a la puerta de la cabaña y ella accedió al interior. Él la siguió, y al atravesar el umbral fue consciente de que llevaba el diario apretado contra su pecho. Laura, por vez primera y única se había descuidado en su custodia. Sintió una vibración parecida a la del mando de su consola de videojuegos cuando pasaba por un escenario que escondía algún elemento importante en el desarrollo de la partida. Lo separó de su cuerpo y lo miró con extrañeza durante unos segundos, los que necesitó para que sus ojos se habituasen a la penumbra del interior.

El hechicero estaba en pie en el centro de la cabaña, y Laura se había arrodillado a sus pies. Trataba de explicarle atropelladamente lo que había ocurrido, pero apenas era capaz de enlazar dos palabras seguidas con un mínimo de sentido. Entonces, el hechicero posó los dedos índice y anular de la mano derecha sobre su frente y la angustia le desapareció de los ojos. Se puso en pie y con una serenidad impensable tan sólo unos segundos antes, se dirigió a Tonio.

—Debes seguir poniendo tu voz a las palabras que se esconden en el libro —dijo, sin la más mínima inflexión.

—¿QUÉ? Pero... pero... —comenzó a protestar, y justo en ese instante recordó la sensación que tuvo cuando el hechicero puso los dedos sobre él. Sus deseos se respetaban, por propia voluntad o por *voluntad subrogada*, así que decidió seguir siendo dueño de sus actos, se sentó y abrió el libro.

Tardó un buen rato en recuperar la calma suficiente como para ser capaz de leer en voz alta. Estaban los tres sentados alrededor de la mesa en la que estuvo la primera vez que entró en la cabaña, aunque en aquella ocasión era él quien se encontraba bajo la influencia de lo que quiera que fuese lo que les hacía el hechicero. Aquella vez, a unos metros de distancia de él dormitaba la chica que había venido del otro lado, y a la que no habían vuelto a ver desde ese día. De hecho, tanto Álvaro como él mismo sopesaban la posibilidad de

que hubiese muerto sin que el hechicero hubiera podido hacer nada por recuperarla.

Esta vez no había ni rastro de ella.

Tonio fue desgranando con ansia las palabras que el diario antes guardaba para sí mismo. Laura no lo detuvo ni una sola vez, de hecho él la miró en un par de ocasiones, y en ambas le pareció que sus ojos suplicaban la urgencia que no se demostraba en sus actos.

Las páginas fueron contando el modo de vida en la aldea en los tiempos lejanos en los que su padre llegó allí; no había cambiado demasiado respecto a la actualidad, sin embargo se hablaba de los ancianos como miembros de la aldea, es más, se hacía con la naturalidad de quien se refiere a algo común, no a un hecho extraordinario.

Conforme se acercaba el final del diario, el corazón de Tonio se fue acelerando. Lo que más temía era que acabase de forma abrupta, que sin una explicación su padre hubiera dejado de escribir, porque algo en su interior le decía que eso sería sinónimo de que le había pasado algo malo.

Y sin embargo, sólo quedaban un par de páginas, por lo que nada indicaba que la decisión de dejar de escribir hubiese sido voluntaria.

Sin ser consciente de ello, bajó el ritmo de la lectura. Lo escrito en las dos últimas páginas era simplemente el inicio de un listado de semillas comestibles y las instrucciones para plantarlas en la tierra de *La Parada*. Semillas cuyos nombres Tonio no había oído nunca antes.

Y de repente, nada más.

Una extraña sensación mezcla de pena, miedo y resignación le atenazó la garganta. Sintió las lágrimas luchando por salir, pero la estúpida imposición de una sociedad en la que ya no estaba incluido hizo que consiguiera retenerlas con gran esfuerzo.

Pasó tres o cuatro páginas más, sólo por convencerse a sí mismo que ya no había nada más, que no volvería a saber más de su padre, que todas las ilusiones que se había construido se derrumbaban como un castillo de naipes contra el viento.

Una gruesa lágrima cayó sin que ya pudiera hacer nada por evitarlo sobre las hojas de papel, dejando una estrella húmeda sobre la superficie.

Tonio se tuvo que enjugar las lágrimas para asegurarse de que lo que creía haber adivinado en la imagen borrosa que éstas le proporcionaban era cierto: la humedad en el papel había dejado entrever a través de ella algo escrito, no

en la página siguiente, pero sí quizás una o dos más adelante.

—¡Hay algo más! —gritó entusiasmado, y pasó las páginas con las manos temblorosas. Separadas del resto, como si fueran tan importantes como para no mezclarse con las demás, varias páginas, escritas con una caligrafía que Tonio reconocía a la perfección, acompañaban a un curioso dibujo. Era el tipo de escritura que usaba su padre cuando tomaba notas a toda velocidad, cuando estaba emocionado con algo que se le acababa de ocurrir, cuando consideraba que estaba escribiendo algo realmente importante. Tonio inspiró profundamente, miró a los ojos de Laura, luego a la máscara que siempre parecía estar moviéndose del hechicero, y se zambulló en la lectura.



## CAPÍTULO 19: LAS PÁGINAS PERDIDAS

*«Hace tiempo que he dejado de escribir, porque algo importantísimo me ha tenido ocupado. He dedicado años a trabajar en este diario, a detallar las cosas que me iba encontrando en La Parada y que no tienen nada que ver con las que existen en el mundo real, con la esperanza de que le puedan servir de guía en algún momento a alguien que venga del otro lado, como yo. No sé por qué, pero a pesar de que lo he intentado, y de disponer de todo el tiempo del mundo, no he conseguido enseñar a ninguno de mis amigos de la aldea a leer ni a escribir, es como si el simple concepto de convertir las palabras en algo gráfico, algo que pueda volver a ser convertido de nuevo en sonidos a través de la lectura les pareciese tan imposible como que el hombre pueda volar simplemente agitando los brazos. No puedo entenderlo, pero es algo tan cierto como inamovibles las cosas de mi mundo en La Parada.*

*He dejado de escribir porque estos últimos meses he estado preocupado por lo que ocurrirá cuando llegue la noche. Ellos no parecen notarlo, pero las sombras de las cosas están más alargadas que hace varios años, cuando llegué. Yo sé que eso significa que se acerca la noche, de la misma manera que sé que cuando finalmente llegue, para ellos habrán pasado muchas generaciones y yo seré el único de los que estamos ahora que seguiré con vida. Pero tanto ellos como yo mismo hemos visto lo que pasa cuando algo se mete en la oscuridad, y no quiero resignarme a morir devorado por algo monstruoso, ni a verlos a ellos sufrir el mismo destino. He intentado generar electricidad, incluso fabricar una rudimentaria bombilla que pudiera traer luz artificial, pero todo ha sido en vano. Supongo que cuando llegue el momento podremos huir a zonas iluminadas, desplazarnos lo más lejos posible de las sombras, pero no quiero ser una mosca fuera del cristal, condenada a golpearse eternamente contra él en busca de una luz inalcanzable.*

*He estado investigando lo que ocurre cuando se tapa algo, dejándolo en la oscuridad. Todo ser vivo es atacado, o desaparece sin dejar rastro. A algunos objetos inanimados les ocurre igual, sin embargo a otros no les*

*afecta en absoluto. He tratado de encontrar un patrón, algo que explicase el porqué de este comportamiento aparentemente aleatorio; en principio pensé en el color podría afectar, pero cosas de un mismo color desaparecían o quedaban destrozadas mientras que otras permanecían inalteradas. Luego se me ocurrió que podía ser por el tamaño del objeto que se sometía a la oscuridad total, pero los resultados, la experimentación, me volvieron a sacar del error.*

*Y entonces lo ví. Lo había tenido delante de mis ojos todo el tiempo, pero era tan evidente que los árboles no me dejaban ver el bosque.*

*Una piedra: sin cambio.*

*Un cuchillo: desaparecido.*

*Un trozo de madera: destrozado.*

*Un cuenco: desaparecido.*

*Un trozo de liana: sin cambio.*

*Todo lo que implicaba una manufactura, una transformación en la que hubiera intervenido el hombre, desaparecía. Entonces tuve una idea loca, una especie de intuición, de esas que suelo seguir aunque parezcan absurdas. Después de todo, no tenía mucho que perder, sólo mi tiempo, y de eso tenía de sobra. El hecho de que sólo desaparecieran esos objetos quizá pudiera significar que lo que habitaba al otro lado de la oscuridad podría tener un cierto nivel de inteligencia. Si estaba en lo cierto, quizás pudiera establecer una comunicación, tratar de pactar un acuerdo, una tregua que nos permitiera dejar de huir de las sombras. Arranqué un trozo de hoja de la libreta, y con la mejor caligrafía que fui capaz de conseguir, escribí una sola palabra en el centro del papel:*

*HOLA*

*Luego lo tapé con el recipiente que usaba para los experimentos, y esperé un buen rato. Al destaparlo, el papel seguía allí. El corazón casi se me para cuando descubrí que, bajo mis letras, alguien había escrito con algo parecido al carboncillo:*

*¿QUIÉN ERES?*

*Garabateé mi nombre en el papel como respuesta y lo devolví a la oscuridad, pero ya nada sucedió. Desde entonces, he seguido investigando, tratando de establecer una conversación; escribía en el papel cosas acerca de mi mundo, de cómo llegué aquí, de la aldea, pero invariablemente, éste volvía tal como lo enviaba a la oscuridad.*

*Hasta la última vez. El papel volvió con una pregunta:*

*¿DÓNDE ESTÁIS?*

*No quise contestar. Algo me decía que poner la aldea en el punto de mira de lo que vive en la oscuridad sería un grave error, así que contesté con una pregunta:*

*¿Y TÚ?*

*La respuesta no se hizo esperar demasiado, y fue tan críptica como inesperada:*

*DONDE LA TIERRA DUERME Y LA LUZ SÓLO ENTRA UNA VEZ*

*Y luego nada más. Traté de contactar de nuevo, pero ya no obtuve respuesta. Pasé mucho tiempo tratando de solucionar el enigma, pero todo me llevaba a un callejón sin salida. Si era un lugar real, un lugar de mi mundo, podía estar en cualquier parte. Si por el contrario pertenecía a La Parada, quizás el hombre de la máscara que se mueve pudiera darme alguna pista, pero hablar con él era casi tan complicado como el propio acertijo en sí.*

*En el momento que escribo estas palabras, según mi reloj han pasado casi dos meses desde la última comunicación con el lado de la oscuridad. Tras el acertijo todo quedó en silencio, como si éste fuese una prueba con la que demostrar si era digno de establecer contacto. He podido hablar (por llamarlo de alguna manera) con el hombre de la máscara que se mueve, pero él se ha limitado a mirarme (quiero creer que hay ojos ahí detrás) y una vez he acabado mi historia se ha dado la vuelta y se ha ido, sin más. No sé qué hacer, estoy en un callejón sin salida.*

....

*¡Lo tengo, no sé cómo he podido ser tan estúpido! Si Tonio hubiese estado conmigo lo habría pillado a la primera. Ya sé dónde tengo que ir, sólo espero tener suerte y ser capaz de establecer contacto... y por supuesto, que los que habitan en la oscuridad sean razonables.*

*Quiero creer que los tememos porque no los conocemos.*

*No voy a escribir aquí el lugar al que me dirijo por si, a pesar de todo, algo sale mal... no quiero arrastrar a nadie conmigo si esto finalmente resulta ser un error.*

*Voy a dejar este diario al hombre de la máscara. Si lo estás leyendo, espero que sea porque él te lo ha dejado. Y si yo no estoy... bueno, ojalá sea porque he encontrado la forma de regresar a mi mundo. Y ojalá esto te sirva también a ti para que hagas lo mismo.*

*Teresa, Tonio, Lucas... os quiero. Sé que volveré con vosotros.*

*Lo sé.*

*A tí, desconocido que estás leyendo mis palabras... te deseo suerte.*

*Mucha suerte».*

## CAPÍTULO 20: EL DESTINO DE NOELIA

A pesar de haber llegado al final, Tonio no era capaz de levantar la vista de las últimas palabras que su padre escribió en el papel.

Estas últimas líneas habían provocado en él un torbellino de emociones indescriptibles, habían sido una avalancha de revelaciones inesperadas.

El hechicero ya estaba allí cuando su padre llegó.

O al menos alguien que usaba su misma máscara. Si era la misma persona, eso implicaría que había vivido cientos, miles de años, sobreviviendo incluso a la noche de *La Pausa*.

¿Era también un visitante como él mismo?

¿Pertenece al mundo real?

Desechó la idea por improbable casi al mismo instante de haberla tenido. Él había sufrido en sus propias carnes el poder del hechicero. Fuera lo que fuese, no pertenecía a su mundo, de eso estaba seguro.

Pero lo peor era lo de su padre. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que escribió el diario, pero estaba claro que algo no había ido bien. No había regresado de dónde quiera que fuese a donde había ido.

Las cosas no habían salido como él esperaba, así que lo único que podía hacer era seguir su rastro, tratar de encontrarlo en ese misterioso destino.

Un lugar que se suponía él debía conocer, pero del que en realidad no tenía ni la más mínima pista.

Y lo peor era que tampoco tenía ni idea de qué había llevado a su padre a suponer que debía saberlo.

—Por favor, dime que sabes dónde está Noelia —suplicó Laura. Tonio dio un respingo al oírla. Estaba tan perdido en sus pensamientos que no fue consciente hasta ese momento de que ella había recuperado el control de sus actos.

—Yo...yo... —balbuceó. No había nada en el mundo que deseara más que ayudarla a recuperar a la niña, si es que eso era posible, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

*Dónde la tierra duerme y la luz sólo entra una vez.*

*Si Tonio hubiese estado conmigo lo habría pillado a la primera.*

¿Por qué?

¿Por qué demonios iba a saber él dónde duerme...?

Y entonces todo explotó en su mente, cada pieza encajó en su sitio y fue capaz de ver el dibujo completo del puzzle con tal claridad que le pareció imposible no haberse dado cuenta antes.

La excursión.

Cuando saltó a *La Pausa* habían transcurrido un par de meses, no más, desde que hizo la excursión con el instituto. A eso había que sumarle unos cuantos más, los que llevaba atrapado allí. Y un buen puñado de sucesos tan increíbles que habían sepultado una simple excursión con el instituto en el fondo de su memoria.

Sin embargo, ahora esos recuerdos flotaban por encima de todo, como aceite sobre agua, relegando cualquier otro pensamiento a un segundo plano.

—Sé dónde fue mi padre. Y... creo que Noelia podría estar allí también — mintió.

En realidad creía que el destino de la niña había sido tan horrible que no se atrevía siquiera a expresarlo con palabras. Sin embargo, estaba convencido de que, si existía algún lugar en el mundo al que hubiera podido ser teletransportada, o como quisiera llamarse al hecho de desaparecer de un sitio engullida por la oscuridad y aparecer en otro situado a más de cincuenta kilómetros de distancia, sin duda era allí.

—¿Dónde? —preguntó Laura con una mezcla de impaciencia y ansiedad.

—Hay un lugar a unos cincuenta kilómetros de aquí, monte arriba... En el mundo real... perdón, en mi mundo, es muy sencillo llegar a él, tan sólo se necesita un billete de autobús... aquí, con la velocidad y la capacidad de maniobra de una manta raya, y simplemente siguiendo el trazado de la carretera lo tendríamos incluso más fácil, pero mucho me temo que el camino no sería tan tranquilo.

—No te entiendo... —susurró casi en un suspiro quejumbroso. No sabía lo que era un kilómetro ni eso que había llamado trazado, y aunque creía recordar que la palabra autobús había salido en alguna de sus largas conversaciones, no llegó a entender su significado, o si lo hizo, con la tensión del momento lo había olvidado por completo. El hechicero, mientras tanto, permanecía inmutable, sin apartar la vista del chico.

—Mira —dijo Tonio y sacó su smartphone del bolsillo. La inagotable batería habría dado en el mundo real para muchas discusiones científicas, pero

lo cierto era que allí seguía, muchos meses después, sin haber bajado ni una mísera barra de carga. Navegó entre las fotos guardadas en la galería hasta dar con las que había tomado el día de la excursión, seleccionó una de ellas y la puso a pantalla completa. Luego giró el teléfono de forma que Laura y el hechicero pudieran verla.

La expresión de sorpresa en la cara de Laura no hizo más que confirmar lo que ya sospechaba, que jamás había visto lo que mostraba la imagen.

—Es... Es un gigante de piedra dormido... —balbuceó sin dar crédito a lo que Tonio les estaba mostrando en el artilugio mágico del que nunca se separaba.

Tonio volvió el móvil hacia sí mismo y de forma mecánica, sin pensar en el porqué, pulsó el botón de la cámara y tomó una foto de Laura y del hechicero. Durante una fracción de segundo temió que el flash pudiera estar activado o en modo automático, porque aquella cabaña era la única parte de *La Pausa* que conocía en la que se daban las condiciones de luz lo bastante baja como para activarlo. Por fortuna no fue así, y la cámara hizo su trabajo de forma anónima y silenciosa.

—En realidad es una peña, su nombre en el sitio del que vengo es la Peña de los Enamorados. Joder... estaba más preocupado por reírme con los colegas que por prestar atención a lo que nos contaron los profesores acerca de la leyenda que le dio el nombre... espero que no tenga que echar de menos una vez más Internet...—protestó en voz baja antes de continuar—. Está en un pueblo llamado Antequera... y lo mejor es que cerca de la Peña, como si la hubieran puesto allí para que la vigilase, existe una construcción conocida como el Dolmen de Menga, que construyeron los antiguos habitantes de Antequera hace miles de años... —se interrumpió para tratar de hacer una equivalencia aproximada en cubos, pero lo dejó por imposible—. Hace tantos cubos que es imposible de calcular, en la que sólo entra la luz del sol en el solsticio de...

Una vez más, tuvo que interrumpir la narración. Estaba tratando de explicar conceptos íntimamente ligados al paso del tiempo, a las estaciones, a las distintas posiciones del sol... y eso era algo poco menos que imposible de entender para unas gentes que llevaban viendo el sol en la misma posición en el cielo probablemente desde hacía siglos. El rostro del hechicero era algo tan desconocido para él como la parte inexplorada de *La Pausa*, así que no podía aventurar cuál era su expresión mientras escuchaba sus palabras, pero la de

Laura era muy similar a la que él mismo ponía cuando le hablaban de logaritmos en la clase de matemáticas.

—No te preocupes, no necesitas entenderlo. Lo importante de todo esto es que sé cómo llegar a Antequera, que puede que Noelia tenga una oportunidad, y que quizás también consiga encontrar a mi padre allí, o al menos una pista que me indique qué le pasó...

Aquellas palabras fueron un detonante que hizo a Laura girarse hacia el hechicero con expresión suplicante. Durante un buen rato mantuvieron la posición, uno frente a la otra, sin mover un músculo de la cara, y aunque a esas alturas Tonio ya no albergaba la más mínima duda de que se estaban comunicando telepáticamente, no pudo evitar ni sorprenderse una vez más, ni reprimir un escalofrío.

—Debemos irnos ahora —soltó ella de repente recuperando el movimiento, como si alguien hubiese pulsado un resorte invisible. Cogió el diario, lo abrazó como un creyente se aferraría a su crucifijo y se levantó de la mesa—. Vamos, hay que prepararlo todo.

—Pero... —comenzó a protestar Tonio. No tenía ni idea de lo que los esperaba en las montañas camino de Antequera, pero estaba convencido de que no sería un juego de niños, y no quería bajo ningún concepto que la vida de Laura corriera peligro alguno. Ella se detuvo y se le quedó mirando, esperando a ver qué era aquello tan importante como para retrasar los preparatorios de la expedición.

—¿Qué?

—Creo que sería mejor que tú te quedases aquí, Álvaro y yo somos los más indicados para...—de repente el único motivo por el que suponía que Laura debía ir con ellos se dibujó ante sus ojos—... A menos que el hechicero nos acompañe y vengas como intérprete...

La chica lo miró como si acabara de cometer sacrilegio.

—Por supuesto que no. El hechicero no debe dejar jamás al poblado sin su protección. Y Álvaro también debe permanecer aquí por si el hechicero necesita de sus habilidades.

—¿QUÉ? Pero... Pero... ¿Cómo vamos tú y yo solos a emprender semejante viaje? ¿Si no soy capaz ni de manejar las riendas de la manta raya!

—No vamos solos. Ella también vendrá con nosotros —añadió, señalando a la chica que acababa de aparecer bajo el marco de una de las múltiples puertas del interior de la cabaña, que conducían a otras tantas localizaciones



desconocidas. Era la muchacha a la que Álvaro y él mismo habían rescatado del ataque de la criatura que parecía un oso de peluche.

Pero al mismo tiempo, no tenía absolutamente nada que ver con ella.

## CAPÍTULO 21: UN VIAJE SIN RETORNO

—¡Pero es que no lo puedo entender! ¿Por qué parece siempre querer empeñarse en poner las cosas más difíciles de lo que son?

Álvaro manoteaba al aire mientras se movía de un lado a otro, como si ello le fuese a servir para quemar el exceso de adrenalina. Tonio, mientras tanto, trataba de calmarlo sin ningún éxito.

—Sé cómo te sientes, hace un momento yo estaba pasando por esta misma situación, pero ya sabes que cuando ese hombre —o lo que sea— decide algo, no admite discusión alguna.

—Pues en esta ocasión se está equivocando, pero a base de bien... ¿Cómo demonios se supone que vas a ser capaz de llegar a Antequera? Andando, por supuesto no vas a ir, y en manta raya, es poco más que un suicidio... ¡Y además, ya no es sólo el cómo vas a llegar, si no qué te vas a encontrar allí! ¡Si las cosas se ponen complicadas, contar conmigo y con Bicho sería de gran ayuda!

—Te lo vuelvo a repetir, Álvaro... todo lo que me estás diciendo tú, ya lo he pensado yo previamente... y tal como lo he pensado, se lo he dicho a él, pero se ha limitado a quedarse mirándome, o lo que quiera que sea que hace tras esa máscara, hasta que me he cansado de tratar de convencerlo... Y luego se ha dado la vuelta y se ha ido por una de las puertas de esa maldita cabaña sin dar el más mínimo síntoma de que le importase un pimiento lo que le estaba contando...

—Pues a la mierda... Nos vamos sin hacerle ni puñetero caso y ya está...

—Eh, te recuerdo que el que lleva aquí mogollón de tiempo eres tú, no yo... ya sabes que cuando el hechicero dice algo, eso va a misa, por las buenas o por las malas...

Álvaro permaneció en silencio durante un instante, como si estuviera sopesando la posibilidad de seguir adelante con su rabieta, o calmarse de una vez. Finalmente, se decidió por esta última opción.

—Ya, ya sé que tienes razón... también sé que cuando el hechicero dice algo, suele ser con un fin determinado... a veces pienso que es capaz de ver el futuro, pero... no sé, me fastidia mucho dejarte ir tan lejos solo...

—Pues todavía te falta saber lo mejor —añadió Tonio bajando el volumen de la voz, como si estuviese contándole un secreto inconfesable—. No voy a irme sólo... me acompañará Laura, y la chica del oso, que cuando la veas no la vas a conocer...

—No me jodas... ¿la colgada del otro lado? ¿La ha conseguido recuperar? ¡Estaba completamente convencido de que la había enterrado en alguna parte dentro de esa cabaña! ¿Y Laura? Bueno, eso al menos implica que no vas a tener que dirigir tú la manta raya, pero... ¿Pero no te das cuenta que sois carne de cañón? ¡Dos del otro lado que apenas acaban de llegar, y una chica que no se ha separado nunca más de trescientos metros del poblado! ¡Joder, si es que es de locos!

—Quería que lo supieras por mí antes de que te llegasen rumores, por eso te lo he contado en cuanto he salido de la cabaña. Vamos a descansar un rato y a comer algo, pero salimos enseguida... No tengo muchas esperanzas de encontrar a mi padre tanto tiempo después, pero quién sabe si la pequeña aún puede tener una oportunidad...

—¡Venga ya, tío! Ya has visto lo que hacen esas cosas que se mueven en la oscuridad... tú mismo las oíste en el baño del Carrefour... Deberíais dejarlo correr... Por muy duro que suene, no creo que quede nada reconocible de la pequeña...

Tonio se mantuvo en silencio durante unos instantes. Sabía que las palabras de Álvaro estaban cargadas de razón, pero no se sentía capaz de sentarse a dejar pasar el tiempo cruzado de brazos como si no hubiera ocurrido nada. Decidió cambiar el tema de la conversación, que había llegado a un punto desde el que no parecía que pudiese progresar hacia nada razonable, y aprovechó para hacerle la pregunta que, debido a los acontecimientos, había quedado relegada a un segundo plano.

—Sé que es un cambio de tema, y que a lo mejor no viene ahora a cuento, pero necesito preguntarte algo... justo antes de que ocurriera lo de Noelia, Laura me estaba contando algo a lo que ella llamaba “pasar al otro lado”... Me dijo que tú eres el único que sabe en qué consiste, porque eres quien los acompaña... Tío... ¿Qué mierda es esa? Porque a mí me huele muy mal eso del paso al otro lado, qué quieres que te diga... Aquí no sé, pero en nuestro mundo eso sonaría tanto a suicidio que me asusta...

—Joder, tío... no sé si ahora es el momento...

El intento de evasiva de Álvaro hizo que se le pusiera la piel de gallina.

Realmente allí había algo que no le iba a gustar, eso estaba claro. Reprimió el primer impulso de decirle que quizá no tuviese la oportunidad de contárselo en otro momento, que puede que ninguno regresara de aquel viaje, pero en lugar de eso se le quedó mirando fijamente, exigiéndole una explicación.

—Está bien... —accedió a regañadientes, se sentó y le hizo señas a Tonio para que hiciera lo propio. Luego se mantuvo unos instantes en silencio, pensativo, como si estuviese tratando de elegir las palabras correctas para causar el mínimo daño posible.

—Venga, tío —insistió Tonio, y aunque trató de dar un tono jovial a la frase para quitarle algo de tensión al momento, se sorprendió al descubrir que le temblaba la voz.

—Te voy a contar lo que yo sé, lo que estoy viviendo desde que llegué aquí. Aunque estoy completamente convencido de que es algo que ocurre desde muchísimo tiempo antes de que yo llegara, es sólo una intuición, algo imposible de comprobar... ya sabes cómo son esta gente para todo lo relativo al paso del tiempo... el sistema de los cubos sirve para sacarte del paso del día a día, pero es totalmente inútil para medir periodos largos...

Se detuvo y volvió a quedarse de nuevo pensativo, pero en esta ocasión el paréntesis no fue tan largo como para necesitar de una nueva intervención de Tonio.

—Verás... Con el paso del tiempo, llega un momento en el que la gente del poblado siente la necesidad de... no sé si trascender sería la palabra correcta... Creo que es algo así como cuando te llega la edad de independizarte y comenzar tu propia vida...

Tonio se removió ligeramente en el sitio en el que estaba sentado, como si estuviese incómodo. Álvaro aprovechó para dar unos pasos atrás y cambiar el modo en el que trataba de explicarle a su amigo lo que quiera que fuese aquello que tenía que decirle.

—Joder tío... Me siento como un padre tratando de explicarle a su hijo lo de la semillita en la barriguita de mamá...

Tonio esbozó apenas una sonrisa desgana. A pesar de los esfuerzos de su amigo, cada vez estaba más tenso.

—Mira, te lo suelto tal y como es, no le doy más vueltas que no llevan a ninguna parte... Seguro que conoces el Cortijo Jurado, ¿verdad?

Por supuesto que lo conocía. Nunca había sido muy dado a creer en historias de fantasmas, pero aquella era la Casa Encantada por excelencia en Málaga,

no solo por las leyendas que corrían entre los propios malagueños, si no por la fama que iba ganando poco a poco más allá de las fronteras de la propia ciudad. A ello colaboraba sin duda la publicidad obtenida gracias a programas tipo Cuarto Milenio, que habían llegado a dedicar amplios espacios en su parrilla a ahondar en sus insondables misterios. Como no podía ser de otro modo, dichos misterios incluían varias muertes y desapariciones inexplicables. Tonio asintió con la cabeza, dejando el paso libre a que Álvaro continuase con su historia.

—Bueno, pues antes de que yo apareciese en sus vidas, cuando llegaba ese día en el que uno de ellos decidía que estaba preparado para dar el paso, se despedía del resto del poblado con una fiesta en su honor, y emprendía la marcha hacia el Cortijo Jurado...

—Pero... ¡Pero eso está a mogollón de kilómetros de aquí!

—Eso es... a unos quince o veinte kilómetros, calculo a ojo... Lo cierto es que se iban solos, en una manta raya, que volvía al poblado poco después, sin su ocupante... Yo sospecho que no todos alcanzaban su objetivo, pero eso es algo sobre lo que sólo podemos especular... La cuestión es que al poco tiempo de llegar yo al poblado, el hechicero me hizo saber que quería que acompañase en su viaje a un chico que había decidido que era su hora de dar el salto —entrecomilló esta parte de la frase con sus dedos al tiempo que la decía—. Por supuesto, accedí...

—No sé si quiero saber lo que viene a continuación... —susurró Tonio. Álvaro, haciendo caso omiso, continuó con su narración.

—Los tres nos fuimos en la manta raya; él, bicho y yo. El viaje fue muy tranquilo hasta que llegamos allí... tío, el Cortijo Jurado... deberías verlo con tus propios ojos, porque no creo que con palabras te pueda transmitir lo que sentimos al acercarnos... Bicho se acurrucó en la parte de atrás de la manta raya, se tapó la cara con las patas y no se movió hasta que estuvimos de vuelta en el poblado. El chaval y yo no tuvimos más remedio que seguir mirando... por encima de la edificación en ruinas se movían... cosas que no sé muy bien cómo definir... Eran como... como una especie de manchas translúcidas, apenas definidas, de colores sucios, desvaídos... Si las mirabas de frente te molestaban los ojos, como cuando miras una luz intensa sin parpadear. A pesar de que intenté convencerlo, el chico me hizo bajar la manta raya a cierta distancia, y... bueno, lo pude seguir con la vista hasta que estuvo bastante cerca de los colores, y luego... simplemente desapareció... Desde aquel día,

he repetido ese viaje tantas veces que he perdido la cuenta, siempre con el mismo resultado...

—No voy a permitirlo...

Álvaro miró a su amigo. Estaba cabizbajo, con la cabeza hundida entre los hombros y la mirada huraña, clavada en el suelo. Tenía los puños tan apretados que la piel parecía a punto de rasgarse.

—Mira, sabía cómo te ibas a sentir, por eso he evitado contártelo hasta ahora... pero te aseguro que es imposible hacerlos cambiar de idea... Yo lo he intentado todas y cada una de las veces...

—ELLA... NO... VA... A... HACERLO —insistió Tonio, deteniéndose en cada una de las palabras, y cargándolas de una rabia incontenible.

—Está bien, ojalá lo consigas... —dijo por zanjada la conversación levantando las manos ante sí con las palmas apuntando hacia su amigo, como señal evidente de que no quería entrar en esa discusión. A pesar de ello, Tonio continuó con el ceño fruncido, como un niño al que no han concedido un capricho—. Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme... Descansa ahora, vas a necesitar estar a tope de fuerzas, me temo... Mientras tanto, voy a intentar convencer al hechicero para que me permita acompañaros...

Tonio siguió a Álvaro con la mirada hasta que lo vio desaparecer tras la puerta de la cabaña. Ahora entendía por qué no había ancianos en el poblado... Entendía por qué Laura no había visto jamás a una persona mayor... La respuesta era que se suicidaban arrojándose a algo incomprensible, en un mundo que ya lo era de por sí. No iba a permitir que Laura lo hiciera de ninguna de las maneras. Si en el mundo real se podía desprogramar a alguien que había caído bajo la influencia de una secta, él estaba dispuesto a convertirse en el primer desprogramador de *La Pausa*. Fuera cual fuese el coste.

Se levantó y cogió el móvil. No sabía por qué había tenido el impulso cuando estaban en la cabaña de tomarles una fotografía a ella y al hechicero. Sin embargo, tras la conversación con Álvaro, comenzaba a sospechar que quizás estaba empezando a desarrollar algún tipo de talento precognitivo, porque ahora necesitaba verla más que ninguna otra cosa en el mundo. A pesar del tiempo que llevaba allí, a pesar de todos los momentos que habían compartido mientras leía el diario, jamás se había atrevido —o no había necesitado— sacarle ninguna foto, porque la veía tan a menudo que casi parecía que viviesen juntos. Ahora, por el contrario, abrió la galería y buscó

la imagen casi con ansia. Al localizarla, sintió que la garganta se le cerraba limitando al máximo la entrada de oxígeno, a la vez que el ritmo de los latidos de su corazón comenzaban a sonar a ritmo de hardcore.

La imagen sólo la mostraba a ella.

A pesar de que cuando tomó la foto el hechicero estaba sentado a su lado, lo único que se podía ver era la silla vacía, como si él no estuviera allí, como si el hombre de la máscara que se movía fuese tan sólo una alucinación, una invención de su propia mente para protegerlo de sabe Dios qué.

Aterrorizado, pulsó el botón lateral del móvil y la imagen desapareció, viéndose sustituida por una pantalla en negro. Sin poder dejar de pensar en lo que había sucedido, y haciendo lo posible por controlar el temblor de sus manos, se dirigió a la cabaña sin techo que compartía con Álvaro.

Aunque iba a tumbarse un rato sobre las almohadas de saltaflor, sabía que en el estado en que se encontraba sus posibilidades de conciliar el sueño para acumular fuerzas eran casi nulas.

Y así fue; los cubos fueron pasando hasta que llegó el momento en el que habían pactado la salida sin que hubiese podido dejar de pensar ni un sólo instante en Laura, en el Cortijo Jurado, y en el ser que se ocultaba tras la máscara y que no podía ser captado por el objetivo de la cámara de su smartphone.

## CAPÍTULO 22: LA EXPEDICIÓN

Cuando enfiló el camino hacia la cabaña del hechicero, en la cabeza de Tonio vibraba una extraña mezcla de sensaciones. La adrenalina estaba haciendo su trabajo y lo mantenía alerta, expectante, listo para actuar. Era algo parecido a lo que experimentaba cuando estaba a punto de hacer alguna locura con su monopatín, pero incrementada en un millar de veces. En su mente bullían un millón de preguntas, un millón de posibilidades, un millón de decisiones que tomar. No tenía claro si debía comentarle o no a Álvaro su experiencia con la foto, al fin y al cabo no iba a descubrirle nada nuevo a su amigo si le decía que el hechicero era un bicho raro, que ocultaba mucho más que la cara tras la máscara, que quizás ni siquiera era un hombre... o mejor dicho, que era mucho más que un hombre, porque todo eso quedaba más que evidente con los actos que realizaba, sin ir más lejos, la telepatía con Laura o su capacidad para anular la voluntad de alguien con tan solo tocarle la frente. Y eso dejando a un lado su capacidad para mantener a raya a las cosas que muerden en la oscuridad, quizás su poder más espectacular.

Pero a pesar de que la foto había ocupado buena parte de sus pensamientos, había otro tema al que no podía parar de darle vueltas: la chica del oso, como había acabado apodándola, ya que no tenía ni idea de su nombre. Cuando la vio aparecer en la puerta de la cabaña le costó relacionarla con aquella otra chica que encontraron oculta entre los arbustos.

Era cierto que la inexplicable experiencia con aquella especie de oso de peluche asesino tenía todas las papeletas para haberla dejado traumatizada de por vida, pero no era menos cierto que la forma de comportarse después, cuando iban volando sobre la manta raya camino de La Rosaleda había dejado bastante claro que la chica tenía un problema bastantes serio con el consumo de sustancias poco recomendables. Y no parecía que fuese por tomar tranquilizantes, porque su aspecto superaba por varios niveles el adjetivo *descuidado*, llegando a rozar el de *devastado* incluso. Su imagen aquél día daba entender que estaba más cerca de la fase final, del absoluto desahucio, que de alguien que consume más tranquilizantes de los que les receta su médico.



Sin embargo, el hechicero había puesto a funcionar su magia con ella a tope de potencia.

La chica que apareció en el dintel de la puerta parecía la imagen del antes en lugar de la del después.

Había ganado peso, de manera que la ropa ya no parecía resbalar sobre su piel tratando de agarrarse a ella para no dejarla desnuda. Transmitía una innegable sensación de limpieza, pero no era sólo física. Se había recogido el pelo en una trenza, y eso hacía que su rostro quedara despejado. La primera vez que la vio apenas pudo distinguir su mirada, oculta por la maraña de pelo sucio que caía desde su frente como una mugrienta cortina, pero lo poco que pudo entrever en aquella ocasión estaba teñido de un tinte desquiciante, casi rozando la locura. Los ojos que lo miraban desde la cabaña no tenían absolutamente nada que ver con aquellos, y de hecho esa había sido la transformación más espectacular que había obrado el hechicero en la chica.

Más allá de su aspecto físico, había curado su alma.

Ahora sus ojos transmitían serenidad, pero al mismo tiempo ocultaban una especie de halo de tristeza infinita, algo muy difícil de describir.

—Eh, campeón... ¿Te ibas a ir sin despedirte? —Álvaro se unió a Tonio en el camino hacia la cabaña.

—Sabes que no haría eso ni en un millón de años... Sospecho que no has conseguido que nuestro amigo cambie de idea, ¿no?

—Que va... Duro como una piedra... Ha actuado de la misma manera que contigo, que básicamente es no hacer ni puñetero caso... ¿Cómo estás?

—Un poco tenso, la verdad... por una parte tengo ganas de saber qué ha pasado con mi padre, pero por otro estoy muerto de miedo... Eh, al fin y al cabo tan sólo soy un adolescente... el mayor peligro al que he tenido que enfrentarme ha sido llegar al fin de semana sin un euro en el bolsillo o no encontrar asiento en el McDonald's, pero aquí... ahí fuera hay cosas que pueden hacerte daño... daño de verdad, con mayúsculas... Y no sólo a mi, si no a ellas...

—Bueno, no pienses eso... Todo va a ir bien, ya verás... Estaréis de vuelta antes que anochezca, seguro —bromeó.

—Que capullo eres —respondió Tonio sin poder reprimir una sonrisa, y ambos se abrazaron.

—Si os metéis en algún lío, grita. No sé de qué manera, pero te aseguro que te oiré y acudiré en tu ayuda.

—Tomo nota... espero que no se te ocurra dejarme tirado —respondió Tonio terminando el abrazo a la vez que le propinaba un golpe sin apenas fuerza en el pecho con el puño cerrado. Era una muestra evidente de ese modo tan poco expresivo que tienen la mayoría de los hombres de expresar agradecimiento, pero eso sí, sin dejar que se escapen más sentimientos de los estrictamente necesarios.

—Joder tío... mira que me habías avisado, pero a pesar de ello... —susurró Álvaro boquiabierto al ver a la chica del oso desde la distancia—. Cuando volváis soy capaz de pedirle una cita y todo...

—No corras tanto, Brad Pitt... aunque el cambio ha sido espectacular, apuesto a que no vas a conseguir arrancarle una palabra... Creo que va a seguir siendo la chica del oso durante mucho tiempo aún...

—No subestimes mis encantos, chaval. Mira y aprende...

Recorrieron los pocos metros que los separaban del grupo formado por el hechicero y las dos chicas. Los tres estaban junto a una manta raya en la que unos jóvenes de la aldea estaban asegurando un par de fardos, atados a la montura. Uno de ellos contenía víveres. El otro, herramientas y armas por si se veían en la necesidad de utilizarlas. Carlos supervisaba la operación y permanecía atento a cualquier detalle.

—Eh, cuánto bueno por aquí —soltó Álvaro dirigiéndose a la chica del oso con la mano extendida—. Creo que cuando nos conocimos no nos presentamos formalmente. Mi nombre es Álvaro.

La chica lo miró durante unos instantes y luego se volvió sin hacerle el más mínimo caso, dejándolo con la mano extendida al aire.

—Yo que tú escribía un libro —le dijo por lo bajo a su amigo, reprimiendo a duras penas una risotada—. Tu técnica es inigualable.

Álvaro recogió la mano y se rascó el cogote con ella.

—Muy gracioso —masculló.

—Ya estamos preparados... —intervino Laura, que no era consciente del patético intento de ligoteo del chico—. Menos mal que ya estás aquí... Estoy deseando partir... no puedo pasar ni un segundo más con esta sensación de que no estoy haciendo nada por Noelia...

A Tonio le pareció que lo trataba con cierta frialdad, algo que no había sentido antes en todo el tiempo que había compartido con ella. Una inquietante idea se instaló en su cabeza sin que pudiera hacer nada por evitarlo... ¿Y si, por muy absurdo que fuera, Laura lo llegase a culpar de la desaparición de

Noelia? Aunque no de forma directa, sí era cierto que la idea de subir junto al nacimiento del manantial fue suya, y que cuando la niña desapareció Laura estaba más pendiente de responder al interrogatorio al que él la estaba sometiendo que de vigilarla.

—Hemos preparado una comida para que vayáis cargados de energía —dijo Carlos señalando una de las cabañas cercanas a la del hechicero—. Laura nos ha pedido que se alargue lo menos posible, por el bien de la niña.

Tonio asintió sin decir palabra, y todos se dirigieron hacia la cabaña que acababa de indicar la chica. La comida que estaba servida sobre las mesas en el interior no era copiosa, pero los alimentos se habían elegido cuidadosamente para que sirviesen como aporte extra de energía, el equivalente a la comida que haría un atleta el día antes de competir. Comieron en silencio, nada que ver con la primera vez que Carlos hizo de anfitrión, cada uno de ellos perdido en su propio mundo interior. Tonio lo hizo sin apenas apetito, pero al acabar se sentía como un juguete con pilas nuevas. Salieron al exterior, y ultimaron los preparativos para la partida.

—Oye... ¿De verdad no es posible que cambie de idea? —rompió el silencio Tonio en un susurro, dirigiéndose a Laura y señalando a la vez al hechicero con un leve gesto de la cabeza—. Tú lo conoces bien... Álvaro sería de gran ayuda, y bicho ni te cuento... y sin embargo a ellos lo dejamos aquí y nos llevamos a esta chica a la que ni siquiera conocemos...

—Él dice que es así como debe ser. No hay nada que pueda ser cambiado si queremos alcanzar nuestro objetivo.

—Pues vaya gilipollez. Por cosas como ésta llego a dudar si sus objetivos y el nuestro son lo mismo, porque... —comenzó a protestar Álvaro, pero una fuerza invisible lo obligó a cerrar la boca antes de acabar la frase. Aunque el hechicero no estaba mirándolo siquiera y se encontraba inmerso en un extraño ritual consistente en acariciar determinados puntos sensibles de la manta raya como si estuviera programándola, no tuvo la menor duda acerca del origen del poder que le había impedido seguir hablando.

Una vez el hechicero acabó su trabajo, se apartó del animal y esperó a que todos subieran y se asegurasen el arnés. La chica del oso, a pesar de seguir sin decir palabra, parecía tener muy claro el procedimiento a seguir y fue la primera en acomodarse en su asiento. Laura se situó en la parte central y tomó las riendas, y Tonio se colocó a su derecha. Con una última mirada a la indescifrable máscara del hechicero, tiró de ellas con suavidad, pero con

firmeza, y la manta raya aumentó la intensidad de las ondulaciones del contorno de su cuerpo y comenzó a elevarse. Tonio no pudo apartar la vista de bicho y de Álvaro, que se despedía de ellos con una especie de saludo militar aprendido en mil y una películas, y rogó al cielo por no tener que echarlos en falta en ningún tramo del viaje.

—¿Hacia dónde? —preguntó Laura cuando el animal ya había alcanzado una altura considerable, tanto que el tapiz verde de La Rosaleda se había convertido en el futbolín de regalo de Reyes de un niño, y sus amigos en unos diminutos puntos que se distinguían a duras penas.

—En sentido contrario al mar, hacia las montañas —susurró Tonio sintiendo que la última comida que habían hecho no terminaba de asentarse en su estómago—. Y por favor, baja un poquito, que necesito ver las indicaciones en la carretera. No puedo decir que haya ido todos los días a Antequera como para saberme el camino de memoria, y mucho menos a esta altura.

Conforme descendían e iban encarando el camino hacia las montañas, a Tonio le pareció ver cosas que se movían entre el verde de la espesa vegetación, pero prefirió achacarlo a su hiperactiva imaginación más que a la realidad.

Por el bien de los tres.

## CAPÍTULO 23: EL PANTANO DEL AGUJERO

Apenas llevaban unos minutos de vuelo cuando descubrieron que el hecho de volar bajo era recomendable no sólo porque Tonio pudiera ver las indicaciones de la carretera, si no porque las corrientes de aire conforme se adentraban en la montaña hacían casi inmanioerable la manta raya a determinadas alturas.

—Espero que no sea así todo el camino —dijo Laura, luchando por hacerse entender contra la fuerza del viento, que se introducía en su boca y en sus orificios nasales impidiéndole respirar. Tonio la miraba con la cabeza ladeada y la mano abierta frente a él, tratando de protegerse. El pelo aleteaba contra sus orejas como diminutos látigos, llegando casi a hacerle daño. La camisa abierta ondeaba a su espalda como una bandera mientras que la camiseta de los Chicago Bulls se le pegaba tanto a la piel que parecía tatuada sobre ella. Miró hacia el asiento que ocupaba la otra chica. Estaba con los ojos entrecerrados, la vista al frente y la barbilla alta, desafiante, como si aquel vendaval no tuviese nada que hacer contra ella. Luego miró hacia abajo. A su izquierda vio una superficie reflectante y recordó de su viaje con el instituto haber pasado por un pantano visitable con una presa que llevaba tiempo sin utilizarse, el Pantano del Agujero. En la visita les contaron que la presa se había construido para evitar que se repitieran unas fuertes inundaciones que habían arrasado la ciudad el siglo pasado, pero luego resultó ser insuficiente y construyeron unos kilómetros más abajo la Presa del Limonar, con lo que ésta quedó inutilizada. Le pareció una buena idea descender allí, mucho mejor que en la carretera donde la sombra de la espesa vegetación les podría dar una desagradable sorpresa.

Necesitaba unos instantes para pensar en qué hacer. Quizás aquel vendaval fuera cosa de poco tiempo, y puede que les resultase más productivo detenerse unos instantes y retomar el camino cuando dejara de ser tan endiabladamente peligroso. Si seguían así se arriesgaban a que una racha inesperada de aire los estrellara contra el suelo, y su aventura terminase casi antes de empezar siquiera.

—¡Para allí! —gritó, tratando de hacerse entender por encima del ruido del

viento, señalando ostentadamente hacia el espejo que resultaba ser el pantano entre la vegetación.

—¿Allí? —preguntó ella, queriendo confirmar si lo había entendido bien. En realidad lo que quería era no haberlo entendido. Lo que quería era subir a por Noelia aunque tuviera que luchar contra todos los elementos al máximo de potencia. A pesar de ello, accedió a regañadientes y tiró de las bridas con maestría, de manera que el animal comenzó a descender con suavidad. Conforme se acercaban a la superficie del pantano la intensidad del viento fue disminuyendo hasta convertirse en poco más que una brisa incómoda. Cuando llegaron a un metro de altura sobre el agua, Tonio cayó en la cuenta de que las ondulaciones del contorno de la manta raya generaban pequeños círculos concéntricos en el líquido.

—Hay agua realmente aquí abajo —dijo Tonio. La chica del oso lo miró con una expresión difícil de clasificar, pero él se sintió como si hubiese dicho la tontería más grande de la historia de la humanidad. Aunque nadie se lo hubiese pedido, sintió la necesidad de explicarse.

—Quiero decir que hay agua de la de aquí, de la que se puede beber...

La explicación no lo hizo sentirse mejor en absoluto, así que continuó, confiando ser capaz de mejorarlo.

—La presa de este pantano hace tiempo que no se usa, por lo que el nivel de agua suele ser bajo, y sin embargo aquí está hasta arriba... Supongo que en alguna parte por debajo de toda esta agua habrá una buena cantidad de plástico transparente de *La Pausa*...

Cuando acabó, la chica del oso miró hacia otro lado, retirándole la atención que le había concedido durante unos breves instantes. Laura dejó que el animal descendiera los pocos centímetros que lo separaban ya del agua y lo posó con una suavidad impresionante sobre la tranquila superficie. Vista de cerca, el agua daba la sensación de ser espesa, de un color desagradable entre verdosa y marrón, y el pantano dejaba de ser un espejo en el que se miraba el cielo para convertirse en algo amenazante, repleto de secretos ocultos.

—¿Por qué me has pedido que paremos? —preguntó, soltando las riendas. La manta raya había pasado de ser la más maniobrable de las aeronaves a la más estable de las balsas, y se mecía sobre las aguas con una cadencia hipnotizadora.

—Es peligroso que sigamos volando con este vendaval. Creo que lo mejor es que esperemos unos instantes a ver si amaina. Podemos aprovechar

mientras tanto para buscar alguna solución alternativa para el caso de que no sea así...

—¡Pero no quiero esperar! ¡Las posibilidades de encontrar bien a Noelia disminuyen con cada cubo que pasa!

—Lo sé, lo sé —asintió Tonio, tratando de calmarla—. Pero no seremos de gran ayuda si no llegamos a Antequera sanos y salvos, ¿no crees?

Laura se soltó del arnés y se puso en pie para echar un vistazo a su alrededor. Para tratar de pensar en realidad en otra cosa que no fuera la niña. El paisaje, en principio, no parecía tener mucha diferencia con el que se encontraría cualquier visitante en el mundo real. Una mirada más a fondo permitía descubrir unos curiosos animales, parecidos a pequeños monos, que se desplazaban por las copas de los árboles de la orilla confundiendo con el paisaje como si fueran camaleones de sangre caliente.

De repente se oyó un chapoteo en el agua.

—Deberías apartarte del borde de la manta raya —trató de decir Tonio, pero apenas pudo articular las dos primeras palabras. Algo atrapó a la chica por el tobillo y la arrastró a las aguas en el tiempo que dura un parpadeo.

—¡Joder! —exclamó, y se desabrochó el arnés. Corrió hacia el borde del animal y miró al agua. La superficie estaba en reposo, como si no hubiera pasado nada. Verde y espesa. Miró a la chica del oso, que había seguido sus pasos y se había arrodillado junto a él, tratando de vislumbrar algo a través de la suciedad. Ella le devolvió una mirada que, como de costumbre, no fue capaz de descifrar.

Si aquello, en vez de la vida real, hubiera sido una encuesta con cuatro posibles opciones y tiempo para pensar la respuesta, Tonio jamás habría hecho lo que hizo. Pero lo era, y algo acababa de atrapar a Laura, y la había arrastrado al agua, y se iba a ahogar, y los segundos contaban, y

Se lanzó de cabeza al agua.

La primera sensación que lo golpeó fue de repugnancia. Al contrario de lo que se podía suponer, el agua estaba cálida. Y espesa, muy espesa. No pudo evitar pensar que se trataba de una especie de líquido amniótico en el que flotaba la criatura que se había llevado a Laura.

Para alimentarse de ella.

Sabía que tenía que abrir los ojos para tratar de orientarse, para tratar de localizar alguna pista que lo condujese en la dirección correcta, pero tenía miedo de lo que el agua, por llamarla de algún modo, le pudiera hacer en los

ojos.

A pesar de ello, fue capaz de actuar contra su propio instinto de autoprotección y los abrió. La sensación fue como si un millar de diminutas agujas le atravesaran a la vez los globos oculares. Sin poder evitarlo, gritó, y el líquido viscoso accedió sin permiso a su interior, directo hacia sus pulmones.

En la superficie, unas burbujas delataron que algo no iba bien. La chica del oso se incorporó y se quedó de pie, mirando fijamente a la superficie del agua que, gracias a su viscosidad, había recuperado su aspecto inalterable. Se sujetó la barbilla como si estuviese debatiéndose en una especie de lucha interna que solo ella conocía. A su espalda, algo comenzó a moverse bajo la superficie y asustó a la manta raya que, sin nadie que la gobernase, levantó el vuelo de forma abrupta. La chica del oso vio que el mundo se volvía del revés, que el cielo ocupaba el lugar del suelo durante unas milésimas de segundo para después caer a la verde calidez de las aguas del Pantano del Agujero.



## CAPÍTULO 24: LO QUE HAY DEBAJO

Sus padres le inculcaron valores durante toda su infancia. La escuela primero y el instituto después lo prepararon para su vida de adulto, para que, en la medida de lo posible, tomara siempre las decisiones correctas.

Sin embargo nadie lo había preparado para morir, así que no sabía cómo se hacía.

Tonio sintió una sensación parecida a cuando se atragantaba con un vaso de agua, sólo que sus pulmones ya no contenían aire que le permitiese toser para expulsar el contenido extraño que los estaba invadiendo. Sintió que su pecho se contraía con unas convulsiones casi eléctricas en un último intento de conseguir una bocanada de aire fresco, salvador, que lo rescatara de lo que ya era inevitable. Y luego, nada.

Su pecho comenzó a expandirse y a contraerse de nuevo, rápidamente al principio, como en una crisis de ansiedad, para ir relajándose poco a poco a continuación y recuperar el ritmo normal.

Inspiración.

Espiración.

Estaba respirando el agua verdosa, como un feto en líquido amniótico.

Sintió un acceso de pánico que lo hizo manotear sin control alguno. Sintió que giraba sobre sí mismo varias veces, y cuando el cansancio lo hizo detenerse al fin, estaba completamente desorientado. No sabía si su cabeza apuntaba hacia la superficie o hacia el fondo, y los ojos le dolían de una manera insoportable, con una intensidad que nunca antes había sentido.

Pero seguía vivo.

Trató de calmarse, de aceptar la nueva situación. Inspiró el líquido caliente, y luego lo espiró poco a poco. La sensación de ahogo había desaparecido por completo, siendo sustituida por una de nueva factura, una que jamás había sentido antes, que se veía incapaz de definir. Al fin y al cabo, era la primera vez en su vida que respiraba líquido.

Una vez familiarizado con su nueva situación y superado el impacto inicial, todos sus sentidos se volcaron de nuevo en Laura. ¿Le habría pasado a ella lo mismo, o era una especie de superpoder que sólo disfrutaban los del otro

lado? Intentó olvidar el intenso dolor que le atravesaba ambos ojos y pensar en una solución que le permitiese dar con Laura antes de que se ahogara, o de que la criatura que la había capturado diese buena cuenta de ella.

Pero... ¿Cómo iba a conseguirlo si estaba sumido en la más completa oscuridad? ¿Si lo único que era capaz de distinguir eran...?

Figuras.

Dos figuras, dos siluetas de aspecto humanoide, de un rojo intenso que se recortaban contra la oscuridad. Una de ellas arrastraba a la otra, que pataleaba como intentando liberarse.

«Me he convertido en el puñetero Daredevil», pensó Tonio, y nadó con todas las fuerzas que fue capaz de reunir en dirección a las figuras, porque estaba convencido de que una de ellas era Laura.

Mientras, la chica sentía que los pulmones le iban a estallar. La criatura que la tenía atrapada contra su voluntad era fuerte como el acero. Atenazada por el abrazo del ser, le era imposible mover un solo músculo y sólo podía dejarse arrastrar hacia el fondo, cada vez más lejos de la superficie. El animal que la había capturado se movía a una velocidad endiablada usando simplemente sus piernas, su cola, o lo que quiera que fuese la parte inferior de su cuerpo. Laura estaba con los ojos cerrados, concentrada únicamente en aguantar la respiración el máximo tiempo posible, en retrasar al límite un final que parecía inevitable. De pronto sintió que el espacio a su alrededor se había reducido a la mínima expresión, como si su captor la hubiese introducido en una especie de tubo por el que se desplazaban con la velocidad de un misil que acaba de ser disparado. Y al instante siguiente, ya no había agua. Ya no estaba atrapada por el abrazo del ser. La cabeza le dio vueltas al detenerse de una manera tan repentina. Al pasar del agua al aire.

Inhaló una bocanada de oxígeno tan grande como pudo, como si tuviera que coger reservas para el resto de su vida. Un acceso de tos la hizo doblarse y caer de rodillas al suelo. El aire estaba viciado, caliente y húmedo, pero se podía respirar. Trató de abrir los ojos y, tras parpadear varias veces, consiguió por fin fijar la vista. Aunque ella no había visitado nunca uno y por lo tanto no podía compararlo, el ambiente era similar al de un acuario de los del mundo en movimiento. La luz del sol llegaba filtrada desde la superficie del pantano, sucia, teñida de un verde desvaído, pero al menos con la suficiente intensidad como para que no tuviera que preocuparse además por los que se arrastran en la oscuridad. El suelo y las paredes del túnel en el que

se encontraba parecían hechos de cristal tallado, sin pulir, basto. Laura nunca había visto nada igual, pero Tonio lo habría reconocido al primer vistazo: se trataba del agua solidificada de su mundo, el agua contenida en el pantano original, que en *La Pausa* parecía plástico. Algo había sido capaz de moldearla, de horadarla creando túneles. Algo con la capacidad de transformar en este mundo algo perteneciente al otro.

Se incorporó poco a poco, con precaución, preparada para tratar de repeler el ataque de la criatura que la había llevado allí. Se mantuvo encorvada, con los músculos en tensión, lista para saltar, como la gacela que se sabe observada por el león desde la distancia. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera utilizar como arma para defenderse, pero no había absolutamente nada. Se encontraba en una especie de habitáculo transparente, rodeada de burbujas atrapadas en el ámbar verdoso del agua sólida del pantano. A sus pies podía ver el agujero por el que la había traído su captor, un tubo de poco más de un metro de ancho. Al lado contrario, el lugar se dividía en tres pasillos igualmente horadados en el agua.

Al menos no había ni rastro del ser. No pudo evitar reprimir un escalofrío al pensar que quizás se encontraba en la despensa de la criatura. El pensamiento la hizo ponerse en movimiento. Tenía tres opciones que elegir, porque volver por donde había llegado la llevaría a una muerte segura: a la velocidad a la que la había traído su captor había llegado con el oxígeno justo; si tuviera que escapar nadando, jamás llegaría con vida a la superficie. Se dirigió a la confluencia de los tres pasillos tratando de encontrar algo que la hiciera decidirse por uno de ellos cuando un goterón de algo viscoso golpeó el suelo delante suya. Levantó la vista y la sangre se le heló en las venas al ver a la criatura que estaba pegada en el techo como una lagartija esperando a que se acerque la polilla que revolotea alrededor de la luz.

El ser tenía forma humanoide; su tronco y las extremidades, tanto las superiores como las inferiores podrían haber pasado perfectamente por las de un ser humano con un disfraz de Halloween. Un disfraz perfecto, que le hiciera parecer que tenía todo el cuerpo cubierto de finas escamas sobre las que se hubiera aplicado una capa de algún maquillaje transparente con el fin de darle un acabado húmedo y viscoso. Era en las manos y en los pies donde las diferencias con un ser humano saltaban a la vista, y donde por desgracia para Laura quedaba claro que el ser era real, no alguien disfrazado. Tanto los pies como las manos eran idénticos, una especie de palmera de fuegos artificiales

hecha de finos y largos huesecillos que conformaban dedos, siete para ser exactos, unidos entre sí por una membrana translúcida que recordaba al ala de un murciélago. Cada uno de los huesecillos terminaba en una ventosa del tamaño de un plato de postre, de unos diez o quince centímetros de diámetro, con las que se sujetaba al techo sin dificultad aparente.

Pero lo peor, con diferencia, era su rostro. Dos inmensos ojos totalmente negros ocupaban buena parte de ambos lados de su cara, mientras que en el lugar en el que una persona tendría la frente se alineaban otros cinco ojos de distintos tamaños, siendo el central el más grande, de aproximadamente la mitad de tamaño que los laterales, y haciéndose cada vez más pequeños conforme se alejaban de éste en dirección a las sienes. Sobre el ojo central una gran aleta membranosa se plegaba y se desplegaba rítmicamente, más alta cuanto más cerca del ojo estaba y disminuyendo paulatinamente su tamaño conforme se alejaba en dirección a la espalda. Una enorme boca que casi dividía su cabeza en dos secciones remataba el horroroso conjunto. Una lengua bífida asomó entre los labios apretados y vibró al aire como lo haría la de una serpiente.

A Laura apenas le dio tiempo a gritar al ver cómo el ser se soltaba del techo y caía sobre ella.

Fuera, Tonio nadaba a toda velocidad en dirección a las dos figuras que se marcaban en rojo en su recién estrenado sexto sentido. La viscosidad del líquido hacía que cada nueva brazada lo impulsara hacia delante con una potencia inimaginable en el agua normal, pero a la vez convertía el proceso en algo agotador. Cuando las figuras ocupaban ya buena parte de su campo de visión, algo lo hizo detenerse, una especie de fino velo carmesí translúcido que lo cubría todo. Frenó su avance y recuperó la postura erguida, balanceándose suavemente con las manos para mantener el equilibrio dentro del agua. Estiró el brazo, y su mano tocó una superficie suave a la vez que inamovible con un tacto parecido a la porcelana, pero mucho más basto.

«Es el agua real, el agua del pantano», pensó. Miró a su alrededor, porque era consciente de que nada del otro mundo se podía mover en éste, como había podido comprobar por experiencia propia un millar de veces. Tenía que haber algo, un punto de acceso, un hueco, que permitiera entrar dentro del agua solidificada. Se impulsó con las manos sobre el muro para alejarse un poco, para obtener una visión global del conjunto, para tratar de eliminar los árboles que le impedían ver el bosque, y tras unos instantes de duda lo consiguió. A

unos metros por debajo suya, una oquedad de finos y brillantes bordes que parecían dibujados con un láser rojo rompía la aparente inviolabilidad del muro. Nadó hacia él con desesperación, y con un miedo cerval a encontrarse que no era más que un efecto óptico, una falla en su radar recién estrenado. Sintió un alivio indescriptible cuando su mano se agarró al borde del túnel, y se impulsó dentro. Durante unos instantes no pudo nadar más que con el movimiento de sus piernas porque la escasa anchura del túnel no permitía dar una brazada. Por fortuna la claustrofóbica situación no duró demasiado, y acabó saliendo a un sitio más ancho.

Sin agua.

La experiencia de volver a introducir aire en sus pulmones fue tan traumática como cuando éste fue sustituido por líquido. Se clavó de rodillas en el suelo y vació toda el agua que llevaba en el interior de su pecho. La sensación fue como el peor de los vómitos multiplicado por mil. Sentía que se vaciaba entero, que el líquido escapaba de su cuerpo por la boca, por la nariz, por los ojos incluso, pero lo peor fue que cuando ya sus pulmones se vieron libres por fin del líquido invasor, el aire no entró enseguida. Durante unos interminables segundos pensó que aquello era el fin, que se moría, que no habría un después. Ni Laura, ni Antequera, ni Noelia, ni su padre... y finalmente, con un horrible ronquido, aspiró una bocanada de aire. Un aire asqueroso, cálido, mohoso... pero proveedor de vida.

Se mantuvo unos instantes aún sin ser capaz de moverse, en posición fetal, tirado en el suelo de dónde quiera que estuviese ahora. El recuerdo de Laura lo hizo incorporarse, tambaleándose, y pudo mantener el equilibrio sólo porque estaba apoyado contra la pared. Trató de abrir los ojos y las agujas volvieron a taladrarlo sin piedad. Si había algo de luz en la estancia, sus nervios ópticos se negaron a enviar la información al cerebro. Tuvo que confiarse de nuevo a su sexto sentido. Con los ojos cerrados, movió la cabeza como si realmente pudiera ver, como un perro olfateando su presa. De nuevo, las figuras se dibujaron ante él en su versión pixelada en tonos de rojo. Sin atreverse a separar sus manos de la pared, se alejó en dirección a las manchas con paso vacilante.

## CAPÍTULO 25: EN EL CENTRO DEL LABERINTO

La chica del oso giró varias veces sobre sí misma antes de detenerse. Daba igual si su cabeza apuntaba a la superficie o al fondo, porque ella no sabía nadar. La que era antes de llegar a este mundo no se preocupaba por nada más que por su ración diaria de cualquier cosa que la ayudara a olvidar. A olvidar quien era, a olvidar todo por lo que había pasado, a olvidar cómo seguir respirando.

La mujer que era al otro lado no quería seguir viva, porque cada nuevo día traía consigo una nueva necesidad de seguir olvidando, en un proceso sin fin, autodestructivo.

Lo malo era que el proceso no la destruía sólo a ella.

Tenía una víctima colateral.

Una víctima que debería haberle importado más que su propia vida, pero que ocupaba siempre el último lugar en su lista de prioridades.

Al llegar no recordaba su nombre.

Sin embargo, ahora no había una milésima de segundo en que pudiera borrarla de su cabeza.

Natividad.

Nat.

Su simple recuerdo la hizo dejarse llevar. Si no luchaba más, se acabaría el sufrimiento.

El sufrimiento por lo que acababa de hacer justo antes de verse arrastrada hasta aquí sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Y sin embargo, otro recuerdo surgió con una fuerza incontenible y flotó por encima del de la niña: el del hombrecito que la acogió y limpió su cuerpo y su alma. El que la liberó de sus adicciones, de sus demonios, de su pasado. Y a cambio sólo le pidió una cosa.

Que luchara. Que no se rindiese.

Apenas era capaz de recordar casi nada del tiempo que pasó en la cabaña. Sólo flashes, fogonazos de realidad inconexos flotando a la deriva en un mar de locura, de visiones, de monstruos interiores que trataban de devorarla y

escupir sus huesos. Y siempre, indefectiblemente, la máscara del hombrecito. Moviéndose en un remolino hipnótico, arrastrando la suciedad de su alma, poniendo palabras directamente en el interior de su cabeza sin que ningunos labios las pronunciasen.

Lucha.

No te rindas.

Y una promesa. La promesa de un futuro. La promesa de que alguien la iba a necesitar, de que su vida iba por fin a adquirir un sentido. De que estaba viva por algo.

Nat.

Noelia.

Tenía que salvar a esa niña, porque era lo correcto. Porque significaba su redención. Porque salvándola a ella, se salvaba a sí misma.

Y entonces, el tirón. Algo la agarró por el tobillo, y tiró de ella hacia arriba, con una fuerza inconmensurable, sacándola del agua.

Abajo, en ese mismo instante, Tonio estaba siguiendo una especie de rastro de calor, una neblina rojiza que se iba disolviendo y haciéndose menos visible a medida que pasaba el tiempo, y que no lo había hecho dudar ni un instante en escoger el túnel central de entre los tres posibles. Ahora veía como una de las figuras estaba en pie, a muy poca distancia de donde él se encontraba, mientras la otra yacía en el suelo, inmóvil.

Todavía, de vez en cuando, un acceso de tos trataba de limpiar los restos de líquido de sus pulmones. Tuvo que reprimir uno en ese momento. No quería alertar a quien se había llevado a Laura.

Sólo rezaba en silencio, pidiendo que no le hubiese hecho daño.

Que siguiera viva, porque su nueva visión no le permitía captar demasiados detalles, pero juraría que la figura que estaba en el suelo no se movía.

Que siguiera viva...

Y entonces llegó a su destino.

Captó una figura roja con forma casi humana que se plantó ante él y levantó su brazo, con la mano extendida apuntándole, una mano que parecía más un paraguas abierto rematado por monedas de muchos centímetros de diámetro. No quiso ni pensar en el horrible aspecto del ser, y por primera vez se alegró de tener ese simulacro de visión en lugar de su propia vista. Instintivamente calculó dónde la criatura debía tener su cabeza y lo golpeó con el puño cerrado, con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. Falló por mucho.

E inmediatamente un grito resonó en sus oídos. El grito de una mujer.

—¡Quieto!

—¿Laura?

—¡Déjalo que te toque!

—N... No entiendo...

De nuevo la figura, que se había retirado para esquivar el golpe, llenó todo su campo de visión, si es que podía llamar así a esa amalgama de rojos titilantes. El paraguas volvió a extenderse ante su cara y por instinto hizo el gesto de protegerse.

—Por favor, déjalo. Confía en mí.

Una vez más, la voz de Laura. Haciendo todo lo contrario a lo que su instinto le pedía a voz en grito, bajó los brazos, y dejó que la mano del ser le rodease la cabeza. El tacto era frío y pegajoso, como el del *slime* con el que su hermano jugaba constantemente.

«No voy a hacerte daño. Quiero ayudaros».

La voz retumbó en el centro de su cabeza. No era su imaginación, si no algo físico, pero parecía como si el sonido hubiese vibrado a través de los huesos de su cráneo, directamente hacia el cerebro, en vez de haber sido captado por los oídos.

—Q... ¿Qué demonios es esto? —atinó a preguntar, aún mareado por la nueva experiencia. Por la suma de experiencias, sería quizá más correcto decir. Después de respirar agua y haber estrenado un nuevo sentido de la vista, ahora le llegaba el turno al del oído.

«No podíais seguir en el agua. *El que devora* había puesto sus ojos en vosotros y ya no había escapatoria».

—L... Laura... Está hablando dentro de mí... ¿Quién es *el que devora*?

—No lo sé, Tonio. Hizo lo mismo conmigo... nos ha salvado de algo, no sé qué, pero le tiene un miedo horrible. He podido sentirlo cuando me ha tocado... —dijo Laura acercándose a él—. ¡Tus ojos! ¿Que les ha pasado a tus ojos?

Quiso explicarle lo del agua del pantano, lo de su nuevo sentido, su recién estrenada capacidad anfibia, pero no pudo hacerlo, porque el ser lo detuvo.

«Tú... ¡Tú eres distinto a todo lo que existe! ¡Tú no perteneces aquí! Pero entonces... pero entonces... ¿Habría alguna posibilidad? ¿Podría haberla?»

—¿Posibilidad de qué? ¿A qué se refiere? —dijo Tonio en voz alta, pero Laura no podía contestarle porque no sabía de qué le estaba hablando.



Ella no había oído las palabras del ser, que habían sido implantadas directamente en la cabeza de Tonio a través de sus manos.

Y entonces, surgieron otros más. Docenas de criaturas, moldeando el agua sólida con sus manos de paraguas rematadas por ventosas. Moviéndose dentro del ámbar como gusanos en la pulpa de una fruta. El radar de Tonio se llenó de puntos rojos. La imagen dejó a Laura impactada, incapaz de moverse un sólo milímetro. Las aletas dorsales de los seres vibraban en silencio, y aunque ni Tonio ni Laura podían saberlo, aquello era el equivalente a una multitud enfervorizada, un gentío hablando al mismo tiempo, sin orden ni concierto, incapaces de contener sus emociones.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tonio al no poder interpretar lo que significaba esa cantidad de manchas rojas y vibrantes que tenía ante él.

—N... no sé... parece que están... hablando entre ellos... —respondió Laura. Como si quisiera responder a su pregunta, el ser volvió a poner la mano sobre la cabeza de Tonio.

«No sólo eres tú. También es especial la chica de arriba. *El que devora* la ha encontrado. Debes ayudarla. Quizá entre los dos podáis. Quizá. Quizá.»

Laura volvió a preguntarle a Tonio qué era lo que ocurría, pero él aún seguía recibiendo información del ser, y lo siguió haciendo durante unos instantes más. Cuando la criatura apartó las manos de su cabeza, Tonio no dudó ni un momento acerca de lo que tenía que hacer.

—Tenemos que seguirlos. Nos van a llevar fuera. Algo está atacando a la chica del oso... Y creo que puedo ayudarle. Él cree que puedo... que podemos.

Varios de los seres se afanaron en horadar el agua sólida con el objetivo de acercar a Laura y a Tonio todo lo que fuera posible a la superficie. Simplemente acercaban sus manos al muro transparente y las hundían en él con la misma facilidad con la que un cuchillo caliente entra en la mantequilla. Luego las movían en círculos y la dura pared de ámbar verdoso daba paso a un túnel de paredes lisas, sin esquirlas, como de cristal derretido tras enfriarse. Sin pulir, basto, pero transitable, el túnel fue tomando forma poco a poco conforme los seres se adentraban en él. Laura iba justo detrás de ellos, abriendo paso a Tonio, que aún se movía con paso torpe, aunque decidido.

—¿Qué nos vamos a encontrar ahí fuera, Tonio?

—Ni idea. Bueno, al que devora. Pero ni idea, ya sabes. Sólo espero que lo que sea no haya hecho honor a su nombre y la chica del oso esté bien. Pero te

juro que como salgamos de esta le sacaré el nombre, aunque sea por las malas. Me siento imbécil cada vez que la llamo así.

Laura valoró la opción de preguntarle qué significaba imbécil, pero por el tono de la palabra y el sentido de la frase supuso que sería un insulto.

—¿Y qué vamos a hacer si es un monstruo horrible? Mira cuántas de estas criaturas nos están siguiendo, y ese lo-que-sea las aterroriza hasta el punto de hacerlas esconderse y no sacar la cabeza de sus túneles. ¿Qué pasa si...?

No pudo acabar la frase porque al llegar al límite entre el agua sólida del mundo normal y el agua viscosa de *La Pausa* y romper los últimos centímetros del túnel, ésta entró con la fuerza de un torrente, arrastrándolos a todos. Fue solo cuestión de un segundo, el que tardaron dos de los seres en recogerlos y nadar con ellos a una velocidad impresionante hacia el aire libre. Apenas tuvieron que aguantar la respiración unos segundos, y sus pulmones recibieron el aire fresco del exterior como la mejor de las bendiciones.

A Laura la sensación de alivio sólo le duró unos instantes, los que tardó en enfocar su vista en la horrible criatura que tenía ante sí. Tonio no pudo ver su aspecto físico, pero la impresionante magnitud de la mancha en su radar lo dejó sin habla.

*El que devora* tenía unas dimensiones sólo comparables a las de los dinosaurios más grandes. Al menos, la parte de él que permanecía a la vista, fuera de la superficie del pantano. Si al igual que ocurre con los icebergs, la parte más grande estaba oculta bajo el agua, era mejor no saberlo.

## CAPÍTULO 26: EL QUE DEVORA

Hasta ese momento, Tonio había estado convencido de que la ceguera sería temporal, de que iba a recuperar la vista en cuanto volviese a la superficie. Las malas noticias eran que no había sido así. Las peores, que iba a tener que enfrentarse a ciegas con la mole que tenía delante, y que no tenía ni idea de lo que podía hacer contra un ser de semejante magnitud.

Los anfibios, tras dejarlos a él y a Laura a una distancia razonable, se habían retirado a su escondite a esperar. Tonio no sabía qué era lo que habían visto en él y en la otra chica más allá de que eran de otro mundo, pero el hecho de que se hubiesen batido en retirada no le hacía pensar que tuviesen ni mucho menos la seguridad de que iban a salir con vida de aquello.

Nadó hacia donde estaba Laura tratando de no hacer ruido. Ambos se encontraban con el agua al cuello, tanto literal como metafóricamente.

—Laura... ¡Laura!

—Q... ¿Qué? —respondió, como saliendo de un trance. No podía apartar la vista de la monstruosidad que se encontraba a unas decenas de metros de ellos.

—Dime qué es lo que estás viendo

—N... ¿No puedes ver nada? —le preguntó, aún sabiendo la respuesta de antemano. El blanco de los ojos de Tonio era rojo sangre.

—Veo, pero de otra forma... no veo los detalles, sólo manchas, como una cámara de infrarrojos, o un radar.

Laura obvió preguntar qué demonios era eso. En lugar de ello, trató de describir la dantesca escena.

La parte de la criatura que sobresalía del agua era una especie de bolsa de plástico oscuro que se hubiese arrastrado por el cieno con la intención de camuflarla. Podía medir unos diez o quince metros de alto. Era una especie de cruce entre un pulpo y una araña, porque a pesar de que sus innumerables tentáculos estaban cubiertos de ventosas de distintas dimensiones en toda su superficie, en ocasiones parecía como si tuviesen articulaciones, como las de las extremidades de las arañas. El espectáculo visual era horrible e hipnotizador a un tiempo, porque las patas pasaban constantemente de estar

articuladas, con tres codos perfectamente definidos, a convertirse en tentáculos flácidos, como si los huesos pasaran de estado sólido a gelatina una y otra vez. Uno de esos tentáculos tenía agarrada por el tobillo a la chica del oso y la zarandeaba boca abajo, de un lado a otro, con una parsimonia y una delicadeza terrorífica que recordaba al movimiento de una mantis.

—Es... es una gigantesca araña de barro con tentáculos. Tiene agarrada a la chica del oso. Creo... creo que se la va a comer.

Tonio ya sabía lo de la chica. Brillaba en rojo intenso, mucho más que la mole, que era de un rojo apagado. Toda, menos un diminuto punto en el centro.

No sabía qué hacer. No sabía qué esperaban de ellos las criaturas anfibias. Si Álvaro y Bicho hubiesen estado allí, la cosa habría sido totalmente distinta. Era lo que había temido desde el principio, pero no imaginó que fuera a necesitarlos tan pronto. En silencio, maldijo al hechicero y a su cerrada negativa a permitir que los acompañasen.

Bicho hubiese hecho papilla en un suspiro al que devora, que habría acabado siendo el devorado.

Pero no era tiempo de lamentos. Ellos no estaban allí, no había posibilidad de pedirles ayuda, ni de todos modos, aunque lo hiciera, iban a llegar a tiempo para salvarle la vida.

El monstruo acercó el tentáculo que sujetaba a la chica a la bolsa que era su cuerpo, y una fauces de pesadilla se abrieron en su superficie.

—¡Se la va a comer!

¿Y qué? ¿Qué podía hacer él para evitarlo?

No era un superhéroe, era un chico normal, atrapado en un mundo extraño, cuyas reglas desconocía. Y ella no significaba nada para él, ni siquiera se dignaba a dirigirle la palabra, oculta tras un aire de superioridad que le hacía sentirse pequeño como un insecto.

—¡TONIO, SE LA VA A COMER, TENEMOS QUE HACER ALGO!

—Yo... yo... no sé qué podemos hacer... no sé cómo...

El tentáculo se situó justo encima de la boca, y dejó de balancear a la chica. La tenaza sobre su tobillo se aflojó y...

Laura apartó a Tonio de un empujón y comenzó a palmotear la superficie del agua, gritando como una posesa. El ser se detuvo y alejó el tentáculo de las fauces. El resto de los tentáculos se solidificaron y se transformaron en una maraña de patas que caminaban sobre las aguas. A una velocidad impensable para un ser de tal tamaño, se lanzó a por ella. En un suspiro la mole llegó a

donde estaba Laura y un tentáculo grande como un acueducto cayó sobre ella y la arrastró a las profundidades del pantano. El grito de Tonio quedó ahogado por el ruido del agua. Sintió que la rabia le ardía en las entrañas con una fuerza incontenible. El tentáculo salió del agua llevándose a Laura consigo. Estaba inmóvil, y Tonio rogó en silencio porque sólo hubiese perdido el sentido por el impacto. El ser puso entonces toda su atención sobre él, y repitió el procedimiento que había seguido con las dos chicas.

Aunque Tonio no pudo verlo, el inmenso tentáculo se alzó ante él. El agua resbaló desde las ventosas y cayó al pantano como una catarata artificial al tiempo que se alejaba hacia arriba con un movimiento que le pareció en cámara lenta, en su perpendicular, cogiendo impulso para aplastarlo y arrastrarlo hacia el fondo. Aunque debía haber sentido miedo, no le quedaba sitio para otra emoción que no fuese la rabia. Levantó las manos en un inútil intento de protegerse, y al hacerlo vio cómo brillaban. No tenía ni idea de qué aspecto tendrían bajo el prisma de la visión normal, pero en su vista infrarroja refulgían como un hierro recién extraído de la fragua. Los segundos se convirtieron en horas cuando el tentáculo inició el descenso hacia él, y recordó la espada en las manos de Álvaro cuando sesgó la cabeza del oso.

*Hay cosas que aún es demasiado pronto para que sepas, compañero.*

Las palabras de Álvaro resonaron en su cabeza. Sus manos brillaron con más intensidad, y entonces sintió peso, sintió que sujetaba algo donde un momento antes no había nada. Instintivamente, golpeó con todas sus fuerzas, describiendo una media luna, al tentáculo que bajaba sobre su cabeza.

El monstruo retrocedió con un sonido terrible, el barritar aterrorizado de una manada compuesta por cientos de elefantes. Los ojos ciegos de Tonio le devolvieron un extraño mosaico rojo en el que el ser mantenía en alto el tentáculo con el que un momento antes iba a atacarle, como un camarero sosteniendo la bandeja llena de vasos con líquido para evitar que se derramara ni una gota. Sin embargo, no parecía estar teniendo mucho éxito porque una especie de velo translúcido se vaciaba desde él hacia el agua del pantano. El punto rojo intenso en el interior de la criatura comenzó a agrandarse y a encogerse rítmicamente a toda velocidad.

«Es su corazón», pensó Tonio. «Tiene miedo porque le he hecho daño. No sé cómo, pero se lo he hecho, y no está acostumbrado a sentir dolor».

Y sin pensarlo dos veces hizo el gesto de lanzarle lo que tenía en las manos, aunque sus ojos insistían en decirle que allí no había nada más que un brillo

que jamás había visto antes.

El punto rojo que —suponía— era el corazón de la bestia se dividió en dos mitades y dejó de moverse. No hubo ruido de ningún tipo, al contrario, durante unos instantes el mundo se tiñó de silencio. Los tentáculos, que durante la lucha habían sido patas de araña cubiertas de ventosas, se volvieron gelatina. *El que devora* cayó como una marioneta a la que se cortan las cuerdas, a plomo, muerto. El sonido del enorme cuerpo al chocar contra el agua fue inenarrable, espectacular, asombroso. El agua, espesa, elevó a Tonio varios metros antes de volver a dejarlo en su lugar inicial, y el proceso se repitió unas cuantas veces, perdiendo potencia en cada una de ellas. La sensación era como si alguien hubiese cubierto la superficie del pantano con una finísima película de plástico. No hubo tsunami que arrasara la orilla, tan sólo una gran elevación de las aguas que volvieron a su lugar tras unas breves pero intensas ondulaciones.

Laura y la chica del oso, a las que Tonio percibía como dos figuras humanas que estuvieron brillando en un rojo intenso durante toda la lucha que acabó con la vida de la monstruosa criatura, siguieron haciéndolo al ser arrastradas con ella al fondo del pantano.

No tuvo tiempo para celebrar ninguna victoria. Ni siquiera de preguntarse cómo había podido vencer a la mole. Ya lo haría más adelante, aunque sabía que no iba a ser capaz de encontrar ninguna respuesta razonable. Ahora la prioridad era rescatar a las chicas del fondo del pantano antes de que fuera demasiado tarde, y comprobar que estaban bien. Cada instante contaba. Se zambulló y buceó en dirección a la figura roja que señalaba dónde se encontraba Laura. La agarró de un brazo y tiró de ella hacia arriba. Sintió que una oleada de terror lo invadía al descubrir que no había forma de rescatarla. El pie derecho había quedado atrapado por uno de los tentáculos. Tiró con todas las fuerzas que pudo reunir, pero el problema era que no tenía superficie de agarre donde poder apoyarse, por lo que ninguna fuerza que aplicase era efectiva. Nadó hacia el tentáculo que la tenía atrapada, pero era totalmente imposible que pudiera moverlo ni un milímetro él solo. Comenzó a sentir la necesidad de respirar el agua, y eso lo agobió aún más, porque significaba que el aire de los pulmones de Laura se estaría agotando también. Y eso para ella significaba una muerte segura. Gritó de rabia bajo la superficie y un grupo de grandes burbujas plateadas escapó desde su boca hacia arriba, hacia donde se podía respirar, hacia donde Laura podría seguir viviendo, si es que conseguía

liberarla. Volvió a tratar de agarrar el tentáculo, pero sus dedos se deslizaban por la resbalosa superficie. Intentó clavarle las uñas para tirar de él sin ningún resultado; la piel era tan dura como el plástico. Cuando la desesperación comenzaba ya a ganar la batalla, cuando empezaba a darlo todo por perdido, una forma que ya había empezado a serle familiar apareció en su campo de visión, en su pantalla de escala de rojos. Era como un paraguas rematado por una moneda al final de cada varilla. Sólo que no eran monedas, si no ventosas. Era la mano de un anfibio. Y a esa primera mano se unió otra, y otra, y otra más. En un instante, decenas de manos rematadas por ventosas se adherieron a la superficie del tentáculo y, con la impresionante potencia de nado de sus extremidades inferiores, lo movieron lo suficiente como para permitir a Tonio liberar el pie de Laura. Aunque su primer impulso fue nadar con ella hacia la superficie, permitió que uno de los anfibios se la arrebatara de las manos. Había dos hechos irrefutables: uno, que Laura tenía muchas más probabilidades de sobrevivir cuanto antes respirase una bocanada de aire, y la velocidad a la que el anfibio la iba a llevar a la superficie estaba a años luz de la que podría alcanzar él aunque nadase con todas sus fuerzas, y dos, que ocuparse ahora de Laura significaría condenar a la chica del oso. No había mucho que decidir, así que se despidió de Laura acariciando su pelo y se lanzó a por la otra mancha roja, la que indicaba el lugar en el que se encontraba la otra chica. Tan pronto comenzó a nadar, uno de los anfibios lo agarró del brazo y lo llevó a su destino.

«Gracias por darnos la libertad», vibró en su cráneo momentos antes de que lo soltara, ya muy cerca de la chica. Aunque su visión la mostrase roja, estaba convencido de que ello no implicaba que desprendiese calor, como demostraba el hecho de que podía ver a los anfibios, cuyo aspecto daba a entender que eran seres de sangre fría. Las últimas brazadas hacia el lugar exacto en el que se encontraba la chica le fueron arrebatando las esperanzas de encontrarla viva. Había pasado demasiado tiempo. Si al menos Laura lo hubiera conseguido...

Estaba tumbada sobre el fondo cenagoso que se posaba sobre el agua solidificada del otro mundo. Había perdido la consciencia, pero seguía viva. Lo sabía porque, en su versión del mundo en tonalidades rojizas a baja resolución podía apreciar cómo su pecho subía y bajaba con una cadencia constante y relajada, conforme sus pulmones extraían sin esfuerzo el oxígeno del agua, como si llevase respirándola toda la vida. Ello demostraba que los

superpoderes venían de serie por el hecho de ser del mundo que se mueve. Cómo muestra, tanto él como la chica eran capaces de respirar bajo el agua, Álvaro podía crear una especie de sable láser de mercadillo, y él... bueno, él lo que quiera que fuese lo que había creado por puro instinto para derrotar a la bestia. Y a eso habría que añadir su versión *sui generis* del radar. Tonio le pasó un brazo por la cintura y comenzó la ascensión hacia la superficie. Quería llegar lo antes posible, antes de que ella recuperase la consciencia, para evitar que abriese los ojos. Con un Daredevil en la expedición, ya era más que suficiente.

Tan sólo un instante después, Tonio salía hacia la orilla. Un par de anfibios acudieron a toda prisa a ayudarle con la chica del oso, que despertó por las malas cuando sus pulmones se vieron obligados a cambiar de nuevo su método de suministro de oxígeno. Tanto ella como Tonio estuvieron un buen rato expulsando todo el agua, un proceso tan agradable de ver como el de un borracho vomitando de su estómago todo lo que le sobra.

Tonio se recuperó antes; parecía ser que, como en el mundo que se mueve, en el lado inmóvil la experiencia también era un grado. Al ser la segunda vez que repetía el proceso, su organismo se estaba acostumbrando y ya no era tan traumático. Lo primero que hizo al recuperar el control de su cuerpo fue levantarse y llamar a Laura a voz en grito. Su radar aparecía sembrado de figuras rojas; al acabar la amenaza de el que devora, los anfibios se habían atrevido a salir a la superficie y estaban disfrutando el momento. Entre tanto caos era incapaz de aislar la figura de la chica de las de los otros seres.

—¡Tonio! ¡Aquí!

Al oír la voz de Laura todo su cuerpo se relajó de inmediato. Vio acercarse a una figura corriendo hacia él, y luego sintió el calor de su cuerpo contra el suyo al fundirse en un abrazo.

—¿Estás bien? —le susurró al oído, suplicando que aquel momento no acabara nunca. Quería seguir así, abrazándola, hasta el final de los tiempos.

—Sí, perfectamente, no te preocupes. Ellos me han contado lo que has hecho... como has acabado con el monstruo y nos has salvado a todos... sabía que podías hacerlo.

Sintió cómo la cabeza de la chica se separaba de su oído lo suficiente como para posar los labios en los suyos. Su corazón latió al ritmo de *La Pausa*, a una velocidad endiablada, y le devolvió el beso.

—Tus ojos... —susurró ella con tristeza en cuanto sus labios se separaron,



sujetándole la barbilla para poder verlos bien. Su aspecto no había mejorado ni un ápice.

Un grito desgarrador acabó con el momento, cortándolo en seco. Los dos se giraron, sobresaltados, y cada uno a su propia forma, vio la escena. La chica del oso estaba en el suelo, sentada, y trataba de retroceder presa del pánico sin mucho éxito, porque sus zapatos resbalaban en la arena suelta de la orilla. Ante ella, un anfibio extendía la mano con la intención de tocarle la cabeza.

—¡Eh, tranquila, no pasa nada! —gritó Laura mientras corría hacia ella, tratando de calmarla. La chica la miró con desconfianza.

—¿Qué mierda es esa cosa?

—Pero si habla y todo —soltó sarcásticamente desde la distancia Tonio, mientras echaba a andar con torpeza hacia ella—. Déjalo que te toque, es su forma de comunicarse, no te va a comer.

—Y una mierda me va a poner las manos encima la rana Gustavo ésta...— protestó de nuevo, tratando de alejar la cara de la mano membranosa del anfibio. Sin embargo, la postura en la que se encontraba no le dejaba mucho margen de maniobra, y al final no pudo evitar su contacto. En apenas unos minutos, vio todo lo que había pasado a través de los ojos del ser. Una vez dijo todo lo que tenía que decir, rompió el contacto y se alejó de ella.

—Joder —susurró, recuperando el aliento. Tonio la dejó unos minutos para que digiriese lo que acababa de pasar; sabía por experiencia propia que el hecho de que alguien coloque directamente imágenes, frases o ideas en tu cabeza te deja sin aire, como un directo a la boca del estómago.

Una vez consiguió recuperar la calma, prosiguió

—Gracias... creo que te debo una disculpa. No he sido *miss simpatía*, precisamente...

—No hay nada que disculpar, todos estamos un poco... desubicados, por decirlo de alguna manera...

—¿Qué te ha pasado en los ojos? No tienen muy buen aspecto...

—El agua del pantano... No sé qué es lo que tiene, pero... me ha dejado ciego...

—No fastidies... Pero te manejas como si pudieras ver...

—Es un poco largo de contar... ahora lo hablamos con calma y vemos de qué manera vamos a salir de aquí... porque la manta raya ha desaparecido...

Laura intervino en la conversación, poniendo un poco de esperanza.

—Creo que eso lo puedo arreglar, si no se ha ido muy lejos... depende de lo

asustada que estuviera...

Tras terminar la frase, frunció los labios de una forma curiosa y sopló con fuerza. Un extraño sonido rasgó el aire, suave al principio, y subiendo de intensidad en una curva suave para luego bajar y apagarse.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Tonio, pero la mancha roja aplastada que vio aparecer flotando sobre la escena le sirvió como respuesta. La manta raya los sobrevoló unos instantes, como si estuviera valorando la peligrosidad de posarse en el suelo, y finalmente aterrizó junto a ellos con suavidad.

—La leche —dijo la chica del oso.

—Todos estamos hechos polvo, ha sido una experiencia muy dura... —dijo Laura, comprobando que todo estaba en orden sobre la manta raya—. Pero cada cubo que pasa, las posibilidades de encontrar a Noelia sana y salva se complican... —hizo una pausa antes de continuar, y no pudo evitar que se le empañara la mirada—. ¿Lo intentamos de nuevo? Puede que el viento haya amainado...

—Yo puedo seguir, pero me temo que no voy a ser de mucha ayuda para seguir las indicaciones de la carretera, y Laura no sabe leer, así que eso te deja a tí al cargo... —dijo Tonio, señalando a la chica del oso—. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas descansar?

—Ahora mismo no hay nada en el mundo que me importe más que esa pequeña —respondió, tratando de sepultar en lo más profundo de su ser lo que había hecho con su propia hija, aún sabiendo que jamás, aunque viviese milenios, pasaría un solo segundo en el que no estuviese pensando en ella—. Por supuesto que estoy preparada.

De un salto, subió a la manta raya y al hacerlo el mundo dio una vuelta completa y a punto estuvo de dar con sus huesos contra el suelo.

—Eh, con calma —dijo Laura, ayudándola a asegurarse el arnés—. Déjame mirar en la bolsa, seguro que el hechicero nos ha dejado alguna cura por si necesitábamos...

De repente, se paró en seco. Tonio ya se había sentado en su sitio y estaba asegurándose también.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Si te lo digo no vas a creerlo, porque no lo puedes ver... —respondió ella, acercándole a la chica del oso un paquete envuelto en una especie de gasas, con unos dibujos en la superficie.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Tonio, impaciente. Su radar solo captaba un objeto mediano, del tamaño de una pelota de tenis, quizás un poco más grande.

—Joder con el hombrecito. Me empieza a dar un poco de miedo... —susurró la chica del oso.

—Venga ya, decídmelo de una vez...

—Es un paquete con unas gasas que parecen hechas con una especie de tela vegetal, y en el centro tienen un pegote de crema que no pienso tocar, porque parecen mocos...

—¿Y qué? Hay algo más, porque si no, no os habría llamado tanto la atención. ¿Qué me estoy perdiendo? Espero que esa asquerosidad no sean nuestras provisiones, porque no pienso comerme algo que parece el resultado de un estornudo de Bicho...

—Lo que te pierdes son los dibujos... son las instrucciones de uso. Tienes que aplicarte la pomada en los ojos, y luego taparlos con la gasa anudándola alrededor de tu cabeza, como si jugases a la gallinita ciega...

## CAPÍTULO 27: UNA VISITA INESPERADA

La manta raya despegó con suavidad y comenzó el ascenso para comprobar si el viento había amainado y podían proseguir el viaje, o si por el contrario tenían que buscar alguna solución alternativa. La vista panorámica del pantano era inigualable. El cadáver de *el que devora* ocupaba buena parte de la escena, y al verlo, Laura se preguntó cuánto daño había podido causar esa inmensa criatura a los seres que ahora se movían por fin libres por la superficie, después de pasar Dios sabe cuánto tiempo obligados a recluirse en las galerías subacuáticas que ellos mismos construían. El nombre con el que se referían a aquel ser lo decía todo. *El que devora*. ¿A cuántos de ellos habría devorado?

—No puedo dejar de pensar en el hechicero —dijo Tonio, sacándola de sus pensamientos. Laura le había cubierto los ojos con la venda tras aplicarle el ungüento, y aunque el escozor había remitido hasta hacerse casi inapreciable, lo que a él realmente le preocupaba no era el dolor o el escozor, si no el miedo que empezaba a sentir ante la posibilidad de que su vista no volviera. De momento, no podía quejarse de la versión en manchas rojas porque al menos le permitía moverse sin ayuda, pero la prefería en Ultra HD y Real 3D, a ser posible.

Sin previo aviso una rabia incontenible e inesperada le comenzó a arder en la boca del estómago. Quizá fuera el exceso de adrenalina por todo lo que había pasado, o quizá la impotencia acumulada por el tiempo que llevaba atrapado en *La Pausa*, lo cierto era que toda la tensión acumulada bajo la superficie salió a flote sin que pudiera evitarlo.

El trozo de la venda que sobraba tras hacerse el nudo en la parte de atrás de la cabeza comenzó a aletear con el viento.

—¿Cómo podía saber que iba a necesitar una cura para los ojos? Es como si pudiera ver el futuro, como si supiera lo que iba a ocurrir... ¿Y si es así, por qué no permitió que nos acompañaran Álvaro y Bicho? ¡No hubiera hecho falta el puñetero ungüento porque no habría perdido la vista, ellos habrían acabado con *el que devora* en un suspiro! ¡NO LO ENTIENDO!

Laura abrió la boca con la intención de decir algo que pudiera calmar a

Tonio, quien había ido incrementando el volumen de sus palabras conforme salían de sus labios. Era como la válvula de escape de una olla a presión, y una vez que el vapor había empezado a salir no parecía fácil revertir el proceso. Y por si eso fuera poco, cualquier cosa que pudiera decir ella no iba a conseguir más que poner las cosas peor, porque confiaba ciegamente en el hechicero y estaba convencida de que si lo había hecho así, era con un propósito que a ellos se les escapaba. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, se le adelantó la otra chica.

—Sí que es raro... y no puedo negar que asusta, pero... Creo que tenemos que confiar en el hombrecito... Lo que ha conseguido conmigo es...

—¡No, por ahí no voy a pasar! ¿Ha conseguido desengancharte de tus mierdas? ¡Enhorabuena! ¡Eso mismo lo hubieras conseguido en una clínica en condiciones en el lado que se mueve! ¡Aquí te curas las adicciones por las buenas o por las malas, porque NO HAY NADA QUE CONSUMIR! ¡No hay peligro de recaída! ¡Joder, si hasta puede que te haya curado el aire, no sabemos nada de nada! ¡PERO YO ME HE QUEDADO CIEGO Y ÉL SABÍA QUE IBA A PASAR!

—¡Qué mierda sabes tú de mi vida! ¡Tú no tienes ni idea de todo por lo que he pasado! ¡NO TIENES NI PUÑETERA IDEA DE LO QUE HE HECHO! ¡Lo que ha conseguido ese hombre no lo habría podido hacer ni la mejor clínica del mundo, ni los mejores especialistas, ni aunque lo dejarán todo y se hubieran dedicado a mí en exclusiva! ¡TÚ NO SABES NADA!

—¿Y qué voy a saber si no te has dignado a dirigirnos la palabra? ¡SI NO SABEMOS NI CÓMO TE LLAMAS!

—¡YA... ESTÁ... BIEN! —gritó Laura dando un tirón brusco de las riendas que casi hace que la manta raya cayese en barrena—. ¿Pero no os da vergüenza? ¿Os estáis oyendo? ¿Dónde queda eso de que lo importante es Noelia? ¡Estáis demostrando que poco os importa más que vuestros problemas!

Un incómodo silencio creció entre ellos, sólo roto por el ulular del viento, que aumentaba conforme iban ganando altura.

—Yo... lo siento —dijo la chica del oso en voz baja. Me he dejado llevar...

—Yo también lo siento —asintió Tonio avergonzado. Por primera vez en mucho tiempo se preocupó por lo que habría pensado su madre si hubiese contemplado la escena que se acababa de montar.

—María —susurró la chica del oso.

—¿Cómo? —preguntó Tonio desubicado.

—Mi nombre. Me llamo María.

—Bien. Pues Tonio, María, vamos a centrarnos en lo que realmente importa y vamos a dejar las peleas de niños para cuando haya tiempo —soltó Laura en un tono que imponía respeto. Sin mirarlos, y sin estar en realidad segura de cómo había conseguido controlar la situación, movió de nuevo las bridas y la manta raya siguió ascendiendo. Apenas unos metros más arriba, una racha de viento que parecía venir de todos lados a un tiempo hizo que el animal saltara como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica.

—¡Baja! ¡Baja! —gritó Tonio. Se sentía como si hubiese estado tratando de superar el récord de permanencia sobre un toro mecánico, con la leve diferencia de que, si no hubiese conseguido mantenerse en su asiento, la caída hubiera sido mortal de necesidad.

—¿Por qué todo sale mal? —sollozó Laura bajando hasta donde el animal era controlable. Algo parecía querer evitar a toda costa que rescatasen a la pequeña, y comprobar cómo iba pasando el tiempo sin que hubiese ningún avance, ninguna noticia positiva, le estaba arrancando el alma a bocados—. ¡Es imposible continuar en cuanto llegamos a cierta altura!

Las lágrimas acabaron por aflorar a sus ojos, y el rostro se le contrajo en una mueca de impotencia por no poder controlarlas. Tonio supuso lo que estaba ocurriendo aunque no podía verlo.

—Eh, vamos, no te preocupes —le dijo, poniéndole una mano en el brazo con cariño—. Nada ni nadie nos va a impedir llegar hasta Noelia. Si no podemos ir por arriba, volaremos a ras de suelo. Sólo tardaremos un poco más, eso es todo.

—¿Sí? ¿Me lo prometes? —preguntó queriendo aferrarse a la más mínima esperanza mientras se enjugaba las lágrimas.

—Por supuesto.

El silencio se instaló de nuevo entre los tres mientras Laura conducía con maestría al animal hacia la carretera. María no sabía si Tonio había mentido de forma consciente, o si realmente no conocía el camino tanto como presumía, pero ella sabía a ciencia cierta que el último tramo, en la zona del Puerto de las Pedrizas, era conocido por sus fuertes vientos. Y allí no había forma de bajar para evitarlos.

La carretera, aunque no estaba colapsada de tráfico, sí que se encontraba

transitada por una cantidad importante de vehículos. Era sábado por la tarde, lo que eliminaba buena parte del tráfico pesado de los días laborables, pero a cambio había que lidiar con los turismos de la gente que iba a disfrutar de un día de campo o salía a pasar el fin de semana en cualquiera de las provincias del resto de la parte occidental de Andalucía, no en vano Antequera siempre había sido considerada el centro de Andalucía por su posición privilegiada y sus excelentes comunicaciones.

La manta raya se sumó a la marea de coches, un singular turismo que evitaba los atascos volando a un par de metros sobre los techos de sus colegas metálicos. A esa altura, el viento no pasaba de ser una simple molestia que obligaba a entrecerrar los ojos.

—Qué molesto —se quejó María, colocando la mano delante de los ojos con la palma hacia fuera para relajar unos instantes el ceño.

—¿El qué? —preguntó Tonio. Evidentemente, a él no le afectaba, con los ojos cubiertos por la venda.

—El viento. No deja abrir los ojos —respondió María.

—Eso es porque llevamos el modelo básico y no trae el parabrisas de serie —bromeó Tonio.

—Ja, ja —soltó ella con sarcasmo—. Ha sido un chiste tan pésimo que me ha dejado la garganta seca—. ¿Dónde está el agua?

—En la parte de atrás. Tienes que soltarte para cogerla —explicó Laura—. ¿Quieres que nos detengamos?

—No, no creo que haga falta. Ve un poco más despacio y ya está. Este bicho es muy grande, lo único que puede pasar es que me caiga de espaldas, pero su carne es blandita como un colchón. Ni se me ocurre acercarme al borde, puedes estar tranquila.

Laura hizo un gesto para indicar que estaba de acuerdo, a la vez que tiraba suavemente de las bridas para bajar la velocidad a la que se desplazaban. María se soltó el arnés y se levantó con cuidado del asiento. Esperó a acostumbrarse al vaivén antes de atreverse a dar un paso. La manta raya pasó sobre un turismo familiar de color plata, y el sol arrancó destellos de la carrocería. Sin apartarse aún del arnés, agarrándose a él con su mano derecha, rodeó el asiento y se encaminó hacia la parte de atrás, donde estaban las provisiones, con la gracia de quién patina por primera vez sobre hielo.

—¿En qué parte está el agua? —preguntó al ver la amalgama de bolsas hechas con tejido vegetal perfectamente anudadas. Le daba pereza ir desatando

una a una hasta dar con ella.

—Supongo que debe ser la más grande. Hemos traído suficiente agua como para sobrevivir varios cubos de los más pesados.

Tonio giró la cabeza de manera instintiva, porque aún no se había acostumbrado al hecho de que no iba a poder ver nada. Y sin embargo no fue así. Vió algo que sólo era visible a sus ojos.

—¿Qué es eso? —gritó. Junto a la mancha roja que representaba a María había una mucho más pequeña, que se movía a saltos, como a impulsos.

—¿Qué es qué, joder? —protestó María sin poder mantener el equilibrio. Tonio vio caer a su versión roja, y la mancha más pequeña le saltó encima.

—¡Ahh! ¡Aquí hay algo! ¡Me ha mordido! —gritó María, sujetándose la mano izquierda. En el dorso, cerca del borde de la mano, había aparecido una media luna de diminutos colmillos, como la mordedura de un perro pequeño.

—¿Qué es? —preguntó Laura sin atreverse a apartar la vista de la carretera.

—¡No lo sé! ¡Me ha mordido algo! ¡Creo que está escondido entre las bolsas!

—¿Pero qué dices? ¡Si lo tienes justo delante tuya! —le advirtió Tonio.

—¡Ya habló el de la gallinita ciega, con los ojos vendados! —respondió de malos modos María—. ¡Aquí no hay nada, te he dicho que lo que sea, está entre las bolsas! ¿Te crees que no tengo ojos en la cara? —protestó, meneando ostensiblemente la mano delante suya, lo que le sirvió para ganarse otro mordisco salido de la nada. Una nueva media luna se le dibujó en la otra mano, aproximadamente a la altura de la de su hermana gemela.

—¡Aaaayyyy! ¡Otra vez, joder! ¡Hay algo invisible que me está mordiendo!

—¡Pues hazme el puñetero favor de no provocarlo más! —ordenó Tonio—. ¡Vamos a tener que hacer algo con tus problemas de control de la ira!

María tuvo que morderse los labios para no replicar. De hecho, lo consiguió a duras penas, gracias a que Tonio intervino de nuevo sin darle tiempo a contraatacar.

—¡Se está moviendo! ¡Va hacia las bolsas!

A los ojos de Tonio, una figura roja diminuta, sin definir apenas, se desplazó con parsimonia desde donde se encontraba María hasta las bolsas. Calculó que debía medir aproximadamente lo mismo que un balón de fútbol. Una de las bolsas se desanudó sola ante los ojos de las chicas. Él, sin embargo, vio a la mancha roja trasteándola con una destreza casi humana. Una vez el nudo estuvo suelto, la bolsa se abrió y una fruta parecida al plátano, pero con la piel cubierta de rayas que le daban un aspecto atigrado, levitó desde el interior y



se mantuvo durante unos instantes en el aire. Luego, comenzó a pelarse por sí sola, dejando a la vista la jugosa pulpa verde como un kiwi maduro. A renglón seguido, la parte superior desapareció dejando unas marcas idénticas a las de los dientecllos que se dibujaron en el dorso de la mano de María.

—¿Qué... es... eso? —balbuceó ella, boquiabierta. Ante sus ojos, la realidad se distorsionó, como si alguien hubiese colocado delante suya un cristal de aumento con la forma de una figura animal troquelada. Poco a poco, desde el contorno hacia adentro, se fue rellenando, perdiendo invisibilidad, como si se le fuese aumentando la opacidad en un programa de retoque fotográfico para hacerla más evidente. En apenas unos segundos, Laura y María pudieron ver perfectamente a una criatura pequeña, parecida a un mono de grandes ojos, orejas diminutas y pelaje blanco y áspero, como hecho de trozos de fibra de vidrio. Sujetaba entre sus pequeñas manos de cinco dedos la fruta que ya casi estaba acabando de devorar. La figura roja no experimentó cambio alguno a los ojos de Tonio.

—¿Ya lo veis?¿Qué es? —preguntó éste.

—Un puñetero mono enano con muy mala leche —respondió María. El animal, sin perder ni un ápice de interés en la fruta, seguía la conversación con la mirada mientras masticaba con verdadero deleite.

—¿Los conoces, Laura?¿Son peligrosos? —insistió Tonio.

—Es la primera vez que veo uno... por decir algo, porque casi no lo veo —dijo Laura con un ojo en la carretera, que empezaba a parecerse a una sinuosa serpiente, con continuas curvas a izquierda y derecha que se sucedían constantemente—. No parece peligroso, más bien... adorable.

Los ojillos del animal, que masticaba la fruta con la misma velocidad con la que una ardilla mastica un fruto seco para guardarlo en sus mofletes, saltaron de Laura a María, que acababa de soltar un bufido de desaprobación.

—Adorable los cojones... cómo se nota que no te ha mordido a ti —déjame lanzarlo fuera y acabamos con el problema —sentenció María, alargando la mano con decisión hacia el animal. Con la misma celeridad, éste se volvió invisible, empezando desde el contorno hacia el centro, con el mismo efecto que cuando se apagaba un televisor antiguo, quedando durante un segundo encendido un punto en el centro de la pantalla. Aquí, durante ese segundo un puñado de pelo blanco flotó en el aire y luego se esfumó. A renglón seguido, un nuevo mordisco apareció en la mano de María.

—¡Aaaayyyy!¡Me ha vuelto a morder, el muy...!

La cáscara atigrada de la fruta cayó desde la nada en la que se encontraba flotando hasta el cuerpo de la manta raya. El trocito de pulpa verde que aún no estaba en el estómago del animal saltó desde el lugar en el que se encontraba hasta el hombro de Tonio.

—Hijo de... ya te voy a dar yo saltitos —refunfuñó María mientras se levantaba con la intención de ir a por él. Al hacerlo, pisó la cáscara de la fruta y dio de nuevo con sus huesos contra la, por fortuna, mullida piel de la manta raya. Un gracioso ruido parecido al sonido de los delfines brotó del hombro de Tonio.

—Anda, bebe agua y cálmate un poco —dijo éste en tono conciliador—. Ya pensaremos en qué hacer con el bicho.

—Ya te voy a decir yo lo que vamos a hacer en cuanto le pueda poner la mano encima —protestó, mientras desanudaba la bolsa en la que se encontraban las cantimploras para beber un trago de agua fresca. El animal, al sentirse seguro de nuevo, volvió a hacerse visible sobre el hombro de Tonio y se quedó allí, tranquilo.

—Creo que le gustas —susurró Laura mirándolo de reojo. Ya se ve otra vez.

—Parece que se puede confundir con el entorno si se siente en peligro... es como los camaleones, no sé si tenéis algo parecido por aquí... —preguntó Tonio.

—Un jodido *camalemono* —soltó María, asegurándose el arnés de nuevo

—¡Eh, me gusta! —la aplaudió Tonio con una risotada—. ¡Ya tenemos nombre!

—Ni te atrevas a pensar que nos lo vamos a quedar —amenazó María entre dientes y, durante un fugaz momento, le recordó a su madre.

## CAPÍTULO 28: EL ÁREA DE DESCANSO

La carretera seguía su sinuoso recorrido a través de las montañas. Los árboles servían de decorado al camino por el que Laura conducía con maestría la manta raya y pasaban a toda velocidad, dejando entrever de vez en cuando, durante unas décimas de segundo, alguna criatura misteriosa que María era incapaz de reconocer. En una ocasión, vio un animal grande, del tamaño de un oso, con la piel cubierta de placas que parecían reflejar el sol como si fueran espejos, acercarse a la carretera a curiosear. Al internarse entre los árboles que lindaban con el asfalto, atravesó una zona de sombras y algo lo atacó con violencia desde las tinieblas. El animal se retorció sobre sí mismo y consiguió reflejar el sol contra una de las placas iluminando la oscuridad. Ese gesto le dio el respiro necesario para escapar y, cojeando, alejarse de la autovía e internarse en las montañas para lamerse las heridas.

Tonio, por su parte, trataba de concentrarse en mantener la cabeza fija al frente. Si la giraba hacia las lindes de la carretera, un hervidero de manchas rojas que corrían, acechaban o chocaban entre sí llenaba la oscuridad de sus ojos. Fuera de la carretera se movían cosas, algunas en la oscuridad y otras a plena luz del sol, que seguramente no les gustaría conocer.

Hacía un buen rato que el silencio se había instalado entre ellos. Aunque no lo percibían, la carretera seguía una suave pero constante curva ascendente, lo que implicaba que, conforme subían, los vientos eran cada vez más fuertes. Laura necesitaba de toda su destreza para controlar la manta raya. María la miró, y se dio cuenta de que le temblaban los brazos por el esfuerzo.

—Creo que deberíamos detenernos un instante a reponer fuerzas —dijo.

—Hemos perdido mucho tiempo en el pantano —le replicó Laura—. Noelia...

—Noelia va a necesitar que todos estemos a tope de energía cuando lleguemos arriba —la cortó María—. Te tiembla el pulso por el esfuerzo de mantener las bridas —añadió, haciendo el gesto de arquear las cejas en dirección a las manos de Laura—. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que cometas un error y nos estrellemos? ¿Ayudará eso a Noelia?

Laura siguió conduciendo, en silencio.

—María tiene razón —intervino Tonio. Tenía al *camalemono* sobre su cabeza, rebuscando entre el pelo por si encontraba algún piojo.

—Mira, ahí hay un área de descanso —añadió María—. Mejor que nos detengamos sobre asfalto antes que en medio del bosque. No me gustan nada las cosas que se mueven entre los árboles.

Laura mantuvo la velocidad de la manta raya unos instantes. Comenzaba a sentir punzadas en ambas muñecas.

—Es que...

—No seas cabezota —la cortó Tonio con dulzura—. Serán sólo unos instantes, nos vendrá bien comer algo... Además, he tragado tanta agua del pantano que tengo la vejiga a punto de reventar...

Laura necesitó aún de unos segundos antes de dar su brazo a torcer. Soltó un suspiro de resignación y tiró de las riendas, tomando la desviación hacia el área de descanso.

—Está bien —refunfuñó—. Pero podía seguir perfectamente...

En realidad no era así, pero no fue consciente de ello hasta que detuvo la manta raya en el aparcamiento del restaurante. El aparcamiento estaba lleno de camiones, señal inequívoca, aunque ella no lo supiera, de que en el mundo que se mueve aquel sitio era barato y ponía buena comida. Las muñecas le dolían hasta el punto de resultar un tremendo esfuerzo el simple hecho de abrir las manos para soltar las riendas. Al hacerlo, tuvo que masajearlas hasta que remitieron los pinchazos.

—¿No habrá metido algo el hechicero para el dolor de muñecas, verdad? —dijo medio en broma, medio en serio.

—Pues después de lo de la venda para los ojos, lo mismo nos conviene mirar en la bolsa —dijo María—. Así nos vamos haciendo una idea de lo que nos espera de ahora en adelante... espero no encontrarme la tapa de un ataúd, o una lápida con mi nombre...

—A ver si eso va a ser peor que la bolsa de Doraemon —bromeó Tonio mientras se estiraba tras soltarse el arnés. El *camalemono*, que se había vuelto a instalar en su hombro tras no encontrar nada entre el pelo, se transparentó durante un instante al notar el movimiento, pero al asegurarse que no había peligro recuperó su aspecto normal.

El semblante de María se oscureció como si lo hubiese cubierto una nube de tormenta. A pesar de que en el otro lado estaba *colgada* la mayor parte del tiempo, recordaba la sintonía de Doraemon de sus escasos momentos de

lucidez, porque era el programa favorito de su niña y siempre lo ponía en la televisión de su cuarto.

—Pues te creerás que estoy de broma, pero yo voy a mirar —soltó, tratando de dejar atrás la insoportable tristeza que casi le impedía respirar. Al abrir la bolsa en la que había encontrado antes el ungüento y la venda para Tonio y rebuscar en el interior, dejó escapar un suspiro de asombro.

—¿Qué? No será verdad que hay algo para las muñecas doloridas... —preguntó Tonio.

—No, pero esto ya pasa de castaño oscuro... —dijo, sacando otra bolsa mucho más pequeña del interior, anudada con una cuerda de cáñamo.

—Dejaos de secretos... ¿Qué es?

—No tengo ni idea, pero tiene dibujado un bicho que es clavadito a tu amigo el mono Amedio... —dijo, mostrándole la bolsa a Laura.

—Te estás quedando conmigo... —dijo Tonio con una sonrisa.

—Dice la verdad —la defendió Laura en tono serio—. Parece que algo se mueve dentro...

—¡Dios, que asco! —gritó María, soltándola en el suelo—. ¡Es verdad!

—Venga ya, mirad qué hay dentro... yo lo haría, pero ya sabéis...—dijo, señalando la venda. Si había algo vivo dentro de esa bolsa era lo bastante pequeño como para no aparecer en el radar de Tonio a esa distancia.

—Ni de coña abro yo eso, ya te puedes ir olvidando... —se defendió María moviendo las manos de forma ostentosa delante suya.

—Yo lo haré... lo que haya dentro no me va a morder... o al menos, espero que no lo haga —intervino Laura. Con cuidado, deshizo el nudo y miró en el interior de la bolsa. —Puagh... hay un gusano enorme, de colores, retorciéndose —dijo con un gesto de asco.

—Pues vaya dieta se gasta mi amigo —dijo Tonio—. De momento le seguiremos dando fruta, dejaremos la carne para cuando no haya más remedio...

—¿Vas a seguir guardando esa asquerosidad? No me lo puedo creer... —soltó María—. Dáselo ya y tiramos la bolsa...

—Vale, vale... ¿Pero creéis que se lo va a comer? —preguntó Tonio, que no estaba muy por la labor de tocar al gusano—. Parece que es más de fruta que de carne, ¿no? Además, se acaba de comer ese *plátanokiwi*, o como quiera que se llame

—Tu verás... —acabó la conversación María.

De mala gana, Tonio cogió la bolsa y se la acercó a su recién estrenada mascota, con la intención de que se sirviera ella misma. El camalemono miró la bolsa con desconfianza, pero su curiosidad pudo más que su instinto de conservación, así que colocó sus diminutas manos en el borde y asomó la cabeza dentro. El gusano se enervó y se incorporó, dando la impresión de casi duplicar su longitud. El animal, al verlo, dio una espantada desde el hombro de Tonio hacia el suelo, gritando sin parar, y antes de tocarlo ya se había hecho invisible a los ojos de todos, menos al radar de Tonio, que lo veía sin ningún problema escondido tras el arnés de la manta raya.

—Pues sí que eres valiente... espero que no tengamos que depender de ti para salvarnos la vida—soltó Tonio divertido, mientras anudaba de nuevo la bolsa con el cáñamo y la colocaba dentro de la otra más grande, que parecía contener las cosas que el hechicero había considerado indispensables para el viaje—. La dejo con las demás, a saber para qué puede servir, porque me da a mí que comida no es... Eh, todavía queda otra más aquí dentro... ¿Qué es?

Laura se acercó y tomó la bolsa entre sus manos.

—Hay un sol dibujado —dijo. Abrió la bolsa, y dentro había otras dos más pequeñas, anudadas independientemente. Las sacó del interior, y las observó durante unos instantes—. Hay otras dos dentro, muy pequeñas —explicó para Tonio—. Una tiene un dibujo de una llama, y la otra algo que parece una ola, o viento, o algo así... Y dentro hay algo que hace ruido, como si fuesen canicas...

—Ábrelas —dijo Tonio—. A lo mejor dentro hay un manual de instrucciones hecho de dibujitos, o algo parecido.

—Me temo que no —respondió Laura—. Tan sólo piedrecitas de colores, como chinas de río... de color naranja en una bolsa y azules en la otra...

—Bueno, pues misterio entonces —dijo María—. Propongo que guardemos las bolsas con el bicho asqueroso y las piedras, que seguro que el hombrecito las puso así por algo y nos harán falta en algún momento, y le echemos un ojo a este sitio a ver dónde nos podemos sentar y comer algo... ¿Soy la única a la que le suenan las tripas?

—Pero... —comenzó a protestar Laura, aunque María no le dio oportunidad de seguir.

—No vamos a entretenernos más que lo estrictamente necesario para reponer fuerzas con un bocado y dejarte descansar las muñecas. No es negociable.

—Totalmente de acuerdo, pero añadido a la lista vaciar la vejiga —soltó Tonio con un resoplido—. Oye, Laura... ¿Me echas una mano para ver qué tal siguen mis ojos? Estoy un poco agobiado...

—Claro... Voy a levantar la venda, y cuando acabe abres los ojos poco a poco... listo, cuando quieras.

La piel de Tonio parecía haber absorbido todo el unguento, del que no quedaba rastro, ni alrededor de sus ojos ni en la venda. Entreabrió los párpados, y un torrente de luz y formas lo asaltó de una manera casi dolorosa. Comenzó a lagrimear sin poder evitarlo.

—¡Veo! ¡Borroso todavía, pero veo! —gritó eufórico, bajando la vista hacia el suelo y cerrando los párpados para descansar.

—¡Qué bien! —exclamó Laura abrazándolo, sin poder ocultar su alegría. Tonio levantó la cabeza por si se encontraba con el premio de otro beso, pero Laura apretó aún más el abrazo con cariño y lo soltó. Con los ojos cerrados, Tonio descubrió que su sentido del radar no se había desvanecido al recuperar la vista, y se alegró por ello. Aunque esperaba no llegar a encontrarse jamás en un lugar tan oscuro como para necesitar usarlo.

—Bueno, ahora que vuelvo a ver de nuevo, más o menos, puedo ir al baño yo solito —bromeó—. Voy a buscar un sitio tranquilo, no tardo...

—Ya estás tardando, amigo —dijo María con la boca llena, haciendo hincapié en la primera palabra de la frase—. Este bocadillo de *lo-que-sea* está tan bueno que no te puedo asegurar que el tuyo siga aquí para cuando vuelvas...

—Ja, ja —canturreó mientras se encaminaba hacia la venta, dejando a las dos chicas junto a la manta raya en un llano al lado de dos grandes camiones. Al conductor de uno de ellos, un hombre de pelo ya más cano que oscuro, *La Pausa* lo había sorprendido, quién sabe si subiendo o bajando de su camión, con un pie en el suelo y el otro a medio camino. Tonio se detuvo a unos metros de la edificación, que seguía todas las normas no escritas acerca de cómo debía ser un restaurante de carretera en el sur de España. Tenía dos módulos diferenciados, uno que era una enorme casa de una sola planta, llena de mesas para que pudieran reponer fuerzas los cansados viajeros, y otra de un tamaño un poco menor que parecía construida únicamente a base de ventanas deslizantes, grandes cristalerías que conformaban una especie de escaparate al mundo, y en cuyo interior permitía ver cómo las mesas se distribuían de manera ecuánime, de forma que todas ellas tenían vistas a un exterior que, al

fin y al cabo, era poco más que carretera y montañas sin ningún atractivo especial.

De todas las mesas disponibles, sólo tres de ellas estaban ocupadas, una por una pareja que charlaba animosamente en el momento en que Dios pulsó el botón de pausa en el mando a distancia del universo y las otras dos por sendos hombres de mediana edad, uno que leía el *Marca* con gran interés y otro que se afanaba sin ningún disimulo en extraer, sin regatear en medios, un moco que parecía haberse instalado cómodamente en el interior de su nariz y que no tenía intención alguna de abandonarla.

—Vaya modales, amigo —dijo en voz alta Tonio, y se alegró de que su vista no fuese aún tan nítida como para poder captar el detalle. Su amigo el *camalemono* pegó la cara al cristal y susurró algo ininteligible en su idioma simiesco—. Totalmente de acuerdo —le contestó Tonio, y rodeó la construcción en busca de algo de intimidad. Se ocultó de la vista de las chicas, y se puso a orinar contra el encalado de la pared.

—No vayas a creer que esto lo hago yo por costumbre—le dijo al *camalemono*, que había vuelto a situarse sobre su cabeza al sentir el movimiento cuando Tonio se bajó la cremallera—. De hecho, me siento bastante incómodo con...

Algo le hizo parar el monólogo, y no fue cosa de su imaginación, porque el animal también lo sintió, fuera lo que fuese. Se quedó quieto, y olisqueó el aire, como queriendo comprobar algo.

—Tú también lo has notado, ¿verdad? —susurró—. Menos mal que ya he acabado, porque algo no va bien...

Se cerró la cremallera y rodeó el bar a toda prisa. Dejó escapar un suspiro de alivio al ver a las chicas comiendo tranquilamente al lado de la manta raya.

—¿Va todo bien? —le preguntó Laura desde la distancia, al verle la preocupación dibujada en el rostro—. ¿Te pasa algo?

—No... Sí... Quiero decir... Nada, no pasa nada... Es sólo que me ha parecido sentir... Bah, cosas mías, supongo.

A pesar de que quería convencerse a sí mismo, no podía quitarse de la cabeza la sensación de que ocurría algo raro. Ese segundo previo al desastre, en el que todo va bien, pero que no es más que el mundo cogiendo impulso para volverse del revés.

—Pues si todo va bien, vente a comer el bocadillo para que podamos seguir, anda —le gritó María.



—Sí, voy... sólo un momento... —respondió, acercándose a la puerta del restaurante. Se la encontró abierta de par en par, y el interior estaba lo bastante iluminado como para no representar peligro alguno; los que se arrastran en la oscuridad no tenían mucho que hacer en aquel amplio salón repleto de mesas y sillas. Sin embargo, lo que quiera que estuviese ocurriendo entre las personas que lo ocupaban sí que le llamó poderosamente la atención.

Cómo en una extraña *performance*, en el medio del salón un hombre parecía el ojo del huracán que se había desarrollado a su alrededor.

Era un hombre grueso, casi rozando la obesidad, pero a la vez con el aspecto de estar fuerte como un roble. A Tonio le recordó a un levantador de piedras vasco, uno de esos hombres que parece capaz de partir una tabla con la fuerza de un parpadeo. Iba vestido con una camiseta gris, manchada de sudor por la zona del pecho, sobre la que en el mundo real debía aletear una camisa de cuadros rojos y negros desabrochada, pero que en *La Pausa* se había convertido en una estatua textil de una plástica maravillosa, formando bolsas y arrugas que se estiraban desde sus axilas hacia el exterior, en paralelo a las baldosas marrones del suelo, desafiando la ley de la gravedad. El conjunto lo completaban una riñonera roñosa y desgastada, y unos pantalones vaqueros caídos, que dejaban a la vista casi la mitad de un boxer de mercadillo en cuyo elástico se podía leer la marca *Kalvin Kleine*.

Pero más allá del aspecto físico del hombre, que ya de por sí imponía respeto, lo que acababa por atrapar el interés de cualquiera que pudiera observar la escena era todo lo que lo rodeaba. Y su cara, por supuesto.

Tenía los ojos tan abiertos que el iris era un náufrago en medio de un océano blanco. La nariz, arrugada, parecía querer huir hacia arriba para dejar el máximo espacio posible a una boca que estaba anormalmente abierta, en un gesto, o bien de odio absoluto, o bien de locura extrema. La lengua asomaba entre los dientes y una nube de diminutas gotitas de saliva flotaba alrededor de ella, convertidas en una galaxia de ínfimas bolas de cristal que guardaban el secreto de lo que quiera que estuviese ocurriendo cuando los atrapó *La Pausa*. Alrededor del hombre, varias sillas flotaban esperando un impacto contra el suelo que se les había negado al quedar inmóviles. Tras él, las personas que ocupaban las mesas colindantes estaban iniciando el movimiento de levantarse de sus sillas, quién sabe si queriendo huir o tratando de apartarse para no recibir ningún golpe. A su izquierda, una mujer señalaba con gesto de pánico a la espalda del hombre, como advirtiéndolo de algo que llevase escondido.

Detrás, la camarera tenía los ojos cerrados y las manos crispadas a ambos lados de la cara, y su pose daba a entender que estaba a medio camino de esconderse tras la barra, tirándose al suelo. Un cliente que daba la espalda a la escena había volcado sin querer la cerveza que se estaba bebiendo, y que ahora, libre ya de las ataduras físicas del vaso, se había convertido en una preciosa cúpula ambarina coronada por burbujas de espuma que flotaba a varios centímetros sobre la superficie de la barra, permitiendo que la luz de los tubos fluorescentes la atravesara y dejase una mancha de luz teñida de cebada sobre la madera.

—¡Venga! —le llegó la voz de Laura desde el exterior, modulada con un cierto deje de impaciencia. Tonio se giró hacia la puerta, convencido ya de que todo había sido fruto de una imaginación que estaba alterada aún por lo vivido en los últimos meses, y revitalizada, si es que ello era posible, por los recientes acontecimientos del pantano, cuando volvió a sentir de nuevo la extraña sensación. Al igual que la otra vez, su recién estrenada mascota también la intuyó, porque se hizo invisible al instante. Tonio siguió sintiendo la cada vez más familiar presión sobre su hombro y el calor que le indicaba que el animal seguía allí, aunque nadie podría decirlo basándose sólo en el sentido de la vista. Volvió a mirar hacia atrás, únicamente por precaución, pero no observó cambio alguno.

Sin embargo, estaba cada vez más convencido de que algo no iba bien. Su vista estaba ya casi perfecta, ya sólo veía levemente borrosos los objetos que le quedaban algo lejos, pero mejoraba a pasos agigantados. Ya iba a volverse de nuevo hacia la puerta cuando se le ocurrió dejar de confiar en sus ojos para sacar partido de su sexto sentido. Cerró los párpados, y miró hacia el interior del salón. Como era de esperar, todo estaba oscuro. No había ninguna mancha roja que indicara la presencia de un ser vivo. O eso, o al recuperar la vista había tenido que despedirse de su sentido extra. Con los ojos aún cerrados, giró la cabeza hacia su hombro, y pudo ver a la perfección la mancha roja que le indicaba dónde estaba el *camalemono*, así que seguía conservando su visión especial, y con ello confirmaba de paso que se había puesto un poco paranoico.

Al girar de nuevo la cabeza hacia el interior del salón, todavía sin abrir los ojos, la figura del hombre se recortó en un rojo intenso contra la oscuridad, y saltó hacia Tonio.

## CAPÍTULO 29: ¡NO ESTOY LOCO!

Aunque su primera intención fue gritar, la sorpresa primero, y la inmensa mole del hombre chocando contra él después, le impidieron coger el aire necesario para hacerlo. Al contrario, el que conservaba en los pulmones salió al exterior convertido en un quejido sordo. El animal invisible salió despedido de su hombro y buscó refugio entre las patas de las mesas que estaban más cerca. Tonio cayó de espaldas sobre el suelo marrón y se quedó allí, tumbado boca arriba, incapaz de reaccionar por el shock. Por fortuna, el hombre consiguió mantener el equilibrio y no cayó sobre él, porque a buen seguro le habría fracturado al menos un par de costillas.

—¡Otra vez! ¡OTRA VEZ, MALDITA SEA! ¿Quién eres tú? ¡QUE QUIÉN ERES TÚ!

El hombre gritaba fuera de sí. La camisa ya no era una obra de arte, no flotaba grácil como una pompa de jabón soplada al aire por un niño: se había pegado a la curva inmensa de su abdomen. Dos grandes círculos oscuros se habían dibujado bajo sus axilas, y la frente se había cubierto de gotas de sudor que se mantenían pegadas a ella como granos de acné a la piel de un adolescente. Pero lo peor, con diferencia, era la escopeta que le apuntaba a la cara.

Eso era lo que había provocado el revuelo a su alrededor. Llevaba escondida a la espalda una escopeta de caza y ahora apuntaba a Tonio con ella.

—¡NO ESTOY LOCO! ¡NO ME ESTOY VOLVIENDO JODIDAMENTE LOC00000!

A la vez que gritaba como un poseso, apretó el cañón de la escopeta contra la mejilla de Tonio, obligándole a girar la cara.

—No... No está usted loco... no dispare, por favor —suplicó tratando de levantar las manos con las palmas hacia afuera.

—N... no se mueven... ¿Es que no ves que no se mueven? —dijo el hombre. Estaba desquiciado, y en su mirada se podía leer la constatación de todo lo contrario a lo que su garganta gritaba a los cuatro vientos: si aún no estaba loco, se encontraba peligrosamente cerca de la frontera que delimitaba el fin

de la cordura.

En cuanto a Tonio, no se había encontrado tan asustado en su vida. Nunca lo habían encañonado con un arma, y no era una sensación agradable en absoluto.

—P... por favor... la escopeta...—tartamudeó.

—¡TE CALLAS! ¡HE DICHO QUE TE CALLES! —gritó, y apretó aún con más fuerza el cañón contra la mejilla de Tonio, obligándolo a girar del todo la cabeza hasta el punto de que la cara tocó contra las frías baldosas marrones. Cerró los ojos, asustado, y a través de la pared del restaurante vio las dos manchas rojas que se dirigían hacia ellos. Laura y María se acercaban corriendo alertadas por los gritos, y no tenía forma de advertirles del peligro.

—No es una broma... ¿No ves que no es una broma? —suplicó más que preguntar el hombre, mirando a su alrededor—. ¿Ves la cerveza? ¿VES LA PUTA CERVEZA? —gritó de nuevo, y dejó de apretar el cañón de la escopeta contra la cara de Tonio para acercarse a la barra y golpear con los nudillos la cúpula flotante de cerveza, que le devolvió un sonido hueco, como de plástico. A pesar de haberse alejado del chico, no dejó de apuntarlo ni un solo segundo.

—Yo... Yo puedo intentar explicarle... Si me lo permite... —dijo, tratando de incorporarse poco a poco.

—¿Tú? ¿QUÉ ME VAS A EXPLICAR TÚ? ¡Lleváis horas apareciendo y desapareciendo delante de mis narices! ¡Siempre lo mismo! ¡SIEMPRE LO MISMO! ¡Aparecéis vosotros y todo se para! ¡Luego ellos se mueven y vosotros desaparecéis! ¡HORAS! ¡LLEVO HORAS ASÍ! ¡YA NO PUEDO MÁS!

Esas palabras hicieron que a Tonio se le dibujase en la mente la explicación de lo que le estaba ocurriendo a aquel hombre, pero no la solución, si es que la había. Ni se le pasó por la imaginación tratar de explicarle nada, porque sabía que sería inútil. Es más, sería incluso peligroso teniendo en cuenta el estado de nervios en el que se encontraba. Lo que realmente le importaba en ese momento era tratar de encontrar una salida a la situación en la que se encontraba, tratar de hacer algo antes de que llegasen las chicas, pero fue una tarea imposible. Laura y María aparecieron en el quicio de la puerta y todo se descontroló definitivamente.

—¿Pero qué está pasando? —preguntó Laura al ver a Tonio tumbado de espaldas en el suelo. Tardó sólo un instante en detectar que había algo más que se movía en el salón, y ya no fue capaz de pronunciar ni media palabra más. El hombre, sobresaltado por la aparición de las chicas cambió el objetivo al que apuntaba.

—¡MÁS! ¡MÁS! ¿CUÁNTOS SOIS, JODER?

Laura no conocía las escopetas, y por lo tanto no supo reconocer el peligro que corría cuando el hombre la encañonó. María, sin embargo, había tenido más relación con las armas y la gente que las utiliza de lo que le hubiera gustado, así que reaccionó de forma instintiva tirándose al suelo, fuera del marco de la puerta, y de paso, del alcance de los proyectiles. El movimiento brusco e inesperado hizo que el hombre apretara el gatillo. La detonación resonó por todo el local, apagando el grito de Laura, que jamás había oído el estruendo provocado por un arma de fuego, además amplificado por el hecho de haber sido disparada en interior. El cartucho vomitó los perdigones, que rebotaron contra todo lo que encontraron a su paso, desde la madera del quicio de la puerta hasta los vaporosos visillos que cubrían los cristales de una de las hojas. Durante unas milésimas de segundo el salón se convirtió en una peligrosa máquina de pinball en la que nadie estaba a salvo. El azar quiso que uno de los perdigones al rebotar pasara rozando el brazo izquierdo de Laura provocándole un rasguño, pero por fortuna no ocurrió nada más; al estar tan cerca el hombre de ellas dos el arco de la trayectoria de los perdigones no tuvo tiempo de abrirse lo suficiente, si hubiese habido más distancia el destrozo provocado habría sido importante. Tonio no sabía nada de caza, lo más cerca que había estado de un arma había sido de manera virtual, aniquilando zombis al otro lado de la pantalla, y en el juego iba recargando con la munición que encontraba por el camino; en la vida real no tenía ni idea de si se podía disparar sin recargar o si la escopeta tenía capacidad para más de un cartucho, pero el movimiento que inició el hombre al girar el arma y apuntar directamente a Laura le dio a entender que así era. El tiempo irregular de *La Pausa* pareció ralentizarse aún más, porque Tonio tuvo el suficiente para poder apreciar las manchas de sudor que las manos del hombre dejaban en el cuerpo de la escopeta, la tensión que el dedo iba ejerciendo sobre el gatillo y como éste se iba desplazando milímetro a milímetro. Quiso gritar, poder decirle a Laura que se apartase, que se alejara de la trayectoria de los perdigones que iba a escupir el cañón de la escopeta, que la iban a alcanzar de lleno, pero no pudo. Quiso suplicarle al hombre que dejara de hacer presión sobre el gatillo, que ellos no eran peligrosos, que no iban a hacerle daño.

Sobre todo que ella no iba a hacerle daño.

En el último instante el hombre trastabilló hacia atrás, y la escopeta describió un arco hacia arriba antes de escupir su mortífero contenido. La

detonación volvió a castigar los doloridos oídos de Laura y Tonio, y los perdigones silbaron por toda la estancia tras rebotar en el techo, esta vez, por fortuna, sin alcanzar a nadie. Tonio se incorporó aturdido, sin saber qué era lo que había ocurrido realmente. El hombre dio dos pasos hacia atrás antes de recuperar el equilibrio, y gritó de rabia. Cuatro arañazos paralelos se le dibujaron en rojo empezando en su frente y acabando en el mentón.

—¿QUÉ ME HABÉIS HECHO? —gritó, tapándose la cara con la palma de la mano. Al retirarla y verla manchada de sangre, gritó aún con más fuerza; un grito gutural, salvaje, de rabia descarnada. Se echó la mano a la cintura y cogió un par de cartuchos de la riñonera. Cuando inició el movimiento de recargar, Tonio ya iba lanzado en dirección a la puerta, con las manos extendidas hacia delante, gritándole a Laura que hiciera como María, que se pusiera a cubierto. Apenas había conseguido dar un par de pasos cuando el hombre ya tenía de nuevo la escopeta lista para disparar, apuntando a su espalda.

—¡Ponte a salvo! ¡Rápido, escóndete, quítate del quicio de la puerta! —atinó a decir, con el aliento entrecortado a medias por el esfuerzo, a medias por el miedo. Con el impulso, tropezó y cayó en plancha a los pies de Laura, que se había quedado petrificada por el miedo, incapaz de reaccionar. Apenas había tocado el suelo cuando se dio la vuelta y puso las manos en alto, preparado para suplicar si hacía falta.

Pero no la hizo.

El hombre se había convertido de nuevo en una estatua para *La Pausa*. Con los ojos inyectados en sangre, la misma sangre que le resbalaba por el rostro desde las heridas idénticas que lo surcaban de arriba a abajo y la expresión más desquiciada que nunca. Tenía el dedo crispado sobre el gatillo, aplicándole la presión necesaria para disparar, pero inmóvil. Había vuelto a formar parte de la decoración del salón, a reunirse con el resto de estatuas atrapadas en una escena eterna de tensión e histeria.

—¿Q... qué ha pasado? —preguntó Laura, sin atreverse a respirar siquiera. Tonio se incorporó de un salto y la apartó de la trayectoria que marcaba la escopeta.

—Que ha vuelto al mundo real, eso le ha pasado... —respondió él en un susurro, a la vez que le miraba la herida del brazo. Soltó un suspiro de alivio al comprobar que no era más que un rasguño sin importancia.

—¿Cómo que ha vuelto? —exclamó María saliendo de su escondite y

apartándose también del ángulo de tiro del hombre, sin quitarle ojo de encima —. ¿Cómo va a ser eso?

—¿No has oído lo que ha dicho? —preguntó Tonio sin esperar una respuesta —. Algo así como que cuando nosotros desaparecemos, ellos se mueven y que cuando aparecemos ellos se quedan inmóviles... creo que, por lo que sea, está saltando del mundo real a *La Pausa*, y al revés, como... como si tuviera un ataque de hipo.

—¿Cuando nosotros desaparecemos? ¡Pero qué mierda significa eso! —gritó María—. ¡Da igual, me importa un mojón! ¡Pienso quitarme de en medio antes de que le dé por ponerse a pegar tiros otra vez, así que a mí no me va a volver a ver más, si es que eso le preocupa!

—No creo que se refiera a nosotros exactamente, sino a la gente de *La Pausa* —explicó Tonio—. Si está saltando, como yo creo, entre ambos mundos, de un salto a otro han podido transcurrir milenios aquí aunque en el otro lado hayan pasado sólo segundos. A saber a quién o qué vio en el salto anterior, pero lo que tengo claro es que, si lleva pasándole mucho tiempo, se le debe haber ido la olla. Lo suficiente al menos como para coger la escopeta y formar todo ese revuelo que tenemos delante.

—Me está empezando a doler la cabeza... ni lo entiendo, ni lo quiero entender —protestó María—. Tan sólo quiero salir de aquí, no le vaya a dar por adelantar el viaje unos cientos de años, porque cuando vuelva, éste entra disparando a matar, ya le estás viendo la cara...

—Hay una cosa que no entiendo... ¿Por qué ha lanzado esas cosas hacia arriba? —preguntó Laura, refiriéndose claramente al disparo que se había desviado hacia el techo cuando tenía todo a su favor para haber alcanzado a Tonio.

—¿No te dan una pista las marcas en la cara del hombre? Creo que le debemos a nuestro nuevo amigo el habernos librado de unas heridas muy serias... —dijo Tonio, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Eh, *camalemono*, ya puedes salir, que no hay peligro! ¡Vamos, que eres el héroe del día, nos has salvado a todos! —gritó, pero no obtuvo respuesta alguna. Entonces reparó en el charco de sangre que parecía surgir de ninguna parte, en el suelo, a poca distancia de la estatua en la que se había convertido el hombre.

—Oh, *nonononono*...—dijo, como una letanía, y se arrodilló junto al charco. Cerró los ojos, y vio la mancha de color rojo en la oscuridad. De un rojo apagado, desvaído, como si fuese un juguete al que se le estaban agotando

las pilas.

—¿Es...? —comenzó a preguntar Laura, pero no fue necesario acabar la frase. Tonio levantó entre sus manos al animal que, ya fuera porque se sintió protegido al notar su contacto, o porque simplemente ya no tenía fuerzas para mantener su camuflaje, se hizo visible. Aunque trataba de mirar a Tonio, apenas tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos. Respiraba muy levemente, tanto que era muy difícil advertir cuando su pecho subía y bajaba. A medio camino entre el costado y el pecho, un agujero oscuro indicaba por donde había entrado el proyectil, que tras causar todo el destrozo que pudo en su interior, salió dejando otro agujero con tan mal aspecto como el de entrada, a su espalda. Por él era por donde se le estaba escapando la vida a borbotones.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó, y se vio trasladado de repente a su infancia. A aquel día, con muchos menos años de los que tenía ahora y con un animal mucho menos exótico en sus manos, pero en un estado igualmente grave. Su hámster apenas duró con vida unos minutos, no les dio tiempo a llegar al veterinario, y nunca supieron —o al menos a él no le dijeron nada—, de qué había muerto, pero no consintió que sus padres se lo quitaran de las manos hasta que se acabó. No quería repetir la experiencia.

Apenas hacía unas horas que el animal era su mascota, pero había sido amor a primera vista. Por ambas partes, como demostraba el hecho de que hubiese saltado a la cara del hombre para protegerlo, aún poniendo en peligro su vida.

Laura se arrodilló a su lado y acarició la cabeza del animal, que entrecerró los ojos. Eso hizo que su cara adoptase una expresión casi humana, parecía querer sonreír sin llegar a conseguirlo del todo.

—Tonio... la herida es muy fea —le susurró—. No creo que se pueda hacer nada, y el animal está sufriendo... creo que deberíamos...

—¡No lo digas! ¡No lo sabes! —protestó él, volviendo a tener de nuevo seis años y la confianza ciega que da la falta de experiencia en que no existen los imposibles.

—Pero... —trató de rebatir ella acariciándole el pelo sin conseguir ningún efecto. No soportaba ver sufrir a los animales, y aquel era un sufrimiento sin sentido porque el final era más que evidente. Antes de que pudiera elegir por donde seguir la frase, María intervino con la voz entrecortada por la falta de aliento. Había salido corriendo a toda velocidad, rebuscado algo entre las bolsas de la manta raya, y había vuelto de la misma manera. Demasiado



ejercicio para alguien que se había pasado los últimos años arrastrando los pies desde el sofá a la cama y desde la cama hasta el sofá.

—Ya sabes que el bicho no me cae bien, pero no quiero verlo así —dijo, levantando la mano que sujetaba la bolsa con el gusano multicolor—. ¿Y si hemos dado por hecho que era comida pero es otra cosa? No perdemos nada con probarlo...

Tonio soltó con suavidad al camalemono en el suelo, y éste tuvo algo parecido a una leve *convulsión*, como si hubiera sentido un escalofrío al contacto con las baldosas. Se levantó, y cogió la bolsa con el gusano. No tenía ni idea de qué hacer con él, así que puso la bolsa boca abajo y la agitó hasta que el bicho cayó al suelo junto a la boca del animal, que apenas tuvo fuerzas para girar la cabeza hacia el lado contrario, como si le desagradase tenerlo cerca.

—No sirve, no hace nada... —susurró Tonio desanimado. Algo en su interior quería seguir pensando en que existía la magia, algo que no parecía descabellado teniendo en cuenta todo lo que le había pasado hasta ahora.

El gusano, por su parte, le hizo al animal el mismo caso: ninguno. Se giró y levantó la parte de su cuerpo en la que parecía más probable que estuviera la cabeza y vibró durante unos segundos. Luego, salió disparado hacia el charco de sangre que había dejado el camalemono. Lo hizo a tal velocidad que fue imposible seguirlo con la vista, casi parecía una película en la que faltaban fotogramas. Al llegar al charco se zambulló en él y comenzó a beberse la sangre.

—¡Puagh! ¡Qué asco! —dijo Laura poniéndose en pie con un gesto de desagrado.

—Me da la impresión de que ese bicho de lo que se encarga es de la limpieza... —sentenció María—. ¡Aplástalo, que ascazo!

Tonio no tenía la más mínima intención de aplastarlo, al fin y al cabo no era más que otro animal que seguía su instinto, por muy asqueroso que les pareciera a todos. De todas formas, si se hubiese planteado hacerle caso a María no lo hubiera conseguido, porque en cuanto el gusano acabó de rebañar la sangre del suelo, sus colores se volvieron tan vivos que parecía ser capaz de brillar en la oscuridad, y a renglón seguido volvió a salir disparado en sentido contrario, hacia el *camalemono*, y se coló por el agujero de la herida, dentro del cuerpo del animal.

—¡NO! —exclamó Tonio, incapaz aún de comprender lo que acababa de

presenciar.

El animal empezó a tener convulsiones incontrolables que lo hacían saltar como a una palomita de maíz en una sartén caliente. Laura se tapó la boca con la mano y no pudo evitar que las lágrimas se desbordasen desde sus ojos anegados. María, mientras tanto, comenzó a moverse de un lado a otro de la habitación como un padre primerizo que espera el parto de su primogénito, mesándose el cabello.

—Ha sido culpa mía... Todo esto ha sido culpa mía —repetía en voz baja sin parar de moverse, y sin darse cuenta fue subiendo el volumen, poco a poco, hasta convertirlo casi en un grito. Comenzó a unir el final de las frases con el inicio de las siguientes hasta hacerse ininteligibles. Ya no estaba lamentándose por la mascota de Tonio, sino por lo que le pasó a su hija. Laura se acercó a ella y la abrazó para tratar de calmarla, sin imaginarse por lo que estaba pasando realmente.

De forma tan repentina como había empezado a hacerlo, el *camalemono* dejó de moverse.

Tonio puso la cabeza a ras de suelo y comprobó lo que más temía, el pecho del animal ya no subía y bajaba, ni rítmicamente ni de ninguna otra manera. Detectó por el rabillo del ojo un leve movimiento que le hizo albergar esperanzas, pero era el gusano, que salía por el agujero de la herida trabajosamente. Parecía más gordo que al entrar, y los colores se habían apagado hasta el punto de mostrar un aspecto sucio y grisáceo.

—¡Hijo de puta, se lo ha estado comiendo por dentro! —gritó, levantándose de un salto, con la intención de vengar la muerte de su amigo con un pisotón. En cuanto se alejase unos centímetros de él, y antes de que le diera por salir disparado a la velocidad que lo había hecho antes, se tomaría la justicia por su mano. A la mierda los instintos, las leyes de la naturaleza y la ley de vida. El gusano siguió saliendo con parsimonia, nada que ver con la velocidad impresionante que había demostrado ser capaz de alcanzar, y cuando el último tercio de su cuerpo abandonó la herida, una sustancia transparente y pegajosa quedó adherida desde él hasta el agujero, formando unas hebras delgadas como cabellos. Unas hebras que se pegaron a la herida como pegamento instantáneo, taponándola, como si quisiera evitar que se vaciara su contenido.

Tonio levantó el pie con una mueca, mezcla de rabia y asco, y una milésima de segundo antes de que descargase toda su frustración contra el gusano, oyó el grito de Laura.

—¡No puede ser! ¡No es posible!

El *camalemono* se movió, de manera casi imperceptible al principio, como alguien que es incapaz de terminar de desperezarse cuando suena el despertador. Luego se incorporó con la gracia del que viene de una noche de fiesta, y mirando a Tonio, con los ojos aún entrecerrados, lanzó una verborrea imposible de entender, acompañada de una serie de movimientos de sus manos y su cabeza, como si estuviese explicando todo lo que acababa de pasar. Después, el salto con el que se subió desde el suelo hasta el hombro de su amigo borró cualquier sombra de duda acerca de su estado de salud.

—Me... Mejor que cojamos el gusano y lo metamos en la bolsa... —susurró, sintiendo el calor de la mascota sobre el hombro—. ¡Me alegro de que estés de vuelta! —dijo acariciando al *camalemono* con la mejilla, gesto que él devolvió de la misma manera.

—Me temo que son de un sólo uso... —dijo María. El gusano estaba muerto en el suelo, y los colores habían desaparecido dejándolo del gris que tienen las nubes de tormenta. Tonio se guardó la bolsa vacía en el bolsillo y se quedó mirando al animal invertebrado unos segundos, dándole las gracias en silencio, antes de hablar.

—Muchas gracias —le dijo a María—. Si no llega a ser por ti, no lo cuenta.

—No es nada...—respondió—. He hecho demasiadas cosas malas en mi vida, tengo que espabilar si quiero equilibrar la balanza...

El *camalemono* saltó del hombro de Tonio al de ella, y le hizo su versión de los *mimitos*, acariciándole la mejilla con la suya.

—¡No te vayas a creer que me gustas! —le gritó, tratando de mantener su papel de mujer sin sentimientos, pero se dejó acariciar. Hacía tanto que no recibía una muestra de cariño, que ya no recordaba lo que se sentía. El *camalemono* farfulló algo en su dialecto, y siguió acariciándola.

Cuando salieron los tres del local, estaban casi más cansados que al llegar. Laura no pudo evitar echar una última mirada para asegurarse de que el hombre de las cicatrices en la cara no despertaba de repente. No había entendido muy bien lo que había dicho Tonio, pero le pareció que significaba que pasarían muchos cubos antes de que volviera a la vida. Muchísimos. Tantos, que le resultaba imposible cuantificar la cantidad, como tratar de contar los granos en un puñado de tierra. A pesar de ello, sintió un gran alivio cuando lo perdieron de vista.

—Si os encontráis con fuerzas, salimos ya —dijo Tonio, acercándose a la

manta raya—. No tengo problema en comerme el bocadillo por el camino.

A Laura aquello le sonó mejor que bien, así que en cuestión de minutos, la manta raya despegaba y se incorporaba de nuevo a la carretera.

—¿Sabes...? —dijo Tonio masticando, y tuvo que hacer una pausa para tragar el bocado de lo que quiera que fuese el delicioso manjar que le habían puesto en forma de bocadillo—. Te voy a llamar Cammo. Eso de *camalemono* es muy largo y feísimo.

El animal se puso a saltar en su hombro mientras soltaba su retahíla de ruiditos parecidos al sonido de los delfines.

Si no hubiera sido porque era imposible, Tonio hubiera jurado que entre el galimatías había oído algo con sentido.

Lo había oído decir Cammo.

## CAPÍTULO 30: LOS TÚNELES

Las condiciones en el tramo recorrido desde la salida del restaurante hasta donde se encontraban en ese momento habían sido casi infernales. El viento era ahora prácticamente un vendaval, hasta el punto de obligarlos a bajar a ras de carretera en lugar de sobrevolar los techos de los coches como habían estado haciendo hasta entonces, y convirtiendo el camino en una peligrosa carrera de obstáculos que les obligaba a volar a muy poca velocidad para reducir al mínimo el riesgo de estrellarse. Al ritmo que llevaban, casi hubieran podido entretenerse en observar las caras de los conductores de los coches que iban adelantando. El problema era que tenían que poner todos sus sentidos en evitar los posibles obstáculos, ya no sólo los coches o los camiones que tenían que esquivar continuamente. También estaba el peligro de los animales: los de *La Pausa*, que ocasionalmente decidían cruzar la carretera, y los del mundo real, como los casi diminutos pájaros que se convertían en mortíferas e inamovibles trampas que flotaban en el aire, prácticamente invisibles, y contra los que un impacto, aunque fuera a no demasiada velocidad, hubiese tenido efectos casi devastadores. Al viento que hacía que la manta raya se moviese como un avión atrapado en la madre de todas las turbulencias había que sumar el hecho de que la carretera era una sucesión casi interminable de giros y curvas cerradas, tan sinuosa como el gusano que le había devuelto la vida a Cammo.

—No...me...jodas —dijo Tonio, al tiempo que Laura detenía la manta raya y la posaba sobre el asfalto para evitar los saltos. Un sonido parecido al lamento de un fantasma les arañaba los oídos—. Cómo he podido olvidarme de esto...

Ante ellos, la boca de un túnel parecía advertirles de que no era nada recomendable que se internasen en su interior. El viento al atravesarlo simulaba un gemido que helaba la sangre en las venas.

—Esto es de locos... Yo tampoco he tenido en cuenta los túneles —dijo María, mirando hacia la ladera de la montaña que había sido profanada por el oscuro agujero, tratando de buscar un camino alternativo..

—¿Qué es eso? —preguntó Laura—. ¿Qué malvada criatura haría un agujero

en las entrañas del monte para llenarlo de oscuridad?

—Nosotros, me temo... la gente como nosotros, del otro lado, quiero decir —le respondió Tonio—. Es la única forma de atravesar una montaña sin tener que desviar la carretera...

—¡Pero está lleno de sombras! ¿A qué loco se le ocurriría meterse en un agujero lleno de sombras?

—Bueno, en el otro lado sólo los niños le tienen miedo a la oscuridad... allí no hay cosas que se arrastren ni muerdan.

Laura quedó impactada. Durante unos segundos, no se oyó nada más que el lamento del túnel.

—Debe ser un gran sitio para vivir... Ahora comprendo que queráis regresar. Allí... Allí a Noelia no le hubiera ocurrido nada... —dijo con la voz entrecortada, tratando de evitar el llanto casi sin conseguirlo—. Es hermoso un lugar en el que los niños puedan jugar sin peligro.

A Tonio se le ocurrieron un millón de cosas tan horribles como lo que le había pasado a Noelia, que podían ocurrirle si la dejaba sola en el otro lado, pero no creyó que alguien como Laura, alguien de este lado, en el que lo malo está en la oscuridad, pudiera entenderlo, así que cerró sus pensamientos con una única frase.

—Al otro lado la oscuridad más terrible no es la de fuera, es la que se encuentra en el interior de algunas personas.

Ella se quedó unos instantes pensativa.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo María, poniéndose delante del túnel con los brazos en jarras. Escalar la montaña estaba completamente descartado, el viento los habría arrastrado en cuanto se separasen unos metros del suelo, pero a poca distancia a su izquierda se veía el carril que servía para la circulación en sentido contrario, desde Antequera hacia Málaga. El túnel había sido horadado en una montaña que solo afectaba al sentido en el que se encontraban ellos, al menos en ese punto. María recordaba que había que cruzar dos túneles, tanto al subir como al bajar, así que al cambiar de carril evitarían el obstáculo sólo momentáneamente.

—Como el hombre de la herida en la cara, ¿verdad? —insistió Laura.

—Por ejemplo.

—No es tan buen lugar para vivir, entonces. Aquí al menos vemos la oscuridad y podemos evitarla. La de tu mundo está dentro y no la ves hasta que sale.

—Si eso lo pongo yo en un trabajo de clase tengo el diez asegurado.

Laura hizo un gesto que mostraba claramente que no lo había entendido.

—Quiero decir que has definido la parte oscura del otro lado mejor que cualquiera de los que vivimos allí.

—¿Cómo vamos a pasar? —preguntó ella tras una pausa, dando por finalizada la conversación. De ninguna de las maneras iba a considerar aquello el final del camino. Si ellos decidían no acompañarla, iría sola, aunque tuviese que escalar la montaña a bocados.

Tonio se acercó a la boca del túnel. El pelo le ondeó enfurecido hacia atrás, dejándole al descubierto la frente.

La ropa se le pegaba al cuerpo con tal fuerza que parecía que iba a rasgarse y salir volando a su espalda, dejándolo desnudo. Se tuvo que poner la mano delante de la nariz para hacer un parapeto tras el que poder respirar. Cammo se hizo invisible y se coló por la parte de atrás del cuello de su camiseta, quedándose allí escondido.

—Creo que lo más razonable es saltar al otro carril —le dijo María, acercándose a él—. No sé cuánto adelantaremos antes de encontrarnos el otro túnel en dirección contraria, pero al menos podremos comparar cuál de las opciones es menos peligrosa... Ojalá pudiéramos ir cambiando de carril e ir equivocando los túneles, pero no recuerdo si eso es posible... Después de todo, no es que pasara por este camino todos los días, ni mucho menos... mi memoria no da para más...

—Cómo echo de menos el Google Maps —se quejó Tonio—. Sí, está claro que en el túnel no nos vamos a meter hasta que no haya más remedio. Laura, a ver si somos capaces de saltar al otro lado sin que la manta raya vuelque...

Dicho y hecho, los tres, junto con Cammo, que había decidido mantenerse a salvo en el cuello de la camiseta de Tonio, subieron a la manta raya y Laura comenzó la difícil maniobra. Nada más levantar al animal medio metro sobre el suelo, comenzó a cabecear por efecto del viento, como un avión de papel en un vendaval.

—¡Agarraos! ¡La única forma de pasar es rápido y sin pensar!

Nada más acabar la frase, Laura levantó la manta raya unos metros con el objetivo de tener al menos un margen de maniobra si perdía el control antes de dar contra el suelo. El animal se bamboleó y se ladeó hacia la izquierda hasta casi ponerse en vertical. El arnés crujió por el esfuerzo de sostener el peso de los tres tripulantes. Las bolsas se retorcieron en el aire, sujetas por las cuerdas

vegetales. Cuando parecía inevitable que dieran una vuelta de campana, Laura tiró de las riendas en sentido contrario, consiguiendo estabilizar a la manta raya, que recuperó la horizontalidad a la vez que se dirigía hacia la otra carretera y, de manera brusca, aterrizaba. El túnel quedaba ahora a la derecha, como una boca abierta, admirado por la maniobra que acababa de contemplar.

—Joder... me he sentido como aquella vez que se me ocurrió subirme en el barco vikingo en la feria de Málaga —soltó en voz baja Tonio, tratando de mantener en el estómago el bocadillo que se acababa de comer.

—Yo antes me sentía así a diario —dijo entre dientes María—. Muy bien, Laura...

—¡Pero hay otro! —se lamentó ella, viendo la boca del túnel de bajada al fondo.

—Hay dos hacia arriba y dos hacia abajo —le explicó María—. Ojalá podamos repetir la operación e ir esquivándolos... Vamos hacia la boca del túnel, no lo vamos a saber hasta que lleguemos.

Pero no fue necesario llegar. Durante las primeras decenas de metros que recorrieron el carril de la derecha estaba ocupado por la montaña a la que el túnel atravesaba. Pero un poco antes de llegar al nuevo obstáculo que les impedía el paso, el terreno iba perdiendo altitud hasta acabar de manera que hacía posible la opción de volver a saltar al carril correcto y evitar el túnel en dirección hacia Málaga.

—No me puedo creer que estemos teniendo suerte por fin —sentenció María, mirando la oscura boca del túnel. Con la misma incertidumbre y maestría que la anterior ocasión, Laura fue capaz de devolver la manta raya al carril correcto, pero esta vez Tonio no pudo evitar vomitar el bocadillo en el arcén, tras salir corriendo en cuanto Laura posó al animal en el asfalto.

—¡Joder, qué rabia! —protestó después de enjuagarse la boca con el agua que llevaban, mientras volvía al lugar en el que se encontraban las chicas.

—Aún nos queda otro túnel —le dijo María al verlo llegar, mirando a la hipnotizadora oscuridad del que acababan de evitar. Prefería no saber nada de los peligros que acechaban dentro, pero algo le decía que hubiera acabado siendo su tumba en el caso de no haber tenido más remedio que atravesarlo.

Una vez recuperado el aliento, retomaron el camino. Pero apenas un par de curvas después volvían las dificultades, y esta vez por partida doble.

La carretera se internaba una vez más en las entrañas de la tierra. Sólo que esta vez, la montaña interfería en los dos carriles al mismo tiempo, de manera



que los dos túneles, gemelos, los observaban desde la distancia como las frías y oscuras cuencas vacías de una calavera.

Laura detuvo la manta raya a una distancia prudencial, y se acercaron andando. La ya conocida, pero no por ello menos tétrica sintonía del viento al atravesar el túnel les llegó en estéreo, a dos voces, una por cada una de las aberturas.

—Ahora sí que estamos jodidos —dijo Tonio—. ¿Crees que será posible pasar por encima de la montaña? —le preguntó a Laura. Ella levantó la vista conteniendo a duras penas las lágrimas. El terreno se mostraba como una pared casi vertical, cubierta por una red para evitar posibles desprendimientos sobre la carretera, que se elevaba a unos quince o veinte metros por encima de ésta. Quizá fuera posible escalarla usando la red como apoyo, pero tratar de usar la manta raya sería como querer controlar una hoja seca en un huracán. Suponiendo que consiguiese evitar que se estrellasen durante el ascenso, la fuerza del viento al llegar a la cima los arrastraría sin remisión.

—No —contestó ella tajante, sin el menor atisbo de duda—. Si queremos pasar, tendrá que ser atravesando el agujero. Y eso es imposible...

Ya no pudo evitar las lágrimas por más tiempo, pero se tapó los ojos con una mano para intentar no perder el control del todo. Sabía que si le abría las puertas al llanto desconsolado, ya no podría detenerlo de ninguna manera.

Tonio se acercó a la boca del túnel para evaluar las posibilidades de atravesarlo. No era excesivamente largo, de hecho se podía apreciar la claridad de la salida al fondo, pero no llegaba a verse porque el trazado no era recto del todo, seguía una leve curva, no demasiado pronunciada, pero sí lo bastante como para ocultar el final. Estaba iluminado, pero la escasa claridad artificial teñida de tonos anaranjados era a todas luces insuficiente para mantener a raya a los que se arrastran en la oscuridad. En cuanto al interior, la carretera ocupaba dos carriles; en el izquierdo había tres coches, dos que estaban muy cerca el uno del otro, ambos a escasos metros de la entrada, y otro a la mediación. El derecho estaba ocupado tan sólo por uno que estaba a punto de entrar en el túnel. Pensó en la posibilidad de cruzar amparados por la claridad que proporcionaban las luces de los faros, pero la desechó enseguida por la distancia. Habrían tenido que recorrer muchos metros en penumbra. Demasiados. Cerró los ojos, y el interior del túnel le devolvió la confirmación de sus peores temores: era un hervidero de figuras rojas que cambiaban de forma y posición, retorciéndose unas sobre otras,

apareciendo y desapareciendo sin seguir un patrón definido, aleatoriamente. Cuando sintió la mano de María en el hombro, un súbito escalofrío le hizo abrir los ojos de repente.

—¡Joder, qué susto!

—¿Cómo lo ves? ¿Podemos atravesarlo?

Tonio miró hacia Laura, que estaba separada unos metros, tratando de encontrar una solución que se antojaba imposible.

—No lo creo —susurró—. El túnel está lleno de... cosas.

—Mierda... pues estamos bloqueados. Y aunque tratemos de escalar, no estamos ni a medio camino de Antequera todavía... Además, visto lo visto, no creo que el resto del viaje sea un lecho de rosas como para hacerlo a pie... Tenemos que cruzar como sea...

Al decir la última palabra se apoyó desanimada sobre el coche que estaba a punto de entrar en el túnel. El conductor era un hombre rubio, de una edad indeterminada que posiblemente estuviese entre los treinta y los treinta y cinco años, al que *La Pausa* había pillado cantando a pleno pulmón lo que quiera que estuviese sonando en ese momento en la radio.

—S... se ha movido... —susurró María.

—¿Perdona? —dijo Tonio, dejando de mirar al interior del túnel y acercándose a ella.

—E... el coche... se ha movido al apoyarme sobre él...

—Pero eso es imposible, María... Aunque haya objetos que salten del otro lado y se puedan mover aquí...

—Pues será imposible, pero lo estoy moviendo, mira...

María empujó con fuerza desde atrás, y el coche se movió unos centímetros.

—¡Pero no puede ser! —insistió Tonio—. El coche va por autovía, seguramente iría en cuarta o en quinta, el propio motor debería actuar de freno e impedir que lo movieras, ¿No?

—A mi no me mires, yo no tengo carné de conducir, pero el coche se mueve, eso es innegable —insistió ella, levantando las palmas de las manos a la vez que se encogía de hombros.

Tonio miró por la ventanilla. El conductor tenía el embrague pisado y la palanca del cambio de marchas en punto muerto.

—¡Joder, qué suerte! ¡Creo que el coche... o parte de él... ha saltado en el momento justo en que estaba cambiando de marchas, por eso lo podemos mover!

—¿Qué pasa? —preguntó Laura acercándose a ellos con un cierto brillo de esperanza en la mirada.

—Un momento... —dijo Tonio con la mano tapándose la boca, pensativo—. ¿Crees que podríamos atar a la manta raya aquí? —dijo, señalando el guardabarros—. Si lo hacemos y puedes llevarla con cuidado a través del túnel, las luces de los faros nos mantendrían a salvo hasta que lleguemos al recodo... no creo que haya mucha distancia ya desde allí hasta la salida... ¿Te ves capaz?

Laura no le respondió, porque estaba ya sobre la manta raya, buscando las cuerdas.

La parte más laboriosa del proceso de atar al animal al guardabarros fue conseguir que se acercase a la oscuridad de la boca del túnel. La ley no escrita de no adentrarse por ningún motivo en la oscuridad era en *La Pausa* tan fuerte como el instinto de conservación para el hombre en el mundo real.

A pesar de ello, lo consiguieron. Una vez el animal estuvo de nuevo bajo las órdenes de Laura, comenzaba lo realmente difícil. María y Tonio se sentaron y se aseguraron el arnés. Éste último miró hacia atrás, y en voz baja le habló a Cammo, que continuaba escondido en la parte de atrás del cuello de su camiseta.

—Mejor que te quedes ahí, amigo. Esto se puede poner feo.

El *camalemono* se acurrucó contra su cuello, como si realmente hubiese entendido lo que le acababa de decir, y se quedó inmóvil, tratando de pasar desapercibido. Los ojos de Tonio se cruzaron con los del conductor del vehículo, que seguía atrapado en su eterno gorgorito, antes de volver la vista hacia delante.

—Muy contento estás tú —masculló—. Si estuvieras aquí fuera, no lo estarías tanto.

La sombra de los tres amigos y el animal al que cabalgaban se proyectaba sobre el suelo del túnel, a muchos metros por delante de ellos. La luz de los faros los bañaba por completo, manteniéndolos a salvo de la oscuridad. Mientras, al hombre que conducía el coche no parecía molestarle el hecho de que tres desconocidos hubieran atado una manta raya voladora al guardabarros de su coche y estuviesen tirando de él como si fuera un carromato, porque seguía cantando a pleno pulmón.

—Laura, voy a cerrar los ojos para asegurarme de que no nos ataca nada sin que lo veamos llegar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella, con la vista al frente y el ceño fruncido. Se estaban metiendo en la boca del lobo, y ella mejor que nadie sabía que aunque Tonio le avisara de cualquier ataque, no tenían capacidad de maniobra. A la estrechez del túnel tenían que añadir el hecho de que la manta raya estaba atada al guardabarros. En ese instante, eran como un gusano clavado en el anzuelo, no les cabía más que esperar a que el pez no tuviera demasiada hambre.

María, por su parte, se sentía inútil por no poder aportar algo. Laura llevaba las riendas y Tonio era sus ojos en la oscuridad.

Pero ella... ¿qué hacía ella? Agarrarse al arnés con tanta fuerza que le crujían los tendones.

La oscuridad los rodeó por completo, y el lamento del túnel pareció arreciar aún más. Tonio sentía el latir de su corazón bombeando sangre en los oídos. Cerró los ojos, y todo a su alrededor se volvió rojo. Los abrió de nuevo, espantado, sólo para comprobar que en su visión normal aún no había aparecido ningún monstruo.

Aún.

Los volvió a cerrar y los vio de nuevo, justamente en el límite entre la luz que derramaban los faros y la oscuridad del túnel, con una precisión casi milimétrica. Formas rojas retorciéndose unas sobre otras, destilando maldad con cada movimiento. Sintió como el ritmo de su corazón se aceleraba a cada nueva pulsación, pero tenía que hacer todo lo posible por controlar el miedo para evitar que se convirtiera en pánico. A unos metros por delante de ellos, el rojo se iba disolviendo y deslizándose hacia los lados conforme la luz lo iba alcanzando. La situación se mantuvo durante unos segundos. El ambiente en el túnel se iba haciendo cada vez más irrespirable, cada vez más enrarecido. Aunque trataba de no pensar en ello, no podía evitar la sensación de que se encontraban en uno de los accesos al mismísimo Infierno.

—No podemos seguir —dijo Laura. Tonio abrió los ojos, y lo que vio hizo que se arrepintiera al instante.

Habían recorrido toda la distancia hasta el recodo. Aunque el coche había saltado a *La Pausa*, y quizás el volante se pudiera girar para encarar la salida, el muchacho rubio lo tenía agarrado con una mano, lo que lo convertía en un imposible. Lo malo era que la distancia que quedaba por recorrer hasta la salida hacía inviable una huida a pie, como Tonio había previsto en un principio. Miró con los ojos cerrados tan sólo para confirmar sus peores

temores: todo era rojo excepto la salida del túnel, a bastantes metros de distancia.

—Mierda —protestó entre dientes. Giró la cabeza y vio la entrada al túnel, muchos metros por detrás. No tuvo que cerrar los ojos para saber que las luces traseras no mantendrían a raya a los que se arrastran en la oscuridad. Lo único que podían hacer era tratar de desandar lo andado, con los riesgos que ello conllevaba: quizá María y él pudieran empujar desde delante mientras Laura trataba de mantener la manta raya en la zona iluminada, pero no tenía ni idea de cómo reaccionaría el animal con las luces de los faros apuntándole directamente a los ojos. Fuera como fuese, la situación era realmente difícil, por no decir desesperada.

—¡Mierda! —dijo de nuevo, ahora a voz en grito, golpeando el arnés—. ¡Estamos jodidos! ¡Pero bien jodidos! —repitió fuera de sí—. ¡Esta vez no nos va a sacar las castañas del fuego el hechicero, vamos a tener que arreglárnoslas noso...!

El hecho de decir las palabras fuego y hechicero en la misma frase tuvo un efecto inmediato en los tres. Se quedaron mirándose unos a otros, con la misma imagen en mente: una bolsa de piedras con una llama dibujada.

—¿Creéis que...? —comenzó a preguntar Laura, pero María no la dejó acabar.

—¿Sería acaso la primera vez?

—Pues si nos saca de ésta entonces entenderé que dejara en el poblado a Álvaro y Bicho, porque está siendo nuestro ángel de la guarda a distancia —sentenció Tonio mientras se soltaba del arnés y trasteaba en busca de las bolsas. Cada cierto tiempo cerraba los ojos para asegurarse de que las cosas seguían bajo control. Tan sólo unos segundos después, volvió con la bolsa que contenía en su interior a las otras dos. Soltó el nudo de la grande y dejó caer en su regazo ambas bolsas pequeñas.

—Fuego y viento —dijo María—. Necesitamos al primero, del segundo tenemos de sobra.

Como si la hubiese entendido, el aire arreció en el interior del túnel y el lamento se elevó hasta unos niveles casi insoportables.

—¿Pero qué se supone que hay que hacer con esto? —preguntó Tonio abriendo la bolsa que tenía dibujado el fuego en el exterior. Sacó las piedras y las dejó descansar sobre la palma de su mano: eran sólo cuatro, gastadas como las piedras de un río, de un color naranja intenso. Las tocó con los dedos y

sintió su extraño tacto, templado y resinoso, como si fuesen de un material plástico más que un mineral. Las raspó con la uña, chocó unas contra otras a la espera de una chispa inexistente, y les dio mil vueltas antes de darse por vencido.

—Igual son como las pastillas esas inflamables que venden para encender la barbacoa —sugirió María.

—Pues si es así, vaya mierda —protestó Tonio—. Lo mismo sirven para encender un fuego, pero poca iluminación iban a dar... Supongo entonces que si éstas sirven para encender un fuego, las azules servirán para apagarlo...

Laura cogió una de ellas de la palma de la mano de Tonio y la observó durante largo rato, como si así pudiera desentrañar sus secretos.

—Tiene que haber algo más. No creo que el hechicero nos envíe unas piedras sólo para encender y apagar el fuego de una hoguera. Y mucho menos que lo ponga en el mismo sitio en el que estaban los remedios que te han devuelto la vista y han salvado la vida a Cammo. Tiene que haber algo más....

—Lo que dices tiene toda la lógica del mundo, Laura, pero por qué no ha dejado instrucciones sobre cómo usarlas... ¿por qué no...?

—¡Claro que lo ha hecho! —cortó María—. ¡Seguro que sí! ¿No lo véis?

Tonio y Laura se miraron desconcertados.

—¿Qué has visto tú que nosotros no? —preguntó Laura impaciente.

—Tú misma lo has dicho, has sido tú la que me has puesto sobre la pista —sonrió María, convencida de que conocía los pasos a seguir—. El hombrecito nos ha dejado las instrucciones, sólo que nosotros las teníamos delante de nuestras narices y no éramos capaces de verlas. Fijaos...

Se soltó del arnés y se arrodilló delante de Tonio. Recogió las piedras de color naranja, las devolvió a su bolsa y las anudó. Luego las metió de nuevo en la bolsa grande y la agitó delante de las caras sorprendidas de sus compañeros de viaje.

—Una bolsa grande con un sol dibujado —explicó—. Dentro, otras dos independientes... ¿por qué? Para que no entren en contacto unas con otras... Las de color naranja que son el fuego, y las de color azul que son el viento. El viento que aviva el fuego.

—¡Joder, ahora! —exclamó Tonio—. Es como el pegamento ese que viene en dos barras independientes y que hay que unir y amasar para que se vuelva adhesivo... ¡Tiene toda la lógica del mundo, claro que sí! Pues vamos a probarlo... Tú coges una azul —le dijo a María— y yo una naranja... Las

acercamos y que sea lo que Dios quiera... Laura, deberías soltar a la manta raya del guardabarros por si se pone nerviosa... y agarrar las riendas todo lo fuerte que puedas.

Así, cada uno de ellos extrajo una piedra del interior de su bolsa correspondiente, y luego la anudó con fuerza para evitar que el resto entrara en contacto con las del otro color de forma accidental. Después las devolvieron a la grande que las había contenido desde el principio. Mientras tanto, Laura desató al animal del guardabarros. Al sentirse libre, aleteó un poco y la chica tuvo que ponerse a las riendas en un salto.

—¿Preparada? —le preguntó Tonio a María.

—No. Pero vamos... —respondió ella.

Laura aferró las riendas con toda la fuerza que pudo reunir, y sus amigos hicieron que las piedras entrasen en contacto. Al principio no ocurrió nada, hasta que súbitamente la unión entre ambas comenzó a brillar con la intensidad de una supernova.

—¡Quema! —gritó María.

—¡No puedo sostenerla más tiempo! Le dio la razón Tonio.

—¡*Soltadlaaaaaaas!* —gritó Laura, incapaz de mantener por más tiempo inmóvil al animal, que había entrado en pánico por el resplandor repentino.

Tonio y María soltaron las piedras prácticamente al mismo tiempo. Eso hizo que la unión fuese completa, como si hubieran estado conteniéndose, sabedoras de que su fusión hubiera destrozado a las personas que las sujetaban. Al contrario de lo que era de esperar, no cayeron atraídas por la gravedad, se fueron elevando poco a poco a la vez que se convertían en una sola, brillando ya con una luz casi comparable a la del sol.

—¡*Vámonooooos!* —gritó Tonio. Había cerrado los ojos, y la negrura era absoluta. Las formas rojas, los que se arrastran en la oscuridad, se habían replegado al lugar desde el que habían venido, ahora que todo el túnel estaba iluminado como si la montaña fuese de cristal transparente. En apenas quince segundos, los tres amigos, el *camalemono* y la manta raya estaban al otro lado del túnel. Laura tiró de las riendas y contuvo al animal a duras penas. El túnel, visto ahora desde fuera, parecía un cañón de luz.

—Ha faltado poco... ¡Qué pasada! —exclamó María, dejándose caer sobre el asfalto para recuperar el aliento.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos hecho! —gritó Laura de alegría, una vez consiguió calmar a su montura.

La luz en el túnel bajó de intensidad levemente. Algo difícil de apreciar al principio, pero que se fue haciendo más evidente poco a poco. Tonio saltó sobre la manta raya y cogió la bolsa con las piedras.

—¡Tengo que entrar! —gritó, dirigiéndose al túnel de nuevo a toda prisa.

—¿Qué? ¿Estás loco? —exclamó Laura, pero él no contestó. Al contrario, volvió a gritarles una orden tajante.

—¡Si no salgo id a buscar a Noelia!

Sin esperar respuesta, se introdujo en el túnel. La intensidad de la luz que emitían las piedras había bajado bastante, y se notaba mucho más visto desde dentro que desde fuera. Corrió hacia el coche y se colocó delante de los faros, mirando al muchacho rubio a los ojos. Tomó aire, y comenzó a empujarlo hacia la entrada del túnel, al lugar donde lo habían encontrado.

Había decidido entrar de nuevo al caer en la cuenta de que en el mundo normal, a ojos del muchacho rubio que cantaba tan alegremente al volante, el coche se habría *teletransportado* directamente desde la entrada del túnel hasta el recodo. Eso significaba su muerte instantánea, no tendría tiempo para reaccionar y evitar estrellarse contra la pared del fondo. No estaba dispuesto a permitir que eso ocurriera. Tampoco tenía tiempo para explicárselo a las chicas ni quería usar más piedras de sol por si las necesitaban más adelante.

Al fin y al cabo iban a *donde el sol sólo entra una vez*.

La intensidad de la luz que emitían las piedras bajo un poco más, y Tonio aplicó toda la fuerza que pudo. Cerró los ojos para concentrarse únicamente en empujar, y de pronto el coche comenzó a recular con facilidad. Miró hacia su lado y vio a María ayudándole. Abrió la boca para protestar, pero ella lo cortó.

—No hables —susurró por el esfuerzo—. Luego me cuentas por qué mierda estamos haciendo esto.

En apenas unos segundos el coche llegó a su posición inicial. María y Tonio echaron a correr de nuevo a toda velocidad hacia dentro del túnel. Tonio pensó con un escalofrío que, sin la protección de la luz de los faros, si las piedras se apagasen sin previo aviso no tendrían tiempo para unir otras dos, y eso le dio alas. Como si le hubiera leído el pensamiento, la luz parpadeó como una vela a punto de apagarse.

—¡VAMOOOOOOS! —gritó Tonio al alcanzar el recodo. Cogió a María de la mano y tiró de ella. Ambos llegaron a la salida del túnel al tiempo que éste se sumía de nuevo en la oscuridad. Se dejaron caer en el suelo, agotados,



bañados por la protectora luz del sol. El interior del túnel se volvió a llenar de formas rojas a los ojos de Tonio.

—Mierda... por poco... —balbuceó sin aliento.

—¿Por... qué? —susurró María con la espalda contra el suelo y la boca abierta para tratar de llenar los pulmones.

Tonio tuvo que esperar a recuperar el ritmo normal de los latidos de su corazón para explicárselo. La cara de María era todo un poema.

—Joder... es verdad, pobre muchacho —susurró. A ella no se le había pasado por la cabeza el que lo estaban condenando a una muerte segura.

—Venga, retomemos la marcha —dijo Tonio, levantándose del suelo y ayudando a María a hacer lo propio—. Dejo las bolsas y nos... Oh, no. *Nononono.*

—¿Qué pasa? —preguntó Laura viéndolo manotear en busca de algo.

—¡Las piedras, joder! ¡Sólo están en la bolsa las de color naranja! ¡He debido perder la de las azules al salir corriendo!

—No nos sale una a derechas... —refunfuñó María, acercándose a la boca del túnel—. ¡Eh, la veo! ¡Está ahí mismo! —gritó.

—¡No entres! —le advirtió Tonio corriendo hacia ella. Aunque la bolsa estaba a unos dos metros escasos de la entrada, había cerrado los ojos y a su alrededor la oscuridad era un hervidero de formas rojas, como cazadores alrededor de un cebo—. ¡Ni se te ocurra!

—Vale, *vaaaaale* —respondió ella, levantando las manos—. Toda tuya, *Don Nervio.*

Tonio no hizo caso a las palabras de María y se fue directamente al arcén, donde un cañaveral de color bronce, marca registrada de *La Pausa* se movía rítmicamente con el vaivén del viento, sobre el matorral bajo inamovible que existía en el mundo real. Cogió una de las cañas con ambas manos con la esperanza de ser capaz de arrancarla. Al igual que el bambú del otro mundo, la caña era muy flexible y resistente, y tuvo que poner todo su empeño para desenraizarla. La superficie de la caña reaccionó al calor de las manos del chico cambiando de color, del bronce a un oro limpio.

—Esto sería éxito de ventas en el Verdecora —dijo, mientras se encaminaba a la boca del túnel.

Con todo el cuidado del mundo para no aproximarse a la oscuridad más allá de lo estrictamente necesario, localizó la bolsa, colocó el bambú metálico cerca de ella, y cerró los ojos. Vio a las formas rojas enroscarse sobre la caña

buscando algo comestible y soltarla luego con furia al no encontrarlo. Enseguida, una nueva forma ocupaba el lugar de la que se había soltado y así se iba repitiendo, en un proceso sin final. De pronto las cosas parecieron entrar en una especie de bucle frenético, atacándose unas a otras y tratando de encaramarse al palo para acercarse a él lo más posible. Tonio abrió los ojos. Había estado a punto de rozar la oscuridad con su mano derecha. La retiró con un respingo, y comenzó a arrastrar la bolsa de las piedras hacia afuera, enganchándola con el extremo de la caña. Cerró de nuevo los ojos para descubrir que, durante un instante, las formas habían quedado inmóviles ante su estrategia.

Pero sólo durante un ínfimo instante. Al siguiente parecieron decidir que la bolsa era para ellos o para nadie, y pusieron todo su empeño en destruirla por completo. Se convirtieron en la personificación de la furia, golpeando, deshilachando y destruyendo la bolsa y su contenido hasta niveles inenarrables.

—¡No! —gritó Tonio, y redobló sus esfuerzos para intentar recuperar al menos algo del contenido, pero fue imposible. La rabia roja era la fuerza más destructiva que había visto jamás. Desanimado, abrió los ojos para evitar ver la orgía de destrucción, y descubrió la piedra azul justo en la boca del túnel, en el límite entre la luz y la oscuridad. Sin pensarlo, le dio un fuerte golpe con la caña y la llevó a la luz.

—¡JAAAAAAAAA! ¡Joderos, hijas de la grandísima puta! —gritó con rabia animal, cogiendo con todo el cuidado del mundo la piedra azul. Conteniendo la rabia, la guardó directamente en la bolsa con el sol dibujado.

Por una vez, le importaba un pimiento lo que hubiera podido pensar su madre ante tan descriptivo vocabulario.

## CAPÍTULO 31: HAY ALGO EN EL CEMENTERIO

Como si todas las dificultades hubieran decidido reunirse al principio del camino, una vez superado el obstáculo de los túneles todo cambió para bien. Obviando el insoportable viento y las criaturas que se movían en los márgenes de la carretera, el camino se empañó de una tranquilidad que a Tonio le hizo recordar con un escalofrío el dicho de *la calma que precede a la tempestad*.

El viento aún les impedía levantar la manta raya más allá de unas pocas decenas de centímetros del suelo, por lo que seguían sin poder sobrevolar los coches, teniendo que esquivarlos. El *camalemono* hacía un buen rato que había abandonado su escondite a la espalda de Tonio y se había vuelto a instalar en su hombro. Su pelo, recio y translúcido como la fibra de vidrio, se movía con el viento creando un efecto casi hipnótico a la luz del sol. Estaba concentrado, una vez más, en dar buena cuenta de una fruta. María lo miraba de reojo y, por primera vez en mucho tiempo, sonreía.

—Confiesa que te está empezando a caer bien —dijo Tonio con una sonrisa.

—¿Eh? ¿Qué? ¿El bicho? —preguntó ella, saliendo de sus pensamientos—. *Naa*, es odioso...

—Ya, por eso sonreías —intervino Laura, tirando de las riendas hacia la izquierda para evitar un inmenso camión de color blanco.

—No, no era por eso... estaba pensando en lo que le habría gustado...—Se detuvo, y cerró la puerta antes de abrirla del todo—. No, no pensaba en nada...

—Venga, es la primera vez que te veo sonreír, y deberías hacerlo más a menudo —insistió Tonio—. ¡Si tienes dientes y todo! —bromeó.

María trató de dibujar una sonrisa, pero se quedó a medio camino entre ésta y una mueca.

—Oye, viendo como llegaste imagino que la vida no te ha tratado muy bien al otro lado... tómate esto como una oportunidad. Cuando vuelvas, porque sé que volveremos, podrás empezar de nuevo. Poca gente tiene una opción tan clara de dejar lo malo atrás y empezar desde cero.

—Eso es lo malo, que ojalá pudiera no empezar desde cero. Ojalá pudiera empezar tan sólo desde un poco antes, desde antes de..

La voz se le quebró y no pudo seguir. Escondió la cara entre las manos y lloró amargamente.

—Eh, tranquila —la consoló Laura. Soltó una de las manos de las riendas y le acarició la espalda, pero tuvo que volverlas a coger enseguida porque la presión era insoportable. Como para darle la razón, una nueva racha de viento hizo que la manta raya diera varios saltos sobre el asfalto, como una piedra plana que se arroja sobre la superficie de un estanque para verla rebotar.

Pasaron bajo una señal que indicaba un cambio de sentido para acceder al pueblo de Casabermeja.

—No hace mucho que nos conocemos, pero ya sabes que aquí el tiempo es relativo —dijo Tonio—. Hemos vivido aventuras juntos mucho más impactantes de las que puede experimentar una persona en toda su vida... Quiero decir que, si necesitas contarnos algo, si necesitas desahogarte, puedes contar con nosotros.

De repente Cammo comenzó a saltar, nervioso, en el hombro de Tonio.

—Eh, ¿qué te pasa, amigo? —le preguntó, buscando a su alrededor el motivo de la inquietud del animal. Todo parecía en orden, a primera vista. La carretera estaba incluso despejada en aquel tramo, por lo que llevaban un rato sin tener que esquivar coches siquiera. A su derecha, todo era un descampado sobre el que crecía la diversa vegetación multicolor de *La Pausa*. A la izquierda se podían ver los carriles de la autovía en sentido hacia Málaga, y detrás, a cierta altura, el pueblo de Casabermeja con su característico cementerio blanco mirando a la autovía.

El *camalemono* le soltó una retahíla en su lenguaje que Tonio habría dado cualquier cosa por comprender. Estaba convencido de que aquello no era una concatenación de sonidos aleatorios, había tantas inflexiones, tantas combinaciones diferentes de sonidos que estaba seguro de que era más un idioma complejo que los sonidos emitidos por un animal. A ello había que añadir además las gesticulaciones y las expresiones de su rostro, que daban aún más fuerza a su teoría del lenguaje.

—Míralo, si parece que está hablando de verdad —dijo María. Cammo se puso histérico, y pasó de su pseudo lenguaje a una serie de gritos que ya sí eran claramente animales—. ¿Qué le pasa...? —trató de preguntar María, pero no le dio tiempo a acabar de formular la pregunta. Una pegajosa sustancia rojiza, translúcida como la gelatina de frambuesa restalló como un látigo desde la izquierda, cayó sobre ella y la arrancó literalmente del arnés, para

desaparecer a la misma velocidad por donde había venido, llevándosela consigo.

El súbito impacto desequilibró a la manta raya, y a pesar de la maestría de Laura, fue imposible evitar el accidente.

Tonio era incapaz de cuantificar el tiempo que había tardado en recuperarse. Estaba mirando a María cuando ocurrió todo, y su cabeza se empeñaba en repetir una vez tras otra la escena de una rana atrapando a una mosca con la lengua, sólo que la rana era inmensa, su lengua era de gelatina de frambuesa, y la mosca era María.

No podía borrar de su mente la imagen. Su cara de sorpresa cuando se alejaba por el aire, manoteando mientras trataba de agarrarse a algo inexistente. Se quedó unos instantes tirado boca arriba sobre el asfalto, sintiendo el calor mordiéndole la espalda, hasta que la urgencia por tomar las riendas de la situación, por comprobar que Laura no había sufrido daños importantes y por tratar de rescatar a María de dónde quiera que se la hubiese llevado esa cosa pudiera más que la semi inconsciencia que sobrevolaba su cabeza tratando de instalarse en ella. Se sentó de golpe y el mundo dio un par de volteretas antes de estabilizarse ante sus ojos.

La vista no presagiaba nada bueno. La manta raya estaba inmóvil, y había dejado un rastro húmedo —suponía que era lo que el animal utilizaba como sangre— que se dibujaba desde el lugar del impacto hasta donde se encontraba ahora, a unos cuatro o cinco metros de distancia. El arnés se había destrozado con el golpe, y por eso él había salido despedido. Por suerte, no parecía haber sufrido más daños que unas cuantas rozaduras y moratones que dolerían más adelante, cuando el efecto de la adrenalina se hubiese diluido.

El arnés tenía forma de cruz, con un cuerpo principal que atravesaba el de la manta raya desde la cabeza hasta mediados de la cola, donde se sujetaba con correas de cuero, y un travesaño mucho más corto que sostenía los asientos de Tonio y María, uno a cada lado, mientras que Laura se situaba justo en el centro. Eso había hecho que su asiento no se destrozara, y por tanto ella no saliera despedida. Aún así, estaba sin sentido, con la cabeza a un lado, y la incertidumbre hizo que Tonio se incorporase antes de lo recomendable. Con el paisaje moviéndose como en uno de sus simuladores de vuelo, consiguió llegar hasta ella y le apartó el pelo de la cara.

—Laura... ¡Laura!... ¿Puedes oírme?

Tuvo que insistir un par de veces antes de obtener respuesta.

—Q... ¿Qué ha pasado?

—Hemos sufrido un accidente. ¿Te encuentras bien?

De nuevo pasaron unos segundos antes de que respondiera, y Tonio temió que fuese a perder la consciencia otra vez. Sin embargo, no fue así.

—S... sí, creo... creo que sí... —respondió—. Tan sólo necesito un instante para recuperarme—. Añadió, sin ser capaz de abrir los ojos aún. A pesar de ello, su coherencia al responder hizo que él albergara la esperanza de que no tuviera nada grave, más allá de un fuerte golpe. De María no había rastro alguno.

—Vale, ahora mismo vuelvo. Voy a buscar a Cammo...

El animal estaba en silencio, lo que no era en absoluto buena señal. Con la vista normal no conseguía localizarlo, y eso le dio esperanzas, porque como había podido comprobar durante la pelea con la mole del bar de carretera, el *camalemono* necesitaba estar consciente para mantener su invisibilidad.

—¡Cammo! ¿Dónde estás? —gritó. Una bandada de pájaros remotamente parecidos a las palomas salió huyendo de entre los árboles y se perdió en las nubes que, a medida que habían ido ascendiendo, se encontraban cada vez más cerca del suelo. Al no obtener respuesta, cerró los ojos e hizo un barrido en busca de la característica figura de su mascota. Vio varios grupos de formas al fondo, entre la maleza, pero supuso que pertenecían a los animales que habían estado viendo de vez en cuando a lo largo de todo el camino.

Oyó un ruido a su espalda y se giró alarmado. Se trataba de Laura, que estaba desabrochándose el arnés. Corrió hacia ella y llegó justo a tiempo de abrazarla cuando el cuerpo se le iba hacia un lado, ya libre de la sujeción de seguridad.

—Vale, vale, creo que ya... dijo ella sujetándose la cabeza con ambas manos—. Pobre —susurró, arrodillándose ante la manta raya y acariciándola. Ésta abrió los ojillos oscuros y la miró.

—¿Está muy mal? —preguntó Tonio. Laura se levantó y examinó la parte visible del animal, aunque el abdomen quedaba oculto por su propio cuerpo y era imposible acceder a él para comprobarlo.

—Creo que no es nada que no se cure con un poco de descanso y cuidados....

—Pero hay mucha sangre, ¿no? preguntó Tonio sin estar seguro de querer oír la respuesta.

—Eso no es sangre —respondió ella señalando hacia el rastro que marcaba

el camino desde el punto de impacto hasta el lugar en el que descansaba ahora la manta raya—. Es una sustancia que segregan cuando se ven en peligro. No ha evitado el golpe, pero sí los daños por el rozamiento contra el suelo. Su sangre es mucho más oscura. Y tienen la piel tan dura que es complicado hacerlas sangrar, por fortuna.

—Vaya, al menos algo no está tan mal como parecía —suspiró él, quitándose un peso de encima—. ¿Qué demonios hacemos ahora? ¿Qué ha sido eso que se ha llevado a María?

—Eran hongos de gelatina. Sólo crecen en los sitios en los que hay casas de la gente del otro lado, así que tiene que estar allí —respondió ella, señalando hacia Casabermeja. El cementerio blanco era la parte que más llamaba la atención desde la carretera, y a la vez el que más probabilidades tenía de ser el origen de lo que se había llevado a María. No dejaba de ser una especie de broma del destino, unir la hongos de gelatina y los cementerios; Tonio recordó que Álvaro le había hablado ya de ella el día de su llegada, cuando la vio sobre los edificios de Málaga. Si permanecía en contacto con la piel mucho tiempo, anulaba la voluntad del individuo, que pasaba a actuar obedeciendo órdenes como un zombi. Si en aquél momento no le gustó nada oírlo, ahora que era muy posible que María estuviese atrapada en ella le gustaba aún menos.

—Tenemos que encontrarla lo antes posible —dijo Tonio.

—Por supuesto... pero no sé cómo vamos a rescatarla. Nunca me he acercado a esa gelatina, sé lo que hace, pero no cómo evitarla.

—Bueno, nos iremos enfrentando a los problemas conforme aparezcan. De momento nuestra prioridad es localizarla, ya veremos cuál es el siguiente paso.

Miró de nuevo a su alrededor con la esperanza de encontrar alguna pista de Cammo, pero al igual que en la anterior ocasión, no hubo suerte.

—El tiempo es muy importante. Si no la encontramos antes de que la controlen esos hongos de gelatina no sé si podremos recuperarla —dijo Laura—. Vamos a tener que... separarnos.

—¿Cómo? —preguntó Tonio. La idea de separarse de Laura y dejarla a merced de cualquiera de los peligros que, como ya habían comprobado, existían en cada palmo del camino, no le hacía ni puñetera gracia. De hecho, no estaba dispuesto a hacerlo.

—Hay que pensar con lógica. Si vamos los dos a buscar a María, dejamos a la manta raya abandonada a su suerte. Cualquier animal que detecte que está

herida vendrá a por ella. Si uno de los dos estamos aquí, se lo pensará dos veces antes de asomarse. Y luego está Cammo, no tenemos noticia de él, pero tiene que estar por los alrededores. Ya sea porque aún no se ha recuperado del golpe, o porque se haya despistado, tarde o temprano volverá, ya lo verás... ¿Qué pasaría si vuelve y no nos encuentra?

Tonio no podía negar que las palabras de Laura estaban cargadas de razón, pero a pesar de todo seguía resistiéndose a separarse de ella.

—Yo iré a buscarla —dijo él, dejando hablar a la cabeza y desoyendo las protestas del corazón. Era innegable que él, de alguna forma, había podido derrotar al que devora. No sabía si sería capaz de repetir lo que quiera que hubiese hecho para acabar con aquella criatura, pero quería creer que si se encontraba en peligro sería capaz de repetirlo... si se daban las condiciones necesarias. No tenía duda de que era mucho más peligroso ir a buscar a María que quedarse junto a la manta raya, así que la elección estaba clara.

Laura asintió con la cabeza. Estaba segura de que era lo más razonable, pero no quería influir en Tonio, quería que fuese él mismo quien tomara la decisión.

—Está bien. No pierdas ni un momento entonces. Te estaremos esperando aquí mismo.

—Vale —respondió Tonio, e hizo la intención de comenzar a andar en dirección al pueblo, pero cambió de idea en el último momento y se giró—. Por favor, ten muchísimo cuidado —le pidió—. Si pasa algo raro, grita. No sé cómo, pero te aseguro que llegaré en un pestañeo.

Laura sonrió. Sabía que no llegaría a tiempo de ayudarla si ocurría algo grave, pero a pesar de ello, de saber que no era cierto, la idea la reconfortó. Fue hacia él, le sostuvo la barbilla con la mano derecha y lo besó.

—Ten cuidado tú también —dijo.

Tonio necesitó de toda su fuerza de voluntad para irse, pero el beso lo recargó como la energía eléctrica a la batería de un móvil. Sin pensarlo más, salió corriendo hacia el pueblo. En condiciones normales no se le habría pasado por la cabeza atravesar a pie la autovía, pero no parecía que los pocos coches que venían en dirección a Málaga llevasen una velocidad de más de una millonésima de milímetro por hora, atrapados como estaban en *La Pausa*. Así, saltó la mediana y pasó sin miedo por delante de un Audi cuyo conductor tenía los ojos cerrados y no pudo evitar pensar que ojalá no fuese un conductor suicida, sino que *La Pausa* lo hubiese pillado en pleno pestañeo. Al otro lado de la autovía, un muro construido con grandes piedras blancas irregulares



servía a la vez de sujeción del terreno y para evitar que cayese a la autovía cualquier elemento que pudiera ser un peligro. Estaba lleno de salientes y rebordes por todas partes, por lo que no parecía difícil de escalar, y no era muy alto, a lo sumo unos tres metros. El único problema era el viento, pero contra eso no podía hacer nada. Se giró y miró hacia Laura antes de iniciar la escalada.

—¡Ten cuidado! —le gritó ella, y a pesar de estar separados no más de quince metros, su voz apenas le llegó, ahogada por la furia del vendaval.

—¡Lo tendré! —le respondió él con toda la fuerza que pudo, forzando una sonrisa, y se puso manos a la obra. Tuvo que cambiar de sitio un par de veces porque apenas había ascendido unos centímetros se quedaba sin asideros en los que sujetarse con la fuerza necesaria como para hacer frente a las corrientes de aire. A la tercera fue la vencida y, no sin esfuerzo, consiguió encaramarse a la muralla. Lo primero que hizo al llegar fue hacerle un gesto a Laura para indicarle que todo iba bien. Después, examinó el terreno.

La primera impresión no fue en absoluto buena. Tenía que caminar unos cuantos metros —no demasiados, por suerte— hasta llegar a la tapia del cementerio, que contaba también unos dos o tres metros de altura, pero iba escalonándose, por lo que tuvo la esperanza de encontrar un punto en el que no fuese muy difícil acceder al interior. El problema era llegar a la base del muro. Había zonas en las que el terreno, seco, sólo permitía vivir a unos matojos de aspecto insano, de pocos centímetros de altura. Cualquiera que no comprendiese cómo funcionaban las cosas en *La Pausa* hubiera elegido ese camino como el más fácil, pero Tonio sabía que las apariencias engañaban, allí más que en ningún otro sitio. Aquellas hojas secas, aquellas hierbas de espinas eran como hojas de afeitar indestructibles, y el simple hecho de pisarlas con el zapato podía provocar lesiones tan serias que pudieran llegar a ser mortales en aquel mundo sin tecnología. Así, la única posibilidad era pisar por los sitios en los que había crecido la vegetación de *La Pausa*, proporcionando una suerte de escudo contra la vegetación normal. Lo malo era que aquellos helechos de color morado que crecían hasta la cintura no tenían aspecto de ocultar nada bueno. Tonio hizo un cálculo aproximado del recorrido, y eligió el que le pareció más corto y a la vez menos peligroso, respiró hondo y se metió entre los helechos.

—Venga, van a ser solo un par de segundos —dijo en voz alta para animarse. Al principio todo fue bien, pero cuando ya llevaba dados un par de

pasos en dirección al cementerio, notó como si algo le estuviese dando pellizcos en el pantalón. Aunque no eran dolorosos, sintió que el pánico comenzaba a hacer de las suyas y apretó el paso sin llegar a echar a correr, por miedo a que hubiera algún agujero oculto entre la vegetación. Apenas le quedaba un metro cuando uno de los pellizcos le alcanzó el tobillo, en un centímetro de piel que quedaba a la vista entre el calcetín y el final del pantalón. El dolor fue horrible, intenso, lacerante. Consiguió a duras penas reprimir un grito para no asustar a Laura, y olvidó toda precaución. Se lanzó hacia el muro, chocó contra él y quedó sentado sobre la tierra, ya fuera de la zona de helechos. Tenía el pantalón cubierto de pequeñas cabezas de planta carnívora de color violáceo que mordían el tejido rítmicamente sin ser capaces de atravesarlo y sin darse cuenta de que la propia fuerza de sus mandíbulas las había condenado, porque al engancharse de aquella forma al pantalón, Tonio las había ido arrancando sin querer conforme andaba.

Poco a poco iban dejando de morder a medida que les faltaba la energía. Todas, excepto una: la que había clavado sus dientes en su tobillo. La cabeza de la planta carnívora no era más grande que una moneda de dos euros, y mordía siguiendo una cadencia, como si chupara de una pajita. Tonio pensó que era la única que seguía viva porque estaba chupándole la sangre, y la imagen hizo que sintiera un fuerte mareo acompañado de náuseas. Ya no le dolía, así que quizás se había asustado por nada. O quizá aquella maldita planta le había inyectado un analgésico para que no le diera la lata mientras lo devoraba. Sintió un súbito acceso de pánico al darse cuenta de que esa idea no era absurda en absoluto, e intentó quitársela tirando de ella. La forma en que se estiró su piel le hizo desistir, además de confirmar sus peores sospechas: aquella cosa le había dejado el pie dormido, porque no había sentido nada. Decidió jugar con ello a su favor, los segundos contaban y si aquello era venenoso se lo tenía que quitar ya. Se giró hasta ponerse en paralelo con el muro y lo golpeó con la pierna con toda la fuerza que pudo reunir, haciendo caso omiso a su instinto de conservación. En condiciones normales habría gritado de dolor, pero no sintió nada. Sin embargo, la planta se convirtió en un repulsivo amasijo de tripas de color violeta mezcladas con su propia sangre. Retiró los restos con cuidado de no tocarlos más de lo necesario y miró la herida que le había provocado el mordisco. Había un moratón que se iba haciendo cada vez más evidente, y que probablemente se lo hubiera provocado él mismo con el golpe. La planta le había dejado dos medialunas, una arriba y

otra abajo, formadas por una infinidad de diminutos agujeros que parecían provocados con alfileres. En el centro del círculo formado por ambas, un agujero del tamaño de un garbanzo le hizo pensar que sí, que en realidad aquello lo estaba sorbiendo como si fuera una pajita. Dio gracias al cielo por no sentir dolor, y porque, a pesar del agujero, tampoco sangraba, probablemente por el efecto de la saliva de aquella cosa, así que se subió el calcetín con la esperanza de que hiciera las veces de una venda improvisada y se incorporó. Sentía un leve dolor parecido a cuando se le dormía una pierna después de estar mucho tiempo delante de la pantalla sin cambiar de postura, pero nada más. Saludó a Laura agitando la mano para que no se preocupara, dedicándole la más falsa de las sonrisas, y se dispuso a escalar el muro. Como había supuesto, en uno de los cambios de altura de la tapia alcanzó a agarrar el borde con los dedos e impulsándose con un salto consiguió escalarlo. Se sintió mal por haber dejado unos surcos del barro rojizo de *La Pausa* manchando la inmaculada blancura de la tapia al apoyar los zapatos contra ella, pero al fin y al cabo allí no había nadie para verlo.

Al mirar dentro del cementerio, el mundo se le vino encima. En Málaga existía la creencia popular, que él mismo había oído nombrar a sus padres decenas de veces, de que en el cementerio de Casabermeja se enterraba a los difuntos de pie, y ahora entendía el porqué: los nichos tenían un frontal elevado, como la fachada de una casa rural, encalada y adornada de hecho casi como si realmente lo fuera. Eso, visto desde el exterior podía dar la impresión de que el ataúd se introducía en el nicho en vertical, cuando en realidad no era así. Pero eso no fue lo que lo impresionó hasta el punto de dejarlo sin habla. Fue la gelatina.

Si había albergado hasta ese momento alguna duda acerca de las posibilidades de que María estuviese allí, se disiparon por completo como el humo de un cigarrillo.

Era como si el cementerio fuese un inmenso molde en el que se había volcado una ingente cantidad de gelatina color burdeos. Lo malo era que en el interior de esa gelatina no había trozos de fruta, ni golosinas, había seres. Vio extrañas razas de animales, pero también había gente. Personas con curiosas vestiduras, como retales de disfraces de carnaval, alguna con ropa normal, con la que perfectamente se podía haber cruzado en la calle sin que le llamara la atención. Todas flotando en el interior de la gelatina, como conservadas en el tiempo.

Todas con los ojos abiertos.

Unos ojos inexpresivos, sin pupilas. Sin iris.

Blancos.

Un escalofrío le hizo estremecerse. Los ojos de María podían estar derritiéndose en ese momento, blanqueándose, cayendo en el poder de la gelatina.

Álvaro le dijo que si pasaba mucho tiempo, aquella cosa controlaba la mente y a la persona como si fuera un zombi.

¿Pero cuánto era mucho tiempo?

Hizo lo único que se le ocurrió: llamar a María a gritos. Y ocurrieron dos cosas: que tuvo éxito, y que se arrepintió de haberlo hecho.

Al fondo, una mano surgió de entre la gelatina. Tenía que comprobar si era ella, así que estableció un plan de acción sin pensar apenas si era factible, o si había otra posibilidad. Saltó desde el muro hasta la primera de las tumbas y se sujetó a la reja de la fachada. Durante un interminable segundo estuvo a punto de perder el equilibrio y caer a la cosa translúcida.

El pánico lo congeló durante unos instantes, y necesitó de toda la fuerza de voluntad para seguir. En su mente convirtió aquella cosa asesina en verdadera gelatina de frambuesa, en una variante del truco de imaginar al público desnudo cuando se tiene miedo escénico, y rezó porque sirviera.

Pero no solo despertó a María. También despertó a la cosa de color frambuesa, cuya superficie comenzó a ondular.

—*Mierdamierdamierda* —maldijo entre dientes. Se encaramó a la reja y consiguió acceder a la parte superior de la fachada. Tenía forma de tejado a dos aguas, tan blanco como el resto del sepulcro, y era lo bastante estrecho e inclinado como para aumentar la sensación de vértigo que ya tenía. Echó el cuerpo hacia delante para mantener el equilibrio y ascendió unos pasos hasta llegar a la cruz forjada, en el punto más alto. Notó el tobillo agarrotado, pero a pesar de ello rodeó la cruz y emprendió la bajada por la otra parte del tejado, simplemente dejándose llevar. Al llegar a la unión con la tumba vecina no pudo frenar y cayó de bruces sobre la parte ascendente de su tejado, pero por suerte se pudo agarrar con ambas manos a los lados y mantuvo el equilibrio. Tomó aire, se incorporó y repitió el proceso hasta llegar a la cruz del nuevo sepulcro. Aún lo separaban otras tres de la mano que asomaba por encima de la gelatina.

Y entonces todo a su alrededor cobró vida.

Comenzaron a surgir burbujas por toda la superficie, y una de ellas se convirtió en una lengua de sapo que se disparó hacia donde él estaba y se pegó a escasos centímetros de su mano, sobre la cruz forjada. Eso le hizo olvidar toda precaución, y corrió como un loco, subiendo y bajando pendientes por encima de los nichos, a la vez que esquivaba decenas de zarcillos color burdeos que se disparaban hacia él desde cualquier parte de la superficie.

Al llegar al lugar en el que la mano asomaba, saltó.

Es curioso como la percepción del paso del tiempo cambia en momentos críticos en los que la vida está en peligro. A Tonio, el tiempo que transcurrió entre que sus pies se separaron de la superficie encalada, blanca como la nieve, y entraron en contacto con la gelatina de color burdeos le pareció una eternidad. La sensación fue de lo más extraño que había experimentado en su vida. La superficie pareció abrirse para darle la bienvenida, lo acogió, lo rodeó, aprisionándolo. No le impidió seguir moviéndose, pero el esfuerzo que le suponía dar un solo paso era extremo, el de un explorador que ha caído en una bolsa de arenas movedizas. La superficie de la gelatina se relajó, como si tuviese un tejido neuronal que le hubiera avisado de que ya no era necesario lanzar nuevos zarcillos contra él, que la presa ya estaba atrapada. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Y para hacer la sensación más desagradable, estaba el calor. La gelatina no estaba fría, como su cerebro quiso hacerle creer al compararla con la alimenticia. Aquella estaba desagradablemente caliente, como la piel de un ser vivo.

Y seguro que era eso.

Claro que estaba viva, de eso no había duda.

A través de la superficie translúcida pudo ver a María, totalmente cubierta por la gelatina a excepción del brazo que había sacado fuera al oírlo gritar. Tenía los ojos cerrados, y eso le pareció una buena noticia, quiso creer que era así porque aún no estaban blancos. Aún no pertenecía a la gelatina.

—¡María! —gritó. Ella se removió al oír su nombre, pero no llegó a despertarse. Con gran esfuerzo, se le acercó y la cogió del brazo—. María... ¿puedes oírme?

En ese momento, le pareció oír un ruido a su espalda. Al fondo, algo comenzó a aparecer lentamente en la superficie de la gelatina. Al principio era sólo una leve elevación, que fue creciendo hasta mostrar una cabeza. Luego los hombros, la cintura, las caderas, y hasta los tobillos. Una de las personas

vestidas con extraños atuendos había salido de la gelatina como el pus de una espinilla, y lo miraba fijamente con sus ojos blancos, amenazante. Estaba completamente erguido, manteniendo un equilibrio perfecto sin esforzarse, con los brazos pegados a los lados del cuerpo. Y flotaba sobre la gelatina, como si ésta lo sujetara por los tobillos. Los pies eran lo único que permanecía dentro de la masa. Y entonces apareció otro, y otro, y otro. En tan sólo unos segundos, estaba rodeado por seres de ojos blancos. No sólo personas, había otras criaturas difíciles de definir, pero todas tenían como rasgo común la aterradora mirada nívea.

Y que lo miraban a él directamente, como si fueran imanes y él su norte.

El terror más absoluto se apoderó de Tonio en dos fases diferenciadas; la primera, cuando descubrió que muchas de esas personas, que muchas de esas criaturas, estaban medio consumidas, que les faltaban trozos de piel, trozos de carne porque la gelatina se alimentaba de ellas además de usarlas como si fueran marionetas. La segunda fase comenzó cuando todos empezaron a moverse hacia él, con suavidad, sin tensar un solo músculo, empujados por la propia masa de gelatina con una precisión milimétrica.

—¡María! ¡María, por favor, despierta! —suplicó, consciente de que aunque le hiciera caso y abriese los ojos, estaban perdidos. Las criaturas se movían con una velocidad con la que les iban a dar alcance en cuestión de segundos. Más aún cuando él mismo acababa de comprobar lo lento y complicado que era moverse por la gelatina.

—¡*MARÍAAAAAAA!* —gritó de nuevo, ya presa del pánico, y tiró de ella hacia fuera. Al sacar la cabeza, la chica abrió los ojos y los vio venir. El grito fue desgarrador, de un terror puro, primigenio. Cómo respondiendo a él, el oso de peluche apareció de nuevo tras las tumbas, con sus ojos estrábicos y su sonrisa mezquina rodeada de babas y sangre de las heridas que él mismo se provocaba con sus colmillos desalineados.

—No... no puede ser —balbuceó Tonio—. No tiene ninguna lógica, es una broma de mal gusto...

Y entonces se le ocurrió una idea, absurda en un primer momento, pero que acabó haciendo que todo encajase en su mente y explotara en luz como una fila entera de caramelos iguales en el Candy Crash. El oso de peluche. La criatura voladora que parecía sacada de Avatar en el Carrefour. Incluso Bicho, con su cara tan parecida a la de Jar Jar Binks.

¿Era posible que, de alguna manera, los hubiesen creado ellos de forma

involuntaria?

Él mismo acababa de ver la escena de Avatar en las pantallas de la sección de imagen y sonido justo antes de salir del centro comercial, y se encontró allí mismo con el pterodáctilo, una figura casi calcada a la de la película. Álvaro le había contado que estuvo viendo con sus amigos un maratón de Star Wars, y curiosamente Bicho tenía un gran parecido con uno de los personajes de la película. Y no tenía ni idea de qué significado tenía el oso de peluche para María, pero lo invocaba cada vez que tenía miedo; le pasó al llegar y le estaba ocurriendo de nuevo ahora, con los dos atrapados en gelatina y rodeados de monstruos.

—¡María, escúchame! —le ordenó, pero la chica estaba tan aterrorizada que no parecía poder oírle—. ¡MARÍA! —gritó de nuevo, cogiéndole la cara con ambas manos y obligándola a mirarlo a él, no a lo que se les venía encima. Ella pestañeó, aturdida. A Tonio le pareció que sus ojos eran más claros, como si se estuviesen difuminando, pero no quiso darle a la idea la más mínima posibilidad de enraizar en su mente.

—Viene... viene otra vez. Viene...

El oso, como queriendo confirmar sus palabras, avanzó por la gelatina sin problema alguno. Un chorro de baba espesa mezclada con hilos de sangre le resbaló por la barbilla. Sonrió y frunció el ceño a un tiempo, dándole un aspecto terrorífico.

—¡Escúchame! ¡No debes tenerle miedo! ¡Viene porque tú lo llamas, y hará lo que tú le digas, porque TÚ lo controlas!

—Nooo... noooo... viene él, él lo trajo, no yo —lloriqueó. Las criaturas estiraban las manos hacia ellos porque ya casi estaban a su alcance, tratando de herirlos con sus largas uñas sucias de gelatina. Algo parecido a un perro modelado en arcilla, con un acabado basto, burdo, abrió y cerró las mandíbulas rítmicamente a centímetros de la carne de Tonio. Los colmillos brillaron al sol. Tenían restos de gelatina por todas partes.

Y tras ellos, el oso de peluche, como una copia a tamaño reducido del muñeco de *Marshmallows* de los Cazafantasmas en versión noche de Halloween.

—*Porfavorporfavorporfavor* —balbuceó Tonio, y echó toda la carne en el asador—. ¡Espabila! ¡Antes estabas llorando por alguien! ¿Era por tu novio? ¿Crees que a él le gustaría verte así? ¿Le gustaría que murieses aquí?

La cara de María se transfiguró en una máscara de rasgos duros como el

granito. Apretó los labios con una rabia que hizo que se pusieran morados, y cerró los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta casi hacerlas sangrar.

—¡ERA... MI... *HIJAAAAAAAAA!* —gritó, y con el retumbar del agónico alarido el oso comenzó a golpear la gelatina como un martillo pilón, arrancando a los seres de ella y lanzándolos como monigotes de trapo por los aires. La gelatina comenzó a vibrar como si estuviese hirviendo a fuego lento al darse cuenta de que algo la estaba dañando por vez primera en su existencia, incapaz de reaccionar, e hizo lo que haría un animal herido y asustado.

Se apartó de lo que la estaba hiriendo. De ellos, y del oso. Como la grasa en un anuncio de Fairy, la gelatina se retrajo desde ellos hacia la tapia y los nichos, dejando inertes con su retirada a los seres que tan sólo unos segundos antes eran una amenaza mortal.

En tan sólo un instante, Tonio y María se encontraron arrodillados sobre el suelo del cementerio, rodeados de cadáveres. El oso siguió avanzando hacia ellos, inexorable, y a cada paso disminuía su tamaño y se hacía menos temible. Cuando tocó contra la piel de María, ya era tan sólo un oso de peluche normal. Inánime, cayó a sus pies y se quedó allí con la cara hacia el suelo, como reclamando su atención. Ella lo cogió y lo observó durante unos segundos.

—¡HIJO DE *PUTAAAAA!* —bramó, sin importarle que la garganta pareciera estar desgarrándose desde dentro por la potencia del grito, y lanzó el oso con todas sus fuerzas hacia los nichos más alejados, tras los que se perdió de vista. Se quedó durante unos momentos respirando agitadamente, bordeando de mala manera la frontera con el ataque de nervios y la hiperventilación.

Tonio no supo qué decir, así que soltó lo más obvio, en apenas un susurro:

—¿Nos vamos de aquí antes de que esa cosa nos ataque de nuevo?



## CAPÍTULO 32: HERIDAS QUE NO CICATRIZAN

Laura estaba curando las heridas de la manta raya cuando los vio aparecer. Parecían supervivientes de una guerra, apoyados cada uno en el otro, arrastrando los pies por la carretera. Tonio era consciente de que no iban a ser capaces de subir a la tapia y que, aún de haberlo conseguido, tenía clarísimo no iba a volver a meterse entre los helechos carnívoros ni por todo el oro del mundo, así que habían tenido que recorrer el cementerio hasta dar con la salida, que por suerte tenía las puertas abiertas, y desde allí habían caminado a lo largo de la carretera hasta llegar a donde estaba ella. El camino había sido mucho más largo, pero no habían tenido más remedio que abonarse al dicho *lento, pero seguro*.

Laura corrió hacia ellos, preocupada pero a la vez experimentando un gran alivio al verlos vivos. Tonio sintió algo parecido al ver a Cammo saltar desde el hombro de la chica y encaramarse al suyo.

—¡Amigo! ¡Estás bien! ¿Dónde te habías metido?

El *camalemono* le respondió con su habitual retahíla ininteligible acompañada de su no menos característico manoteo, señalando hacia el borde de la carretera.

—Apareció al poco de irte tú, de entre las hierbas del arcén. Creo que ha estado inconsciente, pero parece que está bien. ¿Y vosotros, cómo estáis? —preguntó al llegar junto a ellos. Hizo que María se apoyara en ella, liberando a Tonio de la carga y provocando que éste dejara escapar un suspiro de alivio. Le acarició la cara con la mano, y eso a él le pareció el mejor de los remedios.

—Por lo pronto necesitamos recuperar fuerzas —dijo María en un susurro. Creo que la cosa esa del cementerio se estaba alimentando ya de nosotros. No recuerdo haber estado tan cansada en mi vida.

—Totalmente de acuerdo —asintió Tonio dejándose caer junto a la manta raya—. ¿Y ella cómo está?

—Mucho mejor. Como esperaba, no tiene nada grave. Ahora me preocupáis más vosotros...

—Me siento como si hubiera participado en todas las pruebas de las

Olimpiadas, una detrás de otra y sin descansar —susurró Tonio—. Pero por lo demás, estoy bien —añadió, recostando la espalda sobre la manta raya.

—Lo has calcado —asintió María—. Sé que el tiempo va en nuestra contra para recuperar a la niña, pero creo que si doy un sólo paso más voy a desmayarme...

—Descansad mientras hago algo —dijo Laura—. El tiempo que estuvisteis allí arriba lo pasé buscando a Cammo, y de paso he encontrado hierbas que nos van a venir muy bien. Os voy a preparar una deliciosa infusión que os ayudará a recuperar fuerzas en menos de lo que imagináis...

—Eso suena *gennnn*... —la palabra se diluyó entre los labios de Tonio antes de que la pudiera pronunciar por completo, y cayó en un sueño tan necesario como libre de pesadillas, hasta que un dulce aroma lo fue sacando de él con delicadeza. De fondo, oyó el sonido de alguien que mezclaba una conversación distendida con algunas risas.

—Eh, el héroe vuelve a la vida —dijo Laura al verlo abrir los ojos, y se acercó para ayudarlo a incorporarse.

—Tienes que probar esto, tío... es como la poción que toman en los dibujos animados esos de romanos... —soltó María, y bebió un sorbo de la taza que llevaba en la mano. Él reconoció al instante las intrincadas filigranas que había dibujadas en la taza, era una de las que se fabricaban en el poblado.

—Astérix —le dijo, acercándose al fuego que había improvisado Laura, y sobre el que un cazo con un líquido rosado humeaba, produciendo el olor que lo había rescatado del sueño.

—¿Mmmm? —masculló María con la boca llena de líquido.

—Los dibujos de romanos que dices. Astérix y Obélix. Mucho antes de ser dibujos animados fueron un tebeo —explicó, y una punzada de dolor le recorrió el alma. La asociación entre los tebeos y el recuerdo de su hermano pequeño fue prácticamente instantánea.

—Lo que sea —contestó ella, con una sonrisa de oreja a oreja—. Siéntate con nosotras, anda.

—¿Estás segura de que la pócima tan sólo sirve para recuperar fuerzas? —le preguntó a Laura en voz baja, sonriendo también.

—Bueno... también alegra un poco el espíritu, que nunca viene mal —le respondió ella, guiñándole un ojo.

Durante un buen rato, los tres conversaron distendidamente alrededor del fuego. Sin duda, fueron los mejores momentos para Tonio en *La Pausa*, porque

se convirtieron en tan sólo unos amigos hablando de sus cosas. Sin seres letales acechando en las sombras, sin gelatinas que convierten a la gente y a los animales en zombis, y sin mundos detenidos en el tiempo en el que están atrapados tus seres queridos.

—María me ha contado lo que hiciste en el cementerio. Fue muy valiente eso de lanzarte a la gelatina para salvarla. Podíais haber muerto los dos — afirmó Laura, jugando a dar vueltas al medio centímetro escaso de líquido que quedaba aún en su taza.

—No me lo recuerdes. No sé en qué estaba pensando... —bromeó él.

—No, en serio. Todavía no te he dado las gracias —intervino María—. No todo el mundo hubiera hecho lo que tú hiciste...

—Al final me vais a sacar los colores. No es nada, de verdad.

Durante unos segundos, el silencio tomó el lugar que antes habían ocupado las conversaciones y las risas.

—Te debo una explicación —insistió María, mirando las filigranas dibujadas en su taza con algo parecido a la henna, tan sólo para evitar mirarlo a él a los ojos.

—¿Una explicación? —preguntó Tonio intrigado. El tono de la conversación había pasado en menos de un segundo del extremo más distendido al más tenso de la escala.

—El oso. Ese que parece perseguirme... ese que... ese que invoco, o que creo, no sé, involuntariamente cuando tengo miedo...

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la barbilla le comenzó a temblar sin que pudiera controlarla. Laura se levantó de dónde estaba y se sentó a su lado, pasándole el brazo por el hombro para que se sintiera protegida. Tonio, que la tenía por una roca, la había visto llorar por segunda vez en poco tiempo, y eso lo tenía descolocado.

—No tienes que contarnos nada, si no quieres... —dijo él tímidamente.

—Quiero... quiero hacerlo —dijo ella sin apenas dejarlo terminar—. Necesito hacerlo, o volverá a aparecer, y no me lo perdonaría si os hiciera daño, como me lo hace a mí.

Laura intensificó la fuerza con la que la abrazaba, y María le correspondió con una sonrisa sin mucho ánimo. Luego comenzó a relatar su historia.

—Yo era muy pequeña cuando falleció mi padre, apenas seis o siete años. Ni siquiera sé si los recuerdos que conservo de él son reales, o inducidos por las fotografías y los vídeos que he visto un millón de veces cuando él ya no

estaba...

—Lo siento —susurró Tonio, a lo que ella respondió con un leve gesto queriendo dar a entender que ya lo había superado, aunque en realidad no era así.

—Mi madre se casó de nuevo un par de años después. El tipo, al principio, parecía agradable. Era cariñoso con mi madre y conmigo, y aunque nunca iba a poder sustituir a mi padre, durante un tiempo se podría decir que volvimos a ser felices, mi madre y yo. Volvimos a salir, volvieron los viajes en vacaciones, las risas, la vida normal...

Hizo una pausa, durante la que Tonio dudó si estaba tratando de encontrar las palabras correctas o tan sólo evitaba que las lágrimas hicieran de nuevo acto de presencia. Al final, continuó.

—Yo acababa de cumplir doce años cuando él me regaló el oso de peluche. Era un regalo especial, mi madre y él ya me habían regalado la muñeca que llevaba semanas pidiéndoles, por lo que no lo esperaba cuando vino a mi cuarto a darme el oso. Yo le di las gracias y me abracé al peluche, sin saber lo que significaba. Esa... esa noche fue la primera vez que vino a visitarme de madrugada...

—¿Quieres decir que...? No puede ser... lo... lo siento... —balbuceó Tonio tras unos segundos de incredulidad. Laura puso cara de no entender qué era lo que estaba ocurriendo, y María tuvo que explicárselo con todas las letras. Para su cultura la simple insinuación de lo que aquel hombre hizo era algo tan abominable, tan inconcebible, que a duras penas podía llegar a esbozarlo en su mente siquiera. Abrazó con tanta fuerza a María que casi le impedía respirar. Y lloró. Lloró con verdadera amargura durante un buen rato.

—Tras aquella primera vez vinieron muchas otras... tantas, que creo que mi mente las borró para que no me volviera loca. Y siempre, siempre, el aviso era la visita del oso. Si al acostarme estaba allí, ya sabía que esa noche vendría a mi habitación. Luego se lo llevaba, y yo podía respirar tranquila hasta que volvía a aparecer, una semana después, un mes después, o tan sólo un par de días.

—Hijo de puta —masculló Tonio con rabia—. ¿Y tu madre? ¿No le dijiste nada?

—No podía... no... no sabía cómo hacerlo... era tan solo una niña, me daba miedo hacerle daño. Pensaba que tenía que aguantar, y ya está... que al fin y al cabo no pasaba todos los días, que... yo que sé, imagino que asumí que

aquello era lo normal...

Laura no sabía qué más podía hacer para tratar de reconfortarla. Las lágrimas brotaban de sus ojos como un torrente, y ella no hacía nada por detenerlas.

—¿Hasta cuándo...? —comenzó a preguntar Tonio, pero no fue necesario que terminara de formularla.

—Dieciséis años. Tenía dieciséis años cuando me quedé embarazada...

—Dios mío... —masculló Tonio.

—Fue entonces cuando se lo conté a mi madre. Le conté todo lo que me había estado haciendo, lo que me había pasado, y ella... ella no me creyó...

Un silencio sepulcral se instaló entre ellos. Incluso Cammo, que hasta ese momento había estado a lo suyo, ajeno por completo a la conversación, lo dejó todo y se acercó al grupo. Tonio se puso junto a ella y enjugó una de sus lágrimas con la mano. Por primera vez en la conversación, la verdadera María se dejó ver por debajo del manto de lágrimas, un fuego incontenible brilló por un instante en el fondo de sus ojos.

—¿Os lo podéis imaginar siquiera? Me dijo que era imposible, que yo lo había incitado, que si no había suficientes hombres en el mundo como para que yo tuviera que quitarle el suyo... No se creyó ni una palabra de lo que le conté acerca de cuándo había empezado a visitarme por las noches... tan sólo oyó lo que quería oír...

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó en voz baja Laura.

—Me fui. Hui lo más lejos que pude. Una amiga del instituto conocía a una chica que me alojó durante un tiempo, luego salté de sitio en sitio, hasta que se me fueron cerrando las puertas... entonces comencé a moverme por los peores sitios que os podéis imaginar, me relacioné con gente muy poco recomendable. Al principio no se notaba mi estado, yo era una chica guapa, que aparentaba más edad de la que tenía... acabé viviendo con un tío al que convencí de que era el padre de mi hija. Él fue el que me metió en las drogas... no recuerdo demasiado de los años siguientes, si queréis que os diga la verdad...

—¡Pero entonces tienes una hija! ¡Tienes alguien por quién luchar! ¡No quiero ver ni una lágrima más! —dijo Laura, y la besó en la cara.

—Claro que sí. Cuando vuelvas vas a ser la mejor madre del mundo, ya lo verás —añadió Tonio con una sonrisa.

María se tapó la cara con ambas manos, y se dejó llevar por un llanto desconsolado, en silencio.

No tuvo fuerzas de decirles que al otro lado ya no la esperaba nadie, porque ella, la otra ella, la que era antes de que el hombrecito arreglase su alma, había empujado a su pequeña delante de un coche en marcha justo antes de saltar a *La Pausa*.

## CAPÍTULO 33: EL FUEGO INTERIOR

Laura cogió las riendas de la manta raya y las movió con suavidad. El animal se resistió al principio a obedecer, como el niño que se aferra a las mantas cuando suena el despertador un día de colegio. Luego, poco a poco, fue levantando el vuelo. Laura notaba que tenía que hacer más fuerza para mantenerla en el aire, de la misma forma en que se hace más complicado girar el volante de un coche al que se le ha estropeado la dirección asistida. A pesar de todo, se hizo con el control. No habían tenido más remedio que improvisar una especie de cinturones de seguridad con cuerdas que habían fabricado a partir de la vegetación que tenían alrededor, además de reutilizar alguna de las cintas de cuero que no estaban muy deterioradas para reconstruir el arnés. El resultado no conseguiría el aprobado en ningún test de seguridad, pero al menos era más viable que montar a pelo sobre la resbaladiza piel de la manta raya.

—¿Preparados? —preguntó Laura.

—No, pero vamos allá —respondió Tonio, y María asintió sin decir palabra. Cammo corrió hacia su escondite en el cuello de la camiseta de Tonio, y Laura agitó las riendas, firmemente, pero sin brusquedad. La manta raya se incorporó a la carretera y reanudaron su camino.

Pasó un buen rato hasta que María se decidió a hablar.

—¿Cómo vas?

El desplazamiento no era tan suave como había sido desde el principio del viaje. En cierto modo, era casi como conducir un coche con una rueda pinchada. La manta raya no se deslizaba ahora como un trineo sobre hielo, sino que iba dando saltitos, leves pero apreciables, como si el aire estuviese plagado de pequeños baches invisibles.

—Me cuesta, pero la puedo llevar —respondió, esquivando un turismo de color azul marino.

En el margen de la carretera, una señal de peligro avisaba de la inclinación del terreno, una pendiente hacia arriba que cada vez era más evidente. María pensó en toda la distancia recorrida luchando contra el viento, pero temía que lo que les quedaba por delante fuese aún peor. Esperaba que *La Pausa* no

calcase las condiciones de su mundo en ese aspecto porque en él, la fuerza del viento tan sólo unos kilómetros más arriba había sido capaz de esculpir en la roca, con el paso de los años, el impactante paisaje de El Torcal.

—*Puagh...* ¿Qué es ese olor nauseabundo? —preguntó María.

—*Uff...* ha... Ha empezado de repente... —respondió Laura. Puede que hayamos pasado por una zona en la que haya algún animal muerto, o algo así.

Cammo se situó entre ambas, golpeándose el pecho a la vez que señalaba hacia atrás.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó María, mirando hacia donde le señalaba—. ¡Qué cabrito el mono! —exclamó a renglón seguido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laura sin apartar la vista de la carretera. Acababan de llegar a una curva plagada de camiones que requería de toda su atención y destreza. Por suerte, pudo salir airoso de la prueba.

—¡Qué se ha cagado! ¡Ha soltado ahí atrás un zurullo calcado al del WhatsApp, pero en versión XXL!

Laura no necesitó entender la frase al completo, el fuerte olor le rellenó los huecos en los que no había comprendido ni media palabra.

—¡Tú, guapo! Ya te puedes estar levantando y tirando eso por la borda, que tú eras el que quería animales —ordenó María a Tonio, a lo que éste hizo caso omiso—. ¿Te estás haciendo el loco? —insistió, pero siguió sin obtener respuesta. Laura apartó un instante los ojos de la carretera y lo que vio no le gustó nada.

—¡Algo no va bien! —gritó, e hizo los movimientos adecuados para que la manta raya se detuviese sobre el asfalto.

—¡Tonio! —lo llamó María sin obtener respuesta. Apenas la manta raya tomó tierra, se abalanzaron sobre él. El muchacho tenía la cabeza ladeada hacia el exterior, y aunque no había perdido el conocimiento del todo, parecía estar delirando.

—¡Tiene mucha fiebre! —exclamó María alarmada.

Laura iba a preguntar qué era fiebre, pero supo la respuesta de inmediato al tocarlo: lo había atacado el fuego interior.

—Me están comiendo —balbuceó Tonio—. Me están comiendo desde la pierna.

Aunque la frase no tenía ningún sentido, María sufrió un escalofrío repentino.

—Mírale la pierna —le dijo a Laura—. Está intentando rascarse todo el



tiempo.

Cuando le levantaron los bajos del pantalón, a pesar de poner todo el cuidado del mundo, Tonio dejó escapar un grito desgarrador. El calcetín que estaba en contacto con la herida que le produjo la planta carnívora estaba ennegrecido, y la piel a la que estaba tapando no tenía mejor aspecto. Desde el tobillo hacia arriba, hasta donde habían podido retirar el pantalón, la piel mostraba un desagradable tono grisáceo. Cuando retiró el calcetín con cuidado y vio el agujero, tuvo que apartar la vista.

—Dios mío —susurró María tapándose la boca. Nunca había visto la gangrena más que en películas, pero supuso que ese sería su aspecto en la realidad.

Laura se puso a llorar al verlo. La frente de Tonio estaba perlada de gotas de sudor, y había comenzado a decir frases inconexas, incoherentes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Laura, suplicando en silencio porque su amiga tuviese un remedio mágico del otro mundo.

—No lo sé —le contestó en un hilo de voz—. Si no le hubiésemos dado el gusano al mono, a lo mejor... casi lo revivió a él, seguro que era capaz de hacer algo con lo de Tonio...

Ni siquiera echó de menos la tecnología ni la medicina del otro lado. Le daba la impresión de que Tonio ya estaba lejos del alcance de cualquier medicina del mundo real. Quizá allí le salvaran la vida amputándole la pierna, pero aquí...

—¡No soporto el olor, joder! —gritó, poniendo a Cammo en el punto de mira de su rabia. Se sentía tan impotente que necesitaba hacer algo útil, aunque fuese tan solo enviar los excrementos del *camalemono* a un par de kilómetros de distancia de una patada—. ¡Piensa a ver si se te ocurre algo que podamos hacer mientras yo limpio eso!

Laura la vio coger una de las bolsas vacías y ponérsela en la mano como si fuera un guante para limpiar la zona en la que Cammo había dejado su *regalito*. Luego, centró su atención en Tonio. A pesar de intentar luchar contra lo que estaba sintiendo por él desde hacía ya tiempo, al verlo así se había convencido por las malas de que la cabeza siempre lleva las de perder en los asuntos del corazón. Se había dicho a sí misma que no podía dejarse llevar. Ya tenía una edad en la que empezaba a plantearse la conveniencia de realizar el viaje, muchos lo habían hecho antes que ella, y muchos lo harían después de que ella ya no estuviese. ¿Cómo iba a aceptar eso Tonio? ¿Cómo iba a dejarla

trascender al siguiente paso?¿Cómo, si ambos empezaban a sentir algo el uno por el otro? En el pueblo era relativamente normal que algunas parejas trascendieran juntas, pero él no pertenecía a este mundo... quizás ni siquiera pudiese trascender... ¿Y qué ocurriría en ese caso?

El grito de sorpresa de María la sacó de dónde se había metido.

—¿Qué pasa?

—El gusano... ya me parecía raro eso de que diese la vida por curar las heridas de otro animal... —le dijo.

—No entiendo nada... —casi susurró Laura, sujetando la mano de Tonio. Estaba helada, en contraposición con su frente, que casi parecía que iba a empezar a hervir de un momento a otro.

María extendió la mano que estaba cubierta por la bolsa, con los excrementos de Cammo encima. Unos gusanos multicolores se movían por ellos, excavando agujeros para esconderse.

—El cabrón del gusano hace como el Alien de la película. Te cura porque te pone huevos dentro. La forma de salir es menos espectacular que en la película, pero te deja vivir...

—¿Qué?

Era evidente que Laura no había entendido ni media palabra, pero al ver los gusanos se le iluminó la cara.

—¿Son...? —empezó a preguntar, pero María no la dejó seguir.

—Sus bebés. Si esto no lo salva, acabará de matarlo, pero no hay otra opción.

Obviando toda norma de higiene y esterilización, María acercó los excrementos a la herida, y no sin esfuerzo, consiguió que uno de los gusanos cayera dentro. No eran ni la mitad de grandes que el que habían usado con Cammo, pero tendría que ser suficiente. El gusano curioseó unos instantes alrededor de la herida, y finalmente se introdujo en ella.

—¡Agárralo con fuerza! —gritó María recordando los saltos del *camalemono* cuando el gusano se le metió dentro. A Laura apenas le dio tiempo a hacerlo cuando comenzaron las convulsiones. Al principio parecía estar sufriendo descargas eléctricas de baja intensidad, pero poco a poco los efectos iban subiendo del mismo modo que las contracciones preparatorias del parto se hacen cada vez más dolorosas. Llegado un punto, ni las dos chicas poniendo todo su empeño parecían ser capaces de sujetarlo.

Y de repente, tal como empezaron, acabó.

Tonio exhaló un largo suspiro, sibilante, y quedó inánime. Al igual que le había ocurrido a Cammo, dejó de respirar.

Y volvió a hacerlo un instante después.

No recuperó la consciencia instantáneamente, pero sí la temperatura corporal normal. Su frente dejó de arder, y en cuanto el gusano salió de la herida y la suturó con su baba que parecía pegamento, el tono de la piel de su pierna comenzó a normalizarse alrededor de la herida y fue expandiéndose hasta alcanzar toda la extensión de tejido enfermo.

El gusano, luego, murió.

—Amén —dijo María, que no podría acostumbrarse al proceso ni aunque lo presenciara un millón de veces—. Es una asquerosidad, pero nos quedamos con tus hermanos —dijo, y cerró la bolsa con los excrementos en los que retozaban el resto de gusanos—. Espero que esto sirva al menos para disfrazar el olor —añadió.

—Qué... ¿qué ha pasado? —murmuró Tonio, incapaz aún de abrir los ojos, agotado por lo que acababa de vivir.

—¡Que te has salvado! —gritó Laura y se lanzó encima suya, comiéndoselo a besos.

—Y que vas a estar unos cuantos días limpiándote el culo con todo el cuidado del mundo —añadió María entre carcajadas.



## PARTE III

[...]

## OSCURIDAD

## CAPÍTULO 34: ANTEQUERA

Las peores previsiones de María se cumplieron no mucho tiempo después. El viento, convertido ya en vendaval, hacía que la manta raya fuese prácticamente imposible de dominar, eso sin contar con que el inmenso esfuerzo estaba agotando al animal, que aún no se había recuperado del golpe. María consiguió a duras penas posarla sobre el asfalto.

—¡No vamos a poder seguir! —gritó contra el viento. Su voz apenas llegó hasta sus amigos, a pesar de tenerlos al lado—. ¿Cómo estás, Tonio? ¿Podrás caminar?

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza a la vez que levantaba el pulgar. Lo había dicho sin estar muy seguro, pero al incorporarse y bajar de la manta raya comprobó que estaba mejor que nunca. Por muy asqueroso que fuese, el gusano obraba milagros en el organismo. Se sentía fuerte, descansado, a tope de energía, y el dolor en la pierna no era ya más que un mal recuerdo.

—¿Seguro que no podremos seguir aunque descanse un rato? Me parece que aún nos falta un buen pedazo —dijo.

—Está agotada —le explicó Laura. Si la obligamos a seguir, morirá reventada, o en un accidente con nosotros encima. Y si la dejamos aquí le atacará algún animal más grande que ella. Creo que la única solución es enviarla al poblado a por ayuda.

—¿Qué? ¿Estás loca? —soltó María—. ¿Vas a decirle que se vuelva y que nos deje aquí tirados? ¿Qué te hace pensar que va a encontrar el camino, o que va a llegar, si está reventada como dices? ¿Y cómo vamos a volver nosotros?

—Ellas siempre vuelven a casa. Tienen un sentido que es más fiable que cualquier mapa. Y hacia abajo iría a favor de viento, tan sólo tiene que planear, dejándose llevar.

—No parece que haya otra opción, María. Si le escribo una nota a Álvaro, llegará aquí enseguida con Bicho. El hechicero ya no tendrá argumentos para impedirle venir en nuestra ayuda —añadió Tonio.

María se quedó pensativa unos instantes, como buscando una solución alternativa que no iba a encontrar por mucho que se devanara los sesos. Por fin, tuvo que dar su brazo a torcer.

—Está bien, está bien... hay una niña que nos necesita, no sé qué hacemos perdiendo el tiempo en tonterías. Escribe esa nota mientras Laura y yo cargamos lo imprescindible. ¡Venga, que nos vamos de excursión!

Tonio no pudo evitar sentir un vacío en el estómago al ver alejarse la manta raya. Tras escribir la nota de auxilio con un trozo de algo parecido al carbón, se habían cargado las bolsas con lo más necesario como si fuesen alforjas y estaban dispuestos a emprender la marcha. La sombra de una duda se le instaló en el estómago. Habían vivido infinidad de situaciones extremas, pero algo le decía que se encaminaban a la madre de todas ellas. ¿Qué ocurriría si no regresaba? ¿Si algo de lo que los esperaba en Antequera acababa con él? ¿Se esfumaría a ojos de su madre y su hermano en pleno Carrefour, en plan ahora me ves, ahora no me ves?

Trató de desechar la idea conforme daba los primeros pasos, pero el temor se quedó allí latente, amenazando con salir a la superficie en cualquier momento. Ahora eran ellos tres y su pequeña mascota contra la oscuridad, y rezaba por que salieran victoriosos.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos? —preguntó María.

—Ir a los dólmenes, que están a la entrada de Antequera. El de Menga y el de Viera están juntos. El primero es el que está orientado de manera que solo entra la luz del sol hasta el fondo en el solsticio, y el segundo está orientado hacia la Peña, y vista desde el interior es como si un gigante dormido vigilase la entrada.

—¿En cuál de los dos crees que estará Noelia? —preguntó Laura. María y Tonio se miraron, y no fue necesario mediar palabra. No tenían un convencimiento tan absoluto como el de ella de que la niña estuviese allí. Ni por desgracia, de que estuviese viva siquiera.

—El de Viera, el que apunta al gigante, tiene al fondo un pozo... recuerdo que a todos nos provocó algo extraño... ya sabes cómo somos los chicos de nuestra edad, empezamos a gastar bromas acerca de tirar a algún profesor dentro, pero... había algo, no se si llamarlo miedo o incomodidad... Pensándolo ahora, después de todo lo que nos ha pasado me doy cuenta de que bromeábamos para ocultar que en realidad nos asustaba.

El viento racheó con tal fuerza que casi les hizo perder el equilibrio. Durante un rato, permanecieron en silencio, ocupándose sólo de tratar de respirar contra el vendaval. La carretera enfilaba ya el camino hacia Antequera, y en cuestión de poco tiempo se encontrarían la señal avisando del

desvío. Tras tanto tiempo de ascender continuamente, el camino era ya una pendiente que descendía de forma acusada, lo que era de agradecer porque ayudaba a caminar contra el viento, tan sólo tenían que aprovecharse de su propio peso para dejarse ir. Vistos desde fuera, la forma de caminar de los tres recordaba remotamente a los primeros pasos de Neil Armstrong en la Luna. El margen derecho de la carretera daba directamente a la ladera del monte, vestida de árboles y vegetación, que albergaba a mil y una criaturas. Los ojos cerrados de Tonio le permitían ver un hervidero de formas rojas que trataba de ignorar; en el estado en que se encontraban el ataque de cualquier animal habría sido definitivo. Tras una marcha que pareció durar siglos, al fondo apareció el letrero que indicaba el desvío hacia Antequera.

—¡Hemos llegado! —gritó Tonio, señalándola con el dedo. Laura emitió un grito de alegría y lo abrazó con todas sus fuerzas. Luego abrió un brazo en dirección a María, invitándola a que se uniera al grupo. Permanecieron así un buen rato, hechos una piña, cada uno con sus anhelos y con sus miedos. El de no encontrar a la niña era común a los tres, pero Tonio, ahora que estaba tan cerca, temía además no encontrar rastro alguno de su padre.

Y luego estaba el pozo, que le producía un pavor inexplicable. Todo el tema de los dólmenes le había parecido siempre algo místico, sobrenatural incluso. El cómo había podido una civilización de hace miles de años mover semejantes moles de piedra y encajarlas de una forma tan perfecta como para que resistieran el paso de los milenios... y luego estaba la incógnita de cómo podían alinearlas respecto a las estrellas de una forma tan precisa. ¡Una civilización de hace miles de años!

Con la perspectiva de lo que había vivido, ahora no le cabía duda de que los dólmenes no eran simples monumentos funerarios, que no se construyeron para honrar a difuntos ni dioses...

Estaba convencido de que eran puertas, o quizás contenedores en los que se albergaban los que se arrastran en la oscuridad.

Y ellos iban a meterse de cabeza en la boca del lobo. Visto desde esa perspectiva, sería mejor que dejaran de abrazarse y salieran corriendo hacia Málaga todo lo rápido que pudiesen.

Sin embargo, la esperanza en la cara de Laura le dio la fuerza de voluntad necesaria para seguir. Eso, y pensar que su padre le diría que estaba haciendo lo correcto.

Aunque estaba casi convencido de que no iban a encontrar a la niña.

Casi.



## CAPÍTULO 35: NO HAY NADIE

Nada más tomar la desviación hacia Antequera, la vista cambiaba de forma radical. Dejaban atrás las montañas sembradas de arboleda para pasar a una planicie que abarcaba todo lo que alcanzaba la vista. Y a su derecha, la Peña de los enamorados como un guardián durmiente, como el vestigio de un ser sobrenatural que otrora ofreciese su protección a toda la comarca. Ante sus ojos, un tramo descendente de carretera que acababa en una rotonda desde la que, tomando la salida correcta, accederían al polígono industrial que desembocaba por fin en la entrada a la ciudad.

Pero la vista que contempló desde ese mismo punto Tonio en su excursión con el instituto, apenas tenía similitud alguna con la que los tres amigos estaban admirando boquiabiertos en aquel preciso instante, más allá del propio contorno de la montaña que no dejaba de ser idéntico al perfil de una persona durmiente.

Aquí, en el mundo de *La Pausa*, fuerzas muy poderosas y energías inconmensurables parecían estar descargando toda su ira sobre el gigante dormido, casi como si lucharan por despertarlo, o quizá por el contrario, como si estuvieran tratando de acabar con él para así evitar que se irguiera y abriese los ojos.

Nubes oscuras coronaban la gigantesca cabeza de piedra, retorciéndose sobre sí mismas para luego volver a expandirse, recordando a inmensas medusas grisáceas. Un resplandor de innumerables tonalidades provocado por las explosiones que se producían entre las nubes acompañaba a las cegadoras descargas que de cuando en cuando castigaban la superficie de la Peña.

—Allí no es donde hay que ir, ¿verdad? —preguntó Laura sobrecogida.

—No —respondió Tonio—. A menos que alguna de las dos llevéis el Anillo Único —bromeó.

María le rió la gracia.

—Yo no llevo anillos —añadió Laura preocupada.

—No, mujer, no te preocupes, es una broma del tío este, por la *pele* del *Señor de...* —se detuvo al darse cuenta de que la explicación le iba a parecer tan incomprensible como la broma, e hizo un gesto quitándole importancia—.

Da igual, lo importante es que allí no es donde vamos.

Laura suspiró aliviada, ya no sólo por no tener que subir, sino por asegurarse de que Noelia no se encontraba en medio de ese infierno.

—Vamos, ya es el último empujoncito —añadió Tonio echando a andar de nuevo y desviando su atención del hipnótico espectáculo. En su interior no quería darle ni la más mínima opción a la posibilidad de que se instalara en su mente una idea: la de que el aspecto de los dólmenes fuese similar al de la Peña.

Una vez acabaron la bajada, aún tenían por delante un buen tramo de camino antes de llegar a los dólmenes. La entrada a Antequera por aquella parte los obligaba a atravesar una zona de polígono industrial recorrida por una amplia carretera de dos carriles en cada sentido. La Peña de los Enamorados quedó totalmente a su espalda en cuanto enfilaron la carretera, y dieron gracias en silencio por ello. Cada nuevo paso que daban los alejaba un poco más de la Peña y los acercaba al mismo tiempo a su objetivo. Dejaron a su izquierda un McDonald's en cuya zona recreativa un montón de niños jugaban como una fotografía en 3D, congelados aquí pero llenos de vida en otro mundo, uno en el que las únicas nubes que podrían rodear a la Peña estaban cargadas de agua para regar los campos, no de extraños colores ni aviesas intenciones.

Llevaban ya un buen rato caminando en silencio cuando María se dio cuenta de que algo preocupaba a Tonio.

—¿Va todo bien?

—Sí... bueno, no... No sé, no me hagas caso, es una tontería...

—Cuéntanos, lo mismo a ti te parece que no tiene importancia y no es así...

—intervino Laura. Tonio se quedó unos instantes pensativo, valorando la conveniencia de hacerles caso, o desterrar definitivamente la idea de su cabeza. Al final se decidió.

—¿No os parece raro que no haya nadie?

—Bueno, eso de que no hay nadie... acabamos de pasar por delante de un cumpleaños en el McDonald's, y llevamos esquivando coches desde que empezamos el viaje... —le rebatió María.

—No, no me refiero a la gente de allí, sino a la de aquí... No hemos visto a gente de *La Pausa* más que en La Rosaleda, y en el cementerio, y esas no cuentan porque ya estaban muertas... Pero al menos eran un vestigio de que en algún momento hubo vida inteligente por aquí... ¿Dónde están todos ahora? ¿Han desaparecido? ¿Se han quitado de en medio para alejarse de eso que se

mueve por encima de la Peña? ¿O de... de lo que pueda haber en los dólmenes?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Laura al oír la última frase.

—Bueno, tampoco vimos a nadie alrededor de La Rosaleda, ni al principio de la subida... —comentó María, buscando una explicación a lo que acababa de decir Tonio—. Puede que el poblado del estadio de fútbol sea una excepción, que no haya más humanos aparte de ellos...

—Eso no es así, en el cementerio vimos a personas con unas vestimentas extrañas, que tenían toda la pinta de pertenecer a un mismo poblado, tribu, o como quieras llamarlo...

—Quién sabe si estarán escondidas, hemos visto animales lo bastante peligrosos como para justificar que se tomen todas las precauciones oportunas... —insistió María.

Cammo soltó una retahíla desde lo alto de las alforjas que cargaba Tonio, que sonó a protesta airada.

—No me refería a ti, Cammo —le explicó con una sonrisa. El *camalemono* pareció aceptar el comentario y sonrió enseñando todos sus dientes.

—Podría ser, pero no es sólo eso... —retomó Tonio.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Laura, impaciente. Si había algo que les pudiera afectar a ellos o a Noelia quería saberlo ya.

—A que por primera vez desde que me pasó lo de los ojos, cuando los cierro todo se queda negro. No hay nada vivo, más allá de la vegetación, en todo lo que alcanza la vista. Ni personas, ni animales.

—Eh, no te agobies —trató de quitarle hierro María—. A lo mejor, tal como te vinieron los superpoderes, se fueron...

—No, si cierro los ojos y os miro a vosotras, os veo perfectamente en rojo. No hay absolutamente nada vivo en kilómetros a la redonda. Y eso me inquieta por dos motivos: el primero es que no sé si se han ido, o si algo los ha matado. El segundo, que vamos a llamar mucho la atención por aquí.

—Pues entonces más vale que nos demos prisa antes de que quién sea se dé cuenta de que estamos aquí —acabó Laura, y apretó el paso.

## CAPÍTULO 36: LOS DÓLMENES

Tomaron la última rotonda antes de, por fin, acceder ya a una pendiente que ascendía y dejaba atrás la zona de polígonos, entrando en la ciudad.

La subida fue una última prueba de resistencia para sus ya castigadas piernas. La hicieron en silencio, sabedores de que el agotador viaje estaba ya llegando a su fin, a medias por ahorrar fuerzas, a medias por precaución. Quizá alguien pudiera pensar que más que precaución, lo que tenían era miedo.

Y no iría muy desencaminado.

A su derecha había un amplio llano que en el mundo real se mostraba simplón, cubierto de hierba de poca altura y sin nada que llamase la atención de ninguna manera, ni siquiera un puñado de florecillas silvestres que rompiera un poco la monotonía con sus colores.

Sobre el desabrido paisaje, *La Pausa* había volcado su paleta de colores en lo que a vida vegetal se refiere, conformando una portada que parecía haber sido puesta ahí a propósito, como para dar la bienvenida a posibles visitantes.

O mejor dicho, para advertirles, porque aunque un primer vistazo llenaba los ojos de belleza, de colores y formas imposibles dignas de pertenecer a la obra más reconocida del más prestigioso paisajista, una observación más profunda desvelaba detalles que en la primera observación se pasaban por alto: gigantescas flores de vivos colores que, a intervalos regulares abrían y cerraban de manera casi imperceptible los pétalos de su corola como si fueran las fauces de terribles depredadores. Inmensas hojas de dimensiones casi prehistóricas que estaban bordeadas por finas hebras vegetales que en realidad eran afiladas agujas cargadas de mortífero veneno. Zarcillos que surgían de los tallos como aquellos de los que se valen las parras para sujetarse al enrejado que se movían de forma sibilina, como serpientes preparadas para atacar a su desprevenida víctima.

Y ni rastro de rojos en el *escáner* de Tonio.

La proximidad de lo que sea que hubiera en los dólmenes había acabado con todo signo de vida animal, y no contento con ello, había alterado además la vida vegetal haciéndola más oscura, más retorcida, más mortífera.

—Ya llegamos —dijo Tonio al ver la valla que delimitaba la zona protegida

de los dólmenes. Desde la carretera se accedía al aparcamiento y a la recepción de visitantes, pero los monumentos prehistóricos no eran visibles, más allá de unas meras elevaciones en el terreno. Sin embargo le tranquilizó el hecho de que no hubiese efectos especiales estilo superproducción de Hollywood. Ni nubes amenazantes, ni rayos descargando a diestro y siniestro, ni monstruos de ningún tipo.

Y sin embargo, estaba aquella extraña sensación que tenía Tonio de intranquilidad, de que algo no iba bien, de estar metiéndose en la boca del lobo.

¿O era quizás el miedo a haberse equivocado, a haber interpretado mal el mensaje de su padre, a haber hecho el peligroso y agotador viaje en balde?

Fuera como fuese, allí estaban los tres junto a Cammo, delante del portón de entrada, queriendo entrar y a la vez temiendo hacerlo.

—Deberíamos dejar aquí todo lo que no sea absolutamente imprescindible —dijo Tonio.

Cammo se agarró al cuello del chico al sentir que éste se arrodillaba después de descolgar las bolsas. Una vez arrodillado se entregó a la tarea de quitar los nudos que él mismo había apretado con fuerza para asegurarse de que no se iban a soltar una vez cargaron los fardos tras dejar en libertad a la manta raya. Laura y María lo imitaron a renglón seguido. De todo lo que habían llevado consigo desde La Rosaleda se quedaron con el diario, más que por una posible utilidad, porque Tonio se resistía a dejarlo allí tirado aún sabiendo que nadie iba a venir a llevárselo; la bolsa con las piedras de sol que les habían salvado la vida en los túneles; los excrementos de Cammo con los gusanos curativos, que por suerte, ya fuera por efecto de la bolsa vegetal o por la acción de los propios gusanos, ya no emitía el repugnante e insoportable olor, y un par de cuchillos cada uno, de los que en el poblado se usaban para cazar, y que a Tonio se le antojaban insuficientes para la magnitud del enemigo al que se iban a enfrentar.

María bebió un largo trago de agua antes de cerrar la botella y dejarla allí.

—Tengo miedo —dijo, empuñando los cuchillos.

—Todos lo tenemos —le respondió Tonio, encajando el diario en la cintura del pantalón a su espalda, para tener las manos libres y la imitó. Por último, Laura hizo lo propio. Por su forma de empuñar los cuchillos en contraposición a como lo hacían María y Tonio se deducía que no era la primera vez que los usaba.

—Vamos, pensad únicamente en Noelia —dijo Laura—. La única forma de vencer al miedo es con un sentimiento que sea más poderoso.

«O enfrentándote a él, que es lo que no vamos a tener más remedio que hacer ahora mismo», pensó Tonio.

La puerta de la reja que delimitaba el recinto estaba abierta, por suerte, así que se ahorraron el tener que escalarla. Dejaron atrás la recepción de visitantes, Tonio no creía que esta vez pudiesen encontrar un guía que les contase la historia de los dólmenes.

El exterior consistía en una gran extensión de terreno a campo abierto, con árboles salpicados aquí y allá, de aspecto poco frondoso. De cuando en cuando, unos bancos de madera ofrecían un buen sitio en el que descansar a los visitantes. La tierra estaba surcada por caminos que permitían recorrer, y a la vez conocer el entorno más cercano a los monumentos prehistóricos. Aquí, en *La Pausa*, nada de eso había cambiado.

No había plantas exóticas de aspecto letal.

No había animales.

No había nubes de tormenta, descargas eléctricas ni vórtices de energía.

—¿Es normal que todo sea tan... normal? —preguntó María con el ceño fruncido. Había imaginado encontrarse un millón de criaturas distintas al final del camino, pero no se había preparado para encontrar, literalmente, nada.

—No... seguro que no. Tiene que haber alguna sorpresa escondida, esperándonos —vaticinó Tonio.

—¿Puede ser que te hayas confundido? ¿Que Noelia no esté aquí? —preguntó Laura con lágrimas en los ojos.

—N...no... no te preocupes —contesto Tonio, girando la cabeza para abarcar todo el ángulo de visión posible, y mirando intranquilo a todos sitios a la vez. Se sentía como un insecto a punto de posarse sobre un papel atrapamoscas.

—¿Falta mucho? —preguntó Laura. Tonio negó con la cabeza, y señaló hacia delante.

A unos metros el montículo mostraba una oscuridad oscura como la tinta china. Estaba enmarcada por una inmensa piedra horizontal en la parte superior que se apoyaba tanto a izquierda como a derecha en otras dos, igualmente gigantescas pero de menor grosor, formando una “u” mayúscula invertida. Las columnas laterales se veían como proyectadas hacia adelante por otra serie de piedras de menor tamaño, aunque igualmente de proporciones

pantagruélicas que servían para enmarcar el camino hacia el agujero de la entrada.

—¿Cómo pudo una civilización prehistórica construir eso? —preguntó María cuando fue capaz de recuperar el habla, sin poder apartar la vista de la hipnótica oscuridad—. ¿Cómo cortaron las piedras? ¿Cómo las trajeron hasta aquí? ¿Cómo fueron capaces de montar unas encima de otras... y que además perdurasen hasta nuestra época?

—Nos hicieron una visita guiada con el instituto y nos contaron cómo se supone que se construyeron —explicó Tonio—. Cortando las rocas a base de paciencia... las calentaban con fuego y luego les echaban agua helada para partirlas... luego las trasladaron con la ayuda de animales usando troncos sobre los que iban rodando, y las levantaban con un sistema de poleas —hizo una pausa antes de continuar—. Ahora, después de lo que he visto, lo dudo mucho...

—¿C... Cómo es por dentro, Tonio? ¿Q... que hay? —preguntó Laura.

—Más piedras, formando un pasillo, con otras piedras iguales haciendo de columnas para sujetar la estructura. Y al fondo un pozo. En mi mundo. Aquí, no tengo ni idea.

Se acercó a la entrada del dolmen. Una reja de barras de metal horizontales y verticales que se entrecruzaban formando una retícula de cuadrados servía como soporte a una puerta de las mismas características que estaba abierta.

—Bienvenidas al Dolmen de Menga —susurró Tonio hipnotizado por la inescrutable oscuridad.

—¿Cómo vamos a entrar ahí? —preguntó también en voz baja Laura, como si de esa manera pudiese evitar que despertara lo que habitaba en las entrañas de la oscuridad—. Sólo hay una piedra de sol. Quizá el hechicero puso las que íbamos a necesitar, pero las hemos perdido... —añadió, con lágrimas en los ojos.

—Dejadme mirar antes de lanzarnos a lo loco... —dijo Tonio, y cerró los ojos, mirando directamente al interior de la oscuridad. Cuando los volvió a abrir, estaba blanco como la nieve.

—Creo que no quiero saberlo... —murmuró María enarcando las cejas en una mueca que a todas luces significaba que no quería imaginarse siquiera la que se les venía encima.

—Todo negro —dijo Tonio, sin poder recuperarse de la sorpresa—. En la oscuridad no hay absolutamente nada.

## CAPÍTULO 37: YIN Y YANG

—Es increíble —repitió Tonio. Había comprobado un par de veces que su sexto sentido seguía funcionando antes de aventurarse a poner un pie en la penumbra, con una piedra de sol en cada mano, preparado por si hubiese tenido que unir las a toda prisa para generar una luz intensa. Pero no había la más mínima duda: la oscuridad estaba limpia, sin cosas que se arrastran en su interior. Cammo se removió inquieto en su escondite bajo la camiseta, pero tampoco dio señales de que previese algún peligro latente. Caminó un par de pasos hacia el interior del dolmen, abriendo y cerrando los ojos a intervalos regulares, alternando entre la visión normal y la de manchas rojas para estar preparado ante cualquier ataque, ya fuese desde las sombras o desde allí mismo. Nada sucedió.

El interior del dolmen era un pasillo, de *veintipico* metros de largo, formado por inmensas piedras a lado y lado, separadas poco más de cinco o seis metros entre sí. En la parte superior, como si se tratase del castillo de naipes de un gigante, otras losas de similar magnitud reposaban formando el techo. En el centro del pasillo se contaban hasta tres columnas, más gruesas conforme se internaban en él, que eran en realidad otras piedras de igual tamaño, situadas en las zonas en que los prehistóricos constructores consideraron conveniente para que el pasillo no colapsara. A intervalos regulares, en la parte superior de las losas que hacían la vez de paredes, unos focos de baja intensidad apenas arañaban levemente la oscuridad, tan sólo lo imprescindible para que la negrura no fuera total, aportando una iluminación ambiental que incrementaba la ya de por sí mágica atmósfera del monumento megalítico.

Laura y María lo siguieron, indecisas. La tenue luz generaba efectos dramáticos en sus ya de por sí tensos rostros. Sobre todo en el de Laura, para la que internarse en la oscuridad equivalía a lo que a una persona del mundo normal tirarse desde un séptimo piso. Al llegar aproximadamente a la mitad del pasillo, se detuvieron. Vista desde el interior, la puerta arrancaba un trozo de luz a los dominios de las tinieblas, y enmarcaba a la perfección la figura del coloso durmiente que era la Peña de los enamorados, con las furibundas y



desconocidas energías que se desataban sobre ella. La escena de extrema violencia chocaba frontalmente con la paz casi irreal que se respiraba en el interior del dolmen.

«Yin y Yang», no pudo evitar pensar Tonio.

—¿Y ya está? —preguntó Laura con lágrimas en los ojos—. ¿Esto es todo?

—Aún... aún no hemos llegado al final —balbuceó Tonio girando la cabeza hacia el interior del dolmen. Hubiera esperado encontrarse cualquier cosa, excepto la paz y el silencio que estaban experimentando. Hasta ese momento se había esforzado por mantener un hálito de esperanza, a pesar de todo, de que encontrarían a su padre... y a Noelia.

—Pero ella no está, Tonio —le respondió Laura en un hilo de voz, ya entregada al llanto—. Estaba convencida de que ella iba a estar aquí...

María le pasó un brazo por los hombros y ella hundió su rostro entre las manos, llorando desconsoladamente.

—¿Y ahora? —preguntó María—. ¿Volvemos con las manos vacías y ya está?

—No, no, no...—negó Tonio—. Hay algo más que se nos escapa, tiene que haberlo. El hechicero sabía todo lo que nos iba a pasar por el camino, nos dio herramientas para ir superando cada obstáculo... me niego a creer que lo hiciera para que llegásemos a... esto.

—¿Qué es esa barandilla que hay al fondo? —preguntó María. Oculta por la última columna, la más gruesa de las tres, asomaba un trozo de una barandilla metálica curvada.

—El pozo —respondió Tonio—. Es un agujero circular, aún no tienen muy claro para que se utilizaba. Está rodeado por la barandilla y además tiene una gruesa reja encima para evitar accidentes. Sentí algo raro cuando lo vi por primera vez, y creo que no fui el único... a algunos de mis compañeros les cambió la expresión hasta que se alejaron. Todos nos lo tomamos a guasa, ya sabes cómo somos con esta edad, pero ahora estoy convencido de que sentimos algo...

—Vamos a mirar —dijo Laura. Tonio titubeó unos instantes antes de decidirse.

—Vale. Pero no esperes milagros. Después salimos y miramos en el otro dolmen, el de Viera. Ese sí está alineado de manera que sólo entra el sol en el solsticio. Quizá hemos elegido el dolmen incorrecto.

Los tres se acercaron hacia el final del pasillo. Conforme se adentraban en

el dolmen la sensación de ahogo, de intranquilidad, fue en aumento. Cammo comenzó a revolverse en el interior de la camiseta de Tonio.

—¡Eh, para, que me arañas! —protestó.

Cuando dejaron atrás el último de los pilares y pudieron contemplar el agujero horadado en las entrañas de la tierra en todo su esplendor, se quedaron sin habla. La barandilla circular que lo rodeaba era fina, demasiado fina, pero Tonio no pudo evitar pensar que era una barrera entre mundos. Entre conceptos totalmente antagónicos. Entre la luz, y la oscuridad.

Sin saber por qué, guardó una de las piedras de sol en el bolsillo derecho y la otra en el izquierdo.

Los tres amigos se situaron alrededor del pozo y colocaron ambas manos sobre la barandilla, como si estuviesen subidos en una atracción de feria, en una montaña rusa a punto de arrancar.

«Parecemos tres desaprensivos a punto de utilizar una ouija», pensó Tonio.

—Qué... oscuro —balbuceó Laura, totalmente hipnotizada por el ojo de alquitrán que la miraba desde el interior del pozo. Sólo la reja le proporcionaba una falsa sensación de seguridad. Por primera vez en su vida estaba rodeada de sombras, y luchaba a cada instante por evitar salir corriendo sin mirar atrás.

Tonio se aferraba a la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos como la nieve.

—C... cuando vine con el instituto el pozo estaba iluminado —balbuceó—. Así parece que no tenga fondo...

—B... Bueno. Vámonos de aquí —suplicó María, y el corazón le dio un vuelco al comprobar que, aunque lo intentase con todas sus fuerzas, no podía soltar la barandilla. Iba a preguntar a los demás si a ellos les ocurría lo mismo, cuando Cammo comenzó a gritar como un poseso.

—¿Qué *pppasa*? —preguntó Laura, y hasta ese momento no se dio cuenta de que tenía la lengua pegada al paladar.

Y entonces la oscuridad reboseó por encima del borde del pozo, ascendiendo más allá de la barandilla y se estrelló contra el techo con furia, como si una enorme manguera a presión de un diámetro exacto al del pozo expulsara tinta china en lugar de agua. Se expandió sobre él como si por un capricho del destino la gravedad hubiese cambiado su ley y todo se viese atraído por el techo en vez de por el suelo. Tras cubrirlo en cuestión de segundos, resbaló por las paredes y por el suelo, rodeándolos. Tonio cerró los ojos y el mundo

se llenó de una algarabía de manchas rojas que se retorcían unas sobre otras. Finalmente la oscuridad se vació sobre ellos, bañándolos, sin que, ni aún con lo que estaba pasando, ninguno de los tres fuera capaz de soltar la barandilla.

## CAPÍTULO 38: OSCURIDAD

Todo era negrura a su alrededor. Estaban los tres, eso era cierto, pero el mundo había desaparecido llevándose con él cualquier punto que sirviera de ancla con la realidad.

La barandilla ya no estaba, ni el dolmen, ni siquiera Antequera, Málaga o el resto de la existencia. Ahora se encontraban al otro lado, ese en el que se movía la criatura de dentro del baño del Carrefour, o la que se comió la mitad del escarabajo cuando Álvaro lo tapó con el plato hondo.

Pero también era el sitio en el que estaba lo que se comunicó con su padre y lo que se llevó a Noelia. Por muy aterrador que pareciese, estaban en el sitio correcto.

Habían llegado por fin a su destino.

Ésta era la dimensión que Tonio apenas llegaba a adivinar cuando cerraba los ojos en el mundo real. No la veía nítida, sino a través de una tupida cortina, como formas rojas que se retorcían y mordían, agresivas y violentas.

Ahora, si se encontrase con alguno de los monstruos, lo vería tal como era realmente, y eso lo aterraba.

Laura estaba a su izquierda y María a su derecha. Las veía como si tuviesen un foco sobre ellos tres. Pero la extraña luz no alcanzaba a iluminar nada de su alrededor, sólo a ellos, como si se tratase de figuras humanas generadas con un programa de diseño 3D a las que se les hubiese añadido luz propia para que se las pudiera ver en la oscuridad. Tonio pensó con un escalofrío que eso era porque en realidad no había nada. Un vacío absoluto en cientos, sino en miles de kilómetros a la redonda. El simple pensamiento le provocó una sensación de ahogo.

—¿D... dónde estamos? —susurró María. Laura no parecía ser capaz siquiera de emitir un sonido. Estaba al límite del colapso, bañada por una oscuridad que, desde que tenía uso de razón, siempre había sido sinónimo de muerte.

—Podemos hablar en voz alta —dijo Tonio—. No creo que sea el sonido lo que los vaya a atraer hacia nosotros, sino esto.

Levantó un brazo y lo colocó a la altura de los ojos de María.

Brillaba.

Con una luz parecida a la de las pegatinas fosforescentes que tanto le gustaban a su hermano pequeño.

No.

Era mucho más potente. Y más blanca. Brillaba como brilla la luna llena vista desde la Tierra en una noche despejada.

—De puta madre. Ahora somos unos puñeteros gusiluz —soltó María ahogando una risita sardónica.

Laura se miraba el dorso de las manos con los dedos extendidos, tratando de asimilar lo que estaba viendo. Tenía los ojos anormalmente abiertos, y una extraña expresión en el rostro. Tonio se dio cuenta, le bajó las manos y la abrazó. Luego le habló al oído.

—Tu puedes con esto, Laura. En alguna parte de esta oscuridad está Noelia. Ya estamos cerca.

Ella lo miró con la expresión de quien acaba de ser arrancado de malos modos de un plácido sueño. De pronto, fue como si sus ojos vacíos se llenaran de vida.

—¿Noelia? —preguntó.

—Sí. Ya estamos aquí. Ahora sólo tenemos que encontrarla.

La frase actuó como un interruptor que la hubiera pasado del *off* al *on* con una sola pulsación. Miró a su alrededor y gritó con toda la fuerza que fue capaz de reunir

—¡¡¡NOELIAAAAA!!!

— ¡Joder, no! —la calló María—. ¡Vale que brillamos como una calva en la playa, pero nos vamos a echar encima a toda la familia Alien!

—*Sssssh* —siseó Tonio. Tenemos que pensar cómo vamos a actuar ahora. Ninguno nos esperábamos esto...

Cammo se asomó por el cuello de la camiseta. Levantó la cabeza, miró a lado y lado y emitió una serie de gruñidos que parecían interrogantes. Su pelaje brillaba como los árboles de Navidad que vendían en los bazares chinos. Entonces se encogió de hombros y se apagó, volviéndose invisible por completo.

—¿Se ha ido? —preguntó María boquiabierta.

—No, lo siento sobre mi hombro. Ya sabes que no le gusta llamar la atención. Ojalá pudiéramos nosotros camuflarnos así también.

—¿N... notais eso? —susurró Laura, cortando la conversación.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Tonio, pero entonces tuvo la sensación casi física de que alguien lo observaba desde las sombras.

—Y... yo también lo siento —dijo María—. Hay alguien o... o algo, cerca... Nos está mirando.

—¡Allí hay alguien! —cortó Tonio. Cammo farfulló algo en su idioma incomprensible, pero no se volvió visible de nuevo, por si acaso.

Enfrente de los tres, a una distancia imposible de calcular por la falta de referencias visuales, una figura brillaba como ellos, recortándose contra la negrura. Ni siquiera se podía adivinar su sexo, o si era un niño o un adulto. Lo único que sí parecía claro a pesar de la lejanía era que se trataba de una persona.

—¿Nosotros nos vemos así? —dijo María, pero no era más que una pregunta retórica, de la que ya sabía la respuesta—. Joder... como algo decida venir a por nosotros, no tenemos escapatoria. Somos un faro en la oscuridad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Laura entornando los ojos—. ¿Creéis que puede ser Noelia?

—Está claro, no tenemos muchas opciones. Crucemos los dedos, y vamos a ver quién es —propuso María—. Brilla, así que debe ser alguien de fuera. Cuantos más seamos, más divertida la fiesta...

—Viene hacia aquí —dijo Tonio—. Saldremos de dudas en... espera... ¿No es...?

Dejó la frase sin acabar y salió corriendo hacia la figura que se acercaba. María y Laura corrieron tras él, no solo por curiosidad, sino porque no querían romper el grupo por nada del mundo. Aquel lugar rezumaba peligro e intranquilidad por todos sus negros poros.

—¡Álvaro! —gritó Tonio al reconocer a su amigo—. ¿Qué haces aquí, tío?

Ambos se fundieron en un abrazo al encontrarse.

—¡Joder, menos mal! ¡Qué mal lo he pasado! —le contestó éste. Las chicas llegaron junto a ellos apenas unos segundos después. Álvaro las saludó con una sonrisa. Con María apenas había tenido la oportunidad de cruzar una mirada cuando ella aún ni siquiera hablaba.

—Ella es María —dijo Tonio sonriendo—. Ha cambiado mucho desde que salimos del poblado.

—No sé si para mejor —bromeó ella, y le ofreció la mano—. No he tenido la oportunidad de agradecerte que me libraras del oso el día de mi llegada...

Él dio a entender con un gesto que no era nada.

—Un sitio raro para presentaciones —dijo dándole un apretón—. Hola Laura, qué tal.

Ella le respondió con una sonrisa, levantando la mano.

—¿Pero qué haces aquí, tío? —volvió a preguntar Tonio, dándole un amistoso puñetazo en el hombro. No recordaba haberse alegrado tanto de ver a alguien en su vida. El grupo, ahora de cuatro, era aún más visible en la completa oscuridad... pero mucho más poderoso.

—Salí a buscaros, al poco de iros vosotros... me subía por las paredes, estaba convencido de que ibais a necesitarnos a Bicho y a mí, así que... pasé del hechicero, qué quieres que te diga... preparé una manta raya a sus espaldas, cargué tres o cuatro cosas, y nos lanzamos Bicho y yo en vuestra busca sin mirar atrás. Pero no hubo manera, no sé cómo pudisteis correr tanto... llevé la manta raya al límite de sus fuerzas, pero ni aún así...

—¡Claro, nos desviamos hacia el pantano! ¡No es que hubiésemos corrido mucho, es que nos adelantaste y llegaste antes que nosotros! —le explicó Tonio.

—Ahora lo entiendo... —asintió Álvaro.

—¿Y Bicho? ¿Dónde está? —se preocupó Tonio.

—No quise que entrara en el dolmen hasta comprobar que era seguro, lo dejé en la puerta, y entonces el pozo me absorbió. No lo habéis visto, claro... —dijo, como cayendo en la cuenta a la vez que hablaba. Se hizo el silencio durante unos momentos.

—En la entrada no había nadie —afirmó Laura en voz baja.

—No te preocupes, él sabe cuidar de sí mismo —le animó Tonio—. Seguro que está bien.

—Sí —asintió Álvaro cómo para darse ánimos—. Es raro, ¿sabes? Desde que llegué, es la primera vez que me separo de él..

—Chicos, pasa algo... —los interrumpió Laura enseñándoles los brazos. El vello se le estaba erizando, convirtiéndolos en un paisaje de diminutos montículos.

—A mi me está pasando lo mismo —dijo Tonio sin poder evitar la sensación de escalofrío.

—Por aquí igual —asintió María—. Me estoy cagando de miedo, así que si sabéis qué pasa...

Se apretujaron unos contra otros, espalda contra espalda, con los ojos muy abiertos, tratando de cubrir todo el campo de visión posible, aunque llamarlo

así era ser muy optimista, porque veían exactamente lo mismo con los ojos cerrados que con los ojos abiertos. La oscuridad era tan intensa que casi se podía sentir como algo físico.

Casi se podía tocar.

Y de repente, una fluctuación.

Un mínimo cambio.

Un trozo, una pequeña porción de oscuridad menos intensa, que se mueve y se retuerce sobre sí misma como si alguien la moldease, como el niño que aplasta y estira una bola de plastilina.

—Veo algo... ¡Creo que veo algo! —gritó Laura. Todos se giraron hacia donde ella estaba mirando tan sólo para constatar que era cierto, que había algo, aunque no eran capaces de precisar qué.

Hasta que la figura se hizo visible y habló.



## CAPÍTULO 39: ÉREBOS

Al principio era apenas una pequeña percepción por el rabillo del ojo de que algo se movía. Luego, poco a poco, pero sin pausa, una figura de forma humana se fue haciendo cada vez más perceptible conforme se acercaba al grupo. Aún sin poder fijar la vista en ella, quedaba claro que no caminaba como una persona, no se apreciaba el vaivén de las caderas ni de los hombros y brazos en el acto reflejo de mantener el equilibrio. Era más bien como el que se desplaza sobre la escalera mecánica del supermercado, sin realizar movimiento alguno. Como si estuviese de pie sobre un patinete eléctrico o un *hoverboard*.

Llegado un punto, se hizo perfectamente visible. No como ellos, no brillando como si estuviese hecho de luz de luna, sino justamente lo contrario. Era casi imposible de explicar a alguien que no lo estuviera presenciando.

Como si la oscuridad tuviese capas que se pudieran apartar para dejar ver su interior, de la misma forma en que alguien se quita el abrigo al llegar a casa. Parecía que generase una especie de luz negra que lo permitiera hacerse visible sin apartar la oscuridad.

Su cuerpo estaba hecho de formas orgánicas oscuras, como enormes gusanos o lombrices casi del tamaño de serpientes que se retorcían sobre sí mismas en continuo movimiento sin hacerle perder la forma humana. No se acercó demasiado, tan solo lo suficiente como para hacerlos quedar paralizados por el miedo. No lo bastante como para hacerlos enloquecer de terror.

Entonces habló, y su voz sonó como los gusanos y lombrices que formaban su cuerpo, al arrastrarse unos contra otros.

—No os corresponde estar aquí. Éste no es vuestro lugar.

Tonio era incapaz de separar cada latido de su corazón del siguiente. No sabía qué decir, y aunque lo supiese, no se creía capaz de emitir sonido alguno. La voz de Álvaro, a su lado, lo sacó del trance en el que había entrado al contemplar al ser, sin darse cuenta siquiera.

—¿Q... quién eres?

—Soy Érebus, la oscuridad.

—¿Q... qué quieres de nosotros? —preguntó, y a Tonio le vinieron a la

cabeza las decenas de veces que había oído esa misma pregunta, u otras muy similares, en otras tantas películas de terror. Lo que ocurría a continuación de la pregunta prefirió no recordarlo. Reunió toda su fuerza de voluntad para dejar de mirar al ser, y buscó con la vista a sus amigas. María y Laura estaban paralizadas por el terror, con los ojos inundados en lágrimas.

—Vuestra simple presencia aquí me repugna. Vuestra luz es una ofensa para la oscuridad.

Levantó la mano, y ellos cerraron los ojos de forma instintiva, aunque eso no les fuera a servir de protección.

—¡Espera!;Tenemos algo que necesitas! —gritó Álvaro. Tonio abrió los ojos para descubrir que Érebos se había detenido.

—No hay nada que me podáis dar que no pueda tomar yo mismo. No hay nada que podáis poseer que yo desee —dijeron los gusanos.

—¿Puedo a...acercarme? —preguntó. El ser no respondió, ni realizó movimiento alguno más allá del enroscarse sobre sí mismas de las criaturas que parecían gusanos del tamaño de serpientes. Álvaro tomó la inacción como una aprobación y se acercó con lentitud.

Tonio, Laura y María lo contemplaban mientras tanto, incapaces de moverse y ansiosos por saber qué era lo que Álvaro iba a ofrecerle. Llevaba una de las manos cerradas. La escena parecía una alegoría del día y la noche, del bien contra el mal. La luz de luna de Álvaro contrastaba con el agujero negro que era Érebos. Llegado un punto, finas hebras de luz comenzaron a escapar del cuerpo del chico viéndose atraídas hacia el ser como el vapor de la comida lo hace hacia la campana extractora, y desapareciendo al entrar en contacto con su cuerpo. Tonio pensó que si Álvaro daba un solo paso más, Érebos le absorbería toda la luz, y luego haría lo mismo con todos ellos. Su amigo pareció pensar lo mismo, porque se detuvo. Extendió la mano y la acercó al ser. Luego, comenzó a abrirla con lentitud.

Y entonces, estalló.

Una luz cegadora lo inundó todo a la vez que Álvaro gritaba con todas sus fuerzas. En su mano, la espada de luz con la que cortó la cabeza del oso el día que llegó María, brillaba ganando espacio a la oscuridad.

—¡Tonio, María, los tres a la vez o estamos perdidos! ¡VAMOS, PODÉIS HACERLO!

Érebos se mantuvo inmóvil. Era imposible saber si era capaz de sentir sorpresa, si estaba valorando un plan de actuación o si simplemente aquello le

parecía tan fútil como la hormiga que se revuelve contra el zapato que está a punto de aplastarla.

—¿Qué hago? ¿QUÉ HAGO? —preguntó Tonio histérico. La cara de María era una máscara, contraída por el terror.

—¡Soltad lo que tenéis, es ahora o nunca! —gritó Álvaro, y no tuvo oportunidad de decir nada más. Érebo hizo un barrido de medio arco con una de sus manos, y el chico salió despedido con una violencia desmedida. Conforme se alejaba, vieron como su luz se iba apagando hasta quedar en completa oscuridad.

—¡¡¡NOOOOOOOO!!!

Un grito desgarrador surgió de la garganta de Tonio a la vez que sus manos se encendían con una luz anaranjada. María despertó de su letargo al verlo, y sintió que la rabia por todo lo que había pasado, por los años perdidos en la cárcel de las drogas, y por encima de todo por la muerte de su hija, se convertían en una furia incontenible que le quemaba en los brazos, le bajaba hacia las muñecas y ardía en cada uno de los dedos de sus manos, que se encendieron con un brillo mil veces más cegador que el de Tonio.

Por un instante, les pareció detectar un titubeo, una leve duda en la figura de Érebo, y soltaron todo lo que tenían.

Laura contempló el espectáculo boquiabierta, sintiéndose inútil ante las fuerzas que se estaban desplegando delante suya. Sus dos amigos eran surtidores de luz que salía despedida hacia la figura de Érebo, quien se había curvado hacia atrás, como si estuviese atrapado en un grito mudo hacia un cielo negro inexistente, con los brazos contraídos, los puños cerrados y los miles de gusanos que componían su cuerpo entregados a una frenética danza que estaba haciendo que, literalmente, se despellejaran al rozarse unos contra otros.

Llegado un punto, los gusanos dejaron de moverse y Érebo cayó de espaldas. Tonio y María poco a poco fueron apagándose como la llama del calentador de agua al agotarse el butano.

—Ya... ¿Ya está? —preguntó en un susurro Tonio, casi sin aliento. Le temblaban las piernas, y no se había clavado ya de rodillas tan sólo porque le daba pánico no saber lo que había en la negrura del suelo.

—N... no lo sé —respondió María, agachada, con las manos en los muslos, tratando de recuperar el aliento.

Érebo estaba tumbado de espaldas en el suelo. Los seres de la oscuridad

que parecían enormes lombrices, gusanos y escalopendras se retiraban poco a poco de él, en busca de un sitio en el que curar las heridas que se habían infligido ellos mismos en la frenética danza provocada por la luz. Tonio se preguntó si habría un ser bajo los reptiles, o si eran ellos los que tomaban forma humanoide a las órdenes de la oscuridad.

La incógnita se despejó enseguida. Un cuerpo delgado quedó inerte entre las tinieblas del suelo.

Un cuerpo humano.

## CAPÍTULO 40: LUZ Y OSCURIDAD

—¿Estáis bien? —preguntó Tonio ayudando a María a incorporarse.

—Sí... creo que sí —respondió ésta.

—Yo también —asintió Laura, sin poder apartar la vista de la persona que reposaba en el suelo, entre la oscuridad, ya sin la protección de los seres que se movían sobre él—. ¿Y Álvaro?

Tonio se giró para ir a buscarlo por la zona en la que, más o menos, había visto apagarse su luz, cuando oyó algo que le heló la sangre en las venas.

—T... ¿Tonio? ¿Eres tú?

La voz provenía de Érebos.

—¿Papá? ¡PAPÁ!

De pronto, todo lo demás pasó a un segundo plano. Tonio corrió hacia la persona que estaba tirada en el suelo, con el corazón a mil por hora, sin poder dar crédito a sus oídos, ni a sus ojos, porque en cuanto se acercó un poco más descubrió el inconfundible rostro de su padre. Estaba mucho más delgado que la última vez que lo vio, y se había dejado una barba descuidada que le daba un aspecto extraño, pero era él. Las lágrimas le impidieron seguir viendo con claridad, y ya no le importó lo que pudiera haber entre las oscuras tinieblas del suelo.

Se tiró de rodillas junto a él y lo abrazó con tanta fuerza que le crujieron los huesos.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —repetía una y otra vez sin poder detenerse, mientras le llenaba la cara de besos.

Los dos hablaban al mismo tiempo, sin esperar la respuesta del otro.

—¡Tonio! ¡Dios mío! ¡Eres tú! —respondió él, incapaz de controlar sus emociones—. Pero... ¿qué haces aquí?

—No entiendo nada... ¿Pero por qué eras Érebos? ¿Qué está pasando?

Tenían tantas cosas que decirse, tantas preguntas sin respuesta, que la comunicación era prácticamente imposible.

—¡Dios mío, ha pasado tanto tiempo! ¡No creí que pudiera volver a oír tu voz jamás, Tonio!

El chico ayudó a su padre a levantarse del suelo sin poder parar de

abrazarlo y besarlo. Ahora todas las experiencias, todos los malos ratos que había pasado hasta llegar allí merecían la pena más que nunca.

—¡Chicas, es Berto, mi padre! —gritaba, abrazado a su cintura, mientras lo llevaba hasta ellas, ayudándole a andar. Él iba arrastrando los pies, como aprendiendo a usar poco a poco de nuevo los músculos de su cuerpo—. ¡Ellas son Laura y María! Papá... ¡Tengo tantas cosas que contarte!

—Tonio, espera... ¿Y él? ¿Dónde está ÉL?

—¿Él? ¿A quien te refieres, papá?

De repente, la oscuridad lo rodeó de nuevo, como si hubiera surgido de su mismo interior, como esas tiendas de campaña que al lanzarlas se montan solas. Las enormes lombrices recorrieron sus muslos, una repugnante escalopendra apareció en su pecho y se enroscó en la espalda. Miríadas de negros gusanos bañaron su cabeza ocultando sus rasgos. Todo su cuerpo se sumergió en las formas orgánicas que se enroscaban sobre sí mismas.

De nuevo, no era Berto.

Otra vez era Érebos.

Un sutil movimiento de su mano hizo que las chicas saltaran disparadas unos metros hacia atrás, alejándose de ellos, como si hubiesen tenido atada una cuerda a la cintura y alguien hubiera tirado de ella con fuerza. Llegadas a un punto, se detuvieron en seco y quedaron allí, como atrapadas por una estrecha celda de cristal.

—Tú y yo solos —dijo la horrible voz.

—Papá... no, por favor. Soy yo, Tonio.

—Sólo soy Érebos. Todo aquí es Érebos. Siento cada palmo de oscuridad como parte de mi. Habéis dañado la oscuridad y debéis pagar por ello.

—María, tienes que hacer algo —suplicó Laura, viendo la escena desde la celda invisible en la que ambas estaban confinadas—. Él no va a atreverse a atacar a su padre...

—Esto es muy estrecho, Laura. No sé si sería capaz de repetir lo de antes, pero si lo consiguiera puede que nos aemos las dos como pollos —afirmó, a la vez que golpeaba a su alrededor para comprobar las reducidas dimensiones de la celda de oscuridad que las retenía. Mientras, Tonio seguía tratando de llegar a su padre, de atravesar la capa de negrura que era Érebos.

—No hemos querido dañarte —dijo, encorvado hacia delante, con las palmas de las manos extendidas en señal de paz. Érebos respondió haciendo lo propio, pero en cada una de sus manos surgió una esfera de energía oscura

que se extendió como pomada hasta cubrir sus brazos.

—Es tiempo de que todos seáis Érebos —dijo, y extendió una de sus manos hacia Tonio. Como si se tratase de un látigo, la oscuridad salió disparada y le alcanzó el brazo izquierdo, que se volvió al instante oscuro como todo a su alrededor. Tonio dejó de sentirlo.

—¡PAPÁ! ¡Papá, qué haces! —gritó, presa del terror. Su brazo colgaba inerte contra su costado, ennegrecido. Al ver que se disponía a atacar de nuevo de la misma forma, instintivamente se encendió. El único brazo útil que le quedaba se convirtió en un escudo de luz que repelió el ataque. El látigo de oscuridad se hizo añicos al chocar contra él.

Lejos de afectarle, eso hizo que Érebos redoblase la furia de sus ataques. La impenetrable oscuridad se teñía de destellos cada vez que Tonio los repelía, pero la desigual lucha lo estaba agotando a marchas forzadas. Era solo cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, que alguno de los ataques de Érebos impactase contra su cuerpo, y entonces ya todo estaría perdido.

—¡María, tienes que intentarlo! —gritó Laura, aún sabiendo que ello podría costarles la vida. Al fin y al cabo, Érebos no les iba a dar ninguna oportunidad una vez acabase con Tonio.

—Está bien, está bien... mierda de sitio... —refunfuñó María y se concentró para tratar de encenderse, pero no le dio tiempo.

Uno de los golpes de oscuridad destruyó el escudo e impactó en el pecho de Tonio.

Las chicas gritaron al unísono desde su celda de oscuridad.

—P... Papá... por favor... No... no puedo respirar...

Su pecho se iba ennegreciendo desde los hombros hacia el centro, y al mismo ritmo Tonio iba sintiendo que perdía la consciencia. Sólo una gran fuerza de voluntad le permitía mantener los ojos abiertos a pesar de que sus pulmones cada vez admitían menos cantidad de oxígeno. Tumbado boca arriba en el suelo, vio como Érebos se le acercaba y lo contemplaba mientras moría, impasible.

—¿Papá?

Sólo silencio.

Si Berto tenía una mínima luz de consciencia bajo aquella capa de oscuridad, Érebos conseguía ahogarla por completo.

Y justo cuando sentía que se apagaba, cuando dejaba de notar su cuerpo, un pequeño resplandor tras Érebos hizo que agrupase sus últimas energías en un

desesperado intento por no desmayarse, por aguantar una milésima de segundo más aunque sus pulmones ya habían dejado de suministrar oxígeno.

Tras Érebus, vio un resplandor de luz de luna.

Era Álvaro.



## CAPÍTULO 41: LO MÁS OSCURO

Álvaro se acercó poco a poco a la espalda de Érebos y, cuando lo tuvo a su alcance, posó una mano en su hombro. La oscuridad se alejó de ella, dejando visible la piel de Berto, y provocando al mismo tiempo una avalancha, como un efecto dominó, que acabó relegando de nuevo a Érebos. Berto, ya sin rastro de oscuridad en su cuerpo, se clavó de rodillas. Igual que un antibiótico acaba con la infección, la oscuridad no sólo se retiró de la piel de Berto, también lo hizo del pecho y el brazo de Tonio, que recibió la bocanada de aire con el ansia del que es sabedor de que había estado al borde de la muerte. Necesitó unos instantes para poder normalizar su respiración, y finalmente incorporarse.

—¡A... Álvaro! ¡No sé cómo demonios lo has conseguido, pero gracias, tío! ¡Gracias!

Se arrastró hacia su padre para comprobar que se encontraba bien, que el maldito Érebos había desaparecido ya de una vez por todas, para siempre.

—Hijo... ¿E... Estás bien?

—Sí, papá... ¿Y tú? Álvaro nos ha salvado en el último momento...

—¡Aléjate de mi hijo! —gritó, colocándose por delante de Tonio.

—Papá... ¿Pero qué te pasa? —preguntó, compartiendo una mirada de incompreensión con su amigo. Por un momento temió que el contacto con Érebos le hubiese afectado de alguna manera, quizás hasta el punto de hacerle perder la cordura.

El momento pasó en cuanto descubrió la extraña expresión en la cara de Álvaro.

—Bien, bien, bien —dijo éste, aplaudiendo con exasperante lentitud. Tenía una sonrisa dibujada en la cara difícil de definir. Sádica, esa fue la expresión que se le vino a Tonio a la cabeza

—Álvaro... ¿Qué está pasando? —preguntó desconcertado.

—Ha sido todo un momento Star Wars, ya sabes que soy fanático... Ha faltado tan sólo el *Tonio, yo soy tu padre*... Me lo he pasado genial...

—No entiendo nada...

—Espera, reunamos a la familia para el momento álgido —le cortó Álvaro, y con un movimiento de sus manos las chicas fueron arrastradas violentamente

hasta donde se encontraban padre e hijo, sin apenas darles tiempo a gritar siquiera.

—¿Qué está pasando? —pudo susurrar María en cuanto recuperó el aliento.

—Está pasando que sois una puta pasada —respondió Álvaro—. Bueno, Laura es un coñazo comparada con vosotros dos, pero de donde no hay no se puede sacar...

Tonio miraba alternativamente a su padre y a Álvaro, pero se veía incapaz de reconocerlo. Los ojos de su padre también estaban clavados en su amigo con una mirada que aunaba a partes iguales una mezcla de resignación y odio.

—Álvaro... —comenzó a decir Laura, pero él la calló al momento.

—Claro, faltan cartas en la mesa, y así no podemos jugar. ¡Venga, una más y que empiece la fiesta! —soltó, e hizo como si diese un tirón brusco de una cuerda hacia él. Un grito agudo resonó en los oídos de todos, pero solo Laura fue capaz de reconocerlo al instante.

—¡NOELIA! —gritó. La niña apareció de entre la oscuridad y fue a parar a los brazos de Álvaro.

—¡Noelia! ¡Noelia! ¿Estás bien? —preguntó Laura con lágrimas en los ojos, mezcla de felicidad por verla viva e impotencia por la situación en que se encontraba.

—¡Claro que está bien! —respondió Álvaro—. Se la he tenido que quitar de la boca a mis criaturitas, pero era el cebo perfecto para traeros hasta aquí...— dijo, dejándola en el suelo y acariciándole el pelo.

—Pero Álvaro... ¿qué estás diciendo? —balbuceó apenas Tonio, incrédulo. Aquello no podía estar pasando.

—¿Sabes lo aburrida, lo asquerosamente insoportable que es la eternidad, Tonio? —preguntó sin esperar respuesta.

—Por favor, Álvaro, deja que la niña... —comenzó a pedir Laura, lo que provocó un arranque de rabia inusitado en él.

—NO... ME... INTERRUMPAS —ordenó, y con un gesto de una de sus manos varias bandas de tejido negro se desprendieron de la oscuridad y los amordazaron a todos excepto a Tonio.

—Como te iba diciendo... ¿Sabes lo aburrida que es la eternidad? No te lo imaginas...

—Álvaro, no sé qué te está pasando —le dijo Tonio—. Pero si es Érebo el que está hablando a través de ti, lucha. Entre los dos podremos...

—Joder, Tonio, que he apostado por ti. No me hagas pensar que eres tan

gilipollas como los demás... ¿Todavía no te has dado cuenta de que Érebo no existe? ¡YO soy Érebo! ¡Yo soy la oscuridad!

—Pero... pero...

—Te he engañado, Tonio. No llevo viviendo aquí años... Llevo atascado en esta puta mierda milenios. ¡Milenios! Tanto tiempo da para mucho, ¿sabes? Conceptos como el bien o el mal pierden su significado. Y hay otros que se vuelven infinitamente más importantes. El aburrimiento es uno de ellos.

Tonio no sabía cómo actuar, qué decirle, así que decidió que lo más inteligente era seguir oyendo, descubrir qué iba a proponerle, qué fin tenía aquella charla.

—Esto que está pasando es lo más divertido que he vivido en cientos de años. Déjame que te cuente... ¿Sabes cuánto tiempo hace que no puedo contarle a nadie lo que he vivido sabiendo que va a entenderme? Al principio, cuando llegué, creí volverme loco. Todo inmóvil a mi alrededor... bueno, ya sabes... Pasé años vagando por ahí, conociendo gente... Hasta que descubrí lo que podemos hacer —encendió la uña de su dedo índice a modo de demostración, como si rascase una cerilla—, y fue entonces cuando me di cuenta que yo era superior a ellos. Al principio utilicé mis poderes para doblegarlos, para obligarlos a obedecerme, pero incluso eso llegó a aburrirme...

—No puedo creerte, Álvaro... por favor...

Álvaro no sé dio por aludido y siguió con su relato.

—Entonces decidí dar un paso más... ¿Por qué domesticarlos? ¿Por qué hacerlos trabajar para mí, si yo podía conseguir lo que a ellos les costaba un mundo con sólo chasquear los dedos? No ganaba nada dejándolos vivir...

—¿Qué hiciste, Álvaro? —preguntó, aunque en realidad no quería conocer la respuesta.

—Maté a uno de ellos, Tonio. No te imaginas la sensación de la primera vez, es irrepetible... y engancha. Saber que no tienes que rendir cuentas ante nadie, que eres Dios... es adictivo.

—No digas eso, por favor —susurró, aunque sabía que no iba a detenerse.

—Y fue a más... me convertí en un genocida. Eliminaba a pueblos enteros con un chasquido de mis dedos... tío, ¿qué quieres que te diga?... Al final se me fue de las manos... en unos pocos cientos de años me había cargado a casi todo el mundo...

—Eres un monstruo repugnante...

—¡Sí, eso es! ¿Y sabes lo mejor? ¡Que me importa una mierda! —dijo, y después soltó una carcajada siniestra. Luego tomó aire, y siguió con su relato...

—Pasaron unos cuantos cientos de años más antes de que decidiera que ya había vivido lo suficiente... Ya nada me estimulaba, así que decidí sumergirme en la oscuridad, y así... ¡descubrí esto! —dijo, haciendo un barrido a su alrededor con los brazos abiertos—. ¡Ah, qué estúpido soy, todavía no puedes verlo! Tendrías que pasar unos cuantos años aquí antes de ser capaz de apreciarlo... es como cuando en el otro lado entrabas en una sala oscura y tenías que dejar acostumbrarse la vista, que las pupilas se dilatasen lo suficiente... Bueno, pues tus “pupilas” no te permiten ver nada más que oscuridad... A ti ya no te pasa, ¿verdad papá? —preguntó señalando a Berto, con una sonrisa de oreja a oreja...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué le has hecho a mi padre, hijo de...?

—Esa boquita, capullo, que estás delante de tu padre —le recriminó—. Bueno, fijate... al final no sólo no me devoró la oscuridad, sino que me hice con ella... Es peligrosa y voraz, pero al final acabé conociendo todos sus secretos...

Como si fuese necesario demostrarlo, bajó su mano derecha y al hacerlo, como cuando se pulsa una tecla en el juego del Simón, una bestia horrible se encendió durante un segundo al sentir su tacto. Del tamaño de un perro grande, lo único que se quedó grabado en la retina de Tonio antes de que ya no pudiera verlo eran los interminables colmillos que le sobresalían desordenados, tanto de la mandíbula inferior como de la superior.

—No puedes imaginarte los secretos que guarda la oscuridad. Aquí no hay distancias, todo está a un paso... te mentí con lo de que había salido del poblado en vuestra búsqueda, tan sólo tuve que meterme entre la oscuridad de las hojas y llegué aquí... Pero bueno, no adelantemos acontecimientos, déjame seguir... Aunque en realidad tampoco puedes hacer nada por evitarlo, ¿verdad? —sonrió, y prosiguió con su abrumador relato—. Ya llevaba unos años viviendo en la oscuridad cuando llegó tu padre y empezó a enviarme mensajitos. De nuevo, algo me llamaba la atención... Pensé que quizás había llegado el momento de volver a la luz, pero no hubo forma de sacarle información acerca de dónde estaba, así que, como la montaña no iba a Mahoma... lo atraje hacia aquí.

Tonio apretó los puños hasta que casi le crujieron los tendones.

—Cuánto juego me ha dado tu padre en estos años... sus inventos son una pasada, pero bueno, eso ya lo sabes tú... Fue tan fácil engañarlo para que me dijera dónde estaba el poblado... Así que lo dejé aquí, al cuidado de mis criaturitas —puede que se lo hubieran comido, pero fue un riesgo que tuve que correr— y allá me fui... muchos años después de que acabase con el último hombre en muchos kilómetros a la redonda... Quería volver a sentir, ver de nuevo el miedo en sus ojos, oírlos suplicar por su vida... Y di con el hechicero...

Una luz de esperanza brilló en la mente de Tonio entre tanta oscuridad.

—¡Qué cabrón el enano! Lo sentí antes de llegar, y me tuve que inventar un plan antes de aparecer allí. No se lo echo en cara, fue un vaso de agua fresca en el desierto de los miles de años de aburrimiento, de los meses cada uno igual al anterior... Y en La Rosaleda, precisamente... la de horas de mi vida que he echado allí, y que no se me ocurriera ir a echar un vistazo antes... imagino que la eternidad te cambia la forma de ver las cosas...

Se quedó unos instantes con la vista perdida en la oscuridad. Tonio no sabía si miraba algo que él no podía ver, o si simplemente estaba dando vueltas a algún recuerdo.

—Así que hice mi aparición estelar. Me fabriqué un bicho, que me salió feo de cojones, y entré subido a su lomo en el poblado. Al principio, imagínate, gritos de pánico, amenazas... podía haberlos aplastado en un segundo, pero me intrigaba tanto el enano de la máscara que entré en el juego y me quedé, convirtiéndome en el protector de aquella gente.

—Pero de eso debe hacer mucho tiempo... —le interrumpió Tonio.

—Unos cientos de años... —contestó Álvaro, viendo por dónde iba.

—Entonces el hechicero...

—¡Ahí es donde quería llegar! ¿Ves como al final me das la razón? Sabía que eras inteligente...

Si la intención de Álvaro era hacerlo sentir bien con alabanzas, consiguió justo el efecto contrario, una repulsa absoluta.

—Al principio pensé que ese cabrón era como nosotros, que venía del otro lado... ¡Pero no es así! No sé qué coño es, ni de dónde viene, pero es eterno, como tu padre, María, tú o yo, y tiene poderes... no como los nuestros, mucho más enigmáticos... Se convirtió en todo un desafío... Hasta que me aburrí. ¡Joder, quería cargarme a alguien, y el enano cabrón no me dejaba!

Tonio miró a Laura. Ella no podía quitarle la vista de encima a Noelia, a la

que Álvaro arrastraba de un lado a otro al ritmo de su relato. La niña tenía dos surcos de sal dibujados en la cara, indicando el camino que habían seguido las lágrimas antes de secarse.

—Otra de las ventajas de ser inmortal es que te das cuenta de lo fáciles de influenciar y de manejar que son los que viven menos que tú. Me costó tan sólo unas décadas instaurar el proceso de trascender.

Laura abrió tanto los ojos que parecía que iban a salirse de sus cuencas. Álvaro disfrutó cada una de las sílabas de las palabras que dijo a continuación.

—¡Sorpresa, Laura! Me los llevaba a trascender cuando ellos me lo pedían, al Cortijo Jurado, y allí me los cargaba. Primero me deshice de los viejos... me dan mucho asco, no lo puedo evitar, que quieres que te diga... cuando ya no quedaron viejos, los jóvenes querían trascender cada vez antes, y yo me los iba llevando, lejos de la protección del hechicero, y cargándomelos uno detrás de otro. Jugaba con las chicas, que uno tiene también sus necesidades, y cuando me cansaba de oírlas gritar...

—¡Eres un monstruo! —gritó Tonio, con los tendones marcados en el cuello por la rabia y la impotencia—. ¡Un jodido psicópata asesino!

—Te faltó esto, ¿verdad, Laura? —dijo, poniendo el índice y el pulgar tan cerca uno de otro que casi se tocaban—. No te preocupes, puedes trascender aquí mismo —añadió, con una carcajada.

María lloraba en silencio y sin poder parar. Se había dado cuenta de que los monstruos que conocía en el otro lado no eran nada comparado con el que tenía delante. Que ni el peor asesino de la historia le llegaba a la altura de los zapatos siquiera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tonio apretando los dientes—. ¿Qué plan tienes para nosotros?

—Tengo que confesar que en un principio pensé en cargarme a Laura y a la niña, quedarme con tu padre y jugármela en una batalla épica contra María y contra ti, pero deseché la idea enseguida. Vosotros dos estáis en pañales en cuanto al uso de vuestros poderes, y yo estoy al máximo nivel... ni dejándome me ibais a durar más de tres asaltos.

De nuevo se quedó pensativo, como eligiendo cuidadosamente las palabras que iba a usar a continuación.

—Somos como fuegos artificiales. Algunos hacen ruido sin iluminar lo más mínimo, otros deslumbran sin despegarse del suelo. Pero hay unos pocos, sólo

unos pocos, que subimos al firmamento, nos expandimos y brillamos como un millón de estrellas... ¡Brilla conmigo, Tonio! Hemos hecho muy buenas migas, aquí seríamos los reyes del mundo... ¿Qué digo reyes?... ¡Los dioses de la luz y las tinieblas! ¡Estoy harto de estar solo, podemos ser los mejores colegas del mundo!

Se acercó a Tonio, que no daba crédito a lo que estaba oyendo, y acabó de hablar.

—Ayúdame a acabar con el hechicero, Tonio. Entre los dos podremos sacarle todos sus secretos, y seremos infinitamente poderosos. Quizá hasta podamos viajar al sitio del que ha venido... conocer cosas nuevas, conquistar nuevos sitios... ¿Te lo imaginas, Tonio? ¿Puedes imaginártelo?

## CAPÍTULO 42: DRAMÁTICA DECISIÓN

Por fin Álvaro había enseñado sus cartas. El porqué de todo aquello, de toda la trama que había organizado, era que lo necesitaba para acabar con el hechicero. A María no la había metido en la ecuación, y aún no sabía por qué, pero sospechaba que les mentía, una vez más, en el uso de sus poderes. Quizás ellos dos juntos si eran, después de todo, más poderosos que él.

En cualquier caso, no podía arriesgarse, no mientras estuviesen allí Laura y Noelia, dos víctimas potenciales de una posible batalla. ¿Y su padre? ¿Por qué cuando hablaba de poderes nunca nombraba a su padre? ¿Acaso él no había llegado a desarrollarlos? Demasiadas preguntas sin respuesta para una situación tan extrema.

—¿Qué gano si te ayudo? —preguntó Tonio.

Laura, María y Berto lo miraron con los ojos espantados. No podían creer siquiera que hubiese formulado la pregunta.

—¿Te parece poco tu vida? No sé ni por qué te paras a pensarlo. Te ofrezco la eternidad sin pedirte apenas nada a cambio.

—Laura y Noelia. Sácalas de aquí y hablamos.

—Eres consciente de que si intentas jugármela tardaré menos de un parpadeo en encontrarlas, ¿verdad? Y de que acabaré con ellas haciéndolas sufrir de formas que no eres capaz de imaginar...

—Sácalas... y... hablamos —repitió, poniendo una pausa entre cada palabra.

Sin dejar de mirarlo directamente a los ojos con una sonrisa maliciosa, movió sus manos y Laura y Noelia fueron atraídas una hacia la otra, encontrándose a unos metros de distancia de dónde estaban ellos.

—¡Laura! ¡Laura! —gritó la niña al sentirla cerca y la abrazó con todas sus fuerzas—. ¡Nunca más me meteré entre las hojas a buscar mariquitas! ¡Lo prometo!

—No te preocupes, ya ha pasado —le respondió ella acariciándole el pelo, sin poder contener las lágrimas.

Un movimiento de una de las manos de Álvaro rompió un círculo casi perfecto en la oscuridad a través del cual se pudo ver el poblado.



—¡No puedo dejarte, Tonio! —protestó ella.

—Pues ni media palabra más —soltó con socarronería Álvaro y levantó la mano para cerrar el portal.

—¡Espera! —le cortó Tonio, sabiendo que el que había tenido por su amigo hasta entonces estaba disfrutando de todo aquello—. ¡Laura, vete ya! ¡Piensa en Noelia!

Ella no dijo nada más. Lo miró con infinita tristeza, y con la niña cogida de la mano, atravesó el portal. La oscuridad se cerró al instante tras de ellas.

—Bueno, pues ya estamos los *super powers*, nada de flojos por aquí —soltó—. Entiendo que estás conmigo, por el bien de tus niñas...

—Suelta a mi padre y a María.

—Y una mierda. Te crees que soy gilipollas, ¿verdad? Y luego nos marcamos una lucha a muerte de las que sólo acaban bien en las películas de sobremesa. Vuelvo a repetir que no has llegado ni a rascar la superficie de lo que podemos hacer. Quédate conmigo y te enseñaré con el tiempo, poco a poco.

—Tú eres el que me has tomado por tonto a mi, Álvaro. ¿Te crees que me he tragado eso de que si te ayudo a acabar con el hechicero vamos a ser amigos del alma hasta el fin de los tiempos? ¿Con todo lo que has hecho, psicópata de mierda? Me vas a usar y luego acabarás conmigo como haces con todo lo que te rodea.

—Ah, qué pena. No eras tan tonto después de todo... ¿Sabes qué? Que puedo arreglármelas sin ti. Encontraré yo mismo la forma de deshacerme del viejo amargado, aunque tarde unos siglos más... Pero ahora me voy a dar el gustazo de verte sufrir. Primero acabaré con tu padre y tu amiguita, y luego traeré de vuelta a tu amorcito y a la enana. Las voy a despellejar vivas delante tuya, nada más que por el placer de ver tu cara.

—Eres un hijo de...

—Pero vamos a igualar el combate —soltó, sin dejarlo acabar. Tenía los dientes tan apretados por la rabia que parecían a punto de resquebrajarse. Con un gesto, liberó a María y a Berto, y los colocó uno a cada lado de él — ¡Venga, dadme todo lo que tenéis!

No tuvo que repetirlo dos veces. Las manos de María y Tonio ardieron con una rabia inusitada.

—¡No! —gritó Berto, pero no le dio tiempo a advertirles. Una bestia indescriptible apareció al lado de María, y sólo el fuerte tirón que le dio

Tonio a su amiga evitó que le arrancase la mano de un bocado. Uno de los colmillos consiguió a pesar de todo desgarrarle la piel desde el pulgar hasta el índice, y luego seguir por toda la palma de la mano. La fea herida comenzó a sangrar profusamente acompañada por los gritos de María.

—¿Qué mierda pasa? —gritó Tonio.

—Claro, papaito lo sabe porque ya lleva mucho tiempo aquí conmigo... cuéntaselo a tu hijo, que sepa lo que hay...

Tonio miró a su padre con un interrogante en los ojos, mientras se quitaba la camisa para usarla como venda improvisada con la que intentar detener la hemorragia.

—Él las ha estado conteniendo hasta ahora. No podemos usar la luz aquí en la oscuridad...

—No entiendo... —dijo Tonio, preocupado por María. La herida no paraba de sangrar.

—Aquí no se puede usar la luz, gilipollas. Enfurece a las cosas que se arrastran en la oscuridad. Las vuelve locas. Arriba, fuera de aquí, de sus dominios, puedes usar la luz para espantarlas. Aquí, con toda la oscuridad a su disposición, mientras más fuerte sea la luz, más posibilidades de que no dejen ni tus huesos.

—Pero tú... nosotros... antes... —balbuceó Tonio.

—Estáis los tres de mierda hasta el cuello. Antes habéis podido encenderos porque yo lo he permitido. Llevo tantos siglos aquí, entre ellos, que puedo llegar a controlar a alguna de las bestias. Las he conseguido calmar, las he conseguido mantener mientras hacíais vuestro número de fuegos artificiales. Pero ya no más. Las voy a controlar cuando YO use mis poderes. No cuando lo hagáis vosotros. El próximo que se encienda que se prepare a ser el primer bocado.

—¿Papá? —dijo Tonio, con la voz temblorosa.

—Es así como él lo ha dicho, Tonio... lo... Lo siento, hijo...

Por segunda vez, vio llorar a su padre. La primera fue de alegría al encontrarlo. Ahora, de impotencia al ver que lo iba a perder, y esta vez para siempre.

—Déjalos ir, quédate conmigo, yo te ayudaré...

—Ah, qué tierno ejemplo de amor paternal... sabes que no tienes su fuerza, el hechicero se te merendaría... y además, ya va a ser que no. Me habéis cabreado —levantó la mano y sus dedos brillaron. Una amalgama de seres

diabólicos se hicieron visibles con el resplandor, con las bocas babeantes y los colmillos reluciendo ante la luz. Deseosos de atacar, pero contenidos por la férrea voluntad de Álvaro.

—Dios mío, no —balbuceó María.

—¿Quién va primero? —fue la única respuesta que obtuvo a su plegaria. Estiró la mano hacia delante, y entonces...

Entonces algo se posó en su brazo. Cammo se hizo visible ante sus ojos incrédulos, y le soltó una pedorreta. Llevaba algo en sus manos, una piedra naranja en la derecha y otra azul en la izquierda. Las unió, y antes de dar tiempo a Álvaro a reaccionar, se las coló por el cuello de la camiseta. Las piedras se encendieron con un brillo cegador, que fue en aumento al mismo tiempo que lo hacía el agudo grito de Álvaro al sentir como se le quemaba la piel del pecho. Cuando los seres de pesadilla comenzaron a acudir atraídos por la luz, el *camalemono* ya hacía tiempo que había vuelto a hacerse invisible y ocupaba su lugar predilecto en el hombro de Tonio.

—Te dije que no te movieras de mi camiseta —le regañó Tonio—. ¡No vuelvas a hacerme caso en tu vida!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Berto, incapaz de seguir mirando a la luz sin quedar deslumbrado.

—¡Luego te lo cuento! ¡VAMONOOOOOS! —gritó, a la vez que ayudaba a María a levantarse y tiraba de ella.

Los tres corrieron como locos en dirección contraria a donde estaba Álvaro.

—¡Dejadme a mí delante! —gritó Berto—. ¡Vosotros aún no podéis ver! ¡Pisad exactamente dónde yo lo haga y no miréis atrás!

Dicho y hecho, se alejaron a toda prisa, uno tras otro en la oscuridad. Álvaro ya no podía preocuparse por retenerlos, ni siquiera por seguir conteniendo a las bestias ante la avalancha de luz, porque tenía hasta el último de sus sentidos trabajando a la vez para tratar de apartar de su espalda las piedras que lo estaban abrasando. Cuando quiso darse cuenta, ya no pudo hacer nada: su grito fue subiendo y bajando octavas conforme sentía los colmillos desgarrándole la piel.

Llegado un punto, dejó de oírse.

Siguieron corriendo un buen rato en la más absoluta oscuridad. De vez en cuando sentían el roce de alguna criatura que iba a toda prisa en dirección contraria, atraída por el brillo de las piedras de sol, a reclamar su parte del banquete.

—P... Papá, creo que María se está desmayando. Ya casi no puedo con ella  
—dijo Tonio sin apenas aliento.

—Tenemos que encontrar una salida. Cuando acaben con él querrán más... y van a oler la sangre de María... —explicó Berto tratando de respirar.

—D... Dejadme aquí —balbuceó ella.

—De eso nada —le respondió Tonio.

Y entonces la vio entre la oscuridad.

La máscara blanca con los hipnóticos remolinos negros.

## CAPÍTULO 43: LUZ, POR FIN

María vivió los acontecimientos que sucedieron a continuación como si se tratase de un sueño, y en realidad así lo era para ella. El hombrecito, que ya había hecho más que suficiente sanando su alma, aparecía ahora en el momento más oportuno para rescatar su cuerpo. Lo vio entre nebulosas, con la máscara blanca flotando en la oscuridad y sus remolinos girando, hipnóticos.

Berto y Tonio lo recibieron con el mismo sentimiento de incredulidad y alivio: allí estaba el hechicero, a unos pasos de ellos, haciéndoles señas para que lo siguieran. No hubieron efectos especiales como había hecho Álvaro; la oscuridad no se rasgó para mostrar la luz, no hubo un agujero a través del cual pudieran ver el poblado. Simplemente lo siguieron en silencio. Él caminaba con parsimonia, como el anciano que teme tropezar y caer, pero a la vez se movía con la seguridad del que pisa un camino que conoce como la palma de su mano. Tras varios giros y cambios de sentido para esquivar obstáculos que para Tonio eran tan invisibles como el aire que respiraba, a unos metros por delante vieron una puerta que se recortaba contra la oscuridad. Una luz tenue se filtraba por las rendijas; la promesa de un lugar mejor en el que no existía una negrura preñada de cosas con colmillos deseosos de desgarrarles la piel.

Al atravesarla se encontraron en la cabaña del hechicero, y Tonio no pudo contener las lágrimas. Apenas cruzaron el umbral, la puerta se cerró a sus espaldas, aislando definitivamente la oscuridad tras de sí.

Con un gesto, el hechicero les indicó que pusieran a María sobre la cama en la que Tonio la encontró al entrar por primera vez en la cabaña. En algún momento después de verlo la chica había acabado por desmayarse sin que ni Berto ni su hijo se percatasen de ello, porque ya hacía un buen rato que se había convertido en un peso muerto. El hechicero se puso a trabajar en ella enseguida, y en tan solo unos instantes había aplicado varias capas de distintos ungüentos a la herida y la había tapado con la gigantesca hoja de una planta que Tonio no había visto jamás, tras lo que procedió a realizarle un vendaje. Si un médico del mundo real hubiera visto semejante cura se habría echado las manos a la cabeza, porque la herida era lo suficientemente importante como para requerir de una intervención quirúrgica, eso sin contar con las posibles

infecciones que pudiera acarrear el hecho de que la mordió un animal salvaje y desconocido. Sin embargo, a Tonio no le cabía duda alguna de que en unas horas la herida no sería más que un mal recuerdo, y que probablemente no dejase siquiera cicatriz.

—Papá... estamos aquí...

Berto lo miró, como si hasta ese preciso instante ninguno de ellos hubiera sido consciente de que estaban a salvo.

—Sí... —susurró, y no fue necesario decir nada más. Ambos se fundieron en un abrazo del que sólo se despegaron al oír entrar en la cabaña a Laura y Noelia.

—¡Toniooooo! —dijo la niña como si estuviera cantando y se lanzó a por él con los brazos abiertos. Él la tomó en los suyos y se la comió a besos—. Eres un chico muy valiente —le soltó, abrazada a su cuello como una lapa—. ¿Quieres ser mi novio?

—Me temo que ya estoy pillado, señorita —le respondió, mirando a los ojos a Laura con una sonrisa—. Pero es una gran oferta, la tendré en cuenta para un futuro.

La niña soltó un “gracias” musical y dejó que se abrazaran.

—Lo hemos conseguido —dijo ella, perdiéndose en sus ojos.

—¿Acaso lo dudabas? —bromeó él, y se fundieron en un beso que sólo acabó cuando se oyó el carraspeo de Berto.

—A lo mejor es el momento de que me presentes a esta guapa señorita de manera formal...

Los tres rieron con las ganas del que necesita soltar toda la tensión acumulada. Noelia no sabía de qué se reían, pero se unió también al grupo con gusto.

El tiempo fue pasando como acostumbraba a hacerlo en *La Pausa*, sin horas que marcasen los días ni noche que los delimitara. Como Tonio había predicho, en cuestión de pocas horas María se había unido a ellos, y la herida no tenía ni por asomo el horrible aspecto que presentaba cuando se encontraban en la oscuridad. De hecho ya había empezado a cicatrizar, y en breve dejaría de llevarla vendada para que acabase de curar al aire.

Berto dedicó muchos cubos a hablar con su hijo. Él lo tuvo que poner al día sobre cómo se encontraba su madre respecto a su desaparición, e insistía acerca de que lo iba a perdonar sin dudar ni tan siquiera un instante cuando regresaran y se enterase de lo que había pasado en realidad. Berto lo

escuchaba embelesado sin decir palabra, con una sonrisa en los labios.

Tonio no pudo sacarle ni media palabra acerca del tiempo que había vivido prisionero en la oscuridad, de lo que Álvaro le había hecho. Aquello había sido una horrible e interminable pesadilla, y ya había llegado el momento de despertar y comenzar a olvidarla.

Por otra parte, la relación entre Laura y Tonio se había ido afianzando, y aunque él deseaba con todo su ser poder regresar a casa junto a su padre, temía a la vez que llegase el momento.

¿Qué iba a pasar con ellos dos? ¿Querría Laura acompañarlo al otro lado, a un mundo que no conocía?

Así, tras el agitado y agotador viaje a Antequera, ahora disfrutaban de una merecida paz.

Cammo no se separaba ni un instante de Tonio. Todo lo que hacía él, el *camalemono* trataba de copiarlo. A donde Tonio iba, él siempre lo acompañaba.

Eran más que inseparables. Después de todo, el animal había demostrado una valentía impresionante, salvándole la vida primero en el bar al atacar al tipo de la escopeta, y luego con Álvaro en el reino de la oscuridad.

Con el paso del tiempo, cada uno tomó su rol en el poblado. Berto seguía inventando artilugios con los que hacerles la vida más fácil a todos, y alguno era realmente ingenioso. Tonio se encargaba de hacer expediciones en busca de nuevas semillas que cultivar o animales que cazar, y por qué no, gente que hubiese conseguido escapar a la mano asesina de Álvaro, aunque hasta el momento no habían encontrado a nadie.

Laura siempre lo acompañaba en las expediciones, y conducía la manta raya.

Por supuesto, la gente dejó de trascender.

La vida se desarrolló con total normalidad durante lo que en el mundo real hubieran sido largos y apacibles meses.

Hasta que el hechicero consideró que había llegado el momento de las revelaciones.

## CAPÍTULO 44: REVELACIONES

Tonio se encontraba reparando una de las vallas que delimitaba el terreno en el que habían comenzado a criar saltaflores en cautividad y Cammo le echaba una mano sujetando las cuerdas, cuando Laura le avisó de que el hechicero quería hablar con él. Hizo un apaño de emergencia para evitar que se escapara ninguno, y se acercó a la cabaña. Cammo, al ver a dónde se dirigía, saltó de su hombro al de Laura. Tonio no lo culpó por ello, aún sentía una cierta reticencia a entrar en la penumbra de la cabaña, más aún cuando sabía que la oscuridad estaba detrás de una de las múltiples puertas, a tan solo unos pasos.

Una vez dentro, el hechicero le hizo señas para que se sentara en una de las sillas que bordeaban la mesa, y luego tomó asiento junto a él. Esto era una novedad, normalmente cuando quería "decirle" algo, de la forma en que él hablaba, sin palabras, se colocaba enfrente suya y se limitaba a mirarle.

Esta vez, todo fue diferente. El hechicero se echó mano a la máscara y los remolinos se detuvieron; luego, con la parsimonia que lo caracterizaba, comenzó a retirarla de su rostro.

El corazón de Tonio se puso a mil por hora.

No sabía exactamente por qué, pero le daba pánico lo que pudiera haber tras la máscara. La persona que tenía tales poderes. O quizás, la posibilidad de que ni siquiera fuese una persona.

Nada de lo que pudiera haber imaginado, ocurrió. Tras los remolinos móviles había tan sólo un hombre mayor, de una edad indeterminada. Sonrió, y Tonio se sorprendió al ver la perfecta dentadura, con dientes blancos como perlas contrastando con el tono tostado de su piel. No sabía por qué, pero esperaba haber encontrado una sonrisa desdentada, y entonces observó el pelo blanco, ralo, repartido por la cabeza en intrincados rizos, apretados como diminutas palomitas de maíz, y todo encajó.

*Hay agujeros. Ten cuidado con los agujeros. Yo puedo verlos, tú no.*

Era el hombre que se había cruzado con él antes de entrar en el Carrefour. Bueno, no exactamente, pero a la vez sí lo era. Como una persona es la misma cuando se la observa en dos fotografías tomadas con quince años de diferencia a pesar de que su aspecto haya cambiado.



Tonio abrió la boca, sin saber muy bien qué decir pero a la vez con decenas de preguntas agolpándose en ella. Todas se quedaron a medio camino cuando el hechicero puso la mano sobre su brazo, y Tonio vio.

Vio cientos de mundos moviéndose sobre una misma base, a distintas velocidades vibratorias, cada uno de ellos ignorante de los demás. Vio cientos de versiones del hechicero, una por cada mundo, cada una de ellas encargada de velar por que las cosas se mantengan en su sitio.

De velar por que *los aguhero* no hagan que un mundo se vacíe entero sobre otro.

Vio como todo estaba escrito pero a la vez podía ser cambiado. Vio como la profecía los eligió a ellos para controlar la oscuridad, para que no invadiera la luz arrasando todo.

Vio como todo lo que había ocurrido desde que entró en el Carrefour, tenía que ocurrir. Ellos eran las piezas blancas en un tablero de ajedrez en el que fuerzas imposibles de imaginar habían conseguido contener a las negras, al menos de momento.

Y vio que era la hora de volver, pero que no todos podrían hacerlo.

—¡Papá! —gritó, nada más salir de la cabaña. Su padre se giró al oírlo.

—Ya lo sabes, ¿verdad?

—¡Pero no es justo! ¡Tienes que volver con nosotros! ¡Mamá te necesita! ¡Lucas y yo te necesitamos!

—Lo sé, lo sé —dijo Berto. Se mantuvo un instante en silencio, eligiendo cuidadosamente las palabras que iba a decir, mientras mantenía la angustiada mirada de su hijo—. Él me necesita aquí, ahora que la oscuridad está dañada. Tenemos que estar preparados por si se revuelve como un animal herido, y yo he estado allí cientos de años. Sé cómo viven, sé lo que se arrastra en la oscuridad. Soy necesario para ganar definitivamente la guerra.

—Pero papá...

—Antes de que te dé tiempo a pestañear estaré de regreso. No pienso abandonaros por nada del mundo, confía en mí.

Tonio bajó la vista unos instantes, tratando de contener las lágrimas.

—¿Prometido?

—Prometido. Si no te das prisa, llegaré antes que tú.

Ambos se abrazaron. Y entonces Tonio vio a Laura tras su padre, con Noelia de la mano, y reparó en lo que significaba realmente irse de allí, volver al mundo real. Berto se alejó para dejarlos hablar con intimidad. Cammo volvió

a su hombro en cuanto se acercó a Laura.

—Laura, yo...

—Ya sabíamos que esto iba a pasar tarde o temprano, ¿verdad?

Tonio se mantuvo en silencio, pensativo.

—Ven conmigo —dijo, mirándola a los ojos en los que se había perdido tantas veces desde su llegada.

—Sabes que no puedo.

—Te puedes quedar en mi casa, trabajaré lo que haga falta para...

Laura le puso el índice sobre los labios.

—Sabes que no encajaría allí. Me has contado tantas cosas sobre tu mundo y es tan... extraño.

Tonio no pudo contener un par de lágrimas, que rodaron sin pudor por sus mejillas.

—Puedo quedarme aquí, que se cierren esos malditos agujeros, ya se abrirán de nuevo. Puedo estar contigo toda la vida sin que mi madre note siquiera que no estoy allí —le susurró al oído.

—No puedo hacerte eso —le respondió ella de la misma manera—. ¿Qué pasa si lo nuestro no sale bien? No quiero sentirme culpable el resto de mi vida por haberte retenido. Ni quiero... no quiero hacerme anciana, como tú dijiste que ocurre, mientras tú sigues como ahora... No quiero que me veas morir, Tonio.

—Eso es absurdo, yo te quiero, no me importa...

Ella apartó el oído de sus labios y se los cerró con un dedo dando por terminada la conversación. Tonio sabía que tenía razón, aunque le doliera reconocerlo. El hechicero le había dicho que era la hora de irse y, como siempre, sabía cosas que a ellos se les escapaban.

Era la hora de irse.

Noelia, que estaba cansada de no enterarse de lo que estaban hablando, aprovechó para meter baza

—¡Quédate tú aquí, Tonio! —gritó, dándole tirones del faldón de la camisa. Tonio clavó una rodilla en el suelo para hablarle mirándola directamente a los ojos.

—No puedo hacer eso, pequeñaja. Mi madre y mi hermano me esperan al otro lado...

—¡Pues que se vengan ellos aquí, hay muchísimo sitio! —insistió, señalando a su alrededor—. Ahora ya no hay bichos que den miedo en lo

oscuro...

Tonio sonrió.

—Pues no estaría nada mal, la verdad...

—Vuelvo a repetir que no debes confiarte con eso —le regañó Laura—. En cualquier momento pueden volver. ¿Es que no tuviste bastante?

—Que sí, pesada —refunfuñó. Tonio le dio un beso en la mejilla antes de ponerse de pie.

—¿Cuando...? —comenzó a preguntar Laura, pero no fue capaz de acabar.

—En unos cubos azules. Los agujeros no van a estar abiertos mucho tiempo, si no los atravesamos ahora a saber cuándo se abrirán de nuevo. El hechicero ha insistido en que tenemos que irnos antes de que se cierren. Ya sabes cómo es con los dobles sentidos y los objetivos ocultos —explicó.

—¡Pero no es justo! —protestó Noelia—. ¿Por qué no puedes quedarte?

—¿Sabes que vamos a hacer? —dijo Laura mirando a la niña—. Lo acompañaremos para despedirlo... Y una vez se quede inmóvil, te llevaré a verlo cada vez que quieras... nos subiremos en una manta raya como si fuéramos de excursión, y nos llevaremos la comida y todo, ¿vale? —insistió, intentando que no se notase que se moría de pena por dentro sin conseguirlo del todo.

—¡Pues vaya una cosa! ¡Si él no se va a enterar! —protestó Noelia, que no parecía dispuesta a dejarse convencer.

—Eh, ¿qué os traéis entre manos?

María se había acercado hasta ellos sin que se dieran cuenta, y los miraba con curiosidad. La herida de su mano ya era apenas un mal recuerdo.

—María... ¡el hechicero acaba de decirme que podemos volver! ¡Vas a poder abrazar a tu hija de nuevo!

—Q...¿qué?... Pero...—balbuceó, y se agarró la cabeza con ambas manos. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para mantener el equilibrio.

—Eh, calma, ¿Te encuentras bien? —le preguntó Tonio, ayudándola a sentarse en el césped. Laura le dijo a Noelia que fuese a jugar un rato —sin meterse en líos, aunque eso era más difícil que conseguir que el sol se pusiera en *La Pausa*—, y ambos se arrodillaron junto a ella sin poder disimular su preocupación. María se rompió definitivamente, y lloró desconsolada, con la cara oculta entre sus manos

—María... ¿qué ocurre? —le preguntó Laura con suavidad mientras le acariciaba la espalda tratando de consolarla.

—La... la maté, Laura... ¡Maté a mi hija! —confesó, con la voz desgarrada por el dolor y la culpa.

—Q... Qué... qué estás diciendo... —balbuceó Tonio. El color se le había retirado de la cara como si toda la sangre se le hubiera ido a los pies. Laura estaba horrorizada.

—No tengo perdón... ni en mil años que viviese podría perdonármelo a mí misma...

—Pero... ¿cómo...? —comenzó a preguntar Tonio, pero se le secó la garganta y no pudo decir ni una palabra más.

María lloró desconsolada un buen rato sin poder decir nada más. Laura y Tonio la observaban en silencio, esperando.

—Fue el día en que me encontrasteis... estaba tan drogada que apenas recuerdo cómo, ni por qué... sólo sé que la empujé a la carretera delante de un coche que iba a toda velocidad, y entonces todo se volvió loco... apareció el oso, y luego vosotros, y... y... —un nuevo acceso de llanto le impidió seguir hablando.

—Pero entonces... ¿Ha sido aquí al lado? ¿Ha estado aquí todo el tiempo? —preguntó Tonio tratando de que ella recuperase la calma. El lugar en el que encontraron a María estaba a doscientos metros escasos más allá de los muros vegetales de La Rosaleda.

Ella asintió sin separar la cara de las manos.

—María... ¿Has... Has ido a verla alguna vez? —preguntó Tonio.

—¡No! —respondió ella horrorizada—. ¿Cómo iba a ser capaz de...?

—Pero... ¿Llegaste a ver que el coche la atropellaba? —insistió Tonio.

—¡Sí!... No... bueno... ¡No lo sé! ¡La empujé justo cuando el coche estaba pasando, Tonio! ¡Es imposible que no la atropellase!

—Pero María... ¿Y si entraste en *La Pausa* antes de que sucediera? ¿Y si aún podemos evitarlo?

## CAPÍTULO 45: ESPERANZA

María no se sentía con fuerzas de mirar. Habían cogido una manta raya y allí estaban los tres, con Laura conduciéndola igual que cuando comenzaron el viaje hacia Antequera, pero con un buen puñado de experiencias a sus espaldas que los había cambiado a todos para mejor, especialmente a María.

Sobrevolaron la zona en la que Álvaro y Tonio la habían encontrado tras los bidones de basura, escondiéndose del oso de peluche, y tomaron tierra. María apenas era capaz de moverse. Tenía las manos heladas, y no podía contener un temblor que nacía en lo más profundo de su pecho y hacía que le castañeteara la mandíbula y las manos se movieran de manera casi compulsiva, como si tuvieran vida propia.

Las palabras de Tonio habían hecho que se encendiera una luz de esperanza, y sería muy duro verla apagarse de nuevo. Si Nat... si no se podía hacer nada por ella, no estaba segura de poder resistirlo.

—Escúchame... —le dijo Tonio—. Vamos a ir a mirar Laura y yo... Si... Si ya es demasiado tarde, es mejor que no lo veas... nos volvemos y ya está...

Ella asintió sin poder dejar de llorar. Desde que le habían dado la noticia de que iban a volver, sus ojos habían sido una presa desbordada. Laura le dio un beso en la mejilla y le apretó cariñosamente el hombro.

Luego, la dejaron sola.

El tiempo de *La Pausa* pareció hacerse más eterno aún, si es que eso era posible, mientras sus amigos cruzaban los escasos metros que separaban el lugar en el que habían aterrizado del sitio en que empujó a Nat, en plena avenida. María sintió que el corazón se le paraba, que no sería capaz de resistir tanto dolor, cuando oyó los gritos. Como impulsada por un resorte invisible, corrió de tal manera que sus pies parecían no tocar la tierra. La carretera estaba casi vacía, como ella recordaba entre las nebulosas de sus sentidos abotargados por las sustancias que había consumido aquel día. El tráfico era fluido, y por eso los coches iban más rápido de lo que debían. Vio el Toyota verde, y el corazón casi se sale de su pecho.

—¡Vamos, venga! —gritó Tonio con una sonrisa de oreja a oreja, haciéndole señas. Laura estaba junto a él, y lucía una sonrisa igual de amplia. Su corazón

se lanzó ya a una carrera desbocada. Todo lo que estaba viendo le daba a entender que había alguna posibilidad, que su hija todavía no estaba... que Nat no estaba...

Se clavó de rodillas en el suelo y lloró más que nunca, esta vez de alegría. Vio la cara sucia de su pequeña, con una expresión mezcla de sorpresa y miedo, cayendo de espaldas hacia el coche. La expresión del conductor, un muchacho de unos veintitantos años con una gorra de visera puesta hacia atrás aún no había cambiado, no estaba horrorizado por lo que iba a pasar porque aún no se había dado cuenta de que la niña estaba en la carretera.

Miró su pelo, que a pesar de estar sucio por la falta de higiene a la que ella misma la había condenado, flotaba ingrávido en el aire como una palmera de finísimas hojas

Y vio la distancia que aún faltaba para que el coche impactase contra el menudo cuerpo de Nat.

Unos cincuenta centímetros que separaban la esperanza de la pesadilla que había estado viviendo desde que llegó a *La Pausa*.

—No sé cómo, pero lo voy a hacer —repetía una y otra vez María conforme la manta raya se iba acercando a La Rosaleda. Su estado de ánimo había dado un giro de 180 grados, ahora tenía una razón para vivir, estaba deseando salvar a su hija y pagarle con creces todo lo que le debía, darle todo el cariño y la atención que le había negado hasta ese momento.

—¡Claro que sí! ¡Por supuesto que sí! —le contestaba Tonio con una sonrisa cada vez que ella lo repetía.

El tiempo que pasaron aún en el poblado hasta que llegó el momento de la despedida, María fue otra persona distinta a la que habían conocido hasta entonces. Los ojos le brillaban con la esperanza de una persona a la que han limpiado sus pecados, a la que han vaciado de culpa y han llenado de esperanza.

Y llegó el día que ansiaban y temían por igual.

El día en que Tonio tendría que decir hasta pronto a su padre, y hasta siempre a Laura.

Aunque trataba de no pensar en ello, había algo innegable: en el preciso momento en que volviese al mundo real, al Carrefour con su hermano y su madre, en ese ansiado momento en que todo volviese a la vida a su alrededor, en esa insignificante milésima de segundo inicial, ya habría transcurrido la vida de Laura. En esa porción de tiempo imperceptible para él, Laura habría

tenido que olvidarlo, o quién sabe si recordarlo para siempre, pero habría empezado a vivir con un chico de la aldea, habrían tenido hijos, habría envejecido junto a él, y al final, trascendería, de la forma en que siempre debía haber sido, de forma natural, no forzada. Cuando él tomara consciencia de que había vuelto, Laura no sería más que la raíz del árbol genealógico para sus descendientes. Para quien sabe cuántas generaciones de descendientes después.

—¿Estás bien? —le preguntó ella. Había sentido como se movía por el escalofrío provocado por sus pensamientos.

—Sí... bueno, no... ya sabes...

Habían salido en dos mantas raya desde La Rosaleda. En una iban de nuevo ellos tres y Cammo junto a Noelia. En la otra, Berto y el hechicero, junto a Carlos, el equivalente al alcalde del poblado, que era quien la conducía.

Los agujeros estaban funcionando ya, se lo había dicho el hechicero unas horas antes —Tonio ya se había obligado a dejar de pensar en cubos y a volver a las clásicas horas y minutos—, por lo que se organizó un banquete de despedida, en el que por última vez en sus vidas comieron muslo de saltaflores y bebieron zumo de las bayas de las gradas de La Rosaleda.

Todos estuvieron de acuerdo en que María fuese la primera en cruzar.

—Estoy muy nerviosa —susurró—. ¿Y si no lo consigo?

Le temblaba hasta el último músculo de su cuerpo. Más que nerviosa, estaba aterrorizada

—Lo vas a conseguir, ya verás. No lo dudes ni un instante —le dijo Laura.

—Pero... —comenzó a contestar ella, y entonces el hechicero la tocó. Su cuerpo se relajó al instante, y su cara se iluminó con una sonrisa.

—Si pudiéramos empaquetar y vender eso que hace, nos hacíamos de oro al otro lado —dijo Tonio en voz alta—. ¿Qué te ha dicho?

—Que me despida liberando todo lo que tengo —respondió María.

En ese momento Tonio no entendió a qué se refería, pero lo tuvo claro tan sólo un instante después, cuando vio como se le encendían las manos.

—Voy a impulsarme soltando toda la energía, como un cohete, y entraré en el agujero con la máxima velocidad posible, con el suficiente impulso como para sacar a Nat de la trayectoria del coche... —explicó. Tonio pensó durante un segundo en el destrozo que ocurriría si en realidad no había agujero, si chocara a máxima velocidad con su hija, inamovible. Desechó la idea con un escalofrío, abrazó a María y la besó.

—Ya sé que no llevabas el móvil encima, pero llámame en cuanto tengas ocasión, ¿vale? ¿Estás segura de que has memorizado mi número?

—Sí, pesado. No te preocupes, en cuanto... en cuanto vea que Nat está bien y vuelva a casa te llamo, no lo dudes ni un instante.

Se abrazaron los tres y se mantuvieron así un buen rato antes de apartarse y dejar espacio a María. Ella los miró, y sonrió. Se despidió de Cammo acariciándole la cabeza y luego encendió las manos a toda potencia. Miró hacia su hija, y echó a correr. Llegados a un punto, sus pies dejaron de tocar el suelo. Voló a baja altura impulsada por la energía que salía de sus manos, a una velocidad tan impresionante que se convirtió en un borrón. Cuando estaba a punto de tocar a su hija, se detuvo. Sus manos se apagaron y quedó así, en horizontal, con los ojos casi cerrados por la velocidad.

—Y ya está —dijo Tonio, acercándose a ella. Ya no pertenecía a *La Pausa*, había vuelto al mundo normal, y permanecería así siglos, sin llegar a alcanzar a la niña a los ojos de la gente que seguía allí. Su piel se había vuelto tan dura, tan inamovible, como la del resto de estatuas que poblaban este mundo perteneciendo en realidad a otro.

—Espero que lo consiga —susurró Laura con tristeza—. Moriré antes de saberlo.

Tonio sintió una infinita tristeza al oírla, pero se obligó a sepultarla en el fondo de su mente. El siguiente turno fue el suyo. Se desplazaron en las mantas raya hacia el Carrefour de la carretera de Cádiz. Todo el vuelo fue una sucesión de recuerdos para él, de cuando pensaba que Álvaro era su amigo y Bicho su mascota, no una creación que hacía aparecer y desaparecer a su antojo. Sobrevolaron la zona en la que el animal volador que había escapado de Avatar se destrozó contra el suelo, los edificios inundados por los hongos de gelatina, y finalmente amerizaron sobre el lago de agua naranja en el aparcamiento del centro comercial.

La extraña comitiva formada por Tonio con Cammo en su hombro, Berto, Laura y Noelia, y por último el hechicero, atravesó el hueco en la puerta deslizante y accedió al interior. La mujer del vestido azul eléctrico no se molestó en saludar.

Carlos fue el primero en despedirse de él y se quedó al cuidado de las dos mantas raya.

Enseguida llegaron al sitio en el que había empezado la aventura. A Tonio se le saltaron las lágrimas al contemplar los tebeos de Mortadelo y Filemón que



parecían gaviotas volando alrededor de su madre y su hermano.

—La estábais liando bien, ¿verdad? —preguntó Berto, sabiendo la respuesta de antemano.

Tonio se encogió de hombros.

—Lo... ¿siento?

Berto se echó a reír y abrazó a su hijo.

—Te has hecho todo un hombre...

—*Papaaaá* —canturreó él, avergonzado.

—Prométeme que cuidarás de mamá y de tu hermano. No se te ocurra contarles nada de esto o te tomarán por loco. Ya hablaré yo con ella cuando vuelva, ¿vale?

—Lo prometo. Pero no tardes mucho, eh...

Berto miró al hechicero. Las filigranas negras que se movían por la superficie de la máscara dibujando remolinos le parecieron durante un segundo signos de interrogación.

—Volveré tan pronto como me sea posible, no lo dudes —le respondió su padre.

—Ya ha llegado el momento... —susurró Laura. Noelia le apretó la mano con fuerza.

—Cuídala, grandullona —le dijo Tonio a la niña, clavando una rodilla en el suelo y dándole un sonoro beso en el moflete. Cammo saltó a su hombro, y desde allí al de Laura.

—¡Pero es que no quiero que te vayas! —protestó de nuevo la pequeña. Tonio le puso una mano en el pecho.

—Nunca me iré del todo. Siempre estaré aquí, y Laura y tú estaréis en el mío —le dijo, poniéndose la mano en el corazón.

Luego se incorporó, incapaz de seguir mirando aquellos inmensos ojos negros llenos de lágrimas.

Cammo soltó su retahíla de costumbre desde el hombro de Laura, y Tonio le acarició la cabeza. Su pelaje era todo lo contrario a lo que daba a entender su aspecto: suave como el algodón.

—Por mucho tiempo que pase aquí, te seguiré entendiendo como entiendo a mi profesor de matemáticas —soltó Tonio con una sonrisa melancólica—. Adiós, amigo. Cuida de ellas.

El *camalemono* emitió una serie de quejidos que sonaron sorprendentemente parecidos a la palabra adiós.

—Laura... te quiero. No te olvidaré ni aunque viva mil años.

—Supongo que eso son muchos cubos. Los vivirás, al menos yo te veré vivirlos desde aquí —dijo, sonriendo con melancolía.

Se fundieron en un beso que duró la eternidad. Dejar de tocarse fue lo más duro que ninguno de ellos había hecho jamás.

Tonio se alejó unos pasos, luchando con cada fibra de su ser por no volver a abrazarla, porque sabía que si lo hacía se quedaría allí en *La Pausa* para siempre, con ella.

Miró a su padre, y se arrodilló, adoptando la postura en la que había entrado en *La Pausa*, cuando su hermano lo hizo tropezar sin querer. Sus ojos se perdieron en los de Laura por última vez. Cammo no le dejó verlo, fiel a su costumbre de hacerse invisible cada dos por tres. Se tumbó en el suelo, y un segundo antes de que la música del centro comercial le inundase los oídos, oyó en su mente la voz sin palabras del hechicero.

*Vendrás de nuevo, pero ya nada será como antes.*

## CAPÍTULO 46: BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Sus oídos se llenaron de sonidos que hacía tiempo, muchísimo tiempo que no oía. Desde mucho antes de que *La Pausa* se la llevara.

Antes solo oía el zumbido de su propia sangre al pasar por sus oídos. Y el escándalo de las voces en su cabeza.

Ahora sentía el revoloteo de los pájaros, el sonido de la gente. Y el mar, como fondo. El trajín en el puerto, el romper de las olas en la Malagueta... Allí, en una milésima de segundo, destiló sonidos que ningún otro sería capaz de oír desde tal distancia, en la avenida de La Rosaleda. Oyó Málaga. Pero sobre todas las cosas oyó el grito de su hija y el inicio del chirriar de los neumáticos sobre el asfalto. Más que impactar contra Nat, la acogió entre sus brazos con la suavidad de un colchón de plumas. Y la protegió con su propio cuerpo, que rebotó contra el suelo varias veces antes de detenerse.

El Toyota verde dibujó dos signos de interrogación negros idénticos sobre el asfalto. El coche que iba tras él le dedicó una sonora pitada al adelantarlo. Cuando el muchacho de la gorra al revés se bajó del coche, iba rezando en voz baja, y repitiendo como una letanía dos frases una y otra vez.

No la he visto. Dios mío, no la he visto.

Se acercó al bulto que pensaba que era sólo una mujer y se sobresaltó al ver una especie de energía, como una electricidad amarillenta que parecía cubrirla por completo, y que se disolvió en apenas un parpadeo.

Con todo el miedo del mundo, le tocó un hombro.

—S... señora... ¿Se encuentra usted bien?

María se desplegó como un capullo se abre para mostrar la mariposa que protege en su interior.

—D... Dios mío... una niña. He matado a una niña... —balbuceó el muchacho.

La niña se encogió de hombros y abrió los ojos, asustada. Lo primero que vio fueron otros ojos, que estaban inundados de lágrimas. Los de aquella mujer, a la que al principio le costó reconocer como su madre.

—M... ¿Mamá? —susurró, y se dispuso a preparar una disculpa por lo que había pasado. No sabía cómo, pero suponía que había tropezado y no la había

liado, pero bien, por muy poco. María no sé lo permitió.

—S.. Señora... ¿Se encuentra bien?

—¡Mejor que bien! ¡Espectacularmente bien! ¡Infinitamente bien! —le contestó, incorporándose de un salto con una agilidad pasmosa, adquirida sin darse cuenta en su tiempo en *La Pausa*. El muchacho dio un paso atrás, abrumado—. ¡Sigue tu camino, chico, que aquí no ha pasado nada!

No tuvo que repetírselo dos veces. Con una precaución que no había tenido desde que se sacó el carné de conducir hacía ya unos años, se subió en el Toyota y desapareció de sus vidas. María se quedó arrodillada, mirando a su pequeña, sin poder parar de sonreír y llorar al mismo tiempo.

—Mamá... estás muy guapa.

—No... tú sí que estás guapa, mi amor... —le contestó, bajando la cabeza sin parar de reír, mezclando ya el llanto con la risa. Gruesos goterones dibujaron estrellas grises en el suelo.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Nat, sin saber el porqué de las lágrimas de su madre.

—Yo... yo he sido la que he estado haciendo cosas malas hasta ahora. Pero ya no más, cariño.

Se puso en pie y la cogió en brazos, sintiendo su calor con el alma.

—Vámonos a casa —susurró.

—Pero mamá... no hay nada para comer, todo está verde, y me muero de hambre...

—No te preocupes, cariño. Te voy a dar un buen baño, voy a lavar bien tu ropa más bonita, y vamos a salir a comer fuera, que nos lo merecemos.

Con la mente ya limpia, recordaba a la perfección cada uno de los escondrijos en los que había guardado dinero. Más que suficiente para comenzar una nueva vida.

—¿Sí mamá? ¿Fuera? —dijo Nat con un brillo en los ojos. Ella siempre había comido a base de dulces y precocinados en su cama, viendo Doraemon. Seguro que estaba chulo eso de comer en algún sitio.

—¡Eres la mejor mamá del mundo! —gritó, dándole un abrazo que a ella le supo a gloria.

—Lo voy a ser, cariño, te lo prometo. Lo voy a ser —susurró.

## CAPÍTULO 47: LA VIDA DE NUEVO

Lo primero que oyó fue el sonido de los tebeos al golpear contra el suelo, uno tras otro, como en un perfecto ejercicio de natación sincronizada. Luego llegó el grito contenido a medias de su madre, el sonido ambiente del centro comercial y el resto de los sonidos del mundo. Tonio se incorporó de un salto al más puro estilo artes marciales, cogió a su hermano y lo abrazó con tanta fuerza que le crujieron los huesos. Las lágrimas le recorrían las mejillas deteniéndose de cuando en cuando en la incipiente barba que ya comenzaba a dar señales de vida aquí y allá.

—¡Enano! —gritó loco de alegría, sin poder soltarlo.

—¡Mamá! ¡Que me mata! ¡Está loco!

—Os lo dije —susurró Teresa sin dejar de mirar alrededor—. ¡Mira que os advertí que no me hicierais pasar vergüenza! ¡Suelta a tu hermano ahora mismo!

—¡Claro que sí guapísima! ¡Ahora mismo! —gritó, dejó en el suelo a Lucas y se lanzó a por su madre. La cogió en brazos y se puso a dar vueltas con ella, bailando.

—¡Tonio! ¡Pero qué te pasa! —gritó ella, sin poder reprimir una sonrisa.

Su hijo estaba incumpliendo la directiva uno del manual del adolescente. Estaba permitiendo el contacto físico con su madre delante de seres no pertenecientes a su familia. Y además...

—¡Bájame! —le ordenó, poniéndose seria—. ¿Estás llorando?

—De alegría, mamá... ¡Mira como se mueve todo! —gritó, corriendo pasillo abajo. Al pasar junto a las patatas, cogió un paquete y se maravilló al oírlo crujir—. ¿Te das cuenta mamá? ¡Crujen! ¡ES GENIAAAAL!

Por primera vez en su vida, entendió esa película que sus padres ponían como sonido ambiental cada Nochebuena. Casi se vio gritando “¡Hola, vieja casa de empréstitos!”

—Ven aquí, Tonio —le dijo Teresa con la preocupación dibujada en el rostro. Le puso la mano en la frente, pero más allá de estar sudoroso por la excitación, no parecía tener fiebre—. Cariño... ¿te has golpeado en la cabeza al caer?

—No mamá. Es tan sólo que me he dado cuenta de la suerte que tengo — soltó, y se agachó a ayudarlo a su hermano a recoger los tebeos del suelo—. Venga enano —le dijo. Llévatelos todos, yo invito.

—Gracias —dijo Lucas boquiabierto, y hasta que no vio como la cajera los cobraba, estuvo pensando que era una de las jugarretas de su hermano, sólo que más elaborada de lo normal—. Gracias tío —le volvió a repetir una vez se convenció de que no había gato encerrado—. Estás raro, pero me gusta.

Tonio no quiso ponerse los cascos. En el camino hacia el coche disfrutó de los ruidos de la ciudad, de los retazos de conversaciones de la gente. De la canción que iba tarareando su madre en voz baja porque no se sabía la letra. Al llegar al coche, le insistió en que se sentara tranquila, que él se encargaba de las bolsas. Lucas se sentó a hojear sus nuevos tebeos mientras tanto.

—Voy a devolver el carro, mamá —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, asomándose a la ventanilla.

—Ven aquí —le dijo Teresa, y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. No sé qué demonios te ha pasado, pero espero que dure mucho...

Tonio se dirigió hacia el lugar en el que se dejaban los carros sin perder la sonrisa, y recuperó la moneda. En ese preciso momento oyó una voz a su espalda.

—*¿Tiene un euro?*

Se giró con el corazón en un puño y allí estaba la versión del hechicero de su mundo, con su sonrisa desdentada y su ropa llena de manchas.

—Por supuesto que sí —le dijo, y cogiendo su mano con las suyas, la abrió, le puso el euro sobre la palma y se la cerró. El aroma a flores de otro mundo impregnó todo a su alrededor—. No sé si me entiendes, o si sabes algo siquiera del otro lado, pero gracias —le susurró.

—*Tiene que tené mucho cuidaíto con él. Es mu delicao* —soltó con una sonrisa de blancos y negros, y lo señaló con el índice tembloroso, con uno de sus ojos medio cerrado. Luego se dio la vuelta y desapareció de su vida.

Tonio se quedó inmóvil unos instantes, tratando de encontrar sentido a lo que le había dicho. Una sensación de tristeza lo invadió al pensar en la posibilidad de que a la versión del hechicero en este mundo le faltase un tornillo.

La sensación duró tan sólo unos segundos, lo que tardó en sentir el calor.

—¡Cammo! ¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué haces aquí, amigo? — preguntó, y el camalemono se hizo visible en su hombro. Manoteó unas cuantas

veces en el aire y le soltó una buena porción de verborrea ininteligible. Luego, le abrazó el cuello.

—Cammo —susurró él, y de pronto todos los recuerdos que había estado tratando de evitar saltaron a primer plano en su mente. Se obligó a no llorar, ya tendría tiempo esa noche en su cuarto. El animal, sin que cupiese la menor duda acerca de si había pasado en realidad o si fue tan sólo su imaginación, le dijo al oído:

—*Amigo.*

El corazón se le puso a mil por hora.

—Más que amigos, mucho más —le respondió en un susurro y se volvió al coche, no sin antes darle instrucciones para que se hiciera invisible y guardase silencio.

—Eh, ¿el euro te lo quedas por las molestias? —bromeó Teresa al verlo entrar.

—Se lo he dado a una persona que lo necesitaba, mamá —le contestó, asegurándose el cinturón.

—Por favor, por favor, por favor, que dure esto un poquito más aunque sea —suplicó ella en voz alta, mientras conducía el coche de vuelta a casa con una tranquilidad que ya creía olvidada.

# EPÍLOGO

Tonio giró la rueda del ratón de su ordenador y la noticia se desplazó por la pantalla. En el *Diario Sur* contaban con todo lujo de detalles cómo en una venta de montaña en la subida en dirección a Antequera, los clientes juraban haber visto desaparecer a un hombre ante sus ojos después de haberlos amenazado con una escopeta. Como era evidente, no podían darle veracidad a semejante noticia, y todo quedaba en que la policía estaba investigando.

—Parece que nuestro malhumorado amigo acabó por saltar a *La Pausa* del todo... espero que no cause mucho destrozo allá donde vaya..

Cammo emitió un sonido que sonó a interrogante.

La tarde había transcurrido con una cadencia a la que Tonio ya no estaba acostumbrado. Se descubrió a sí mismo asomado a la ventana de su cuarto, contemplando el anochecer, que aquella tarde le pareció precioso como nunca antes. En su mundo la oscuridad de la noche no traía el peligro, no traía la muerte como en *La Pausa*, y a pesar de ello, no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Cómo me hubiera gustado enseñarle esto a Laura —le dijo a Cammo, que miraba hacia el exterior con cierta reticencia.

—No te preocupes, aquí no hay nada peligroso en la oscuridad. Bueno, según el sitio en el que estés, pero casi nunca hay peligro.

Oyó al otro lado de la puerta la voz de su madre avisándole para que bajase a cenar.

—¡Voy mamá! —le respondió, y le acarició la cabeza a Cammo—. Te dejo la luz encendida, vuelvo en un momento y te traigo algo para comer... pero no te hagas muchas ilusiones, la comida de aquí no sabe a nada si la comparas con la de *La Pausa*...

En ese momento sonó el móvil. Había pasado toda la tarde poniendo excusas a sus amigos por Whatsapp para no salir y quedarse en casa, pero parece que alguno de ellos no se conformaba con la excusa escrita y la quería oír en directo.

Número desconocido.



El corazón le dio un vuelco.

—¿Si?

—¿Tonio? —de fondo se oía el sonido de las risas y las conversaciones de gente.

—Sí... ¿María?

—¡Espera, te paso a alguien!

—¿Hola? —la voz de una niña pequeña.

—Hola... eres... ¿Eres Nat?

—Sí... ¡Estamos cenando en el McDonald's! ¡Me han dado un juguete!

—¡Tonio! ¡Lo conseguí!

—¡Me alegro muchísimo, María! ¡No te haces una idea!

—Estamos recuperando el tiempo perdido... mañana quedamos y hablamos con calma, ¿vale? ¿Tú qué tal, todo bien?

—Sí, perfecto... tengo visita...

—¿Visita? ¿Y eso?

—Cammo se ha colado conmigo...

—¿QUÉ? ¡Será verdad!

—Y tanto... aquí lo tengo camuflado...

—¡Pues más motivo para que nos veamos mañana, a Nat le va a encantar! ¡Un beso, te dejo tranquilo, mañana hablamos!

—Un beso, María. Me alegro muchísimo, de verdad. Estoy deseando conocerla.

Apenas acababa de colgar cuando oyó que alguien aporreaba la puerta de la calle.

—¿Y eso? —preguntó en voz alta— ¡Quédate aquí, Cammo, enseguida vuelvo!

El *camalemono* hizo un ruidito mostrando su disconformidad y se hizo invisible.

Antes de que le diese tiempo a bajar, su madre lo llamó de nuevo. La forma en que lo hizo le resultó extraña. Pasaba algo, pero no tenía claro el qué.

Bajó los escalones de dos en dos, y el corazón casi se le para al ver a la chica que había en la puerta, mirando con cara de pánico hacia el exterior, y vestida con las ropas del poblado de La Rosaleda.

Durante un segundo estuvo convencido de que era Laura.

Era morena, con unos rizos que le llegaban casi a la cintura, y una belleza que eclipsaba todo lo que tenía a su alrededor.

—Esta chica pregunta por ti... —dijo Teresa, pero casi no le dio tiempo a acabar la frase. La muchacha atravesó el comedor en cuatro zancadas y se abalanzó sobre Tonio, quedándose agarrada a su cuello.

—¡TONIO! ¡TONIO! —gritó. Él tuvo que esforzarse para conseguir separarla de su cuerpo.

—Perdona, pero no te conozco... ¿no?

—¡Tonio! ¡Han vuelto, ahora es muchísimo peor que antes! ¡Van a venir aquí! ¡Tu padre te necesita!

—Eh... ¿Qué es eso de su padre? ¿Sabes dónde está? —preguntó Teresa, a la que acababa de dar un vuelco el corazón.

Lucas se asomó al oír el escándalo.

—¿Qué pasa mamá?

—Un segundo, nene —le respondió ella. Su cara reflejaba una mezcla entre curiosidad e impaciencia—. Perdona... ¿De qué conoces a mi marido?

—Mamá, un segundo —trató de poner calma Tonio mientras intentaba aclarar qué era lo que estaba ocurriendo, pero no le dio tiempo.

La chica lo miró con sus inmensos ojos oscuros, y dijo:

—Tonio, soy Noelia.

*(Concluirá en INMÓVILES: Noche)*

# INMÓVILES: Noche

Aunque la mayoría de las subtramas abiertas se han ido cerrando durante el transcurso de la historia, al final del presente volumen quedan sin resolver ciertas incógnitas.

¿Qué ha ocurrido con Berto?

¿Por qué no ha vuelto con su familia, tal como le prometió a su hijo antes de que éste abandonara La Pausa?

¿De qué manera va a abordar Tonio la falta de su padre en relación al resto de su familia, ahora que sabe que él no los abandonó voluntariamente? ¿Y qué va a hacer con Cammo?

Además, se abren nuevas tramas como la inesperada aparición de una Noelia adolescente.

¿Qué ocurrió en La Pausa tras la salida de Tonio?

¿Por qué Noelia ha ido tras él? ¿Qué la ha hecho abandonar La Pausa, sabiendo que ello significaba no poder volver a regresar jamás con su gente? ¿Que le ha ocurrido a Laura?

Todas estas preguntas hallarán respuesta en el volumen que cierra esta historia.

*Inmóviles: Noche.*

Muy pronto.

*Nunca des por hecho que has vencido a la oscuridad, porque ella volverá a por ti, no importa donde estés.*

# OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Entiendo que si has llegado hasta aquí es porque has leído el libro, y si estás leyendo este apartado es porque quieres conocer algo más acerca de mis obras.

Ante todo, gracias.

Si ya me conocías, gracias por confiar de nuevo en mí. En caso contrario, permíteme presentarte lo que he publicado empezando por mi penúltima obra, ***Décimas***, una colección de relatos que ha sido elegida finalista de los premios ***Ignotus 2019***, quién sabe si ganadora en la fecha en la que estás leyendo esto. Puede sonar como un recurso manido, pero nunca ha sido más cierto que la nominación ya es un sueño que jamás había soñado alcanzar. ***Raíz*** es una obra de terror puro y duro; ***El juego del Diablo*** es un thriller con tintes sobrenaturales que se desarrolla en las calles de Málaga; ***Tabula Rasa*** es una novela en la que prima la tensión, y un enigma en principio indescifrable. Y de ***Ellos nos quieren a todos*** sólo puedo decirte que jamás adivinarías el final.

Cada una de las fichas que podrás ver en las páginas siguientes incluye tanto los enlaces como códigos QR que puedes leer con el móvil, y que te llevarán a las páginas en las que adquirir cualquiera de los libros, tanto en papel como en ebook, en multitud de librerías en cualquier parte del mundo

# RAÍZ



**Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo.  
Escribe en tu navegador**

**<https://bit.ly/libroraiz>**

**o escanea con tu móvil el código QR.**

Cuando Mabel vio desde la ventana de su habitación cómo aquél inquietante hombre delgado instalaba una –aparentemente– inofensiva cabina de teléfonos en la linde con el bosque, no creyó que eso pudiera suponer el fin del mundo tal como ella lo conocía.

Tan sólo unos días después, seres de pesadilla recorren las calles de Miravalle de la Colina, tomando el lugar de los habitantes del pueblo y reclamando la superficie, llegados de un lugar al que sólo la cabina puede acceder, de la que sólo ella puede traerlos.

La cabina está buscando a *La Reina* y a *El Elegido*. Cuando los encuentre, mostrará su verdadero aspecto, y ya no habrá escapatoria posible. Por alguna extraña razón, Mabel lo intuye, pero nadie puede creerla.

Siente el terror. Huye para salvar la vida. Y sobre todo, pase lo que pase... **NO CONTESTES AL TELÉFONO.**

# EL JUEGO DEL DIABLO



**Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo.  
Escribe en tu navegador**

**<https://bit.ly/librojuegodiablo>**

**o escanea con tu móvil el código QR.**

El Juego del Diablo es un inquietante thriller sobrenatural ambientado en la ciudad de Málaga, que cuenta la pesadilla en la que se convierte la vida de Álex a partir del momento en que sus pasos se cruzan con los de un extraño individuo que le propone un retorcido juego.

A través de las palabras del extraño, Álex descubre que Clara, su novia, de la que no sabe nada desde que un par de días no ha desaparecido por su propia voluntad, y está en realidad en su poder.

La vida de Álex se ve transformada en una vertiginosa toma de decisiones en la que cualquier error puede conducir a la muerte de Clara. A medida que transcurre el juego, la ciudad se tiñe de sangre mientras que el inspector jefe Ramírez, ayudado por unos poderes extrasensoriales que ni siquiera su esposa conoce, le va pisando los talones.

La situación se torna desesperada cuando Álex descubre que el desconocido es mucho más de lo que aparenta, y que apenas tiene posibilidades de salir victorioso de *El Juego del Diablo*

## ***TABULA RASA***



**Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo.  
Escribe en tu navegador**

**<http://bit.ly/librotabularasa>**

**o escanea con tu móvil el código QR.**

El *Conjunto Residencial Colinas de Santa Marta* es la urbanización más lujosa y exclusiva del sur de Europa. Rodeada por una infranqueable muralla infestada de sensores y alarmas y con su propio cuerpo de seguridad, se podría decir que es el lugar más inexpugnable del planeta sin temor a equivocarse.

Entonces, ¿cómo es posible que una noche aparezca un mendigo merodeando las mansiones de los propietarios, y que ni sensores ni cámaras sean capaces de detectarlo?

¿Por qué ni los más sofisticados sistemas de alarma, ni los hombres más preparados parecen ser capaces de atraparlo?

¿Por qué desde esa noche, los propietarios comienzan a soñar con un muchacho rubio?

¿Qué terrorífico secreto guarda el mendigo?

Cuando los propietarios descubran que sus vidas dependen de él, no tendrán más remedio que aunar fuerzas para evitar su destino.

Lo que jamás podrían llegar a imaginar siquiera es que descubrir el secreto destruirá sus vidas.



# ELLOS NOS QUIEREN A TODOS



**Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo.  
Escribe en tu navegador**

**<http://bit.ly/libronosquieren>**

**o escanea con tu móvil el código QR.**

Los vecinos de un edificio se ven atrapados por una extraña sustancia de un desagradable color grisáceo que se aplasta contra los cristales de las puertas y ventanas exteriores, haciendo imposible salir. El silencio más absoluto parece haber tomado el lugar de las comunicaciones: sin Internet, sin señal telefónica, sin radio ni televisión, se hace imposible recibir cualquier noticia del exterior.

El mundo se reduce ahora a cuatro plantas con dos viviendas de lujo en cada una de ellas, y su población a unos propietarios que guardan extraordinarios secretos, algunos sorprendentes, otros inconfesables. Cuando uno de los propietarios entra en contacto con la sustancia, parece entrar en trance, repitiendo sin cesar las frases “Ellos nos quieren a todos” y “Pronto seremos uno”. Pero... ¿Quiénes son ellos? ¿Qué significan esas enigmáticas frases? Todos lucharán por descubrirlo mientras los acontecimientos se precipitan tanto en el interior como en el exterior del edificio, haciendo que sobrevivir sea cada vez más complicado.

¿Y tú? ¿Te atreves a entrar en el edificio? Puede que jamás consigas salir...

# DÉCIMAS



**Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo.  
Escribe en tu navegador**

**<http://bit.ly/librodecimas>**

**o escanea con tu móvil el código QR.**

Finalista de los prestigiosos *premios IGNOTUS 2019*, *Décimas* es una colección de diez sorprendentes relatos. Tensión, terror, finales inesperados y sorprendentes... *DÉCIMAS*, que empiece la fiebre.

Se arrastran en la oscuridad. Tras cinco días encerrado sin comida ni agua, Kevin empieza a creer que no va a salir con vida de la casa. Si el hambre y la sed no acaban con él, lo harán las cosas que se arrastran.

Invasores de las profundidades. Cuando seres sin forma inundan el metro de París, una familia descubre horrorizada que la única posibilidad de salir con vida es acabar con La Larva.

Último deseo. Aquella agenda abandonada parecía tener el poder de conceder cualquier deseo, por complicado que fuese, pero... ¿cuál era el precio?

Su mejor amigo. El plan era sencillo: habían quedado esa noche para disfrutar de la Semana Santa de Málaga. Entonces... ¿Cómo se había podido torcer todo de aquella manera? ¿Por qué había tanta sangre?

Aire de pimienta. ¿Cómo era posible que la casa, que a la luz del día

estaba en perfecto estado, apareciese derruida en la oscuridad de la noche? ¿Y quién era aquél niño que esperaba en la puerta?

Uróboros. Su mundo, ahora, se reducía a aquel desierto de polvo fino, anaranjado. ¿Por qué no podía recordar quién era? ¿Y qué era esa maldita cosa que lo perseguía sin descanso?

Tempus fugit. Cuando el tiempo se detiene y todo queda suspendido a su alrededor, su única posibilidad de escapar a lo que crece sobre el mundo real es una misteriosa niña...

El sitio. Era noche cerrada. Sólo había detenido el coche un instante, era imposible que nadie hubiera subido. Y sin embargo, ¿por qué sentía que había alguien en el asiento trasero?

Alta definición. Cuando Al quería algo, nadie era capaz de llevarle la contraria. Y ahora quería aquél televisor, ese que no tenía marca visible y que prometía una experiencia sin igual...

Infinito. Un programa informático muy simple es capaz de generar cualquier imagen posible. Pero hay imágenes que nadie debería ver...

# ACERCA DEL AUTOR



Nací en Málaga, el 21 de agosto de aquel renombrado año 1969 en el que el hombre puso por primera vez (o eso dicen) el pie en la Luna. Soy autor especializado en dos campos que, con permiso de *R.L. Stine*, tienen poco que ver entre sí: por una parte el terror y el suspense; y por otra la literatura infantil. Diplomado en informática por la Universidad de Málaga y diseñador gráfico, me encargo tanto del diseño de mis portadas como del interior de cada uno de mis libros.

Mi primera obra publicada, *La habitación 352*, llegó al público de mano de *Editorial Planeta* en su sello *Scyla Ebooks* en 2013. A día de hoy, *La habitación 352* sigue sumando nuevos lectores alrededor del mundo y se mantiene como uno de los *ebooks* más leídos en el género de terror en *Google Play*.

Cautivado por las posibilidades de la edición independiente, desde mi siguiente obra, *Raíz*, me convertí en un autor *indie* convencido. Este año 2019 he tenido el gran honor de ser el único finalista *indie* de los prestigiosos premios *IGNOTUS*. Seguro que cuando leas estas líneas ya se habrán votado los ganadores, espero haber tenido suerte.

Todas mis obras están disponibles en AMAZON y las principales plataformas de venta online por tiempo ilimitado, tanto en papel como en ebook. Puedes encontrarme en (*casi*) todas las redes sociales, en mi página web, en mi blog o a través de mi dirección de correo electrónico. Te dejo la lista aquí:

**WEB:** [www.juanjoescritor.com](http://www.juanjoescritor.com)

**EMAIL:** [info@juanjoescritor.com](mailto:info@juanjoescritor.com)  
**FACEBOOK:** [www.facebook.com/juanjodiaztellez](http://www.facebook.com/juanjodiaztellez)  
**TWITTER:** [@juanjoescritor](https://twitter.com/juanjoescritor)  
**GOODREADS:** [www.goodreads.com/JuanJoseDiazTellez](http://www.goodreads.com/JuanJoseDiazTellez)  
**INSTAGRAM:** [juanjoescritor](https://www.instagram.com/juanjoescritor)  
**BLOG:** <https://www.noveladeterror.com>

Y si te apetece estar al tanto de cualquier novedad en lo referente a mis obras pasadas o futuras, concursos, regalos, y todo lo que tenga que ver conmigo, entonces deberías apuntarte a mi lista de correo desde el enlace siguiente:

**LISTA DE CORREO:** <http://bit.ly/novelaterror>  
¡Nos vemos allá fuera!